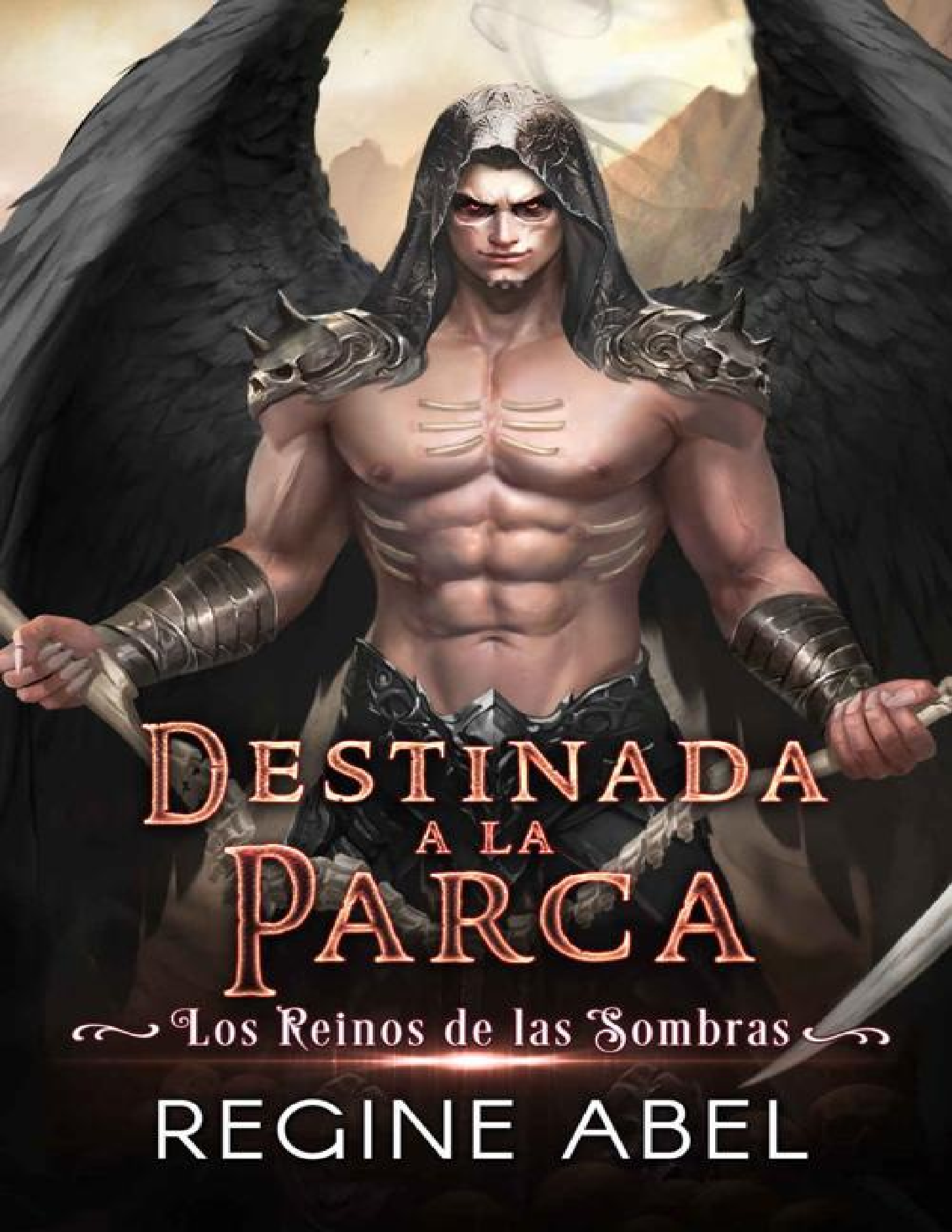




DESTINADA
A LA
PARCA

~ Los Reinos de las Sombras ~

REGINE ABEL



DESTINADA A LA PARCA

Los Reinos de las Sombras



REGINE ABEL

DISEÑO DE PORTADA POR

Regine Abel

ILUSTRADO POR

Tommy

Vvevelur

Lau_Isa_Sen

Pleko

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Copyright © 2024

ADVERTENCIA: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal y está penada por la ley. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida electrónicamente o en forma impresa sin el permiso escrito del autor, excepto en el caso de breves citas plasmadas en reseñas.

La autora prohíbe expresamente a cualquier entidad el uso de esta publicación con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) para generar texto, incluyendo sin limitación tecnologías capaces de generar obras del mismo estilo o género que esta publicación. La autora se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Este libro utiliza un lenguaje adulto y contenido sexual explícito. No está dirigido a menores de 18 años.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Regine Abel](#)

[Acerca De Regine](#)

DESTINADA A LA PARCA

¿Ella podrá entregarle su alma?

Decidida a liberar a su hermano de las garras de un malvado nigromante, Kali llega a un improbable acuerdo con Pharos, un Ángel de la Muerte. Tras su apariencia fría e intimidatoria, descubre a un hombre amable, desinteresado y protector que la fascina. Ella seguiría ciegamente a Pharos hasta las fosas más profundas del Infierno. Pero el coste de su ayuda es el alma de Kali, y ése parece un precio demasiado alto.

Durante medio milenio, Pharos se consumió, esclavizado por el nigromante que se apropió de sus poderes para perseguir ambiciones temerarias. Hoy, la deslumbrante Maga de Sangre cuya alma pura le cautivó resulta ser la clave de su redención. Kali es fuerte, intrépida y leal hasta la médula. La novia que esperó toda su vida...

A medida que se intensifica el enfrentamiento con su némesis, la posesividad que Kali despierta en Pharos alimenta aún más su necesidad de protegerla. ¿Cómo puede hacerlo cuando ella le niega lo único que le salvaría la vida?



DEDICATORIA

A los que no permiten que la crueldad, las dificultades y la aparentemente interminable injusticia de la vida les arrojen a la espiral descendente de la amargura. No permitas que nada ni nadie oscurezca tu luz, robe tu alegría o aplaste tu capacidad de esperanza. Cuando menos lo esperes pero más lo necesites, será esa misma luz interior la que te guiará fuera de la oscuridad.

A los que comprenden la distinción entre ambición sana y codicia temeraria. Si la persecución de tus sueños requiere la destrucción y el pisoteo de los demás, entonces necesitas objetivos mejores.

A la familia. No es a la mujer despreciada a quien debes temer, sino a la ira de una madre.



CAPÍTULO I

PHAROS

Una rabia familiar hervía en lo más profundo de mí mientras Cornelius disfrutaba maliciosamente abusando de otro pobre diablo. El anciano nigromante disfrutaba lanzando su poder, aplastando a los más débiles y recordándoles que estaban por debajo de él y que solo vivían por su misericordia. En muchos sentidos, era cierto. Peor aún, solo ejercía un control tan tremendo sobre la vida y la muerte gracias a los poderes que yo le había otorgado sin saberlo.

Hermes, un insignificante y anciano comerciante, se encogió sobre sí mismo cuando Cornelius le profirió una plétora de insultos. Huesudo, de piel marchita y muy curtida por la frecuente exposición al sol y a los elementos, el viejo se aferraba con ambas manos a la tela de lona sobre la que se sentaba la fuente de la ira del nigromante.

—¿Me tomas por tonto, miserable escoria? —siseó Cornelius—. ¿De verdad creías que podías hacer pasar esta basura por un hueso de mantícora?

—Viene... viene de un hombre... mantícora —tartamudeó Hermes.

Incluso atrapado como estaba dentro del cuerpo del nigromante, podía acceder a todos sus sentidos. Y ahora mismo, el hedor acre del terror del anciano impregnaba la habitación.

Con un solo movimiento de la mano, Cornelius invocó su Magia de Hueso para romper la muñeca del hombre. Hermes chilló y sus rodillas se doblaron mientras sujetaba el brazo dañado contra el pecho. De no ser por el sucio mostrador en el que se apoyaba parcialmente, se habría desplomado sobre el suelo de madera cubierto de polvo de su tienda.

Por otra parte, llamar tienda a esta pocilga era demasiado generoso. La pequeña habitación rectangular podría calificarse más bien de almacén o depósito. Cajas y cajones colocados al azar junto a las paredes, y algunos más apilados en el centro, contenían solo el diablo sabía qué. La mitad eran de contrabando, falsificaciones o alternativas baratas a los reactivos de primera calidad que necesitaban los magos y practicantes de artes oscuras de la ciudad. El polvo y las telarañas reclamaban la propiedad de las mercancías que nunca habían encontrado quien las tomara. Por qué no se había deshecho de ellas a estas alturas me dejaba perplejo. Pero, ¿qué otra cosa podía esperarse de un acaparador?

La tienda poseía otra habitación en la parte trasera que servía tanto de despacho como de residencia de Hermes. Una cortina marrón mohosa abierta de par en par no ocultaba nada de aquel espacio igual de desastroso. Un catre con un colchón sucio ocupaba la esquina izquierda de la habitación trasera. Las mantas grises cubiertas de manchas amarillentas habían lucido en otro tiempo un blanco impoluto. El retrete y el lavabo estaban junto a una pequeña estufa de leña que utilizaba tanto para cocinar como para calentar la habitación durante los fríos días de invierno. Expresaba todo lo que uno necesitaba saber sobre la comprensión del viejo comerciante de la higiene básica. Al igual que la ausencia total de bañera o ducha.

Los lloriqueos del anciano no consiguieron apaciguar a Cornelius. ¿Por qué demonios iba a suponer que lo haría? Mi anfitrión—aunque carcelero sería un término más apropiado—no tenía sentido de la compasión ni de la empatía. Para él, todo y todos eran meros instrumentos que le ayudaban a alcanzar un mayor poder.

—Miénteme otra vez, y el dolor que sientes ahora no será más que un suave golpecito en comparación con lo que te haré a continuación —advirtió Cornelius en voz peligrosamente baja—. ¿Dónde están los huesos de mantícora que pedí?

Con los ojos inyectados en sangre—probablemente debido a un exceso de licor—Hermes parpadeó para ahuyentar las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos mientras aspiraba los mocos que brillaban en el borde de su nariz venosa y bulbosa.

—Os juro que no he intentado engañaros, Maestro Cornelius —dijo Hermes con voz temblorosa—. Busqué por todas partes lo que me pedisteis. El cazador al que se lo compré juró que procedía de la cría de una mantícora.

—Engendrado en otra criatura menor al azar, ¡sapo inútil! —espetó Cornelius—. ¡Necesito una sangre pura, no un maldito chucho!

—Lo siento, Maestro. Pensé que no importaría... —dijo Hermes, con la mano apretada bajo la muñeca dañada, donde la piel había empezado a oscurecerse a medida que el hueso roto presionaba contra ella, como si intentara atravesarla—. Me pondré a buscar de nuevo y esta vez encontraré a un sangre pura.

—El Día de Todos los Santos está a punto de llegar, desgraciado. Te di instrucciones estrictas y me has vuelto a fallar. Tienes nueve días para arreglarlo.

—¡Nueve días es imposible! —exclamó Hermes con expresión cabizbaja.

—¡Nueve días! —gritó Cornelius—. Y aquí tienes un pequeño incentivo.

Otra oleada de furia surgió en mi interior cuando el nigromante invocó mis poderes de plaga para iniciar la necrosis en la punta de los dedos de la misma mano con la muñeca rota. Hermes gritó mientras sus uñas se oscurecían. El hechizo había sido de baja intensidad, lo que lo hacía aún más cruel.

—Por cada hora y cada día que me hagas esperar, la necrosis se extenderá —dijo Cornelius con pura malevolencia—. Entrégamelo a tiempo, y podría considerar la posibilidad de revertir parte del daño. Vuelve a fallarme, y veremos lo bien que te irá una mano mecánica en su lugar.

Ignorando los ruegos y súplicas del comerciante, Cornelius salió furioso de la tienda, dejando la puerta abierta de par en par. La oleada de aire fresco que nos golpeó hizo poco por borrar el persistente hedor a sudor viejo, suciedad y podredumbre del local de Hermes. Tampoco sirvió para apaciguar la furia que me invadía por dentro. A pesar de ocultar esos sentimientos a mi anfitrión, sabía exactamente cómo me afectaban sus acciones, y se deleitaba en ello. Incluso ahora, todo su inmundo ser vibraba de crueldad petulante. Le encantaba recordarme que le pertenecía, que podía utilizar mis poderes como le pareciera oportuno y que mi indignación farisaica solo se volvería en contra de aquellos a quienes deseaba proteger.

Podía contar las poquísimas veces que había utilizado mis poderes de plaga contra mortales. No era algo que disfrutara. Durante siglos, dediqué mis poderes segadores a facilitar el paso de los moribundos a la otra vida de la forma más suave posible, reservando el enfoque más brutal solo para los demonios y las personas verdaderamente maliciosas. Ver así profanados mis poderes fue un tormento aún mayor que la pérdida de mi libertad.

Deseché inmediatamente aquellos sombríos pensamientos. Dedicarme a pensar en el miserable destino que me aguardaba no haría sino hundirme aún más en la espiral de desesperación que bordeaba constantemente el límite de lo que quedaba de mí.

Por mucho que me entristeciera el dolor que Hermes sufriría durante las dos semanas siguientes, no podía evitar alegrarme de que Cornelius no hubiera recibido lo que esperaba. No sabía qué nuevo complot maligno tenía en mente. El nigromante se había mostrado inusualmente reservado conmigo últimamente. Al igual que yo podía ocultarle mis pensamientos, él podía ocultarme los suyos. La mayoría de las veces, le complacía enormemente informarme de su último plan por el mero placer de excitarme. El hecho de que no quisiera que lo supiera significaba que estaba tramando algo terrible que tendría efectos duraderos e incluso catastróficos en un amplio sector de la población.

A pesar de ser su prisionero, tenía algunas formas limitadas de frustrar o estropear sus planes cuando eran demasiado extremos. No sabía para qué quería los huesos de una mantícora. Aunque como longevo y experto usuario de la magia, nunca me interesé por las artes arcanas, y mucho menos por el tipo de magia oscura que le gustaba a Cornelius. En los últimos 498 años como su sirviente coaccionado, había aprendido mucho más de lo que me interesaba. Solo sabía que los huesos y los órganos de aquellas criaturas míticas podían utilizarse para el tipo de rituales que nadie, salvo los usuarios arcanos más poderosos, podía esperar llevar a cabo con éxito y vivir para disfrutar las recompensas.

Como era habitual, los innumerables transeúntes de las anchas calles del distrito se apartaron inmediatamente de nosotros, dando a Cornelius un amplio margen. Decir que la gente le temía sería quedarse corto. Todo el mundo conocía su gran riqueza y la crueldad con que la utilizaba para someter a los demás a su voluntad. Muchos menos conocían los oscuros negocios en los que estaba implicado. Pero todos comprendían que alejarse de él y evitar su presencia era la forma más segura de actuar.

Con el paso de los años, los ciudadanos de Willow Grove empezaron a aceptar a las brujas y a los vendedores ambulantes de diversos servicios relacionados con lo oculto. Sin duda, los practicantes arcanos que repelieron a las hordas demoníacas que habían amenazado la pequeña ciudad que solían ser desempeñaron un papel importante en ello. Sin embargo, los lugareños aún se engañaban pensando que los monstruos solo acechaban en bosques oscuros y tierras malditas.

Si supieran cuántos demonios, vampiros, doppelgangers e innumerables seres de otro mundo caminan a su lado a diario, perderían la cabeza.

Cuando faltaban pocos días para la víspera de Todos los Santos, un número aún mayor de seres sombríos acudió a la ciudad. Mientras los ciudadanos de Willow Grove observaban la antigua tradición de Almas y Aspectos, los seres del inframundo podrían pavonearse en su verdadera forma. No solo lo harían sin levantar demasiadas sospechas, sino que, además, probablemente se ganarían tremendos elogios por el realismo de sus disfraces.

Cada vez más ciudades y condados limitaron la celebración a la Víspera de Todos los Santos, el 31 de octubre. Algunos incluyeron el Día de Todas las Ánimas—o Día de Todos los Santos, como muchos aún lo llamaban—el 1 de noviembre. Pero nosotros incluimos el Día de Todos los Santos el 2 de noviembre.

Para los niños, era una forma maravillosa de entretenimiento. No solo podían disfrazarse, vagar por las calles tras la puesta de sol y ser recibidos para llamar a la puerta de los nobles y los más ricos, sino que también podían mendigar comida, que se les daba sin dudarlo. Para los pobres, era una oportunidad de tener la barriga llena con algo mejor que sobras o restos mohosos. También podían mendigar dinero sin que les echaran con una bota en la retaguardia. A cambio de tal recompensa, solo tenían que rezar por las almas de las personas a las que visitaban, así como por las de sus parientes muertos, y ayudar a alejar el mal.

Pero los adeptos a las artes oscuras comprendían la verdadera importancia de aquellas plegarias. Ayudaban realmente a alejar la presencia cada vez mayor de los seres inmundos que se ocultaban a plena vista durante aquellos tres días. Por eso, los magos y hechiceros no se opusieron cuando la iglesia empezó a animar a la gente a regalar a los visitantes unos sabrosos pasteles llamados pasteles de almas, en lugar de dejar comida y vino para los espíritus errantes durante ese periodo. Contrariamente a las viejas creencias, tales ofrendas paganas no saciaban y alejaban a esos espíritus, sino que atraían aún más a la ciudad.

Una luz hipnotizadora por delante desechó todos esos pensamientos errantes.

Emociones contradictorias se agitaron en mi interior al ver a Kali Jenkins junto a nuestro carruaje. Como la mayoría de los nigromantes, solía vestir con colores oscuros. Mientras que a Cornelius le encantaba el negro, a Kali le gustaban los tonos oscuros del rojo, el púrpura y, ocasionalmente, el verde. Esta vez, un vestido ceñido de color burdeos oscuro realzaba las deliciosas curvas de su esbelto cuerpo, con una cintura estrecha que se ensanchaba hasta convertirse en una voluptuosa grupa que suplicaba ser agarrada, unos pechos turgentes perfectos para encajar en una palma posesiva, un cuello largo hecho para dar la bienvenida a unos

colmillos sedientos, un rostro angelical cuya apariencia inocente ocultaba a la ardiente zorra que se escondía debajo y unos labios carnosos hechos para tragarse el grueso pene de un hombre...

—*¡Vete a la mierda, Cornelius!* —Siseé una vez me di cuenta de que tales pensamientos soeces y lascivos emanaban realmente de él.

Tenía muchos pensamientos de Kali, algunos de ellos codiciosos, pero nunca de una forma tan irrespetuosa.

Se rio maliciosamente, haciendo que la gente que estaba cerca le mirara con una expresión aún más perturbada. Nadie sabía de mi existencia, ni siquiera sus aprendices. Solo él podía oírme, por mucho que gritara. En raras ocasiones, si yo o las circunstancias le hacíamos enfadar lo suficiente, la gente podía vislumbrar mi presencia en su interior, como si una criatura demoníaca intentara salir de él desde debajo de su piel.

Abusar de Kali no era más que una de las muchas formas en que disfrutaba atormentándome. Desde la primera vez que había puesto mis ojos en ella, hacía cuatro años, me había sentido cautivado por la belleza de su alma. En mi asombro, había sido demasiado lento ocultando mis emociones. Como un puto, Cornelius la habría perseguido naturalmente solo para añadir otra muesca a su cinturón, ya que era una mujer atractiva. Pero saber que había despertado mi interés la convirtió de repente en un reto que conquistar... y destruir.

En muchos sentidos, me sentía responsable de los males que ahora la torturaban. Si no fuera por el constante deseo de Cornelius de hacerme daño, se habría cansado rápidamente de la persecución después de que Kali lo rechazara por primera vez. Pero la idea de profanar a la única hembra que me había provocado una reacción tan fuerte en siglos era demasiado buena para que la dejara pasar.

Incluso con la pena en la cara, Kali tenía un aspecto impresionante mientras se disculpaba con su hermano, el conductor de nuestro coche. Cada vez que presenciaba esto, se me partía aún más el corazón. Jasper, su gemelo fraterno mayor, le había rogado a Cornelius para ser su aprendiz. Aunque su hermana le había acompañado, había sido más en calidad de consejera y no por ningún deseo personal de convertirse también en una de sus pupilas. Cada año, cientos de aspirantes acudían arrastrándose para conseguir un puesto con uno de los nigromantes más poderosos de nuestra era, si no de las últimas generaciones.

En cuanto los hermanos entraron en su estudio, Cornelius supo que no le servía de nada su hermano, salvo como medio para conseguir un fin. Su conmoción cuando ella rechazó su invitación para que se unieran como pareja se transformó rápidamente en una ira llena de maliciosa determinación. Nadie le rechazaría. No solo la humillaría, sino que la haría sufrir y lamentar cada día que le negara lo que él consideraba suyo por derecho. Y si alguna vez se rendía—lo que para él era inevitable—tenía la intención de hacerle pagar mil veces cada momento que se retrasara.

Y lo hizo convirtiendo a su hermano en un sirviente no muerto. Aunque Jasper nunca habría llegado a ser un nigromante especialmente poderoso por derecho propio, si no se hubiera dejado

cegar por una ambición desmedida, podría haberse ganado la vida decentemente con su profesión y alcanzado niveles respetables. De no ser por la enfermiza necesidad de venganza de Cornelius y su obsesión por castigar a Kali, se habría limitado a rechazar la petición de Jasper y a enviarlo por su camino.

En lugar de eso, Jasper estaba ahora de pie viéndose como un cadáver en descomposición, mirando a lo lejos mientras su hermana le hablaba con dulzura. Su mente no había desaparecido... no del todo. Aún podía sentir dolor, pena y arrepentimiento. Podía oír y comprender la mayoría de las palabras que ella le dirigía. Pero no podía responder.

Para el resto del mundo, Jasper parecía un joven apuesto y elegantemente vestido que aguardaba estoicamente el regreso de su patrón en su carruaje. Las severas miradas que la multitud dirigía a Kali confirmaron que interpretaban la escena como si él apartara la vista de la extraña mujer que no dejaba de acosarle con sus indeseadas atenciones.

Aunque el atuendo de Kali tenía el nivel adecuado de recato para que no la consideraran una trabajadora sexual, la gente probablemente pensara que era una trepadora social que intentaba utilizar sus artimañas femeninas para atrapar a un joven apuesto con un puesto estable y bien remunerado. Como hacía poco que se había mudado a la ciudad, limitándose a alquilar una casita cerca del Bosque Feérico, los lugareños no conocían el vínculo de sangre que los unía.

Las apariencias podían ser tan totalmente engañosas, sobre todo cuando se ayudaban de un hechizo de glamour como el que ocultaba el verdadero aspecto de Jasper o el hecho de que dos caballos esqueléticos tirasen de aquel carruaje.

—Nunca me rendiré contigo, hermano —dijo Kali con voz dolorida—. Sé que no puedes responder, pero también sé que me oyes. Por favor, no desesperes. Aguanta un poco más.

—Mi hermosa Kali —dijo Cornelius en un tono enfermizamente ronroneante—. Qué amable eres al venir a visitar a tu hermano. ¿O debo ser tan osado y suponer que es mi encantadora presencia lo que buscas? —

Por la forma en que su cuerpo se puso rígido y su cabeza se sacudió para mirarnos por encima del hombro, Kali había estado demasiado concentrada en su gemelo para darse cuenta de que nos acercábamos.

La ira y la repugnancia instantáneas que recorrieron sus facciones—rápidamente ocultas—me produjeron mucho placer. Demasiadas mujeres caían rendidas ante el misterioso encanto de Cornelius. Alto y ágil, tenía la piel pálida y el encanto andrógino propios de los vampiros, aunque él mismo no lo fuera. De su rostro ovalado, enmarcado por una cortina de pelo largo, negro y ondulado, asomaban unos penetrantes ojos azules con gruesas pestañas.

Frunció los labios de aquella forma odiosa que consideraba seductora mientras inclinaba la cabeza hacia un lado para mirarla despacio. Con los pies ligeramente separados en una posición que consideraba varonil, apoyó ambas manos sobre el pomo de su bastón, que tenía delante. No lo necesitaba. Su amplia gama de magia se aseguraba de mantener su cuerpo joven e impecable. Simplemente le gustaba el estilo... por no hablar de la hoja letal que escondía, impregnada de

veneno mortal.

—Cornelius —saludó Kali con su deliciosa voz gutural.

Se sacudió el largo y liso pelo negro por encima del hombro mientras se giraba para mirarle. Habían pasado meses desde la última vez que vino a Willow Grove. No sabía qué había estado haciendo durante ese tiempo, pero era innegable que su poder había aumentado. Para mi alivio, no percibí ninguna viscosidad emanando de su aura, como ocurría normalmente cuando alguien adquiriría rápidamente nuevos poderes por medios moralmente cuestionables.

A pesar de la expresión cortésmente neutra de su rostro, el odio que ardía en sus ojos de obsidiana era inconfundible. Aunque no iba dirigido a mí, me dolía que me mirara con tanta animosidad. El tono más oscuro que su alma tomaba sistemáticamente en su presencia también me entristecía. Me sentí despojado de su luz, que de otro modo sería tentadora.

—Es normal que una hermana quiera visitar a su gemelo fraterno —continuó en tono neutro—. Pero también quería verte a ti.

Cornelius emitió inmediatamente un ronroneo que desató mi ira y mi irracional posesividad hacia la joven. Su reacción encantada reveló el hecho de que había traicionado mis emociones, que acallé rápidamente.

—¡Ah! Sabía que por fin entrarías en razón y corresponderías a mi afecto —dijo de la forma más asquerosamente suave.

Una vez más, Kali reprimió lo repulsivo que le parecía y agitó una mano desdeñosa.

—Aunque tus atenciones me halagan, no busco ningún tipo de relación. Lo único que me importa es mi hermano y concederle paz. Quiero hablar contigo sobre su liberación.

Abrió los ojos en una exagerada muestra de conmoción y sorpresa.

—¡Liberarlo! ¿Por qué iba a soltar a una mascota tan bien adiestrada? Deberías alegrarte de que le haya proporcionado un empleo estable y fiable. En estos tiempos de dificultades económicas...

—¡Eso no es empleo, es esclavitud! —espetó Kali, abandonando cualquier pretensión de civismo—. ¡Se está pudriendo de pie! Por mucho que te haya hecho daño, ya han pasado cuatro años. Ya ha sufrido bastante. Ya los has castigado bastante.

—No, mi belleza. Nunca es suficiente —dijo Cornelius en voz peligrosamente baja—. Cualquiera que me traicione sentirá mi ira. La piedad no existe en mi vocabulario.

—Por los Dioses, ¿qué coño quieres? Seguro que hay algo que pueda darte a cambio de su libertad —preguntó Kali con una voz suplicante mezclada de ira y desesperación.

Odiaba verla así. Odiaba que mis poderes y mi atracción por ella hubieran contribuido a causarle aquel dolor. Y, sobre todo, odiaba no poder arreglar nada de aquello.

Cornelius dio un paso adelante, invadiendo su espacio personal. Ella retrocedió inmediatamente para restablecer la distancia entre ambos.

—Sabes lo que quiero, Kali. Sírreme en todo y le liberaré.

—¡Nunca! —le espetó—. Cometió ese error, ¿y ves dónde le dejó eso?

—Jasper es débil —dijo Cornelius de forma despectiva—. Tu poder siempre fue mayor de lo que fue o podría ser el suyo. Podría hacerte legendaria. Incluso ahora puedo sentir cuánto han crecido tus poderes desde nuestro último encuentro.

—No necesito poder. Nunca lo he ansiado. Lo único que quiero es que mi hermano sea libre. Todos los que te han servido han tenido un destino muy desagradable. Yo no seré tu próxima zombi —replicó furiosa.

Se encogió de hombros.

—Sé leal a mí y no tendrás nada que temer. Como tú misma has dicho muy bien, no ansías el poder. Ellos sí, y su codicia fue su perdición. Sírreme y te mostraré cosas que nunca creíste posibles.

—¡Que te follen! —gruñó.

—Oh, cariño, obviamente eso forma parte del trato —ronroneó, despertando otra oleada de furia en lo más profundo de mi ser.

—La única forma de que me tengas será mi frío cadáver —siseó Kali.

Cornelius resopló, divertido tanto por mi enfado como por su comentario.

—¿Me estás amenazando con pasar un buen rato, querida? Para mí, viva o muerta es lo mismo. Quieras o no, me servirás, Kali. Y cuando me folle ese apretado coño tuyo, haré que me pidas perdón por haberme negado alguna vez.

—¡Vete a la mierda, psicópata retorcido! —gritó Kali antes de escupir al suelo.

No le había tocado, pero sentí la fría cólera que surgía en su interior por haberle faltado así al respeto. Mi corazón se hundió mientras esperaba lo que vendría después. El aire onduló a nuestro alrededor mientras él invocaba una ilusión. Nadie que pasara junto a nosotros por la calle vería lo que realmente estaba ocurriendo. Para ellos, solo habría un carruaje con Jasper preparado mientras una misteriosa joven discutía con su patrón.

—Jasper, a tu hermana se le ha caído algo. No podemos permitir que se ensucien así las hermosas calles de nuestra ciudad —dijo Cornelius con voz enfermizamente dulce, y sus ojos se clavaron en los de Kali con un brillo cruel mientras hablaba—. Sé un buen chico y lámelo.

Kali se tapó la boca con una mano y se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar horrorizada cómo su hermano—o lo que quedaba de él—se arrodillaba para cumplir la orden. Apenas pude reprimir la fría furia que amenazaba con invadirme. Quería arremeter contra él, pero solo conseguiría enfurecerlo aún más. A su vez, encontraría formas más repugnantes de desquitarse con ella.

—Te mataré por esto —susurró Kali, con la voz encendida de odio.

—Puedes intentarlo, mi amor. Esperaré con impaciencia tu desafío —dijo Cornelius con suficiencia.

Tras una última mirada culpable a su hermano, que ahora se incorporaba lentamente, se marchó furiosa, rompiendo la ilusión.

La vi alejarse, sintiéndome derrotado.



CAPÍTULO 2

Unas lágrimas de rabia me aguijonearon los ojos mientras zapateaba camino de mi caballo. La culpa, la rabia y un sentimiento de renovada determinación hicieron a un lado la debilitante impotencia que siempre intentaba asomar la cabeza cada vez que pensaba en la situación de Jasper.

Había sido un hombre tan apuesto antes de permitir que su codicia y su sed de poder fueran su perdición. Mientras montaba en mi caballo, miré el carruaje del nigromante que pasaba a mi lado. Muchas de las mujeres de los alrededores lanzaron miradas apreciativas poco sutiles a mi hermano, engañadas por el hechizo de glamour que ocultaba el cadáver putrefacto en que se había convertido bajo la bonita ilusión.

Devolví mi visión a la normalidad para que yo también pudiera disfrutar de una última mirada a su antiguo esplendor. Aunque Jasper era físicamente tan claro como yo era morena, nuestras personalidades eran exactamente opuestas. Sus mechones rubios hasta los hombros se mecían suavemente al viento, dejando al descubierto su piel clara y sus llamativos ojos azules. Al igual que Cornelius, mi hermano era ágil y tenía una belleza ligeramente andrógina.

Había utilizado descaradamente la seducción para conseguir lo que quería, tanto de hombres como de mujeres. Como a mi hermano le atraían todos los sexos, nada estaba fuera de sus límites ni era demasiado escandaloso para él, sobre todo si con ello conseguía algo.

Mientras iniciaba el largo viaje hacia la única persona que podría ayudarme a acabar con Cornelius, volví a reprocharme no haber sido más firme con mi hermano cuando le propuso trabajar para él. Siempre había sido demasiado débil cuando se trataba de Jasper. Aunque él había sido el mayor, yo había sido la madura y la voz de la razón. Pero su ansia de poder lo superaba todo.

Me ilusioné pensando que pronto se daría cuenta del monstruo abusivo que había elegido como mentor. Conocía bien a los hombres como Cornelius. Para ellos, las personas no eran más que herramientas prescindibles, marionetas que utilizar para conseguir sus fines. Pero en lugar de darse cuenta de su error y cortar por lo sano marchándose, Jasper intentó tomar para sí lo que su amo le negaba.

Fue tan estúpido, husmeando en la biblioteca prohibida de Cornelius, escatimando en su alijo de reactivos para realizar sus experimentos e investigaciones personales, y acostándose con sus concubinas con la esperanza de reunir jugosos secretos que pudiera aprovechar. ¿Qué locura le hacía pensar que Cornelius no se daría cuenta o que simplemente le dejaría salirse con la suya con una leve reprimenda?

De acuerdo, ni siquiera yo habría esperado que Cornelius llevara las cosas tan lejos. Pero ya habían pasado cuatro años. Ahora estaba claro que nunca liberaría a Jasper. Aquel desgraciado nigromante era un sádico y un psicópata. Yo obtendría un intenso placer siendo responsable de su desaparición.

A medida que me acercaba a las verjas de hierro forjado de los dominios de Cliona Nox, mi pulso se aceleró. Según todos los indicios, la misteriosa mujer—conocida informalmente como la Tejedora o la Bruja—podía ser bastante caprichosa en cuanto a quién concedía su ayuda. Como no podías concertar una cita con ella, no te quedaba más remedio que presentarte y rezar para que abriera sus puertas.

Se me encogió el corazón al ver lo que parecía un par de diablillos de piedra que saltaban de los pilares que enmarcaban las altas puertas de hierro que impedían el paso. Sus ojos de búho brillaban en rojo, iluminando sus rostros triangulares enmarcados por puntiagudas orejas de murciélago. Para mi consternación, parecieron crecer y convertirse en gárgolas mientras su piel de piedra adquiría una textura semileñosa. Con un rugido espeluznante, persiguieron a un hombre que claramente buscaba audiencia. Chillando, el hombre se alejó montado en su caballo mientras los rayos de fuego lanzados por las criaturas estallaban tras él.

Aunque fallaron, no dudé ni por un momento de que si las gárgolas hubieran buscado realmente matarle o hacerle daño, habría sido un hecho al primer disparo. Aminoré la velocidad de mi caballo al acortar la distancia con la puerta. Mientras una de las criaturas seguía “animando” al hombre a continuar, la otra daba vueltas en mi dirección.

Se me cortó la respiración y detuve el caballo. Con el corazón palpitante, me debatí entre darme la vuelta y escapar antes de que decidiera reducirme a cenizas. Sin embargo, el brillo rojo de sus ojos cambió a un tono amarillento pálido, parecido a la llama abierta de una vela. Voló a mi alrededor antes de girar de nuevo hacia la puerta y posarse sobre el pilar derecho. Instantes después, la segunda gárgola abandonó su persecución y regresó a su propio pilar del otro lado.

Para mi sorpresa, cuando sus cuerpos volvieron a su tamaño original, ambos giraron la cabeza para mirarme. En sus orbes de búho brillaba el mismo resplandor amarillo pálido, no amenazador. Simultáneamente, las altas y pesadas puertas se abrieron como empujadas por una mano invisible.

Tragué con fuerza e insté a mi caballo a reanudar su avance, pero esta vez a paso lento. El ensordecedor sonido de la sangre que corría por mis oídos no consiguió tapar el fuerte latido de mi corazón mientras me abría paso cautelosamente a través de las puertas aún abiertas. Mi cabeza se movía de derecha e izquierda para mirar a cada uno de los guardianes en busca de

algún signo de descontento por mi presencia.

A mitad de la entrada, las puertas empezaron a cerrarse detrás de mí de forma poco sutil para decirme que me pusiera en marcha. No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Empujando a mi caballo a medio trote, crucé el ancho camino delineado por un frondoso bosque formado por los árboles y la vegetación más extraños a cada lado, y que conducía a la casa.

La humilde choza que me esperaba al final de los doscientos metros de camino de tierra compactada me cogió por sorpresa. No sabía lo que había esperado, pero desde luego no era una simple cabaña con tejado de paja. Hasta que no me apeé del caballo y lo sujeté al poste del exterior, no me di cuenta de que se trataba de una especie de glamour que ocultaba el verdadero aspecto de la casa. El hecho de que la alteración de mi visión para ver más allá no revelara nada atestiguaba el poder demente del mago que había lanzado el hechizo para empezar.

Me pregunté por qué la Tejedora se molestaría en hacer algo así. Una parte de mí temía que eso significara que le gustaba el engaño. Otra se preguntaba si se trataba de un movimiento calculado para evitar exponer cualquiera de sus posibles vulnerabilidades dejando al descubierto lo que realmente le atraía. Y a la última parte le importaba una mierda. Yo solo estaba agradecida de que accediera a recibirme, sobre todo teniendo en cuenta que el anterior suplicante casi había sido despedido con el culo en llamas.

La madera oscura de la desgastada puerta crujió al abrirse con un prolongado quejido. Sentí un hormigueo en la piel cuando la potente magia de los poderosos hechizos se deslizó sobre mí al entrar en la morada. Apenas eché un vistazo a la típica choza de bruja que me recibió con su plétora de pergaminos, hierbas, frascos llenos de diversos líquidos que probablemente sería mejor no utilizar y demás parafernalia mágica.

Solo tenía ojos para la mujer sin edad que estaba sentada en un taburete mientras hacía girar un hilo dorado brillante en una rueda. Estaba unos metros detrás de una gran mesa y miraba hacia el lado derecho de la casa. Aunque era plenamente consciente de mi presencia, Cliona seguía hilando en silencio, lo que me hizo preguntarme si debía hablar primero o aclararme la garganta para reclamar su atención.

Se me escapó un grito ahogado cuando una silla en la que no había reparado junto a la puerta se deslizó por el suelo de madera hasta detenerse justo delante de la mesa, donde normalmente se sentaría una silla de invitados.

Emití un pequeño aullido al oír un fuerte estruendo detrás de mí. Volví la cabeza por encima del hombro y me di cuenta de que no era más que la puerta cerrándose. Avergonzada por estar tan asustadiza, eché una mirada nerviosa a la Tejedora. Al verla sentada detrás de la mesa, con las manos cruzadas sobre ella y mirándome fijamente a los ojos, casi me sobresalto.

Aunque esta vez no volví a gritar que se hubiera movido tan deprisa y sin hacer ruido, retrocedí visiblemente y me llevé una palma de la mano al pecho como para evitar que el corazón me saltara.

—Qué nerviosa eres, Kali —dijo la Tejedora con una voz sensual y gutural, con un toque de

burla—. ¿Cómo esperas derrotar a Cornelius si te asustas tan fácilmente? —

—¿Cómo lo sabes? —exclamé, atónita, tuteándola como ella había hecho conmigo.

Sentí las mejillas a punto de estallar en llamas por la vergüenza que me produjo la mirada poco impresionada que me dirigió. Los rumores afirmaban que Cliona Nox era una de los Antiguos, aunque nadie podía probarlo. Después de todo, ¿por qué iba a habitar una diosa entre los mortales y ayudarles en diversos apuros que para ella debían carecer de sentido?

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando las redondas pupilas de sus ojos púrpura se entrecerraron en una rendija mientras su mirada se desviaba hacia la silla vacía que había frente a la mesa antes de volver a mirarme. Tragué saliva y, con cautela, acorté la distancia que me separaba de la silla antes de sentarme en ella. Sus pupilas volvieron a su forma redonda, lo que tomé como una buena señal. Incliné la cabeza hacia un lado mientras me lanzaba una mirada evaluadora.

Los dedos largos y delicados de su mano derecha, con la punta de unas garras viciosas, acariciaban distraídamente la gruesa trenza en la que se había atado el pelo. Era blanco plateado, pero no el gris habitual de las personas mayores, y le caía hasta los pies. Resaltaba muy bien sobre su piel bronceada, el tipo de color que se adquiere al pasar toda una vida bajo el sol.

Parecía no tener edad, no era joven ni vieja. Pero el poder que emanaba de ella me dejó tambaleándome. No dudé de que solo era la punta del iceberg.

—No has respondido a mi pregunta —dijo al fin, con el rostro ilegible.

—No negaré que estoy un poco desconcertada —dije, orgullosa de que mi voz saliera más firme de lo que me sentía—. No todos los días se conoce a un Antiguo, segundos después de ver cómo un suplicante casi es asado por tus guardianes.

Una sonrisa casi imperceptible curvó la comisura de sus voluptuosos labios.

—No hay nada más insufrible que alguien que no acepta que no significa no la primera vez —dijo desdeñosamente.

Noté cómo no discutía mi afirmación de que ella era una de los Antiguos.

—Lo que me hace sentir curiosidad por saber qué me ha valido el honor de que me concedas una audiencia, sobre todo porque sabes cuál es mi objetivo —dije con cuidado.

—Una audaz sin duda, temeraria incluso para la mayoría —coincidió, y la intensidad con la que me sostuvo la mirada me inquietó—. La cuestión es si estás lo bastante comprometida con tu causa como para llevarla a cabo.

—Lleva años torturando a mi hermano —siseé, con la vieja ira aplastando cualquier nerviosismo que sintiera—. Quiero a ese bastardo muerto y a mi hermano libre. Haría cualquier cosa para que esto termine.

—¿Cualquier cosa? —preguntó ella con un atrevimiento en la voz mientras levantaba una ceja dudosa.

—Sí —dije con firmeza—. Cueste lo que cueste, quiero acabar con él.

La Tejedora resopló y me miró lentamente.

—Todos dicen eso, pero luego se dan golpes en el pecho cuando llega el momento de pagar.

Me preparé para lo que sabía que podría romper el trato. ¿Qué le ofrecías a una diosa a cambio de su ayuda? Desde nuestros humildes comienzos, me había creado una vida decente como maga de sangre y nigromante. Pero a alguien como la Tejedora no le servirían de nada las monedas.

—Ya lo veo —dije con cuidado—. Entonces, ¿cuál sería tu precio por ayudarme en este asunto?

—Nada —contestó ella.

Me eché atrás.

—¡¿QUÉ?!

Una sonrisa misteriosa se dibujó en sus labios, mientras su mirada púrpura adquiría un tono calculador.

—Me has oído bien. El precio de mi ayuda es nada. Te la concederé gratis.

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos al mirarla.

—Nada nunca es gratis, sobre todo cuando se trata de lo arcano y las artes oscuras.

Su sonrisa se ensanchó y en sus ojos brilló un destello de aprobación.

—Tienes razón, joven Kali. Pero *mi* precio es nada. Por lo que a mí respecta, tu éxito será recompensa suficiente para mí.

—¿Así que *hay* un precio? —insistí, molesta por sus juegos mentales.

—Por supuesto, niña tonta. Siempre lo hay. Pero no es uno que *yo* pida —repitió ella sin comprometerse.

Esta vez, resoplé de indignación porque me obligó a reformular la pregunta una vez más para que no pudiera eludir la respuesta. A pesar de mi enfado, empezaba a sospechar que era deliberado por su parte. Cuando se trataba de ocultismo, había que tener mucho cuidado de no dejar resquicios. ¿Era ésta su forma de evaluar mi capacidad de ser minuciosa o la facilidad con la que se podía jugar conmigo?

—¿Y cuál es el precio en concreto? —pregunté.

—Tu alma —dijo con naturalidad.

Me puse en pie de un salto, conmocionada, furiosa e incrédula ante una exigencia tan escandalosa.

—Siéntate, tonta —dijo la Tejedora con expresión aburrida.

—No puedes...

—Siéntate. Ahora —repitió en tono áspero, interrumpiéndome.

La mirada gélida de sus ojos me produjo un escalofrío. Tragué saliva y obedecí.

—Cornelius está protegido —continuó en tono de conversación, como si no hubiera pasado nada—. Es esencialmente inmortal gracias a una Parca.

—Por los nueve infiernos —susurré, horrorizada—. ¿Por qué iba a protegerle?

—Te aseguro que no es por voluntad propia —dijo Cliona, endureciéndose de nuevo su voz

al igual que su mirada, pero esta vez no dirigida hacia mí—. Pharos es su prisionero. Cornelius lo atrapó y lo tomó dentro de sí para poder beneficiarse de todos sus poderes. Mientras siga reteniendo a la Parca, serás incapaz de derrotarle o matarlo. Por lo tanto, debes separarlos.

Me removí inquieta en mi asiento, sintiéndome de repente abrumada por la enormidad de la tarea que tenía ante mí. Esperaba que un hechizo, una maldición o un veneno acabaran con él. Pero eso habría sido demasiado fácil. No me extrañaba que hubiera permanecido indemne durante décadas a pesar de los innumerables enemigos que no querían otra cosa que acabar con él.

—¿Cómo podría conseguirlo? —pregunté con voz tenue—. ¿Cómo los separo?

—Debes liberar a Pharos. Pero solo podrás conseguirlo si colabora contigo —advirtió.

—¿Cómo demonios voy a conseguirlo? Si está alojado dentro de Cornelius, nunca podré hablar con él —dije, mi voz expresaba claramente lo ridículo que sonaba aquello.

Cliona me miró fijamente, imperturbable.

—Debes invocarle, como se haría con un demonio o un espíritu. Tendrás un estrecho margen para hablar con él y convencerle de tu valía y dedicación a esta causa.

Me lamí los labios nerviosamente y asentí lentamente mientras digería sus palabras.

—Vale, puedo hacerlo. Pero, ¿cómo lo invoco?

—Te lo mostraré, si estás dispuesta a pagar el precio requerido —desafió.

Mi rostro se cerró de inmediato.

—¿Por qué él necesita mi alma para separarse de Cornelius? Estoy intentando liberar a mi propio hermano de que ese hijo de puta le robe el alma, ¿y tu Parca espera que le entregue la mía en el proceso?

—Necesita un vínculo que sustituya al actual con Cornelius para poder escapar —explicó la Tejedora.

—¿Como un nuevo huésped? —pregunté.

Ella asintió.

—Uno temporal hasta que pueda reintegrar su propio cuerpo.

—Me parece justo. Pero ¿por qué tengo que darle mi alma para eso? ¿Por qué no puedo acogerlo sin más? —desafié.

—Porque está atado. Tu alma creará un vínculo más fuerte que le permitirá liberarse —respondió pacientemente.

Me pellizqué los labios y me di cuenta de que negaba inconscientemente con la cabeza. Por muy desesperada que estuviera por encontrar una forma de liberar a mi hermano, poner mi alma en manos de un poderoso ser del mundo de las tinieblas, un Grim por cierto, era el límite.

—¿Seguro no hay otra forma que no implique entregarle mi alma? —argumenté.

Cliona frunció los labios. Aunque parecía reflexionar sobre el asunto, a un nivel visceral, creí que ya sabía la respuesta, pero que estaba retrasando deliberadamente su pronunciación, bien por efecto dramático, bien porque se preguntaba si yo tenía lo que hacía falta para llevar esto a buen

puerto.

Pensar que podría echarme casi me hizo entrar en pánico. Aunque no estaba dispuesta a pagar un precio tan alto, ella era mi última esperanza de salvar a Jasper. Me había pasado los últimos cuatro años buscando una manera, ninguna de las cuales tenía ni remotamente una posibilidad.

—Quizá haya uno —dijo al fin.

Me animé, con la esperanza hinchándose en mi corazón.

—¿Y cuál sería?

—Debes llevar una parte de él dentro de ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunté cuando su voz se apagó y no se explayó—. ¿Llevar una parte de él como huésped o ser poseída por él?

—Como anfitriona —respondió ella.

Apreté los dientes con exasperación por la forma odiosa en que me obligaba a sonsacarle toda la información en un lento goteo.

—¿Eso le permitirá controlarme?

—No.

—¿Será algo permanente o solo temporal?

—Temporal. Pharos quiere ser libre. Si lo consigues, regresará a su propio recipiente y ya no habrá ningún vínculo entre ustedes dos —dijo ella.

—¡Trato hecho! —exclamé, aunque me mordí las ganas de reprenderla por no habérmelo dicho desde el principio.

—No conmigo, querida —dijo la Tejedora en tono burlón—. Es con él con quien tienes que llegar a un acuerdo. Solo puedo decirte cómo proceder para invocarle.

Entrecerré los ojos hacia ella.

—Para que estés dispuesta a proporcionar esta ayuda gratuitamente, debes desear de verdad ver derrotado a Cornelius. Eres poderosa, mucho más de lo que yo pueda llegar a ser. ¿Por qué no tomas este asunto en tus manos, sobre todo teniendo en cuenta que ya sabes cómo realizar el ritual?

Para mi sorpresa, en lugar de la expresión altiva que esperaba que me dedicara por insinuar que alguien como ella se rebajaría a realizar tareas tan serviles, el rostro de Cliona se endureció con auténtica frustración mezclada de ira.

—Créeme, niña, si hubiera podido, habría sentido un gran placer en aniquilarlo de la forma más espantosa —dijo con tal veneno que un escalofrío recorrió mi espina dorsal—. Pero todos estamos sujetos a normas. En mi caso, no puedo inmiscuirme en los asuntos de los mortales. Puedo darles un codazo en cierta dirección, poner migas de pan, pero no cambiar directamente el hilo del Destino.

Asentí lentamente.

—Muy bien. ¿Cómo lo hago?

—Debes ir a un lugar seguro de poder, idealmente un anillo de hadas. Elige una morada apropiada, ya que hay unas cuantas en las cercanías con el nivel adecuado de intimidad. Asegúrate de establecer protecciones para evitar la intrusión de visitantes no deseados. Es vital que mantengas el secreto. Puede que Cornelius no sepa lo que ocurre antes de que sea demasiado tarde, o encadenará aún más a Pharos —explicó ella.

—Entendido —dije, sintiéndome nerviosa y emocionada a la vez.

Sacó un trozo de pergamino y dibujó en él el círculo más extraño que jamás había visto. No era el pentagrama de invocación habitual. Ni siquiera tenía un pentagrama, sino una inusual serie de remolinos y líneas alrededor de los bordes del círculo, ninguna de las cuales cruzaba su centro.

La Tejedora se levantó, fue a buscar una caja de cobre de tamaño mediano y me la entregó. Contenía una sustancia granulosa que parecía sal, pero supe sin la menor duda que no lo era. Las hebras verdes que contenía, parecidas a diminutas semillas, indicaban que los granos habían sido mezclados con algún tipo de hierbas que nunca había visto antes.

Durante los quince minutos siguientes, me explicó minuciosamente el proceso y los conjuros que debía pronunciar para invocar a la Parca. Aunque no lo dijo, basándome en la cantidad de “sal” que contenía la caja, sospeché que tendría que realizar el ritual más de una vez. Nadie regalaba cantidades excesivas de reactivos.

Para mi sorpresa, después de que me hiciera dibujar el círculo con una pluma en un trozo de pergamino, tanto el de referencia que me dio al principio como el de práctica que yo había dibujado se desintegraron y desaparecieron.

—¿Pero qué...?

—Éste es el tipo de magia que muy pocos aprenderán o deberían aprender —dijo la Tejedora, con un deje de amenaza en la voz—. Este conocimiento está ahora grabado en tu mente. Procura no compartirlo nunca con nadie.

No necesitaba que añadiera la parte “o si no” de su afirmación.

—No lo haré —respondí en tono apagado.

Me hizo un gesto rígido con la cabeza antes de relajar la postura.

—Como ya he dicho, Cornelius no puede saber lo que ocurre. Por lo tanto, una vez que hayas dibujado el círculo y pronunciado el conjuro, debes observarlo para ver si responde. Si los bordes brillan en naranja o rojo, debes detener la invocación.

—¿Por qué? —pregunté, realmente desconcertada.

—Si Cornelius está despierto, concentrado en Pharos o deseando utilizar sus poderes, sentirá su ausencia si ha sido convocado lejos. Si eso ocurre, acabará por completo con todas tus posibilidades de liberarlo —explicó.

—Ya veo. Pero, ¿cómo hago una pausa? Nunca he hecho algo así.

—Pronuncia esta palabra de poder, y luego espera a que el color vuelva a cambiar a azul claro. Pero ten en cuenta que la espera puede durar minutos u horas. También existe la ligera

posibilidad de que no responda a tu invocación. Esto no es como invocar a un demonio con la intención de esclavizarlo. Es una invitación que puede declinar o de la que puede alejarse cuando lo considere oportuno.

—Maldita sea —murmuré en voz baja. Ni una sola vez se me pasó por la cabeza que pudiera no responder a la llamada—. ¿Pero cómo sabe el círculo cuándo es el momento adecuado para que responda?

—El círculo no. La Parca sí.

—¿Así que es él quien cambia el color? —pregunté con repentina comprensión.

Ella asintió.

—Es su forma de decirte que esperes. El rojo significa una espera larga, mientras que el naranja indica una espera más corta.

Una oleada de alivio me inundó. Seguiría siendo un asco tener que estar mirando un círculo de invocación durante horas mientras esperaba a que por fin apareciera, pero al menos sabría que tenía intención de hacerlo.

—Pero espera, ¿y si no quiere venir en absoluto? —pregunté.

Sonrió, el brillo de aprobación en sus ojos púrpura me hizo cosas extrañas.

—Entonces el resplandor azul se desvanecerá como un interruptor que se apaga.

Enarqué una ceja al ver que se refería a la reciente tecnología llamada electricidad, que se había ido extendiendo junto con toda la maquinaria que funcionaba a vapor. Ella no tenía ninguna de esas herramientas y artilugios modernos. Por alguna razón, no esperaba que supiera mucho de nada de eso. Pero dudaba de que algo en este mundo y más allá fuera un secreto para ella.

—Recuerda que debes *convencerle* de que confíe *en ti*. Debes ser impertérrita y firme en tu determinación. Pharos se jugará mucho si acepta colaborar contigo. No fracasas. No habrá segundas oportunidades.

—No lo haré —dije, con la excitación burbujeando en mi interior.

Una expresión extraña recorrió sus rasgos eternos. Para mi sorpresa, no pronunció ni una palabra más, sino que se limitó a darme la espalda. El taburete en el que estaba sentada volvió a deslizarse silenciosamente frente a la rueda y empezó a hilar más hilo.

Mi confusión sobre qué hacer a continuación quedó rápidamente zanjada cuando la puerta se abrió tras de mí. Al darme cuenta de que me habían despedido adecuadamente, me puse en pie y salí de su casa en silencio. Cuando la puerta se cerró tras de mí, vi que mi silla se deslizaba a su posición original junto a la entrada.

Cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, regresé corriendo a la confortable casita que había alquilado junto al Bosque Feérico. Como había esperado, aquella elección intencionada dio sus frutos. Por algo el propietario la promocionaba como el lugar de escapada perfecto para los practicantes arcanos. Sabía exactamente qué anillo de hada utilizar para la invocación. Aseguré mi caballo en los pequeños establos. A pesar de mi ardiente deseo de salir

de inmediato, me obligué a esperar el momento oportuno, cenar algo ligero e incluso darme un baño rápido.

Cornelius era un búho nocturno. Aún tardaría un rato en acostarse. No quería llamar la atención innecesariamente preparando el círculo demasiado pronto y luego quedarme sentada esperando a que la Parca respondiera a mi llamada. Cuando el reloj dio las diez, estaba a punto de subirme por las paredes. Cediendo a la impaciencia, inicié el corto trayecto hacia el bosque vecino y bajé hasta el círculo de hadas situado a tiro de piedra de un pequeño río.

Detenerme a colocar guardias en un amplio radio del lugar que había elegido me ayudó a quemar algo de tiempo, aunque ni mucho menos el suficiente. Apenas habían pasado unos minutos de las once cuando terminé de dibujar el círculo, cuyo diseño había quedado grabado en mi mente para siempre.

Una emoción me recorrió cuando empecé a recitar el conjuro. Las palabras extranjeras se deslizaban por mi lengua con una facilidad que me sorprendió. Por supuesto, no era una novata en lo que se refería a las artes oscuras. Pero este ritual estaba en una lengua que nunca había oído antes. No dudaba de que la Tejedora tuviera algo que ver. No había sentido que me lanzara ningún hechizo. Sin embargo, de algún modo había grabado aquel diseño en mi mente y aquellas palabras en mi lengua.

Aplasté la sensación de inquietud que intentaba asomar la cabeza con preguntas sobre qué más podría haberme hecho en secreto que resultara menos favorable y me centré en la tarea que tenía entre manos.

En cuanto pronuncié la última palabra, un silbido resonó a mis pies, parecido al que se produce al arrojar una cerilla delante de un quemador de gas abierto. El color gris apagado de los granos de “sal” que había esparcido para dibujar el círculo empezó a brillar como si estuviera iluminado desde dentro. Una oleada de poder irradiaba de él, como un animal salvaje dispuesto a saltar.

Con el corazón palpitando con una mezcla de temor y excitación, me lancé un hechizo de protección mientras esperaba ansiosamente a que apareciera mi invitado.

Pero el resplandor blanco del círculo se volvió rojo de repente. Se me desencajó la mandíbula y se me hundieron los hombros. El alivio que debería haber sentido ante este indulto adicional antes de enfrentarme a lo desconocido que podría cambiar totalmente el curso de mi futuro nunca llegó. La profundidad de la decepción que descendió sobre mí fue casi aplastante.

Dejándolo a un lado, pronuncié la palabra de poder para detener la invocación, según las instrucciones de la Tejedora. De repente, todo el círculo empezó a palpar a un ritmo terriblemente lento, aunque conservando su brillo rojo.

Derrotada, me instalé en la hierba delante del círculo y comenzó la larga espera.



CAPÍTULO 3

PHAROS

Una oleada de asco me recorrió mientras miraba fijamente a Alva, una de las tres aprendices de Cornelius. De pie junto a las celdas que contenían las criaturas vivas de la colección del nigromante, se agarraba a los barrotes, sacaba el culo y lo agitaba de forma escabrosa. El menagerie variaba desde seres parecidos a zombis resucitados hasta abominaciones remendadas y criaturas míticas capturadas, encerradas en jaulas de metal reforzadas con magia. Los menos viciosos se alineaban en la pared izquierda de la sala, mientras que los más inquietantes estaban reclusos en una mazmorra aún más amplia a la que se accedía por una puerta trasera oculta por una de las celdas delanteras.

Más a la derecha, pasada la última jaula, una serie de constructos desactivados permanecían de pie o sentados abiertamente en el suelo. En agudo contraste, el lado opuesto de la sala estaba lleno de artefactos, partes de cuerpos y otros poderosos objetos mágicos expuestos como trofeos. Trampas letales y barreras los protegían de las manos errantes.

La razón por la que Cornelius eligió este escenario para una de sus recurrentes escapadas sexuales siempre me ha dejado perplejo.

De las tres aprendices, Alva era la que más se alineaba con las retorcidas manías del nigromante. Lo único que superaba su crueldad e impiedad era su sed de poder. Para los estándares humanos, Alva era una mujer hermosa. Con su largo y rizado pelo rojo fuego, sus ojos castaños y su rostro en forma de corazón, atraía muchas miradas apreciativas. Yo la encontraba demasiado delgada y demasiado pálida. Pero era su asquerosa personalidad lo que la hacía aún menos atractiva para mí.

A sus veintiocho años, Piers, el segundo aprendiz, era ocho años más joven que Alva, aunque nunca adivinarías que ella ya había superado los treinta. Con su 1,90 m de estatura, solo la superaba en unos centímetros. Al igual que Jasper, era delgado y tenía un aspecto andrógino. Como todos sus aprendices, Cornelius solo elegía a personas atractivas, pues se esperaba de ellas que calentaran su cama como parte de sus obligaciones. De pelo castaño, ojos azules y piel aceitunada, llevaba el pelo corto y con patillas. Su ambición rivalizaba fácilmente con la de Alva. Por desgracia para él, sus respetables poderes arcanos le frenaban. Mientras que Alva ansiaba

participar en el tipo de libertinaje del que disfrutaba Cornelius, él se limitaba a seguirle la corriente con cierto nivel de indiferencia. No era más que otro objetivo de su lista.

Mientras que a Alva le gustaba el sexo con todo y con todos—personas, monstruos e incluso muertos vivientes—a Piers técnicamente solo le atraían las mujeres, aunque cada vez sospechaba más que era asexual. Eso no le impedía inclinarse ante Cornelius siempre que éste se lo pedía.

Quitándose el cinturón, Piers lo azotó con fuerza no despreciable contra el culo contoneante de Alva. Aunque lo había hecho con cierto matiz de malicia, la desdichada hembra solo gimió, empujando aún más el culo para pedir más. Cornelius rio con aprobación antes de lanzar una mirada de reojo a Meri, su tercera y última aprendiz. Ella respondió con una sonrisa rígida antes de empezar a quitarse la ropa.

No podía decidir si sentía más lástima o repugnancia por ella. Era la más poderosa de las tres, pero también la más débil. Había desarrollado una obsesión enfermiza por Cornelius. La muy tonta se había convencido a sí misma de que estaba perdidamente enamorada de él. Si no hubiera sido por su poderosa magia, nunca habría conseguido un puesto con él como mentor. Meri no era fea, solo que no era su tipo. Bajita, de aspecto normal y más bien rellenita, no cumplía ninguno de los requisitos que le atraían, aparte de su lealtad incondicional y un talento nada desdeñable que él podía explotar.

Odiaba todas aquellas actividades de sexo en grupo que él les imponía al menos una vez a la semana. Estúpidamente, accedía para complacerle y con la esperanza de que él acabara sintiéndole algo de afecto y tal vez incluso le concediera el “privilegio” que a menudo otorgaba a Alva de compartir su cama ciertas noches. Se podría pensar que, después de tres años, se habría dado cuenta de que eso nunca ocurriría. Y, sin embargo, seguía esperando.

No podía comprender cómo alguien podía pensar que rebajándose de ese modo conseguiría que alguien te amara y respetara. Lo peor de todo era que Cornelius disfrutaba con su dolor y humillación. Insistió cruelmente en la promesa de un posible vínculo más estrecho entre ellos solo para que ella consintiera en situaciones cada vez más degradantes. Ni siquiera se la había follado una vez. Lo único que le había dado de sí mismo era el honor de tragarse su polla. De lo contrario, haría que Piers hiciera lo que quisiera con ella, sobre todo anal, pues sabía que ella lo odiaba con pasión.

Pero hoy sería aún peor para ella.

En cuanto terminó de desnudarse, Cornelius señaló con la cabeza a los constructos. A pesar de sus esfuerzos, Meri no pudo ocultar su expresión cabizbaja. No era la primera vez que la obligaba a dar placer a un ser de otro mundo. Pero aquellos constructos eran lo peor para ella. Eran creaciones descerebradas y sin alma, construidas a partir de diversas partes del cuerpo procedentes de criaturas vivas aleatorias—humanas o no—y que, en algunos casos, incluían partes mecánicas. No sentían nada y solo cobraban vida bajo un hechizo mágico.

Sin prestar atención a los gemidos de Alva mientras Piers seguía azotándola, Meri se dirigió hacia uno de los mayores constructos, que empezó a agitarse en respuesta a la compulsión de

Cornelius. Las mujeres se turnarían para ser aradas por aquella abominación. Mientras Alva lo disfrutaba, Meri luchaba contra las lágrimas. Lo que me mataba de aquello era que ella podía decir que no y también lo sabía. Pero temía aún más la idea de darle alguna razón para sacarla por completo de su pequeño entretenimiento. Aunque nunca la había tocado como ella soñaba, verle follar a Alva o incluso a Piers le daba la ilusión de que formaba parte de todo aquello.

—*No necesito presenciar esta estupidez* —le siseé mentalmente.

Cornelius soltó una risita, su malicia filtrándose en nuestra conexión psíquica. Sabía cuánto me disgustaban sus fiestas. Hacía que se prolongaran incluso mucho después de saciar sus interminables apetitos. Al principio, pensé que era para torturarnos aún más a sus aprendices y a mí. Tardé demasiado en darme cuenta de que también cargaba uno de los muchos talismanes que llevaba: éste en concreto, hecho con la sangre, los huesos y el pelo de un súcubo. Se alimentaba ávidamente de energía sexual y servía como amplificador mágico que le resultaba útil cuando luchaba o intentaba someter a demonios ancianos.

—*Eres un mojigato, Pharos. Después de unos cuantos siglos de abstinencia, habría esperado que agradecieras la oportunidad de disfrutar de los placeres de la carne a través de mí* —me respondió telepáticamente en tono burlón.

—*Nada de lo que puedas hacer me proporcionará jamás ninguna forma de placer, excepto mi libertad* —espeté.

—*¡Me estás lastimando!* —replicó burlonamente—. *Después de todo este tiempo, tú y yo deberíamos ser algo más que amigos, incluso hermanos. Nunca podré dejarte marchar. Relájate y aprende a disfrutar de las delicias que te ofrece la vida.*

—*Lo que tú llamas delicias no son más que libertinajes asquerosos y aborrecibles. Puedes permitirte disfrutar de ellos sin mí.*

Se rio un poco más. Ya habíamos tenido esa conversación un millón de veces. Aunque no tenía sentido, hablar de mis quejas le servía para distraerse de los acontecimientos que ocurrían a nuestro alrededor, hasta que se cansó de mí y finalmente me dejó pasar a un segundo plano. Evidentemente, no me había ido del todo. Pero era comparable a entrar en alguna forma de hibernación que me protegía de ver, oír o sentir nada, y especialmente no la viscosidad de su alma que me enjaulaba.

Lamentablemente, rara vez me soltaba hasta que las cosas estaban en pleno apogeo, lo que me obligaba a soportar demasiado sus retorcidos juegos.

El sonido de su voz mental burlándose más de mí se desvaneció en el fondo cuando una energía repentina tiró de mí. Me puse rígido, sobresaltado por lo que al principio pensé que era algún tipo de ataque psíquico contra Cornelius. A pesar de estar alojado en él, no estaba ligado a su sistema nervioso y, por tanto, no podía compartir el dolor físico que pudiera sufrir. Por supuesto, parte de él podía filtrarse a través de nuestro vínculo psíquico, e incluso de vez en cuando intentaba descargar parte de él en mí para hacer más llevadero su sufrimiento en las raras ocasiones en que un oponente conseguía golpearle. Pero yo poseía mis propios poderes para

bloquearle e incluso para resistirme a algunos de sus intentos de coaccionarme para que hiciera ciertas cosas.

Entonces caí en la cuenta de que no se trataba de un ataque, sino de una invocación. Lo que al principio supuse que era un tirón, en realidad era la atracción constante de un portal. Incluso empezó a arremolinarse ante el ojo de mi mente.

¿Qué demonios es esto? ¿Quién podría invocarme de este modo?

Inmediatamente reprimí mis emociones para que Cornelius no se diera cuenta. Con la atracción del portal creciendo en intensidad, pronto lo detectaría. No podía permitirlo. Solo alguien que conociera mi nombre sagrado podría realizar esta invocación. ¿Estaba por fin a mi alcance la libertad?

En mi afán por averiguarlo, estuve a punto de saltar a través del portal, pero me contuve en el último momento. Podría tratarse de una trampa que me condujera a un destino aún más terrible que el actual. E incluso suponiendo que no me esperara ningún enemigo al otro lado, Cornelius me sentiría salir si no era discreto, y me volvería a atrapar antes de reforzar mi jaula para impedir cualquier posibilidad de fuga futura.

Necesitaba manejar esto con inteligencia.

Con mucha reticencia, envié un discreto toque mágico a través del portal diciéndole al invocador que lo detuviera hasta que llegara el momento adecuado. Solo podía esperar que comprendieran el mensaje y no lo tomaran como un rechazo. En medio milenio de cautiverio, éste era el primer portal que se abría para mí. No podía soportar la idea de otros quinientos años así si el invocador se daba por vencido y cerraba definitivamente el portal.

Mientras un millón de pensamientos se arremolinaban en mi mente, de repente sentí que Cornelius sondeaba mi conciencia. Controlé mis emociones y volví a centrarme en él. Como me había perdido cualquier tontería que hubiera estado soltando, mi falta de respuesta sarcástica había levantado sus sospechas.

Desvié mi atención hacia Meri, dejando que la repugnancia que sentía me invadiera, ahogando mis emociones sobre el portal. La patética hembra estaba ahora a cuatro patas, con los dientes apretados mientras el enorme constructo la aporreaba por detrás. Tenía las patas de toro, la cola y la polla anudada del demonio menor que Cornelius había conservado tras matarlo. El torso pertenecía a un varón humano que no había pagado su deuda a tiempo. La cabeza se la habían cortado a un trol, aunque los ojos pertenecían a un metamorfo lobo. Y los brazos procedían de un simio demoníaco.

Junto a ellos, Alva estaba de rodillas, balanceándose ante la ingle de Piers, con el culo, las piernas y la parte baja de la espalda enrojecidos por las furiosas ronchas donde la había golpeado con el cinturón.

—Vete a disfrutar de tus mascotas. Ya estoy harto de esta farsa. Puedes intentar obligarme a quedarme, pero no lo haré —dije con todo el desprecio que pude reunir.

Visiblemente satisfecho de que mi extraña desconexión hubiera sido provocada por lo

repugnantes que me resultaban aquellas fiestecitas, los ribetes sospechosos de su insistencia se desvanecieron y Cornelius resopló. Sus partes controladoras y crueles querían obligarme a quedarme para afirmar su dominio. Para mi alivio, esta vez decidió soltarme.

Ver a Piers follándose la cara de Alva le estaba poniendo duro. A pesar de que era ella la que avivaba su fuego, él atizaría primero a Piers, solo para fastidiarle.

Cuando empezó a desabrocharse el cinturón, me desvanecí en un segundo plano.

A pesar de mi ardiente impulso de correr hacia el portal, esperé mi momento, desvaneciéndome cada vez más hasta que mi anfitrión apenas fuera capaz de notar mi presencia. Una vez que entrara de lleno en la acción, ya no me prestaría atención. Teniendo en cuenta la cantidad de alcohol y drogas que habían introducido en la habitación, esto duraría al menos tres o cuatro horas. Después, se rehidratarían y se desmayarían en la cama. Técnicamente, tendría hasta altas horas de la madrugada antes de tener que volver.

Pasé la siguiente eternidad esperando y rezando para que el invocador no se marchara por impaciencia. Cuando me sentí lo bastante seguro como para enviar otro toque a través del portal, habían transcurrido poco más de cuarenta minutos desde que se abrió por primera vez. La rapidez con que volvieron a abrirlo por completo hizo que mi espíritu se elevara. Quienquiera que fuese, deseaba verme con tantas ganas como yo deseaba salir.

Sin embargo, conteniéndome, seguí con cuidado el túnel arremolinado que apareció ante el ojo de mi mente. Moverme con demasiada rapidez, incluso en este estado de profundo desvanecimiento, tiraría de la cuerda que aún me ataba a Cornelius.

La brisa fresca del atardecer, el aire fresco y el discreto canto del agua corriente en la distancia me impresionaron antes de que el mundo se formara por completo a mi alrededor. Mi conmoción al encontrarme en medio del Bosque Feérico palideció en comparación al descubrir la identidad del invocador.

—¡Por los Dioses! ¡Ha funcionado! —exclamó la mujer.

—¿Kali? —exhalé, atónito.

Un escalofrío me recorrió al oír mi propia voz, aunque tenía un deje incorpóreo. Hacía cinco siglos que no me oía así.

Ella retrocedió, sus ojos se abrieron de par en par cuando la sorpresa se apoderó de su excitación, antes de dar paso a la cautela.

—¿Cómo sabes mi...?

Su voz se entrecortó y parpadeó como si hubiera comprendido algo de repente. Sin embargo, respondí a su pregunta, que no acababa de formularse.

—Fui testigo de tus encuentros con Cornelius —repliqué, con voz áspera—. Dudabas de tu capacidad para triunfar, y aun así me convocaste. ¿Qué es esto? ¿Cómo aprendiste este antiguo ritual?

Se lamió los labios nerviosamente y luchó visiblemente contra el impulso de retorcerse.

—La Tejedora me enseñó —respondió rápidamente—. Le pedí ayuda para derrotar a

Cornelius y liberar a mi hermano. Me dijo que primero tenía que liberarte a ti antes de que él fuera lo bastante vulnerable como para que yo pudiera matarle.

Fue mi turno de retroceder. Un millón de pensamientos se arremolinaron en mi cabeza, aunque la conmoción, la esperanza y la confusión guerreaban en mi interior a partes iguales. ¿Por qué iba a interceder ahora la Tejedora? ¿Por qué enviar a Kali?

Claro que ella era una maga decentemente poderosa. Sin embargo, dudaba mucho de que fuera lo bastante feroz para llevar esto a cabo, sobre todo teniendo en cuenta los riesgos y sacrificios que conllevaba.

—¡Necia! No tienes poder para matar a Cornelius —gruñí.

—Sin tus poderes, él...

—Incluso sin mí como sanguijuela, seguiré siendo más poderoso de lo que tú puedas llegar a ser —interrumpí—. Eres demasiado débil para desafiarle.

En su rostro se dibujó una expresión de enfado.

—¡La Tejedora cree que puedo hacerlo! ¡Yo creo que puedo hacerlo! No hay nada que no haría para liberar a mi hermano.

—¡Lo único que conseguirás es morir! —espeté.

—Eso no lo sabes —dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho y levantando la barbilla desafiante—. Me pase lo que me pase, ¿qué te importa? Para que yo intente siquiera derrotarle, o para que él me mate, antes tienes que ser liberado. ¿Qué tienes que perder?

—¡Todo!

Parpadeó, confundida por mi respuesta. Avancé hasta el borde del círculo que me contenía. Era extraño volver a tener un cuerpo, aunque éste no fuera más que una sombría representación de mi alma. Para ella, yo parecería un Espectro blanco.

—¿Te ha dicho la Tejedora en qué consiste la tarea de liberarme? —pregunté con voz severa.

—Dijo que tenía que devolverte a tu cuerpo —respondió Kali, sonando un poco insegura.

—¿Sabes siquiera dónde está mi cuerpo?

Frunció el ceño al notar el tono burlón de mi voz. Me estremecí al reconocer que era el que Cornelius utilizaba a menudo contra las personas a las que se disponía a reprender. Me avergonzaba que su sucia influencia manchara tanto mi propio comportamiento. En cierto modo, era de esperar después de pasar quinientos años como su prisionero.

Kali negó con la cabeza, y su postura obstinada—al borde de la arrogancia—se aflojó hasta convertirse en una de reprimida cautela.

—Se encuentra en una de las cámaras de sacrificio del fondo de la Cripta Hemdell —dije en tono gélido.

Justo a tiempo, se estremeció. Sus brazos cruzados sobre el pecho se deslizaron unos centímetros hacia abajo para abrazar su cintura. Había sido un gesto inconsciente, pero muy revelador. La rabia que tal reacción despertó en mí luchó con la decepción que sentí y con algo más que no podía expresar con palabras.

—¿Ves? Si eso te hace estremecer, como debería, no estás ni de lejos preparada para una misión así. Si fracasas, las probabilidades de que Cornelius se dé cuenta son altísimas. Y una vez que lo haga, me encadenará de tal forma que nunca habrá oportunidad de que escape.

—Igual no lo tienes ahora —espetó, visiblemente molesta por mi tono castigador.

Su comentario me tocó la fibra sensible. Un silbido grave emanó de mí mientras me acercaba aún más al borde del círculo de forma amenazadora.

—Ten cuidado, pequeña —gruñí.

Apretó los labios y bajó los ojos. A pesar de lo molesto que me sentí por su insolente comentario, no pude evitar que su atrevimiento me pareciera atractivo. Detrás de su aspecto delicado había fuerza. Estaba claro que la habían acosado en el pasado y que había aprendido a mantenerse firme. Y lo que es más importante, había madurado lo suficiente como para saber cuándo retirarse estratégicamente.

—Mira, no tengo deseos de morir. Necesito tu colaboración para que Cornelius vuelva a ser mortal y yo pueda liberar a mi hermano —dijo Kali en un tono razonable con un ligero deje suplicante—. Necesitas a alguien como yo para liberarte de la prisión en la que te atrapó. Podemos ayudarnos mutuamente. Sería una tonta si no me inquietara la idea de entrar en las entrañas de la Cripta de Hemdell. Habrías tenido más motivos para preocuparte si me hubiera despreocupado del peligro que entraña. Pero eso no me disuade. Puedo hacerlo.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? —no pude evitar preguntar burlonamente.

—Recreando este círculo cerca de tu cuerpo dentro de la cripta, ¿no? Si voy durante el día, la mayoría de las criaturas repugnantes estarán inactivas —dijo en tono esperanzado.

—Eso no funcionará —dije con un gesto desdeñoso de la mano—. Aunque ir durante el día es un enfoque acertado, crear el círculo cerca de mi cuerpo no bastará. Necesito que te conviertas en un conducto para mí.

Por la forma en que se puso rígida, sospeché inmediatamente que la Tejedora le había insinuado cuál sería el coste de que me ayudara. Kali estaba visiblemente poco dispuesta. ¿Había venido a hacerme perder el tiempo?

—¿Y cómo lo hago? —preguntó ella, con voz tensa.

—Entregándome tu alma —respondí con naturalidad.

—Eso está absolutamente fuera de lugar —respondió Kali con una finalidad que dejaba claro que no habría más debate sobre el asunto.

Me invadió una oleada de ira. Aunque comprendía su reticencia a hacer semejante sacrificio, su negativa rotunda me habría parecido menos bofetada si hubiera sido una sorpresa para ella. Pero vino aquí sabiendo ya lo que yo diría. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Por qué me dio esperanzas para destruirlas de inmediato?

—¡Entonces vete y deja de hacerme perder el tiempo! —siseé.

Le di la espalda con rabia, dispuesto a dejar que mi conciencia buscara el camino de vuelta a Cornelius. Pero aquella espantosa perspectiva me heló. Por muy furioso que me sintiera porque

Kali me guiaba, por primera vez en siglos, estaba disfrutando de una apariencia de libertad. Pasarían un par de horas más antes de que necesitara volver de verdad. ¿Por qué desperdiciar una oportunidad así cuando probablemente no volvería en décadas, si no siglos?

—¡Espera! —gritó Kali, presa del pánico.

La miré por encima del hombro. A pesar de mi postura rígida, en el fondo, mi orgullo fuera de lugar le agradecía que me proporcionara una forma de salvar las apariencias mientras permanecía aquí.

—Por favor, discutamos esto racionalmente —dijo ella en un tono razonable cargado de tensión—. Si solo necesitas volver a tu cuerpo, ¿por qué necesitas mi alma?

Me volví lentamente hacia ella y me aproximé de nuevo al borde del círculo. Parecía bastante pequeña ante mi forma sombría. Su cabeza apenas llegaba a la mitad de mi pecho. Técnicamente, podría reducirme, pero requeriría una energía que no quería malgastar. Curiosamente, verla tan delicada en comparación despertó en mí un agradable sentimiento de protección. Teniendo en cuenta que la necesitaba para llevar a cabo una parte peligrosa de esta misión para liberarme, que suscitara tal reacción en mí debería ser aterrador en lugar de agradable.

—¿Qué sentido tiene? —pregunté con un tono ligeramente altivo—. Está claro que no consentirás. ¿Qué se conseguiría discutiendo el asunto?

—Pides un precio demencial por ayudarte —replicó ella con rigidez—. Creo que es justo y muy razonable que entienda por qué demonios pides eso, y cómo coño es relevante para la tarea que se necesita.

Fruncí los labios mientras sopesaba sus palabras. Desde luego, era una petición razonable. Solo un idiota torpe consentiría algo así sin cuestionarlo. No sabía por qué actuaba de aquella manera tan odiosa y contraria a mi talante normalmente encantador. Quería creer que era simplemente para alargar las cosas sin que se notara demasiado mi reticencia a reintegrarme en mi jaula.

—El hecho de que me des tu alma crea uno de los vínculos más poderosos posibles entre dos seres —expliqué al fin en un tono mucho más suave—. Ese vínculo sustituirá al que actualmente me ata a Cornelius. Me permitirá pasar fácilmente de su recipiente a través de ti a mi propio cuerpo. Sin él, en el momento en que intente reintegrar mi cuerpo, la atadura me arrastrará de nuevo hacia él.

Kali frunció el ceño. Bajó la mirada al suelo mientras reflexionaba intensamente sobre mis palabras antes de volver a mirarme.

—Suponiendo que acepte y te entregue mi alma, ¿sería algo temporal? ¿Te comprometerías a devolvérmela por completo, sin trucos ni ataduras?

En cuanto empecé a sacudir la cabeza, la ira y un aire de traición se instalaron en sus impresionantes facciones.

—No, Kali, no te lo devolvería —respondí con voz tranquila—. Antes de que te enfades, debes saber que no es por codicia, sino simplemente porque es imposible. Una vez dada, un alma

no puede ser retirada ni devuelta.

—¡Eso es mentira! —espetó ella—. Los demonios lo hacen todo el tiempo. Firmas un contrato con sangre y, si cumples las condiciones establecidas en él dentro del plazo acordado, te lo devolverán.

Sonreí.

—Tienes razón en cuanto a cómo funcionan esos contratos. Sin embargo, su alma *aún* no está entregada, que es la palabra clave. Equivale a ponerle un gravamen. Si no cumples tu compromiso, pierdes la propiedad de tu alma, que pasa a ser propiedad permanente del demonio para que haga con ella lo que quiera. En nuestra situación concreta, un embargo no funcionaría. No pretendo apoderarme de tu alma. Simplemente debo crear el vínculo necesario.

Sus hombros se encorvaron y mi pecho se contrajo al ver el aire de derrota que se dibujaba en su rostro. Una vez más, una oleada de protección surgió en mi interior.

Desde la primera vez que puse mis ojos en ella, despertó en mí una poderosa posesividad y un hambre que nunca se calmaron con el paso de los años, sino que se hicieron más fuertes. En muchos sentidos, afirmar que no buscaba apoderarme de su alma era en realidad una mentira. La ansiaba con una ferocidad que desafiaba la lógica. Incluso ahora, sus colores resplandecientes me hipnotizaban. Ahora que me había liberado de las limitaciones del recipiente humano de Cornelius, por fin podía oír la inquietante melodía de su alma. Era como el suspiro dichoso del viento en respuesta a la suave caricia de los rayos del sol en su cenit. Tenía una cualidad sensual y cristalina que podría escuchar eternamente.

—Lo siento —dijo por fin Kali, poniendo fin a mis pensamientos errantes—. No puedo hacerlo. Es un precio demasiado alto. No voy a luchar tanto para liberar a mi hermano solo para convertirme yo misma en esclava.

—No serías una esclava —objeté, sintiéndome un poco escocido de que me creyera capaz de tal cosa.

De acuerdo, era una suposición justa, sobre todo dadas las circunstancias. Pero aun así me sentí ofendido por ello.

—Lo dices tú —replicó ella con un desafío en la voz—. Yo no te conozco. Solo los Dioses pueden decir cómo te han afectado todos esos siglos atrapado en el jodido retorcimiento que es Cornelius. La conclusión es que mi alma dejará de ser mía mientras viva, y probablemente incluso después. Te dará un poder demencial sobre mí, y yo no podré hacer nada al respecto. Dime que me equivoco.

Incliné la cabeza en señal de concesión.

—Tienes razón en cada una de tus afirmaciones. Por desgracia, no tengo nada más que ofrecerte de mis puras intenciones que mi palabra y una promesa.

Sacudió la cabeza, pero dudé de que fuera consciente. Con el ceño aún fruncido, seguía pensando furiosamente.

—No es un puente que esté dispuesta a cruzar. Pero la Tejedora dijo que podría haber otra

forma que no implicara que te diera mi alma. Habló de convertirme en tu anfitriona —dijo Kali con voz esperanzada.

Mi rostro se cerró al instante. Aparte del hecho de que deseaba sinceramente su alma con un hambre casi rabiosa, realmente no me gustaba la otra opción por todas las formas en que podía salir mal.

—Puede que haya otra forma —admití con mucha reticencia—. Pero es mucho más arriesgada. Y, a decir verdad, dudo mucho que consintieras en hacerlo.

Levantó la ceja con curiosidad no disimulada y una pizca de recelo.

—¿Más arriesgado, cómo? ¿Y por qué iba a tener un problema con ello?

—Para ello sería necesario que te diera una parte de mi alma en su lugar. Una vez que eso ocurra, la parte de mí que permanezca dentro de Cornelius será más débil. Él podría notar mi presencia más débil. Pero, lo que es más importante, en caso de que requiera el uso de mis mayores poderes, éstos carecerán claramente de la potencia que deberían tener normalmente. Si sospecha lo que está ocurriendo, no solo lo desactivará, sino que podrá rastrear el vínculo hasta ti cuando reclame la parte de mí que llevarás. Y entonces, vendrá a por ti con venganza.

Volvió a estremecerse, comprendiendo que aquel plan no tendría una conclusión fácil.

—¿Pero y si yo voy primero a la cripta y tú me entregas esa parte de ti justo antes de que te transfiramos a tu cuerpo? De ese modo, aunque Cornelius se dé cuenta, no tendrá tiempo suficiente para reaccionar y volver a encadenarte —sugirió Kali tímidamente.

Sus hombros volvieron a encorvarse cuando negué con la cabeza.

—Eso no funcionaría. O mejor dicho, solo funcionaría si ya hubieras alojado al menos una cuarta parte de mi alma, pero lo ideal sería un tercio. Pero alojarla de ese modo requiere varias sesiones en las que solo se transfiere una pequeña fracción cada vez para evitar que me detecten porque estoy atado. Lo que sugieres es lo que habríamos hecho si me hubieras dado tu alma. Entonces, habrías ido directamente a mi cuerpo y la transferencia habría sido casi instantánea.

—Maldita sea —murmuró Kali en voz baja—. ¿Cuántas sesiones me harían falta para alojarte lo suficiente para esto?

—Al menos tres sesiones, pero lo más probable es que sean cinco —dije con voz ligeramente burlona.

Una parte de mí disfrutaba con ello, sabiendo que perdería la cabeza cuando entrara en detalles sobre lo que implicaba. La otra parte esperaba firmemente que accediera, no solo por la oportunidad de recuperar mi libertad, sino también para satisfacer uno de los muchos deseos que despertó en mí desde la primera vez que nos cruzamos.

Se revolvió el largo pelo negro por encima del hombro mientras entrecerraba los ojos mirándome.

—Vale. Entonces hacemos esas tres o cinco sesiones para que yo me convierta en tu huésped. Pero, ¿qué ocurrirá después de que te transfiera a tu cuerpo? ¿Seré totalmente libre de ti?

—Sí —dije sinceramente, aunque sintiéndome un poco rechazado por su afán de no tener ningún vínculo persistente conmigo.

—¿No tendrás ningún poder sobre mí cuando esto acabe? —insistió ella.

—Ninguno —respondí en el mismo tono objetivo.

—¿Y mientras te hospedo?

Puse los ojos en blanco, empezando a sentirme un poco molesto. Mi reacción era injusta, ya que era de suma importancia hacer averiguaciones minuciosas antes de llegar a un acuerdo de ese tipo. Pero la parte irracional de mí solo quería que confiara en mí y creyera que la protegería, incluso de mí mismo.

—Con este enfoque, no tendré ningún poder ni control sobre ti antes, durante o después de que se complete la tarea. Mientras me acojas, no tendré forma, ni deseo, de causarte ningún daño ni de afectar a tu capacidad de controlar tu propio cuerpo, mente o acciones. Te lo prometo.

Esta vez, la caída de sus hombros no expresaba desánimo, sino alivio, mientras su rostro se iluminaba de emoción.

—Perfecto. Esto sí puedo hacerlo. ¿Y cómo lo hacemos?

La miré fijamente, con un sinfín de pensamientos volando por mi mente mientras reflexionaba sobre cómo darle la noticia. Mi intención inicial de tranquilizarla fue aplastada por mi boca, que huyó con voluntad propia.

—Desnúdate, entra en el círculo y tumbate boca arriba —le dije.

—¿¡QUÉ?! —gritó Kali, dando un paso atrás involuntario.

—Ya me has oído —dije con voz fría.

—Pero... ¿pero por qué? —preguntó Kali con evidente negación.

—Ya sabes por qué. La transferencia se realiza físicamente mediante el apareamiento.

—¿Pero si no tienes físico! —exclamó, haciéndome un gesto evidente con la mano.

—Dentro de este círculo, soy parcialmente tangible. Mediante el apareamiento, te transferiré parte de mi esencia etérea, un poco más con cada sesión hasta que el vínculo sea lo suficientemente fuerte.

—No me parece bien en absoluto —dijo Kali en un tono definitivo similar al que utilizó cuando se negó a darme su alma.

—Entonces hemos terminado aquí —dije en tono áspero.

Me miró incrédula.

—¿No puedes hablar en serio! Seguro que hay otra forma.

—No hay otra forma. Puedes entregarme tu alma o yacer conmigo para recibir mi esencia. La decisión es tuya. Pero elige rápida y sabiamente.

—¿Pero podrías matarme! —exclamó Kali como si fuera evidente—. Este círculo es mi única protección.

Eso me desconcertó. Aunque ese temor bien fundado debería haber sido obvio, mi mente había supuesto instantáneamente que era la repulsión ante la idea de yacer conmigo lo que

desencadenaba una respuesta tan negativa por su parte. Por muy justificada que estuviera esa reacción, me tranquilizó saber que ése no era el motivo principal de aquel rotundo rechazo.

Ladeé la cabeza y enarqué una ceja divertida.

—Técnicamente, no te equivocas. Al entrar en el círculo, te expones a mi posible ira o locura. Pero, ¿en qué me beneficiaría eso? Estoy atrapado en una prisión de la que no puedo escapar por mí mismo. Eres la primera esperanza que he encontrado en los últimos quinientos años. ¿Por qué coño iba a poner en peligro mi única oportunidad?

—Pides mucho —dijo Kali, sonando un poco angustiada.

—No te pido más de lo que me pido a mí mismo —repliqué—. De lo que no te das cuenta es de que yo asumo tantos o más riesgos que tú. No olvides que darte una parte de mí es una gran amenaza para mi bienestar. Un solo error por tu parte podría acabar conmigo. Ambos corremos riesgos. La cuestión es cuánto estás dispuesta a correr.

Kali lanzó un suspiro y se frotó las sienes, parecía abrumada.

—Necesito tiempo para pensar. Esto no es lo que esperaba.

—No hay tiempo —repliqué—. Si no puedes comprometerte ahora, tendrás que esperar otra semana antes de que podamos iniciar el proceso, en caso de que decidas llevarlo a cabo.

Kali se puso rígida y me miró confusa.

—¿Por qué una semana? ¿Por qué no mañana o pasado mañana?

—Porque establecer el primer vínculo lleva más tiempo. Esta noche es la oportunidad perfecta, ya que Cornelius estará ocupado al menos durante las próximas horas, sin esperar ni buscar mi presencia. Después de esta noche, solo podré acudir a ti cuando duerma. Iniciar el primer vínculo en ese momento es demasiado arriesgado. Existe una posibilidad no despreciable de que lo sienta. El único momento seguro será dentro de una semana, cuando celebre otra de sus pequeñas orgías que se prolongan durante media noche.

Me miró en silencio durante largo rato. A juzgar por los colores brillantes de su alma, como un halo multicolor alrededor de su cabeza, tenía demasiados pensamientos y emociones contradictorios. Para mi sorpresa, simplemente me dio la espalda y se marchó. Un dolor agudo me acuchilló mientras permanecía allí, entumecido, viéndola marchar. La conmoción, la traición y una profunda sensación de derrota se abatieron sobre mí.

Me di la vuelta para mirar el agua cristalina del río que, a poca distancia, brillaba bajo el suave resplandor de la luz de la luna. Nada de esto tenía sentido. La Tejedora no me habría enviado a Kali si no creyera sinceramente que podía llevar esto a buen puerto. El destino no habría elegido que la única hembra que me había conmovido durante generaciones fuera la primera en ponerse en contacto conmigo tras años de desesperación solo para que esto no llegara a ninguna parte.

Solo necesita más tiempo para aceptarlo.

Me aferré desesperadamente a ese pensamiento. Una parte de mí quería llamarla y rogarle que volviera. Pero era una misión demasiado terrible para embarcarse en ella sin entusiasmo.

Tenía que comprometerse plenamente. Había esperado quinientos años, ¿qué era una semana más?

¿Y si no me convoca nunca más?

El sonido de una voz suave en la distancia me sacó de mis sombríos pensamientos. Volví la cabeza y vi a Kali lanzando un hechizo de cono de silencio sobre una de las barreras que había colocado a unos diez metros del anillo de hadas que había elegido para construir el círculo de invocación. Una tenue luz voló desde el pabellón al siguiente, luego al tercero y así sucesivamente a través de los ocho pabellones que formaban un perímetro circular perfecto a nuestro alrededor.

Atónito, la vi caminar en silencio hacia mí, con una extraña mezcla de determinación y recelo luchando por dominar su hermoso rostro. Se detuvo frente al círculo y me miró fijamente.

—Prométeme que no me harás ningún daño, ni físico ni mental, ni de ningún otro tipo, si entro en el círculo —dijo en tono firme.

—Lo prometo —respondí, tratando de contener la esperanza que volvía con fuerza.

—Jura que a partir de este momento, una vez que entre en el círculo, mientras esté dentro de él e incluso después de salir de él, tus interacciones conmigo estarán desprovistas de cualquier intención maliciosa hacia mí y permanecerán constreñidas al único propósito de transferirme una parte de tu alma para que podamos liberarte de Cornelius.

Abrí la boca para responder, pero luego dudé. Prestar aquel juramento no era un problema. Pero, por mucho que respetara su razonable necesidad de protegerse contra un posible juego sucio, me molestaba sobremanera que no confiara en mí. Mi reacción fue irracional, pero necesitaba que supiera sin lugar a dudas que, pasara lo que pasara entre nosotros, siempre estaría a salvo conmigo.



CAPÍTULO 4

Fruncí el ceño, la desconfianza que había empezado a disminuir volvió a surgir con fuerza en mi interior mientras miraba fijamente la forma fantasmal de la Parca cuando no respondió de inmediato.

—¿Te das cuenta de que los círculos mágicos sirven para distintos fines, verdad? —preguntó en tono misterioso.

Eso me desconcertó. ¿Por qué ese repentino cambio de tema cuando le exigí la última prenda que garantizaría mi seguridad una vez que entrara? ¿Había estado intentando engañarme todo el tiempo?

—No has respondido a mi petición —respondí con voz severa.

—Prometo contestar en un momento —dijo con un gesto desdeñoso, con su voz incorpórea hermosamente inquietante—. Pero, por favor, dame el gusto de responder primero a la mía.

Fruncí el ceño, insegura de cuál podía ser el propósito de todo aquello. Por supuesto, los círculos mágicos tenían varias finalidades. El principal era formar una barrera protectora entre el invocador y la entidad que invocaba. Pero también podían utilizarse para contener energía o formar un espacio sagrado como parte de un ritual determinado.

—Sí, soy consciente de ello —concedí, dejando claro con la voz que no entendía el sentido de la pregunta—. Se utilizan sobre todo como campo de contención durante las invocaciones o para formar un pozo mágico para un ritual.

Asintió con la cabeza, el brillo de sus ojos se intensificó mientras se acercaba aún más al borde del círculo, la mitad inferior de su cuerpo, que parecía una falda fluida, rozaba su límite. Todos mis sentidos se pusieron en alerta máxima. No sabía lo que estaba a punto de ocurrir, pero mi instinto de huida se puso frenético.

—Este círculo no es ninguna de las dos cosas. Es un portal, no un campo de contención. Si lo que temes es que te haga daño en el momento en que cruces el círculo, entonces estás muy equivocada en cuanto a sus capacidades protectoras.

El corazón me dio un vuelco y mi sensación de inquietud aumentó.

—¿Qué significa eso? —susurré.

Pharos no respondió de inmediato. En lugar de eso, miró a nuestra derecha antes de señalar un árbol alto situado a unos dieciocho metros. Una de sus ramas colgaba en un ángulo extraño tras haberse roto de algún modo.

—¿Ves este miembro roto? —preguntó.

Asentí, con la tensión anudándose la espalda. Segundos después, jadeé y se me puso la piel de gallina cuando una poderosa oleada de Magia de Muerte salió disparada del círculo en dirección al árbol. Medio latido después, la rama no solo se desprendió, sino que se convirtió en cenizas arrastradas como una nube de polvo por la suave brisa vespertina, absorbiéndosele toda la fuerza vital o energía remanente.

¡Imposible!

Las invocaciones no podían lanzar hechizos más allá de la barrera del círculo mágico que las confinaba. Se me encogió el corazón al darme cuenta de que también podía matarme allí mismo, sin posibilidad de escapar. Horrorizada, volví la cabeza hacia él, solo para encontrarle mirándome fijamente con expresión despiadada.

Moviéndose tan rápido que parecía un borrón, Pharos me tendió la mano por encima de la línea mágica, me agarró del cuello y me arrastró hacia el interior del círculo. Al hacerlo, se deslizó unos pasos hacia atrás, llevándonos al centro. Choqué contra su pecho y mi grito de terror se ahogó en mi garganta mientras todo mi cuerpo se paralizaba.

Magia de Carne...

Esto no puede estar ocurriendo. *No debería* estar ocurriendo. Intenté lanzar un hechizo de interrupción, pero me di cuenta de que era incapaz de utilizar mi magia.

—Calma, Kali —dijo la Parca con voz autoritaria—. Si mi propósito hubiera sido matarte o hacerte daño, lo habría hecho hace mucho tiempo. Los portales no ofrecen ninguna protección al invocador y no son restrictivos para la entidad invocada. No lo olvides nunca, si vuelves a intentarlo con otro ser.

Para mi sorpresa, sus brazos que me sujetaban fuertemente contra él me soltaron, y la parálisis que me mantenía encerrada en el lugar se disipó. No pude salir del círculo lo bastante rápido. Tanto, que retrocedí a trompicones y me habría caído de culo si no hubiera sido por su magia cinética, que me ayudó a levantarme.

Me llevé una mano al pecho y lo miré boquiabierto, demasiado aturdido para pronunciar una palabra o reaccionar. La sonrisa burlona que se dibujó en los rasgos parcialmente definidos de su forma de espectro me hizo salir de mi aturdimiento traumatizado. Mis mejillas se encendieron de vergüenza al darme cuenta de que la ilusión persistente de que permanecer fuera me mantendría a salvo me había impulsado a salir del círculo.

—Ahora, para responder a tu petición anterior, Kali Jenkins, juro no hacerte daño a partir de este momento, durante cualquier interacción que tengamos dentro del círculo, o después de que lo hayas abandonado. No tengo ninguna intención maliciosa hacia ti y busco una colaboración mutuamente beneficiosa contigo para liberarme de Cornelius. ¿Te satisface esta respuesta?

A pesar de la sensación de alivio que me invadió, no pude evitar seguir fulminándole con la mirada por aquel numerito. Le asentí con la cabeza mientras murmuraba mi enfado mientras mi corazón seguía intentando acomodarse en mi pecho por el susto que me acababa de dar.

—Sí, así es. Pero no tenías por qué exponer tu punto de vista de forma tan extravagante —gruñí.

En lugar del bufido burlón que esperaba, Pharos adoptó una expresión seria.

—Sí, así es. El tiempo es esencial. Tú y yo estamos a punto de hacer grandes sacrificios que podrían costarnos a ambos el precio definitivo. Si seguimos adelante con esto, la confianza, o más bien la falta de ella, será nuestra perdición. Yo no soy la entidad a la que debes temer. Debes saber sin lugar a dudas que nunca te haré daño, no porque no pueda, sino porque elijo no hacerlo.

Estuve a punto de argumentar que podría tratarse solo de un truco para hacerme bajar la guardia antes de que me apuñalara por la espalda cuando menos lo esperara. Pero mantuve la calma. Si incluso incorpóreo había anulado tan fácilmente mi magia, solo podía imaginar cuánto más poderoso podía ser. Las Parcas poseían muchos poderes, entre ellos la manipulación elemental y la ilusión. Podía obligarme fácilmente a hacer lo que quisiera mientras me engañaba haciéndome creer que ésas eran mis elecciones.

—¿Por qué te quedas dentro entonces? —pregunté con auténtica curiosidad—. Si no te constriñe, ¿no podrías simplemente ir a tu cuerpo?

Sacudió la cabeza.

—La magia del portal mantiene íntegra esta forma. En el momento en que salgo, empiezo a perder parte de mi integridad. La única forma de mantenerla es expandiendo la energía mágica. Cuanto más me alejo, mayor es la tensión. Si me alejo demasiado sin energía para mantenerme, acabaré siendo succionado de nuevo a través del portal hacia el recipiente que me albergaba antes de la llamada. Pero mucho antes de que eso ocurra, Cornelius sentirá la tensión que tira de la atadura y sabrá que algo va mal.

Sin decir nada más, volví a asentir con la cabeza y empecé a quitarme la ropa.

Aún tenía sentimientos encontrados respecto a toda esta situación. Aunque el sexo se utilizaba a menudo como parte de ciertos rituales, yo me dedicaba al tipo de magia que no requería tales prácticas. De hecho, muchos practicantes de artes oscuras lo buscaban, no solo porque el sexo con criaturas ocultas solía ser increíble, sino porque tendía a mejorar al humano que participaba en él, suponiendo que su pareja de otro mundo no estuviera alineada con el mal.

No era mojigata ni tenía reparos morales sobre lo que pronto ocurriría entre nosotros. Sencillamente, nunca había sido de las que compartían su cuerpo con alguien con quien no tuvieran intención de establecer una relación estable. Bien o mal, entraba de lleno en la categoría de personas que no podían evitar formar un vínculo emocional con la persona con la que intimaban.

La intensidad con la que me observaba mientras terminaba de quitarme la ropa y la colocaba en un montoncito junto a mí era más que desconcertante. Cuando sugirió por primera vez este

acoplamiento, me pareció ridículo, ya que no poseía un recipiente corpóreo. Con la invocación tradicional, la entidad entraba en el círculo con su verdadero cuerpo, no solo con su conciencia. Sin embargo, este portal había hecho tangible su alma de algún modo.

La sensación de su cuerpo, cuando me estrellé contra él, volvió al primer plano. Había sido firme y a la vez suave. Esponjoso no sería un calificativo apropiado. ¿Quizá acolchado? Pero lo más importante era que irradiaba un calor inesperado y carecía del horrible hedor a muerte y descomposición que yo temía.

Se me revolvió el estómago con una sensación que no podía describir cuando volví a entrar en el círculo. Era la mezcla más extraña de miedo, anticipación y curiosidad. Ahora que mi desconfianza hacia él seguía disminuyendo, mi mente podía centrarse por fin en apreciar al extraño ser que tenía ante mí.

Pharos tenía algo de elegante y noble—palabras que nunca esperé asociar con un tipo de espectro. Era extremadamente alto, casi dos metros, aunque sospeché que su larga falda hecha de humo blanco y el hecho de que flotara ligeramente sobre el suelo desempeñaban un papel importante en ello. Su cuerpo no estaba cubierto exactamente por una túnica blanca. Era solo el humo blanco o el aura resplandeciente que la rodeaba lo que creaba tal ilusión. Los rasgos de su rostro eran demasiado indefinidos para poder decir qué aspecto tenía en realidad. Era como si un escultor hubiera creado la forma básica de una cara con los ojos, la nariz y la boca, pero no hubiera completado la obra. Los maniqués genéricos que algunas tiendas de moda utilizaban para exponer sus prendas serían una comparación adecuada.

Moviéndose lentamente, como se haría con un animal asustado, la Parca me atrajo cuidadosamente contra él. Un escalofrío me recorrió como reacción al agudo contraste entre el aire frío del atardecer y el inusual calor de su cuerpo etéreo. Para mi sorpresa, se inclinó hacia delante y apretó sus labios contra los míos.

Como normalmente nunca me entregaba a este tipo de actividades con seres de otro mundo, no sabía muy bien qué esperar. Desde luego, los juegos preliminares no figuraban en la lista. Por una razón que no podía explicar, sentí instintivamente que intentaba facilitarme las cosas, como si conociera mi inexperiencia con alguien como él.

Eso me revolvió la cabeza.

La parte de mí que agradecía esa consideración también reconocía que significaba que las cosas podían alargarse más de lo que yo quisiera o prefiriera. Sin embargo, el tiempo que tardara dependía en gran medida de mi capacidad para dejarme llevar y abrirme al proceso.

Cuanto más tensa estuviera, más duras serían las barreras psíquicas erigidas por mi subconsciente, que actuarían como un repelente. Había una razón por la que el consentimiento era tan importante en muchos rituales. Es cierto que, en la mayoría de los casos de posesión o magia oscura, la víctima o sacrificado no podía ser un participante menos dispuesto. Sin embargo, había múltiples formas de acabar con la resistencia de alguien, entre las que destacaban el dolor, la duda y el miedo.

Mientras que las personas religiosas a menudo utilizaban su fe como escudo, hacerles vacilar en un solo aspecto de sus creencias solía bastar para que un demonio creara la brecha necesaria para entrar. Y una vez que el miedo entraba en acción, cualquier defensa que poseyeran se desmoronaba a un ritmo exponencial. Del mismo modo, el placer—especialmente cuando lo abarca todo—llevaba a la persona que lo recibía a abrirse más para recibir aún más, o la abrumaba tanto que se perdía en él, dejándola lista para la cosecha.

Ese pensamiento debería haberme asustado. Pero la inesperada llama del deseo se encendió en mi vientre cuando las manos de Pharos empezaron a recorrer suavemente mi cuerpo desnudo. Inclinando la cabeza hacia un lado, profundizó el beso de forma suave, pero dominante. Una vez más, me sentí aliviada por la ausencia de olor o sabor desagradables. Era demasiado sutil para identificarlo con exactitud, pero me vino a la mente el anís.

La textura de su lengua contra la mía también me trastornó la cabeza. Era suave, sedosa, casi cremosa en su suavidad. Donde su cuerpo estaba caliente, su lengua se sentía fría. Yo no la llamaría fría, a pesar del ligero hormigueo que provocaba sin caer en el territorio del entumecimiento. Al mismo tiempo, sus manos en mi cuerpo y las mías en el suyo me hicieron entrar en una espiral de exploración sensorial como nunca antes había experimentado.

Tardé demasiado en darme cuenta de que su contacto era algo más que físico. El hormigueo que parecía filtrarse en lo más profundo de mí, hasta mis huesos, era alguna forma de respuesta espiritual. Teniendo en cuenta que era la encarnación de un alma, tenía todo el sentido del mundo. Pero fue la forma en que mi cuerpo respondía a él lo que retuvo mi atención.

Estaba más que excitada. Al cabo de un puñado de caricias, mis pezones se endurecieron, mis pechos se sintieron pesados y una sorda palpitación se manifestó entre mis muslos. Cuando sus palmas se deslizaron por la curva de mi trasero, instintivamente me encontré apretando mi pelvis contra la suya. Quería que me abrazara con más fuerza, que me rodeara por completo con su esencia etérea.

No tenía sentido, teniendo en cuenta que hacía unos instantes estaba dispuesta a salir corriendo, horrorizada ante la idea de emparejarme con un ser como él. Sin embargo, algo dentro de mí cambió por completo en el momento en que me besó, como si se hubiera encendido un interruptor.

Se sentía bien.

Durante una fracción de segundo, me pregunté si estaría utilizando una de sus potentes habilidades mágicas para provocar esta respuesta por mi parte. Aunque a su alrededor se arremolinaba un poder innegable que nos envolvía, nada de ello iba dirigido directamente a mí. Por una razón propia, mi cuerpo le deseaba de una forma que trascendía la lujuria básica.

Deseché rápidamente la idea de que haber sido célibe durante un tiempo pudiera explicar esta reacción. La curiosidad por aparearme por primera vez con un espíritu tampoco me pareció una justificación. Como nigromante con respetables habilidades en Magia de Almas, fue la inesperada belleza de su alma lo que me atrapó.

Cantaba con la melodía más deliciosa para mis oídos, incluso mientras vibraba a mi alrededor. De pie, fuera del círculo, no lo había percibido, probablemente porque había estado demasiado agotada por todo lo demás para prestarle atención. Pero ahora que estaba envuelta en su abrazo, era todo lo que podía sentir, y parecía no poder saciarme.

Deja de pensar demasiado. ¿Por qué no disfrutar del momento en lugar de tratarlo como una tarea?

Antes de que pudiera siquiera reconocer la sabiduría de aquel pensamiento intruso, la mano de Pharos deslizándose entre mis muslos desde mi trasero me hizo jadear contra sus labios. Sus dedos se restregaron audazmente contra mi raja antes de sumergirse en mi interior. Los movió dentro y fuera de mí unas cuantas veces, y luego su dedo corazón se posó en mi clítoris. Lo acarició un par de veces, arrancándome un gemido, seguido de un aullido cuando el suelo cayó bajo mis pies.

Sentí que caía hacia atrás. Sin embargo, en lugar de estrellarme contra mi espalda, me deslicé hacia abajo como una pluma que gira en un lento descenso. Entonces me di cuenta de que Pharos nos estaba bajando sobre el suelo cubierto de hierba del interior del círculo. Con sus dedos aun moviéndose dentro y fuera de mí a un ritmo que aumentaba gradualmente, rompió el beso para rozar con sus labios los lados de mi cuello y bajar hasta mis pechos. Permaneció allí unos instantes, y cada lametón de su lengua de otro mundo en el endurecido capullo de mi pezón enviaba un relámpago de placer directamente a mis entrañas.

Con voluntad propia, mis manos se posaron en su cabeza, casi desvaneciéndose en el humo blanco que rodeaba la parte más sólida de su cuerpo etéreo. Quería sentirlo como un cabello, pero era demasiado intangible para darme un verdadero agarre.

Cuando separé las piernas para dejarle espacio entre ellas, de repente me di cuenta de que no había sentido su miembro—limpio o no—cuando había presionado mi pelvis contra la suya. ¿Tenía siquiera una polla de esta forma?

Sus labios se deslizaron por mi cuerpo hasta ocupar el lugar que había dejado su pulgar y me hicieron gritar mientras un rayo de placer me golpeaba tan fuerte que casi llegué al clímax. Mi espalda se arqueó cuando su boca se aferró a mi clítoris. Nunca esperé que me la chupara, pero todo pensamiento racional se esfumó cuando la sensación de hormigueo que había sentido en los labios cuando me besó actuó ahora como chispas eléctricas por todo mi pequeño clítoris hinchado. Cada una de ellas me parecía un microorgasmo que se convertía en uno aún mayor, a punto de llevarme al límite.

Y entonces lo hizo.

Mi columna vertebral se agarrotó mientras gritaba. Una oleada de calor abrasador me atravesó desde mi núcleo hacia el exterior. Mi cuerpo se estremeció por los espasmos de felicidad mientras Pharos seguía devorándome. Sin embargo, incluso en mi aturdimiento, me di cuenta de que la sensación de ardor en mi interior—extraña, pero placentera—no era una respuesta fisiológica al placer extremo, sino una presencia extraña que se filtraba en mí.

Pharos estaba compartiendo una parte de sí mismo conmigo mientras el éxtasis me tenía totalmente abierta a él. Incluso mientras me mantenía volando alto con su lengua y su mano expertas, me sentí fugazmente engañada por el hecho de que pudiera lograrlo mientras me la chupaba en vez de montándome. Esto debería ser un alivio.

Y sin embargo...

Cuando empecé a volver a la realidad, en lugar de separarse de mí y darlo por terminado, Pharos se subió encima de mí y reclamó mis labios en un beso posesivo que hizo que me recorriera otro rayo de lujuria. No comprendía mi reacción ante aquel desconocido. Ni siquiera intenté cuestionarlo. Separé las piernas para que se acomodara mejor, acaricié la extraña textura de su espalda mientras su lengua saqueaba mi boca y sus manos me amasaban y exploraban con una urgencia y posesividad crecientes.

Donde hasta ahora había estado inquietantemente callado durante nuestro encuentro, la Parca empezó a emitir un gruñido grave que resonó directamente en mi clítoris. La humedad se acumuló entre mis muslos y mis paredes internas se contrajeron con anticipación cuando por fin sentí que algo se endurecía alrededor de su zona pélvica. No sabría decir si se había extrudido o si podía invocarlo de algún modo. En realidad, me daba igual.

El deseo de ser saciada se hacía cada vez más doloroso de soportar. Como si sintiera mi necesidad—o simplemente cediera a la suya—Pharos se introdujo en mí casi con brutalidad. Se tragó mi grito ahogado en un beso voraz. No podría describir lo que sentí durante la penetración inicial. Me quemaba, pero no me dolía. Mi cuerpo se resistía aunque cedía. Era como si aquella extraña dureza envuelta en la aún más extraña textura exterior acolchada de su cuerpo se hubiera encogido inicialmente solo para expandirse una fracción de segundo después de envainarlo por completo.

Pharos inició inmediatamente un ritmo frenético que anuló cualquier posibilidad de que siguiera reflexionando sobre el asunto. Su polla de otro mundo me estaba destrozando. Con cada embestida, se hacía cada vez más gruesa, llenándome hasta reventar. Sus inusuales protuberancias a lo largo de su longitud proporcionaban sensaciones adicionales contra mis paredes internas que no hacían más que avivar la llama del infierno que ardía en mis entrañas.

En un santiamén, me retorció bajo él, con su gruesa polla golpeando mi punto más dulce con una precisión mortal que me hizo ver las estrellas al instante. Eché la cabeza hacia atrás y grité, arrastrada una vez más por el éxtasis. Para mi sorpresa, la sensación ardiente de la mano de la Parca se cerró en torno a mi cuello, en un estrangulamiento casi salvaje. No me estranguló las vías respiratorias, sino que me obligó a bajar la cabeza.

Sin ralentizar la forma desenfadada en que aporreaba mi interior, aplastó mis labios con los suyos, reclamándolos con rabia. Otra oleada de calor abrasador inundó mi cuerpo, esta vez a través de mi boca, bajando por mi garganta y extendiéndose por mi pecho mientras él respiraba más de sí mismo a través de aquel beso de otro mundo.

Me ahogaba en demasiadas sensaciones abrumadoras, desde el calor demencial de su cuerpo

a mi alrededor, su esencia dentro de mí, sus manos y su boca reclamándome, y su polla follándome sin sentido. No luché ni cuestioné nada de aquello y me entregué a mi amante.

Antes de que pudiera recuperarme de aquel segundo orgasmo devastador, Pharos se apartó de repente. Me recorrió un fuerte escalofrío ante la brusca pérdida de su calor y el agudo contraste del aire fresco del atardecer sobre mi piel enfebrecida. Se me escapó un grito de sorpresa cuando el claro giró y me encontré boca abajo sobre la suave hierba. La Parca tiró de mis caderas hacia arriba y me penetró de un potente empujón que me hizo gritar de nuevo.

Inmediatamente empezó a penetrarme con fuerza y rapidez, marcando un ritmo casi castigador, como si hubiera perdido todo el control. Debería haberme asustado. Pero el dolor placentero de su brutal posesión hizo que por mis venas corrieran llamas líquidas mientras mis paredes internas se contraían ávidamente alrededor de su longitud, deseando más de su salvaje pasión.

Intenté levantar los brazos para ponerme a cuatro patas y poder balancearme hacia atrás y recibir su embestida. Para mi sorpresa, la mano de Pharos se cerró en torno a mi nuca y me inmovilizó contra el suelo, con la mejilla izquierda presionada contra la hierba, mientras continuaba su intenso y sensual asalto a mi más que dispuesto cuerpo.

Por encima de la interminable retahíla de gemidos que brotaban de mí a medida que otro pico de éxtasis empezaba a construirse en mi interior, los graves gruñidos de Pharos, mezclados con gemidos retumbantes, adquirieron un matiz más profundo y oscuro que casi sonaba como si emanaran de una bestia anciana escapada de los niveles más profundos del inframundo.

Como cualquier otra respuesta irracional que la Parca despertaba en mí, aquel sonido amenazador provocó una mezcla de miedo y excitación lujuriosa. Intenté girar la cabeza para mirarle por encima del hombro. Pero Pharos me agarró con fuerza por la nuca y un gruñido amenazador dejó claro que debía permanecer quieta. Como para reforzar la advertencia, una sensación punzante en la nalga izquierda me insinuó que me clavaba las garras. A pesar de la fuerza del pinchazo, no podía decir con seguridad si me había roto la piel.

No me importaba.

Me quemaba por dentro y por fuera, y sentía que mi mente estaba a punto de quebrarse mientras oleadas y oleadas de placer se abatían sobre mí. Justo cuando me disponía a entregarme de nuevo al éxtasis, una sombra oscura se extendió sobre mí. Inmovilizada como estaba, no pude verla bien, pero parecía mostrar un gran par de alas que se extendían a cada lado de la sombra de la Parca proyectada por la suave luz de la luna. La sombra también parecía crecer, lo que confirmaron instantes después su mano en mi nuca, su polla dentro de mí y su pelvis golpeándome con la sensación de que se expandían significativamente.

Una luz cegadora que estalló ante mis ojos borró cualquier pensamiento de mi mente. Un grito salvaje desgarró mi garganta mientras caía por un vórtice sin fondo de éxtasis. Sentí la piel a punto de arder cuando un potente rayo de energía me atravesó. Oí vagamente un rugido salvaje en la distancia. Una parte de mí se dio cuenta de que Pharos se había rendido a su propio clímax

y que el poder abrumador que amenazaba con reducirme a cenizas desde dentro era su esencia llenándome. Pero no podía pensar ni reaccionar. Durante una fracción de segundo, me pregunté si moriría. Era demasiado y, sin embargo, una vocecita demente me susurraba que no era suficiente.

Se me escapó otro grito de placer-dolor, luego el cosquilleo de mi interior se extendió hacia fuera, creciendo en intensidad hasta que sentí que me salía del cuerpo. Entonces me envolvió la oscuridad.

No supe cuánto tiempo estuve inconsciente. Cuando recobré el conocimiento, me miré sorprendida al verme completamente vestida, acunada en los brazos de Pharos. Había vuelto a su tamaño normal, sin alas visibles. Pero sus ojos brillaban con una intensidad demencial mientras me miraba fijamente.

Por instinto, me aparté de él y retrocedí un par de pasos, aún sentada en el suelo. La Parca no intentó hacerme retroceder. Se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado y lanzarme una mirada de “¿Hablas en serio?” que hizo que me ardieran las mejillas de vergüenza.

—Bien, vuelves a estar consciente —dijo en tono de conversación—. Debo volver antes de que Cornelius sospeche algo. En cuanto me haya ido, destruye este círculo. No podemos arriesgarnos a que alguien tropiece con él cuando desaparezcan tus protecciones.

—De acuerdo —dije con voz apagada, insegura de cómo me sentía ante su comportamiento tan directo momentos después de haberme follado hasta la extenuación.

Pero, ¿qué esperabas? ¿Abrazos y palabras de amor?

Me acurrucó mientras estaba inconsciente. ¿Era su comportamiento distante una respuesta a la forma instintiva en que me había alejado de él al recuperar la consciencia? No había sido algo personal. Simplemente me había sobresaltado.

Se puso en pie y yo hice lo mismo.

—Mantente alejada de Cornelius y sus secuaces hasta que me libere. Ahora llevas una parte de mí dentro de ti —advirtió en tono serio—. Si alguno de ellos se acerca lo suficiente a ti, lo sentirá y todo estará perdido. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, sintiéndome inexplicablemente desconcertada.

—Bien. En ese caso, hasta mañana, mi novia.

¡¿Mi novia?!

Me puse rígida y le miré desconcertada. Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir con eso, Pharos me agarró por la nuca y aplastó mis labios en un beso doloroso. Con voluntad propia, mi cuerpo se derritió contra el suyo, una chispa de lujuria se encendió en lo más bajo de mi vientre, a pesar del dolor que persistía entre mis muslos.

Para mi disgusto, terminó tan rápido como había empezado y me mordió en el labio inferior con la fuerza suficiente para escocerme, pero sin llegar a romperme la piel. Jadeé y me llevé la mano derecha a los labios para cubrirme el lugar donde me había mordido, solo para verle desvanecerse en una nube de humo blanco al cruzar de nuevo el portal.

Me quedé boquiabierta, sola en el claro. Demasiadas emociones contradictorias se arremolinaban en mi interior. ¿Qué quería decir con *su novia*? ¿Me había jodido en más de un sentido? El poder de su esencia fluyendo por mi cuerpo era innegable. Sin embargo, no sentía nada más que pudiera indicar un posible juego sucio.

Se comprometió a no hacerme ningún daño antes, durante o después de nuestro encuentro.

Aunque aquel pensamiento apaciguó parte de la preocupación que intentaba asomar la cabeza, a un nivel visceral, y de un modo que no podía explicar, no creía que me fuera a equivocar. Nada de mi reacción ante la Parca tenía sentido. Incluso ahora, me sentía completamente despojada y fría, de una forma que iba más allá de la pérdida de su inusual calor rodeándome.

Es su alma. Te encanta sentirla a tu alrededor.

Y lo hice. Era hipnotizante de un modo que no podía explicar. Pero entonces, las Parcas eran consideradas semiDioses. ¿Podría ser ésa la razón de mi respuesta ante él?

Lanzando un suspiro, me puse manos a la obra para eliminar el círculo y luego desactivar las protecciones que había colocado alrededor de la zona. No tenía sentido darle vueltas a por qué me sentía como me sentía ante aquel extraño ser. Solo agradecía que todo hubiera salido como salió en lugar de convertirse en una pesadilla atroz.

De todos modos, estaba decidida. Cornelius pagaría por lo que había hecho a demasiada gente.



CAPÍTULO 5

Mi alma se paseaba inquieta en la viscosa jaula que era el recipiente de Cornelius. Tan repulsiva como me había parecido durante los siglos de cautiverio, ahora me producía más que náuseas. Gracias a Kali, el reciente sabor de libertad que disfrutaba y la embriagadora dulzura de su alma no hacían sino exacerbar la repugnancia de mi huésped.

Ya he visitado a mi novia tres veces. Un par de visitas más deberían bastar para que el traslado a mi propio recipiente se produjera sin contratiempos. Con la proximidad de Todos los Santos, el momento no podía ser más oportuno. Durante esos tres días, el velo entre el mundo mortal y los Reinos de las Sombras se había estrechado considerablemente. Si realizábamos el ritual entonces, sería más fácil que la cáscara marchita de mi cuerpo se regenerara por completo. Abundarían las almas errantes de las que alimentarme, por no hablar de las criaturas diabólicas que rondaban la cripta donde yacía mi recipiente en éxtasis.

Ese pensamiento me inquietó de inmediato.

Una vez de vuelta en mi cuerpo, sería casi imposible de matar, incluso en mi estado debilitado. No podía decirse lo mismo de mi hembra. No comprendía lo mortal que era la cripta para un humano, incluso para uno con los respetables poderes arcanos que ella poseía. Tenía que convencerla de que me entregara su alma. Era la única forma de garantizar que sobreviviría al viaje hasta allí.

La poderosa añoranza—por no decir hambre rabiosa—que me asaltó ante la idea de poseer su alma me dejó tambaleándome. Ansiaba poseerla por completo... pero de forma consentida. Necesitaba que ella quisiera pertenecerme. No tenía mucho sentido. Por supuesto, poseía una de las almas más hermosas que jamás había visto o tocado. Si ahora tuviera un cuerpo físico, solo de recordar cómo se sentía envuelta a mi alrededor me habría arrancado un gemido.

¡Maldita sea! Estaba obsesionado con ella.

Y esta noche, volveré a tenerla...

Sentí calor y frío a la vez ante aquella perspectiva. Odiaba esa forma etérea que me impedía experimentar plenamente el apareamiento con ella. Sin embargo, el placer que me proporcionaba superaba con creces todo lo que había sentido antes. ¿Cuánto mayor sería en mi verdadero

cuerpo? ¿Cuánto más intenso podría ser nuestro acoplamiento? ¿Me lo permitiría una vez que volviera a ser yo mismo?

Kali parecía disfrutar de verdad del sexo conmigo, a pesar de su indignación y reticencia iniciales cuando saqué el tema. Después de aquella primera vez, parecía ansiosa cuando la visité la segunda y la tercera vez. Aunque sus orgasmos habían sido innegables—me había cerciorado de ello—no sabría decir si habría agradecido de nuevo mis atenciones de no ser para asegurar el éxito de su misión de destruir a Cornelius.

Probablemente no lo haría.

Aquel pensamiento me escocía. De hecho, me hirió profundamente. Cuando volviera a mi propio recipiente, Kali ya no me necesitaría. Tendría lo que quería: a mí fuera y a Cornelius vulnerable. Una profunda ira, alimentada por una potente sensación de pérdida, surgió mientras intentaba hacer las paces con el hecho de que mi tiempo con ella estaba llegando rápidamente a su fin. ¿Me estaba enamorando de ella de verdad o solo era una reacción instintiva al experimentar por fin placer, esperanza y gratitud tras siglos de desesperación?

—¿Por qué estás tan malditamente inquieto? —me siseó mentalmente Cornelius.

Contuve el pánico instantáneo que su repentina intrusión despertó en mí. Tenía que controlarme mejor para no ponerle sobre aviso. Desde que Kali me llamó por primera vez, había alternado episodios de euforia y depresión. Esos extremos atraerían su atención hacia mí, que era lo último que deseaba.

Volví a mi mejor táctica de defensa y distracción: el sarcasmo.

—¿Por qué crees? —respondí telepáticamente con desprecio—. *Me aburren tus patéticos proyectos. Estoy harto de estar constantemente expuesto a ese hedor a descomposición en el que disfrutas revolcándote. Esa basura que llamas constructo no funcionará.*

—Entonces dime cómo arreglarlo —siseó en voz alta, llamando la atención de Meri.

Hizo un gesto con la mano para decirle que no importaba mientras emitía un gruñido de enfado. Confundida, mantuvo la calma y continuó cociendo el miembro parcialmente descompuesto de la extraña criatura de la que se había extraído en el último proyecto de Cornelius.

Solté una risita de incredulidad mezclada con desdén.

—*Y una mierda que lo haré. El único entretenimiento del que sigo disfrutando es verte fracasar repetidamente* —dije con malicia—. *Los Dioses saben que últimamente has hecho mucho de eso. Por cierto, ¿cómo le va a Ronika estos días?*

—¡Silencio! —espetó, acordándose esta vez de hacerlo mentalmente.

Naturalmente, ignoré su orden y seguí hurgando en la herida, distrayéndole de su investigación original sobre mi comportamiento inusual.

—*Debe escocer haber sido derrotado tan contundentemente por una pequeña humana. Ella triunfó en menos de un mes donde tú fracasaste patéticamente durante décadas. No solo frustró tus esfuerzos por apropiarte de sus tierras, sino que también reclamó para sí a los Espectros y*

adquirió una cantidad insana de nuevos poderes con los que tú solo podías soñar.

—*¡He dicho silencio!* —gritó enfadado.

Con su enorme ego, su narcisismo y su inagotable sentido del derecho, no soportaba el menor atisbo de ridículo. Tenía una piel tan increíblemente fina que era fácilmente manipulable una vez que sabías qué botones apretar.

—*Aún recuerdo la rabieta que cogiste después de que te humillara públicamente* —continué sin piedad—. *¡Y luego, tuviste que renunciar a la cola de Espectro! Eres tan patético. Y ahora ni siquiera puedes criar un mísero constructo.*

Cornelius golpeó con el puño la mesa de operaciones sobre la que estaba montando la última construcción. Meri chilló y retrocedió un par de pasos, asustada.

—*¡Ronika no me ha ganado!* —espetó mentalmente Cornelius, ignorando a su aprendiz—. *Hizo trampas y, de algún modo, vendió su alma. Tú mejor que nadie puedes ver que ya no es mortal.*

—*¡Hizo trampas!* —repetí en tono burlón y quejumbroso—. *Esa es siempre la excusa de los perdedores. No ha hecho trampas, ha sido más astuta que tú. Y aunque ahora sea una no-muerta, no tienes poder para controlarla. A pesar de toda tu fanfarronería, eres un pésimo nigromante.*

Cornelius se apretó las manos mientras se apoyaba en la mesa de operaciones, mirando con rabia hacia delante sin ver. Meri seguía manteniendo las distancias, y la expresión de su rostro indicaba claramente que estaba pensando en salir corriendo de allí, lo cual sería una sabia decisión.

—*Un pésimo nigromante que te venció, ¿no?* —gruñó—. *¿En qué te convierte eso?*

Si hubiera tenido cuerpo, me habría encogido de hombros. A diferencia de él, este tipo de pinchazos no me afectaban.

—*No me has vencido, pero reconozco que me has engañado. En una lucha justa, te habría aniquilado. Mantenerme atrapado aquí no me hace totalmente indefenso ni me pone bajo tu control. ¿Te gusta jugar con la podredumbre? Toma, hoy me siento generoso* —dije en tono malévolo.

Invocando mi aura de muerte, hice que las diversas partes del cuerpo que Meri y él habían estado cosiendo comenzaran a pudrirse y descomponerse. En cuestión de segundos, una fuerte necrosis se extendió por los miembros, haciendo que se oscurecieran y que los puntos se desprendieran.

—*¡PARA!* —gritó Cornelius en voz alta.

—*¡No soy yo!* —exclamó Meri, presa del pánico—. Yo no...

—*¡FUERA!* —le gritó el nigromante antes de ordenarme mentalmente que me detuviera de nuevo.

No hizo falta que se lo dijeran dos veces y salió corriendo de la habitación, casi tropezando en su precipitación.

Solté una carcajada y expandí mi aura, dañando aún más los preciosos órganos que había adquirido con tanto esfuerzo durante las últimas semanas. Cornelius salió corriendo del laboratorio para limitar los daños. Algunos de aquellos órganos o partes del cuerpo eran increíblemente raros y exóticos. Reemplazarlos sería extremadamente costoso y llevaría mucho tiempo.

Mientras corría escaleras arriba, Cornelius intentaba empujarme al vacío psíquico en el que solía desvanecerme cuando deseaba aislarme de su inmundicia. Normalmente, buscaba feliz su refugio. Pero hoy me resistí tanto para fastidiarle como para ayudar a hacer realidad el plan que había surgido en mi mente hacía unos instantes.

—*¡Apártate, desgraciado!* —siseó Cornelius mientras intentaba una vez más arrojarme al suelo.

—*Eso no es muy amable, Nigromante. No siento el amor* —dije burlonamente—. *Pero no impondré mi presencia donde no es deseada. Te advierto que si me marchó, no volverás a verme en mucho tiempo.*

—*¡Vete ya!* —espetó Cornelius.

—*¡Con mucho gusto!* —respondí con una risa burlona.

Esto no podría haber salido mejor. Me desvanecí feliz, encantado de que mordiera tan fácilmente el anzuelo. En realidad, no podría haber durado mucho más en este jueguecito. Utilizar personalmente mi magia en lugar de que él la canalizara a través de su propio poder me agotó rápidamente. Como ya había dado tanto de mí a Kali, me cansaba aún más rápido. Tenía que andarme con cuidado para no dar mi brazo a torcer.

Pero ahora mismo, lo único que me importaba era que pronto volvería a ver a mi novia.

Gracias al vínculo establecido ahora con ella, que alberga partes de mí, normalmente me limitaba a enviarle un codazo psíquico que le indicaba que había llegado el momento de que corriera al anillo de hadas y dibujara el portal. Esta vez me dirigí directamente a ella.

Era un movimiento un poco imprudente, pero aún pasarían horas antes de que ella intentara abrir el portal. Aparte de que no podía contener mi impaciencia por volver a verla, no quería perder el tiempo con ella. Teníamos algunos asuntos que discutir, además de preparar nuestra incursión en la cripta.

Utilizando el delgado vínculo que nos unía, teletransporté mi conciencia hasta ella. Siempre sentía como si cayera a través de un vacío antes de que el mundo volviera a materializarse a mi alrededor. La mayoría de los mortales no verían mi forma etérea cuando aparecía en lo que parecía el taller de nigromante de Kali. Las personas con habilidades psíquicas podrían vislumbrar una silueta fantasmal, mientras que los que se dedicaban a lo arcano sentirían una repentina oleada de energía de otro mundo antes de alterar su visión para ver qué había desencadenado aquella reacción.

Inclinada sobre un gran mostrador, Kali agitaba la mano frente a un corte poco profundo en la palma y extraía pequeñas gotas de sangre. Flotaron frente a ella. Con otro gesto, las estiró

hasta convertirlas en dardos como agujas, y luego las congeló para que se conservaran y estuvieran listas para usarlas a capricho. Había recorrido la mitad del proceso cuando me sintió llegar.

Levantó la cabeza y su rostro adoptó una expresión alarmada, mientras levantaba inmediatamente las manos en posición defensiva, dispuesta a lanzar un hechizo ofensivo contra el intruso.

Se quedó paralizada cuando me vio. El sobresalto dio paso a la incredulidad y la confusión cuando alteró su visión para verme con más claridad.

—¿Pharos?! ¿Qué...? ¿Cómo es que estás aquí? —exclamó.

—Estamos unidos —respondí con desdén, sintiendo la intensa tensión de aquel uso excesivo del poder—. Lanza el círculo. Esto me está agotando demasiado rápido.

Para mi alivio, Kali no dudó y entró en acción. La rapidez con la que creó el portal, después de haberlo dibujado solo unas pocas veces en los últimos días, me impresionó. En cuanto terminó, me deslicé dentro, sintiendo un intenso alivio cuando su poder estabilizador se apoderó de mí. En lugar de la pálida aparición que había sido, volví a solidificarme sin coste alguno para mí.

—¿Magia de Sangre? —pregunté con curiosidad mientras señalaba con la barbilla la bolsa llena de dardos de sangre que había sobre el mostrador.

Lo miró por encima del hombro antes de volver a mirarme.

—Sí. Estoy especializada en Magia de Sangre y Hueso.

Enarqué una ceja.

—¿Ni Magia de Alma ni Magia de Carne? Los nigromantes suelen centrarse primero en esas dos.

Se encogió de hombros.

—No quiero crear zombis ni robar la libertad de nadie esclavizando su alma.

Le dediqué una sonrisa indulgente.

—Puedes utilizar esos tipos de magia para mucho más que crear zombis. Combinadas con la Magia de Sangre o de Hueso, pueden otorgarte poderes mucho mayores y permitirte lanzar hechizos extremadamente útiles.

—Lo sé, pero...

—¿Pero? —insistí cuando su voz se apagó.

—Estoy aprendiendo lo básico de la Magia de Carne —concedió a regañadientes—. Pero realmente no quiero tener nada que ver con la Magia de Alma. He visto cómo abusan de ella la mayoría de los que la practican. Con el paso del tiempo, dejan de ver a aquellos a quienes pertenecían esas almas como personas. Solo las ven como herramientas para aumentar su propio poder. He visto la devastación que ha causado.

—Entonces siempre serás débil —dije con severidad—. La Magia de Alma te sería de gran ayuda en la cripta.

Volvió a encogerse de hombros, y su bello rostro adoptó una expresión defensiva.

—Me estoy preparando para nuestra misión en la cripta. He leído todo lo que hay sobre ella.

Solté una carcajada. Ella arrugó la cara, molesta por mi reacción instintiva. No pretendía avergonzarla ni burlarme de ella, pero estaba siendo realmente ilusa sobre las pruebas que le esperaban... que nos esperaban.

—Kali, entrar será fácil. Volver a salir será una historia completamente distinta. Cualquier cosa que leas sobre Hemdell nunca podrá prepararte lo suficiente para lo que tendrás que afrontar —advertí en tono razonable.

—De acuerdo, pero te tendré al salir —dijo en tono evidente—. Entre nuestras fuerzas conjuntas...

—No puedo ayudarte —dije en un tono que no admitía discusión.

Ella retrocedió, conmocionada y un atisbo de traición brillando en sus ojos de obsidiana.

—¿Por qué no? ¿Por qué no querías ayudarme después de que te haya liberado?

—No tiene nada que ver con lo que yo quiero —repliqué—. Los seres como yo estamos sujetos a muchas normas. Como Parca, no puedo ir por ahí matando a criaturas y personas que me resultan incómodas. Solo puedo matar o dañar cuando el objetivo representa una amenaza directa.

—¡Y harán exactamente eso! —exclamó Kali, visiblemente desconcertada por el hecho de que no me resultara obvio.

—*Te amenazarán a ti, no a mí* —corregí en tono amable—. Muy pocas criaturas, incluso las descerebradas, se meten con la Muerte. Nos dan un amplio margen. Cuando vuelva a caminar, incluso debilitado tras tantos siglos de estasis, sabrán que no pueden enfrentarse a mí. Pero vendrán a por ti. Una amenaza para ti no lo es para mí. Intervenir afectaría a los planes que el Destino tiene para ti. No se nos permite manipular la Rueda ni el Hilo de la Vida.

Me miró con incredulidad.

—¿Así que te vas a quedar de brazos cruzados viendo cómo posiblemente me abrumen y muero?

—No podré ayudarte, Kali. Y quiero decir que *no podré*. Intervenir me causará un dolor debilitante que me incapacitará para ayudarte realmente. No es por elección. Hay una forma de evitarlo, pero no lo consentirás.

Justo a tiempo, el rostro de Kali se cerró y cruzó los brazos sobre el pecho, contrariada.

—Déjame adivinar. Me ayudarás si te doy mi alma —rechinó entre dientes.

—Sí —respondí de forma objetiva.

—Es un precio demasiado alto. Como tú mismo has dicho, nunca lo consentiré.

—No quiero que mueras, Kali —dije en un tono repentinamente suplicante mientras avanzaba hacia el borde del círculo.

—¡Entonces no me captures! —exclamó.

Sacudí la cabeza con expresión de disculpa.

—Si tu cuerpo muere y no te capturo, tu alma permanecerá y empezará a descomponerse.

—¿Descomponerse? —repitió ella, desconcertada—. ¿No iría automáticamente al limbo hasta que una Parca viniera a por mí?

Volví a negar con la cabeza.

—Para empezar, necesitas que uno de nosotros te lleve a Erebus. No es más que el vestíbulo de entrada a las diversas zonas de la otra vida a las que se puede llevar un alma, en función de sus circunstancias únicas. Necesitas una Parca para cruzar. Y entonces el Barquero te llevará a tu destino final. Si no eres capturada, permanecerás en el plano mortal y te pudrirás.

—¿Como las almas errantes? —preguntó con un escalofrío.

Asentí con la cabeza.

—La mayoría de las almas que rondan la cripta y otros lugares malditos similares pertenecen a aquellos a quienes una maldición impidió cruzar, o que se negaron tontamente a ser escoltados. Luego están los que se condenaron a sí mismos cometiendo actos lo bastante atroces como para ser castigados dejándolos atrás, pero no necesariamente lo bastante como para ser arrojados a las fosas más oscuras del Infierno y a la condenación eterna. Para ellos, la descomposición es una misericordia mayor.

Tragó saliva con fuerza, mientras reflexionaba sobre el asunto.

—De acuerdo. Pero no he llevado una mala vida. Si no me capturas, ¿no vendría otra Parca a por mí?

Vacilé, sintiéndome repentinamente avergonzado, y luego negué con la cabeza.

—Ningún otro vendría a por ti tal y como estás marcada.

—¿Marcada? ¿Qué significa eso? ¿Cornelius...?

—No —interrumpí, moviéndome con inquietud al elegir cuidadosamente mis palabras—. Nadie vendría porque te he reclamado. Tu alma es mía para capturarla.

—¿¡Qué?! ¿¡Me has quitado el alma?! —

—¡No! —exclamé, levantando ambas palmas en un gesto apaciguador—. Tu alma es enteramente tuya. Ni yo ni nadie puede reclamarla, salvo tú. Solo me corresponde ser quien te acompañe al otro lado cuando llegue tu hora.

Aunque toda la tensión se desangraba de sus hombros, siguió mirándome con confusión y un atisbo de sospecha.

—Vale, pero ¿por qué?

—Porque me gusta tu alma —admití avergonzado, sintiéndome insanamente cohibido.

Se quedó boquiabierta y sus ojos se abrieron de par en par. Aunque atónita, Kali también parecía halagada. Aquella reacción hizo que se me escapara la boca.

—Me gusta cómo se siente a mi alrededor, su brillo hipnotizador, su melodía cautivadora tan tranquilizadora y reconfortante, y su sabor divino.

—¿Su sabor?!

Mientras hablaba, Kali se había ido ablandando poco a poco, su piel de melocotón

adquiriendo un tinte más rosado en respuesta a aquellos comentarios halagadores. Pero el último la horrorizó al instante y la hizo recelar.

Sonreí, a la vez divertido y avergonzado por hacer esta revelación.

—Las Parcas pueden alimentarse de varias maneras. Drenar la fuerza vital de los restos de un caído o de almas menores son métodos habituales. Pero normalmente nos alimentamos de la energía que emana de las almas de las personas. Cuanto más fuertes son las emociones, más energía generan.

—¿Como un súcubo?!

Dudé.

—Parcialmente. Alimentarse de las emociones no agota al objetivo, al contrario de lo que hace un súcubo. Como recordarás, me comprometí a no hacerte ningún daño. La energía que produces es lo más dulce que he probado jamás. Es muy adictiva. También es algo bueno, pues me ayuda a tener energía suficiente para engañar a Cornelius y que no note que mi alma está más delgada por compartir partes de ella contigo.

—Ya veo —dijo Kali, frotándose la nuca con inquietud.

No sabía muy bien cómo se sentía al respecto. No podía culparla. Y, sin embargo, mi estúpida boca se me volvió a escapar.

—Dame tu alma, Kali —dije en tono apremiante—. No solo te protegeré, sino que te haré longeva.

Abrió la boca con el ceño fruncido al oír la primera frase, con la intención de cerrarme el pico. Sin embargo, mi segundo comentario despertó su curiosidad.

—¿Larga vida? ¿No inmortal?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Solo los Dioses y los Antiguos son inmortales.

—¿Y tú?

Mi sonrisa se ensanchó.

—Como no soy ni un Dios ni un Antiguo, soy realmente mortal, pero longevo. Las demás Parcas y yo *podemos* morir. Solo que es extremadamente difícil. Mi cuerpo se regenera por completo en poco tiempo, aunque estuviera completamente quemado o destruido hasta quedar irreconocible. Podría hacer lo mismo por ti.

Sus ojos se abrieron ligeramente ante aquello. Era un poco solapado colgarle semejante premio. ¿Quién en su sano juicio no querría una habilidad así? Me sorprendió lo desvergonzado que estaba dispuesto a ser con tal de convencerla de que me entregara su alma. La necesidad de poseerla me estaba volviendo loco.

—Pero te adueñarías de mi alma permanentemente —dijo Kali al fin—. Así que, por muy tentador que sea todo esto, sigue siendo un paso difícil para mí.

—Si mueres en la cripta, y *lo harás*, todo esto habrá sido en vano. Cornelius ganará —solté.

Levantó la barbilla desafiante.

—Tuve una vida razonable y, por tanto, debería tener una vida decente después de la muerte. Al menos, serás libre. Aunque me encantaría matar yo misma a Cornelius, me consuela saber que te encargarás de que reciba el castigo adecuado por lo que te hizo.

Me pellizqué los labios, incapaz de discutir con su lógica, pero aún no dispuesto a dejarlo, a pesar de saber que aún no estaba lista a ceder en esto... si es que alguna vez lo estaba.

—¿Y qué hay de tu hermano? —desafié, sintiendo una nueva oleada de culpa ante aquel golpe tan bajo, por honesto que fuera—. Aunque mate a Cornelius después de tu muerte, eso no liberará a tu hermano. El alma de Jasper se está pudriendo. Pronto será un ghoul sin mente. Alguien tiene que realizar un ritual para liberarlo.

—¿Y no puedes hacerlo?! —exclamó.

Sacudí la cabeza con una mirada de disculpa.

—No puedo interferir en la vida de los mortales más que para capturarlos. Habrás hecho todo esto en vano si no sobrevives a la cripta, a menos que encuentres a otra persona que cuide de tu hermano una vez que te hayas ido.

—¿Es algún tipo de truco para obligarme a darte lo que quieres? —preguntó Kali, entrecerrando los ojos hacia mí—. Es decir, si te doy mi alma y te conviertes en mi dueño, ¿no me impedirá también intervenir en la vida de los mortales?

—No, mujer tonta. Seré el dueño de tu alma, pero seguirás siendo humana con todos los mismos derechos y ninguna de mis restricciones. Simplemente te haré longeva y casi inmortal.

—¿Así que no me impedirás hacer lo que yo quiera, pero con lo que tú no estés de acuerdo? —insistió Kali.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si no estoy de acuerdo, intentaré razonar contigo. Pero si insistes, es tu decisión. No soy tu amo.

—Pero podrías serlo, si quieres —replicó ella.

—Si así lo decido, sí, podría serlo —dije encogiéndome de hombros.

Se quedó boquiabierta mirándome como si yo fuera una criatura que no debería existir.

—¡Vaya! ¡Podrías haber mentido en lugar de admitir mis peores temores! —exclamó Kali.

Fruncí el ceño.

—¿Es eso lo que querías? ¿Que te mintiera, que te llenara de bonitas falsedades para arrancarte lo que quiero mediante el engaño?

Se pellizcó los labios y me miró con cara de “No seas tonto”.

—Por supuesto que no. Pero no tenías que ser tan directo al respecto.

—Entre nosotros no habrá siempre más que honestidad, por desagradable que sea la verdad —dije en tono imperioso.

—Bien. Pero este asunto de dar almas sigue sin interesarme. Encontraré otra forma de salir de la cripta de una pieza —dijo con obstinación.

Apreté los dientes. Por mucho que comprendiera su reticencia, seguía sintiéndolo como una afrenta personal y un rechazo.

—Serás mi novia, Kali. Y me entregarás libremente tu alma —dije en un tono ligeramente amenazador.

—No soy tu novia —dijo con la misma expresión malhumorada de siempre, cada vez que rechazaba mi pretensión.

Eso me molestó.

Moviendo la mano, invoqué los poderes cinéticos de la Magia de Carne para atraerla hacia mí. Kali jadeó cuando se deslizó dentro del círculo y casi chocó conmigo. A pesar de su sorpresa, no se resistió ni intentó luchar contra mí cuando me incliné hacia ella y aplasté sus labios en un beso brutal.

Casi le arranqué el vestido oscuro de manga corta que llevaba. Pude sentir su disgusto al oír el ruido de la tela al rasgarse. Sin embargo, su lengua luchó con la mía con la misma pasión furiosa. No había ternura ni suaves preliminares en nuestro acoplamiento. Era crudo, brutal, lleno de frustración, ira mutua, miedo y desesperación.

Mientras penetraba en ella, rodeado por la belleza hipnotizadora de su aura, que brillaba aún más por la tempestad de emociones conflictivas que se combatían en su interior, me atiborré de su energía potente y embriagadora.

Mientras ella se retorció bajo mí, sus paredes internas contrayéndose en torno a mi verga, maldije una vez más aquella desdichada forma etérea que me privaba del contacto pleno que ansiaba con mi hembra. Que me condenaran antes de permitir que su luz se apagara por su terquedad. Costara lo que costara, ella me entregaría su alma.

Kali era mía.



CAPÍTULO 6

Un día. Un puto día entero de viaje para llegar a las desdichadas Tierras Salvajes de Ashire. De todas las formas de arruinar mis planes, Cornelius no podía haber hecho un trabajo mejor. Además de viajar en carruaje durante horas hasta la siguiente ciudad, habíamos pasado más de doce horas en un barco antes de subir a otro carruaje. Y aun así, no habíamos llegado a nuestro destino.

Esto no había estado en las cartas en absoluto. Pero, por supuesto, uno de los innumerables contactos de Cornelius se puso en contacto con él para informarle del avistamiento de una mantícora en aquella región indómita. No podía haber ocurrido en peor momento. Ante el fracaso de Hermes a la hora de conseguir los huesos y órganos que deseaba, el nigromante no desaprovecharía esta oportunidad de asegurárselos.

No tenía ni idea de lo que pretendía hacer con ellos. Aunque Cornelius me había ocultado secretos a lo largo de los siglos, nunca se había mostrado tan hermético sobre un proyecto. Le conocía lo suficiente como para adivinar que era algo que me parecería tan aborrecible que podría intentar sabotearlo. No me había preocupado por ello sabiendo que, o bien encontraría una oportunidad para hacerlo en algún momento, o bien él sería lo bastante listo y taimado como para asegurarse de que yo no pudiera entrometerme. En cualquier caso, intentar adivinar lo que implicaba solo habría sido una pérdida de tiempo.

Una de mis principales preocupaciones residía en el hecho de que estábamos a kilómetros de distancia de casa... de mi novia. Demasiado lejos para avisarla de mi ausencia y, sobre todo, demasiado lejos para intentar teletransportarme hasta ella utilizando nuestro vínculo. No solo dudaba de poseer el poder suficiente para proyectarme a través de una distancia tan grande, sino que no habría forma de lograr tal hazaña sin que Cornelius se diera cuenta.

La segunda fuente de preocupación—y, en este caso, la principal—era el hecho de que, para semejante cacería, Cornelius haría sin duda un amplio uso de mis poderes. El horario mayoritariamente tranquilo que tenía al principio, centrado en seguir experimentando en casa con nuevos hechizos y construcciones, me habría permitido completar el proceso de transferencia parcial sin llamar demasiado la atención. Pero la caza era un asunto totalmente distinto.

No era la primera vez que me reprochaba la estúpida impaciencia que me había llevado a teletransportarme a Kali la noche anterior en lugar de esperar a que ella abriera el portal. Además de quemar una gran cantidad de energía, me había debilitado aún más al compartir más de mi alma con ella. Alimentarme de su energía no estaba ni remotamente cerca de reponer lo que había perdido.

Durante una batalla épica, me desvanecería rápidamente. Entonces, Cornelius sabría que algo iba mal.

Durante todo el trayecto por el campo de hierba alta que acabaría conduciéndonos al afloramiento rocoso en la distancia donde se rumoreaba que residía la mantícora, recé para que la criatura nos viera llegar y escapara. Más allá del hecho de que temía exponerme, realmente no quería que uno de aquellos seres míticos demasiado raros fuera destruido por algún plan espantoso y egoísta que hubiera urdido el nigromante.

Por desgracia, los cuervos espías que el nigromante envió a explorar encontraron a su objetivo. A través de sus ojos, Cornelius inspeccionó la zona y estableció el plan para capturar o matar a la criatura.

Avanzamos lentamente hacia la zona rocosa donde la mantícora había excavado su nido. Alva—que era experta en Magia de Terror y de Espanto—invocó unas cuantas pesadillas para aterrorizar a la fauna que vagaba por la hierba alta del valle que conducía a la guarida de la mantícora. Eran figuras descerebradas y sombrías que rastreaban cualquier cosa con latido e infligían heridas superficiales para aterrorizar y atormentar a sus presas. Mientras se alimentaban de su terror, Alva desviaba parte de esa energía para potenciar su propia magia.

En el momento álgido de su espanto, Cornelius utilizaría mi Aura de Muerte para matar instantáneamente a las criaturas. A las bestias más grandes—sobre todo a los mamíferos—les lanzaba primero una necrosis de bajo nivel para aumentar su dolor y angustia, amplificando aún más los beneficios que Alva obtenía de su Magia de Terror. Mientras morían decenas de criaturas, Meri levantó sus esqueletos y los puso en marcha.

Me hirió en lo más profundo que profanaran así mis poderes, que los utilizaran para cometer asesinatos gratuitos y violentos. Antes de ser capturado, nunca había utilizado mis dones divinos de un modo tan desmedido. Podía contar con una mano el número de veces que había utilizado la necrosis. En todos los demás casos, mantuve mi aura de muerte, bien para protegerme a mí mismo y a los demás, o bien como un acto de misericordia, para conceder la paz a quienes estaban a solo unos instantes de morir en la lenta agonía de una plaga, ahogados o asfixiados.

Como era su costumbre, Cornelius recurrió exclusivamente a mis poderes para realizar estas tareas. Al encontrar cada vez menos criaturas para construir su ejército de no muertos, siguió ampliando el radio de mi aura de muerte, que me agotaba exponencialmente. Siempre utilizaba primero mis poderes para reservar los suyos para la batalla final. En su narcisismo, quería hacerse la ilusión de que él tenía todo el mérito de la victoria final.

Esta vez, esa táctica descarada jugó a mi favor. Cuando consideró que su ejército era lo

suficientemente grande, yo ya estaba agotado. Un poco más y habría quedado completamente agotado.

Mientras Alva y Meri habían montado en sus Caballos del Terror para explorar las zonas cercanas en busca de presas, Cornelius había permanecido en la comodidad de nuestro carruaje, conducido por Jasper. Con la guarida de la mantícora a poca distancia, finalmente desembarcó y montó en su propio Caballo del Terror, que había sido enganchado al carruaje.

Tras ordenar a Jasper que se quedara allí, se puso al frente con al menos doscientas criaturas resucitadas de diversos tamaños a cuestas.

Un fuerte chirrido saludó nuestra aproximación al acercarnos a la oscura formación rocosa que parecía surgir de la nada en medio del valle. A juzgar por la poderosa aura que emanaba de aquella dirección general, podía sentir la presencia de algún tipo de pozo mágico. Eso explicaría por qué la criatura habría elegido esta zona para asentarse. Esa oleada arcana también podría haber sido la causa de que el terreno se hinchara hacia arriba en aquella pequeña colina rocosa, como lo habría hecho una erupción de lava para formar un volcán.

Una lluvia de dardos a pocos metros delante de nosotros nos detuvo en seco. Con un sonido de aleteo, la mantícora vino a cernirse a poca distancia por delante. Unos inteligentes ojos azules nos miraron desde su rostro humano. A juzgar por el tamaño de su cuerpo de león, la longitud de su cola de escorpión y la envergadura de sus alas de murciélago, juzgué que tenía unos cinco años, lo que equivaldría a unos treinta años para un humano.

Agitó amenazadoramente su cola cubierta de las mismas espinas venenosas que habían caído ante nosotros. La mantícora podía dispararlas como las púas de un puercoespín para paralizar o matar a sus víctimas. A pesar de haber disparado al menos dos docenas de ellas, ya le crecían nuevas espinas para sustituir a las que acababa de utilizar.

—¿Quién se atreve a invadir mis dominios? —gritó con voz atronadora.

—Me llamo Cornelius Cromwell. Mis aprendices y yo hemos recorrido un largo camino para venir a hacerte una oferta que sencillamente no podrás rechazar.

Los ojos de la mantícora se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron, mostrando tres filas de afilados dientes.

—¿Qué podría ofrecerme un simple humano que yo pudiera desear?

—El honor de servirme, por supuesto —dijo Cornelius con odiosa petulancia—. Te haré más poderoso de lo que jamás puedas soñar.

La mantícora soltó una carcajada ante tan absurda afirmación. Incluso a su corta edad, constituía una amenaza lo bastante importante como para justificar que el nigromante viniera con sus dos aprendices más poderosos y un ejército de muertos vivientes. Pero ni siquiera eso era garantía de éxito... al menos no sin mí. Me enfurecía que mi presencia fuera el motivo de la arrogancia de Cornelius.

Pero lo que más me enfurecía eran los juegos mentales que mi captor estaba practicando con el cachorro. Cuando se trataba con lo arcano, había que ser extremadamente cuidadoso con la

redacción de un acuerdo. Cornelius no mentía cuando le prometió que le haría más poderoso de lo que jamás hubiera podido imaginar. Lo que no mencionó fue que, para lograr ese objetivo, le convertiría en una especie de abominación y le robaría su libre albedrío y quizá incluso su cordura.

—No sirvo a nadie, humano. Pero *tú me servirás a mí*. Estaba a punto de salir a cazar un tentempié. Qué amable eres al entregarte a mí —dijo la mantícora con voz dulzona y enfermiza.

—Me has entendido mal, mantícora. No te estaba pidiendo tu opinión sobre el asunto. Según mi declaración inicial, estoy aquí para hacerte una oferta que *sencillamente no puedes rechazar* —reiteró Cornelius, esta vez poniendo énfasis en las cuatro últimas palabras—. Eres joven, inexperto y claramente despistado. Te jactas de poseer un dominio y, sin embargo, no has establecido ninguna defensa para él. Ya se está corriendo la voz de tu presencia aquí. Otros vendrán a cazarte y matarte. Sírreme y podrás experimentar un futuro que nunca habrías imaginado.

En efecto. De miseria, sufrimiento y desesperanza.

—Que vengan los demás —siseó la mantícora—. Como tú, morirán a mis manos, y me daré un festín con sus huesos.

Y sin duda lo haría si pudiera matar a Cornelius. En otras circunstancias, habría tenido un cincuenta por ciento de posibilidades de éxito, a pesar de estar en inferioridad numérica. Pero al tenerme atado a él, el nigromante se hizo esencialmente inmortal.

Le tocó reírse de la mantícora.

—Ya te gustaría. Pero no puedo morir. No se puede decir lo mismo de ti, cachorrito. Así que aquí tienes tu elección. Puedes servirme voluntariamente, o puedo obligarte. Vivo o muerto, vendrás a casa conmigo como mi sirviente.

La cólera que descendió sobre los rasgos más bien apuestos de la mantícora se hizo eco de la rabia que sus palabras despertaron en mí.

—Esta conversación ha terminado. Ahora, ¡morirás!

Al decir esto, la mantícora azotó su cola hacia delante, disparando contra nosotros al menos veinte de las espinas que la recubrían. Alva movió instantáneamente las manos hacia delante y gritó una palabra de poder. Una neblina roja brilló ante nosotros justo cuando los dardos chocaron contra el escudo protector que ella había levantado con su Magia de Sangre.

—¡Como quieras! —dijo Cornelius con malicioso regocijo.

Deliberadamente, hizo esa oferta de un modo lo bastante odioso como para forzar el enfrentamiento. Al nigromante no solo le gustaba ganar, sino que le encantaba destruir física y mentalmente a sus oponentes en el proceso. Tácticas tan mezquinas y crueles solo revelaban lo pequeño y débil que era en realidad, que necesitaba aplastar a los demás para validar su sentido de la autoestima.

Un dolor atroz me atravesó. A pesar de no tener un recipiente físico, sentí como si me hubieran arrancado la columna vertebral de la espalda cuando Cornelius invocó mi Magia de

Almas para separar el alma de la mantícora de su cuerpo, facilitando así el control y la manipulación de la criatura.

Un hechizo así requería una cantidad insana de poder. Ningún mortal podría conseguirlo por sí solo. Incluso yo tendría dificultades para hacerlo, sobre todo en un mago de tan alto rango como era una mantícora. Para una Parca, solo el uso de nuestra guadaña facilitaba tal tarea. No mataba al objetivo, solo rompía el vínculo que lo mantenía unido a su recipiente mortal.

La risa incrédula de la mantícora solo confirmó lo que ya sabía. El hechizo había fallado de forma espectacular. Con toda mi potencia, mi habilidad canalizada a través de las impresionantes habilidades del propio Cornelius debería haber dañado al menos parcialmente aquel vínculo. Apenas hizo un rasguño.

—¡Tonto humano! ¿De verdad creías que podías atarme así? —se burló la mantícora.

Bajo la ira conmocionada que estalló en el interior del nigromante, sentí cómo echaba raíces la primera semilla de la sospecha. Como en el pasado nos habíamos enfrentado a enemigos mucho más poderosos en los que había utilizado una táctica similar, Cornelius supo al instante que esta vez algo iba mal. Por mucho que me gustara interferir en sus planes, no podía negarle el uso de mis habilidades mágicas. Por lo tanto, esto solo podía significar que algo había manipulado mis poderes.

Pero la mantícora disparó otra andanada de espinas hacia nosotros mientras, al mismo tiempo, exhalaba fuego descendente, e hizo que el nigromante saliera rodando de la trayectoria del infierno y las agujas envenenadas. Esta vez, fue él quien lanzó simultáneamente un escudo de sangre para absorber lo que no había podido evitar.

Sin esperar su orden, Meri puso en marcha su ejército esquelético. La confusión en el rostro de la mantícora mientras volaba en círculos a nuestro alrededor y nos lanzaba llamas y dardos no hizo más que confirmar su falta de experiencia en combate. Obviamente, parecía ilógico enviar esqueletos andantes hacia él cuando volaba muy lejos del alcance de sus posibles ataques. A pesar de su tremendo calor, el fuego que exhalaba no destruía los huesos. Solo derretió la carne y los tendones que quedaban de ellos.

Exactamente lo que Meri quería.

Mientras Cornelius seguía bloqueando los ataques de la mantícora con Magia de Sangre, Alva creaba distracciones con sus pesadillas. No asustaban a la criatura, pero la ponían a la defensiva, dificultando su capacidad para atacar a Cornelius. Su pelaje marrón rojizo cubría una piel de cuero tan gruesa que las afiladas garras de las pesadillas apenas le rozaban en las raras ocasiones en que conseguían darle un zarpazo.

Además de su poderosa magia, su fuego de dragón y su veneno letal, las mantícoras también eran extremadamente rápidas tanto en sus ataques como en su vuelo. Esto hacía que golpearlas con un hechizo, una flecha o cualquier arma dirigida fuera extremadamente difícil. Tenías que intentar anticipar dónde se encontrarían en el tiempo y el espacio y disparar a ese lugar, con la esperanza de no fallar, lo que solía ocurrir.

Mientras Alva intentaba de verdad golpearle—y fracasaba estrepitosamente—Cornelius lanzaba deliberadamente sus flechas de sangre entre escudos protectores. Era una estrategia deliberada para adormecer a la mantícora y hacerle creer que se enfrentaba a oponentes inferiores y, por tanto, bajar la guardia. También proporcionó a Meri el tiempo necesario para preparar su trampa, ya que su ejército de muertos vivientes tomó posiciones formando un semicírculo alrededor de la zona por la que volaba la criatura mientras llovía fuego y dardos envenenados sobre nosotros.

La tristeza y la ira lucharon en mi interior a partes iguales cuando Meri utilizó su Magia de Hueso para hacer que sus esbirros no muertos se tumbaran en el suelo, con los brazos y las piernas recogidos por debajo—para los que poseían tales extremidades—y la espalda redondeada hacia el cielo. Invocando sus poderosas habilidades de manipulación ósea, empezó a remodelar los huesos de sus espaldas, convirtiéndolos en pinchos que apuntaban hacia arriba.

Revelando una vez más su inexperiencia y despiste, la mantícora no vio la trampa que se cerraba rápidamente a su alrededor. En un temerario despliegue de bravuconería, el insensato cachorro se zambulló respirando un chorro constante de fuego contra las criaturas que se alzaban, quemando la carne que les quedaba en los huesos, destrozando a algunas de ellas con un brutal golpe de ala, e incluso levantando a una en volandas. Al elevarse de nuevo hacia los cielos, hizo ademán de morder una gruesa extremidad de su presa, aplastando sin esfuerzo los huesos entre las tres feroces filas de dientes de su boca antinaturalmente grande en su, por lo demás, apuesto rostro humano.

Aprovechando este momento de distracción, Cornelius desvió una gran parte de las reservas mágicas que Alva había recogido antes de las criaturas a las que aterrizzaba y las combinó con mis habilidades de Magia de Alma para intentar una vez más cortar el vínculo de la mantícora con su cuerpo. Alva vaciló por la súbita pérdida una fracción de segundo antes de que los efectos de su codicia me golpearan a mí también.

Esta vez, el mismo dolor agudo e insoportable me desgarró, y sentí que me desmayaba mientras un extraño hormigueo similar al de una persona a punto de perder el conocimiento se extendía por mí. El mundo se oscureció a mi alrededor. Como no tenía ojos propios, veía y experimentaba el entorno a través de todos los sentidos de Cornelius. Que la tensión sobre mí hubiera sido tan violenta como para separar temporalmente esa conexión me aterrizzaba.

—¿Por qué coño estás tan débil? —siseó mentalmente Cornelius cuando el ataque volvió a fallar estrepitosamente.

Me sentía aturdido, no sabía qué brujería logré usar para conseguir ordenar mis pensamientos lo suficiente como para soltar lo que esperaba que él considerara una explicación lo bastante plausible.

—Estás atacando a una mantícora, no a un débil humano. Está cerca de su pozo mágico y sabiamente sigue volando a lo largo de fuertes líneas ley. Has malgastado mucha de mi energía lanzando mi aura de muerte en un radio ridículamente amplio —le expliqué—. Los tres se

cansarán antes que él. No pueden llevarse su alma.

—*¡Pero TÚ podrías!* —replicó Cornelius antes de apartarse rodando de otra andanada de dardos envenenados.

—*Su hilo vital aún no está cortado* —argumenté—. *Aún existe la posibilidad de que sobreviva a este encuentro. Por lo tanto, no, no puedo capturar su alma para ti, aunque igual no lo habría hecho.*

—*Bien, como quieras. No lo necesito vivo. Habría estado bien, pero lo único que realmente necesito son sus huesos para mi pequeño proyecto. Me aseguraré de recordar cómo dificultaste las cosas una vez que esté terminado* —replicó mentalmente Cornelius de forma ominosa—. *Por ahora, utilicemos una de tus habilidades favoritas.*

La forma maliciosa en que rio al pronunciar aquellas últimas palabras me heló. Aunque realmente no podía haberle ayudado a matar a la mantícora antes de que el Destino considerara que había llegado su hora, la vergüenza me invadió por empeorar una vez más la situación de alguien que estaba en el punto de mira del nigromante. Después de todo este tiempo, sabía que no debía permitir que mi estúpida boca le provocara, teniendo en cuenta lo fino de piel que era. Siempre necesitaba ponerme en mi sitio, haciendo daño a los demás en mi nombre y con mis poderes.

A pesar de lo agotado que estaba, aún poseía suficiente poder para que Cornelius utilizara mi aura de muerte de forma selectiva. Al canalizarla a través de su propia magia y apuntar a un objetivo concreto en lugar de utilizarla en un amplio radio, requería mucho menos combustible para tener un impacto potente. En este caso, el golpe mortal que utilizó contra la mantícora actuó sobre él como un golpe salvaje.

El cachorro vaciló, su patrón de vuelo se volvió errático mientras intentaba recuperarse ebrio. Las pesadillas de Alva se abalanzaron sobre él, arañándole por todas partes. Con una serie de poderosos golpes y azotando salvajemente su cola, la mantícora se defendió de las criaturas más débiles. Cuando parecía que iba a imponerse, Cornelius le asestó un segundo golpe mortal. Esta vez, el cachorro emitió un rugido de dolor y le brotó sangre de la comisura de los labios.

Al mismo tiempo, Meri activó su trampa.

Con una sola orden vocal, los esqueletos tumbados que había alineado en el semicírculo que rodeaba los dominios de la mantícora entraron en acción. Los huesos afilados que había remodelado en sus espaldas salieron disparados al aire con la potencia de un virote de ballesta. Todavía desestabilizado por el dolor debilitador del golpe mortal, no consiguió esquivar las puntas de hueso que se aproximaban. A pesar de sus valientes esfuerzos, varias de ellas dieron en el blanco. Chilló cuando algunas se le clavaron en los costados, las piernas y el hombro izquierdo. Un par más le desgarraron las alas de murciélago.

Enfurecida, la mantícora hizo lo que debería haber hecho desde el principio y se lanzó hacia Cornelius. Con su falta de experiencia y la arrogancia de la juventud, hizo alarde de su poder, amenazando y burlándose en lugar de ir a matar. Al alargar el combate por entretenimiento,

había dado ventaja al enemigo.

Como esperaba aquella reacción, Cornelius lanzó media docena de dardos de sangre contra la criatura que cargaba. No pude saber si alcanzaron su objetivo o no, ya que la mantícora lanzó un largo y constante chorro de fuego contra nosotros. Por una fracción de segundo, creí que había conseguido atravesar el escudo de sangre de mi anfitrión, hasta que las llamas chocaron contra el muro invisible que teníamos ante nosotros. Eso no impidió que sintiéramos el intenso calor.

Mi espíritu se animó cuando el escudo empezó a flaquear bajo el sostenido asalto de fuego y cuando la mantícora se acercó a nosotros. Entre el fuego y la fuerza del impacto, el escudo se derrumbaría y la bestia podría desgarrar a Cornelius miembro a miembro. Por supuesto, mis poderes de regeneración evitarían que muriera, pero no le librarían de la intensa agonía de tener el cuerpo hecho trizas. Como yo no compartiría ese dolor, recé para que llegara ese momento.

No fue así.

Oí el grito desgarrador de la joven mantícora medio latido antes de ver múltiples andanadas de pinchos de hueso rasgando el cielo. El muro de fuego se desvaneció justo cuando resonó un fuerte golpe apenas un par de metros delante de nosotros.

Herido de gravedad, con al menos dos docenas de pinchos que sobresalían de su cuerpo en distintos ángulos, el cachorro se había estrellado contra el suelo y luchaba por volver a ponerse en pie. Como buitres, Meri y Alva se acercaron a la criatura, agitando las manos mientras de sus bocas brotaban encantamientos vinculantes.

Al nigromante se le escapó una risita cruel mientras se acercaba con suficiencia a su oponente caído. Con una impresionante determinación mezclada con desesperación, la mantícora intentó huir. A pesar de sus graves heridas, consiguió volar a una velocidad impresionante mientras se arrancaba torpemente algunos de los pinchos óseos de su cuerpo. Sin embargo, su huida duró poco. Con un poderoso hechizo que combinaba Magia de Carne y Magia de Hueso, Cornelius tomó el control de las alas de la mantícora, paralizándolas.

La pobre criatura se precipitó en caída libre, estrellándose pesadamente una vez más. Le dejó sin aliento. Sus dolorosos gemidos se mezclaban con su respiración húmeda y silbante, insinuando que tenía los pulmones perforados.

Nunca tuvo la oportunidad de volver a levantarse.

Su intento de agitar la cola, tanto para disparar sus espinas envenenadas contra sus torturadores como para intentar picarles con la afilada aguja de la punta, se vio rápidamente frustrado. Tirando del pomo de la calavera de su bastón, Cornelius dejó al descubierto la feroz hoja que ocultaba. De un manotazo, la utilizó como espada para cortar la cola.

Trabajando con rapidez y eficacia, Meri y Alva encadenaron al cachorro al suelo. Mientras que Alva se limitó a utilizar su Magia de Sangre para tejer hilos arcanos alrededor de sus extremidades, Meri reveló el lado más oscuro que acechaba en lo más profundo de la ingenua enamoradiza que solía representar.

Sin pestañear, le arrancó dos de los pinchos óseos incrustados en el costado y se los clavó

fríamente en las patas delanteras. Con un rápido conjuro, volvió a utilizar la manipulación ósea para que los huesos se transformaran en una especie de garfio que le clavó las extremidades en el suelo. Ignorando sus gritos agónicos, repitió el proceso con las patas traseras.

Negándose a aceptar lo que ahora era claramente inevitable, la mantícora intentó escapar de nuevo—aun a riesgo de arrancarse los miembros—con un vano intento de batir de nuevo las alas. Por desgracia para él, Cornelius mantenía su parálisis sobre ellas. No queriendo seguir gastando esa energía, el nigromante sometió aquellas magníficas alas al mismo espantoso destino que había corrido su cola.

—Deberías haberme servido, tonto —dijo Cornelius burlonamente mientras rodeaba a la criatura destrozada para colocarse junto a su cabeza—. Ahora vas a morir, lenta y dolorosamente. Y voy a disfrutar oyendo tu agonía durante cada segundo. ¿Ves a mi preciosa Alva? —preguntó Cornelius, señalando con la cabeza a su aprendiz—. Es extremadamente experta en Magia de Carne y Sangre. Su especialidad es extraer órganos manteniendo vivo al huésped para que conserven aún más sus propiedades mágicas. Y tú, mi pequeño amigo, eres un tesoro de magia maduro para la cosecha.

Hizo un gesto a Alva para que procediera. La impaciencia con la que recogió la parafernalia necesaria de la silla de su caballo era más que repulsiva. Era tan cruel como su Amo. Meri, con el rostro desprovisto de emoción, empezó a dibujar unas cuantas runas en el cuerpo de la mantícora mientras murmuraba algunos conjuros tanto para sofocar su propia magia como para mantenerlo con vida más allá de lo que la naturaleza pretendía una vez que Alva se pusiera a trabajar en él.

Cornelius rio con descarada crueldad al oírme maldecirle mentalmente. Quería librar al cachorro de la prolongada agonía a la que estaban a punto de someterlo. Pero aún le quedaba demasiado tiempo de vida como para que pudiera intervenir. Y debilitado como estaba, los poderes que podría utilizar solo aumentarían la tortura que iba a sufrir. Si aún tuviera cuerpo, al menos podría haber acabado con su dolor, si no con su vida.

Cuando Alva empezó a rebanarle el pecho, la mantícora no gritó, sino que clavó los ojos en Cornelius. Para mi sorpresa, me di cuenta de que no miraba al nigromante, sino directamente a mí.

—¡Libérame, Parca! —gritó con voz dolorida—. Concédeme la paz.

Cornelius se echó a reír, burlándose tanto de él como de mí. A pesar de su petición previa de que le arrancara el alma a la mantícora, mi anfitrión conocía mejor las limitaciones que me constreñían. Sin embargo, la mirada desconcertada que Alva y Meri lanzaron a su vez hacia su amo y su víctima reiteró el hecho de que Cornelius estaba haciendo un excelente trabajo engañándoles para que creyeran que los tremendos poderes que poseía procedían realmente de él y no del semidiós al que había esclavizado.

No tenían ni idea de que yo acechaba en su interior.

Molesto por sus miradas inquisitivas, les gritó que reanudaran su tarea. Los cinco minutos

siguientes se convirtieron en un espantoso espectáculo de pura maldad mientras empezaban a extraer minuciosamente los órganos menos vitales de la criatura, tomándose su tiempo para envolverlos en hechizos mientras los colocaban en los recipientes especiales que Alva había traído para que no se descompusieran ni perdieran la potente magia que emanaba de ellos.

Para colmo de males, Cornelius utilizó mis poderes de regeneración para ayudar a sostener al cachorro, que se estaba muriendo rápidamente por el sádico maltrato que le habían infligido. Demasiado concentrado en mi culpa y mi pena, agravadas además por el desgarrador sonido de sus gritos, no oí el sutil, pero inconfundible sonido desgarrador del breve desgarro del Velo de un viajero que se teletransportaba a través de él.

Y entonces sentí la querida energía familiar.

¡¡Haroth!!

—¡Parca! ¡Llegas demasiado pronto! —gruñó Cornelius al ver la impresionante silueta de mi hermano de pie dos metros más adelante.

Las dos aprendices volvieron a ponerse en marcha, mirando confusas el espacio vacío hacia donde miraba su maestro. Meri fue la primera en darse cuenta de lo que ocurría y alteró su visión para poder ver a la Parca. Alva hizo lo mismo instantes después. Como mortales normales, sus poderes nigrománticos eran lo único que les permitía vislumbrar algo. Pero a ellas solo les parecería una vaga figura con túnica. Gracias a mí, Cornelius vería a mi hermano en todo su esplendor.

Un poderoso dolor, una sensación de pérdida y añoranza me aplastaron al contemplar su oscura túnica y su reluciente guadaña. El sonido familiar del tintineo de sus cadenas al acortar la distancia que nos separaba exacerbó aún más el agudo dolor de todo lo que me habían arrebatado. Bajo su capucha, sus ojos brillaban en rojo, dando fe de su furia e iluminando los afilados ángulos de su rostro esquelético.

Dolía aún más que parte de su rabia se dirigiera realmente contra mí.

Obviamente, Haroth comprendió que yo no había elegido este destino y que no podía evitar que abusaran de mis poderes. Eso no disminuyó su resentimiento. Al permitir que me capturasen, había causado un sufrimiento interminable que nunca debería haber existido, ya que, para empezar, Cornelius nunca habría tenido el poder necesario para infligirlo.

Y, sin embargo, por debajo de esa ira, mi hermano sentía una gran compasión por mí.

—Mis aprendices y yo pensamos jugar con él un rato más. Seguro que puedes encontrar muchas otras almas moribundas que te mantengan ocupado durante una hora o así. Para entonces habremos terminado —dijo Cornelius con una arrogancia que me hizo desear despedazarlo.

—Creo que no —respondió Haroth con una voz tan fría como para congelar un volcán en erupción.

—¡Su hilo no ha terminado! —siseó el nigromante con incredulidad.

—Está bastante cerca. A diferencia de Pharos, yo soy un Grim, no un Ángel de la Muerte. Como no estoy sujeto a las mismas limitaciones, digo que está acabado.

—¡NO! —gritó Cornelius.

Pero ya era demasiado tarde. Con un rápido golpe de guadaña, Haroth mató a la mantícora. A simple vista, parecía que había intentado decapitarlo. Mientras que las dos chicas solo vieron un borrón, Cornelius y yo vimos claramente cómo la hoja cortaba el vínculo del alma con el cuerpo antes de arrancarla.

Era un resplandor luminoso que se extendía por los pocos nudos óseos de la base de la guadaña. Como muchos Grims, Haroth transportaba las almas de los caídos de ese modo, pues no le interesaba interactuar con ellas durante su viaje al otro lado. Les acompañaba literalmente, sus almas conservaban la silueta etérea de la persona física que habían sido antes de su fallecimiento mientras les facilitaba el nuevo viaje que les esperaba.

Cediendo una vez más a su volátil temperamento, Cornelius dio tontamente un paso amenazador hacia mi hermano.

—¡Maldito...!

—No me amenes ni me insultes, humano. Por otra parte, tal vez deberías seguir adelante y darme una buena razón para sacarte de tu miseria —dijo Haroth, agitando su guadaña de forma poco sutil.

Cornelius se rio mientras miraba a la Parca con expresión incrédula.

—¿En serio?! No puedo morir, ¡idiota!

Mi hermano inclinó la cabeza hacia un lado, y los huesos de su rostro esquelético se movieron para revelar una aterradora sonrisa dentada. Normalmente tenía una sonrisa muy agradable, pero esta vez estaba utilizando deliberadamente una de sus apariencias de Grim para conseguir un efecto más dramático.

—¿Quieres apostar? Estaré encantado de enseñarte el error de tus métodos.

—¡No te atreverías! —dijo Cornelius, esta vez con un deje de preocupación en la voz.

Estuvo a punto de añadir que Haroth no querría arriesgarse a matar a su propio hermano, pero se contuvo en el último momento antes de lanzar una mirada molesta a las mujeres. Les hizo un gesto de enfado para que se alejaran y le concedieran intimidad.

—¿Por qué despidas a tus hembras? —preguntó Haroth lo bastante alto para que le oyeran—. ¿Temes que descubran el secreto de tu poder? ¿Que descubran que realmente eres un débil nigromante que se alimenta de la Parca que has atrapado?

Las mujeres jadearon, moviendo la cabeza entre su amo y la Parca.

—¡Márchense! —gritó Cornelius a sus aprendices, con el rostro retorcido por la furia.

No hacía falta decirlo dos veces. Casi corrieron hacia sus Caballos del Terror, que esperaban pacientemente a unos cincuenta metros de distancia.

—Pero para responder a tu pregunta no formulada —continuó burlonamente Haroth—, sí, mataría a mi hermano. Teniendo en cuenta la forma asquerosa en que lo estás utilizando —añadió señalando los restos destrozados de la mantícora—, matarlos a los dos sería mostrarle piedad. Así que adelante, vuelve a amenazarme, Nigromante. Y entonces sabrás si puedo o

quiero matarlos a los dos.

Hirviendo de rabia, Cornelius apretó los dientes, pero sabiamente guardó silencio. Como había hecho antes la mantícora, Haroth clavó los ojos en mi anfitrión, pero me miraba directamente a mí. Un extraño estremecimiento me recorrió cuando su conciencia rozó la mía. Pero la breve oleada de alegría que me produjo aquel contacto se convirtió rápidamente en pavor cuando mi hermano frunció el ceño. No necesitaba que hablara para saber que se había dado cuenta de lo que me ocurría.

Por favor, ¡no me delates!

No podía hablar con él, solo rezar para que no soltara ninguna indirecta que pudiera levantar aún más las sospechas de Cornelius.

Para mi alivio, mi hermano giró sobre sus talones sin decir una palabra más. El aire se difuminó a su alrededor, y el discreto sonido de desgarró resonó medio latido antes de que desapareciera.

Con una serie interminable de las maldiciones más asquerosas que jamás había oído, Cornelius ordenó a las mujeres que regresaran y completaran rápidamente la tarea. Con la mantícora muerta, el nigromante se vio obligado a expandir aún más mis capacidades de regeneración para mantener al máximo las propiedades mágicas de los órganos de la criatura. Cuando terminó la espantosa tarea, estaba completamente agotado.

Y Cornelius lo sabía.

Llegados a este punto, no podía negar que sospechaba que algo iba mal. Solo podía rezar para que aún no comprendiera qué era y qué hacer al respecto. Kali necesitaba transferirme a mi propio recipiente a toda prisa.

Para mi consternación, en lugar de emprender de inmediato el largo viaje de regreso a casa, Cornelius pasó el día siguiente saqueando la guarida de la mantícora y estudiando bien su magia. Lo peor de todo fue que la gran distancia me impidió una vez más advertir a Kali de mi situación actual. Habría dado cualquier cosa por poder contactar con ella. Teniendo en cuenta mi estado actual, no habría podido darle más de mí, pero alimentarme de ella habría mejorado mucho mi situación.

Mi única bendición en todo aquello fue que Cornelius no recurrió a mi magia durante el resto de nuestra estancia aquí ni cuando finalmente emprendimos el camino de vuelta a casa al tercer día. Fueron las setenta y dos horas más aterradoras y angustiosas de los últimos siglos.

Cornelius me había ocultado por completo sus pensamientos. Que me mantuviera totalmente a oscuras confirmaba que, o bien me había descubierto, o bien tramaba algo terrible. Fuera lo que fuese lo que planeaba, no me cabía duda de que lo pondría en marcha en cuanto llegáramos a casa.

Mientras me desvanecía en el fondo, rogando que mi energía se repusiera rápidamente, recé a todos los Dioses y poderes para que Kali no me abandonara pensando que había incumplido nuestro acuerdo.



CAPÍTULO 7

Por vigésima vez—que me parecieron más bien mil—miré el reloj. Llevaba al menos cuatro horas sentada en el claro junto al círculo. No entendía qué podía estar retrasándolo tanto. No había intentado responder a la invocación, ni siquiera darle la señal de “pausa”. Como temía dejarla activa durante demasiado tiempo para no alertar a Cornelius, puse en pausa su llamada. Una vez cada veinte minutos aproximadamente, la reactivaba solo durante unos segundos a modo de codazo.

A pesar de que anoche se enfadó conmigo porque no quería entregarle mi alma, no creí ni por un segundo que Pharos se echaría atrás. No a estas alturas, y menos siendo ésta su única y verdadera esperanza de recuperar la libertad. Al final, aunque me desplomara mientras intentaba salir de la cripta por no ceder a su petición, eso no cambiaría el resultado beneficioso para él. Pharos sería libre.

Además, aún sentía su esencia dentro de mí.

Aunque no podía aprovechar sus poderes de Parca, había notado un aumento significativo de mis habilidades mágicas desde la primera vez que nos apareamos. Después de lo de anoche, había subido otro peldaño. Como no tendría sentido que Pharos me diera una parte de sí mismo y luego simplemente rebotara, solo podía suponer que algo estaba interfiriendo en su capacidad de volver a mí.

No quería ceder al pánico y suponer lo peor. Sin embargo, mi mente no dejaba de preguntarse si Cornelius habría descubierto nuestros planes y encadenado aún más a Pharos. El completo silencio alimentó considerablemente ese temor. ¿Le había descubierto su pequeño truco de teletransportarse hasta mí la noche anterior? ¿Se había desvanecido tanto su presencia en el interior del nigromante que reveló la trama?

A la quinta hora, me di por vencida y regresé a mi casa, sintiéndome derrotada y sumamente preocupada. Me dirigí a la cama, saltando a cada sonido, a cada sensación, imaginando que era una señal de Pharos.

Aunque al principio me embarqué en esta loca misión por el bien de mi hermano, no podía negar la genuina preocupación que atenazaba mi corazón por Pharos. Claro que había

demostrado ser un amante fantástico. Pero iba más allá. Realmente me preocupaba por él. Había algo en su mera presencia que me levantaba el ánimo. Mientras que un hombre que se mostraba posesivo conmigo me ponía los pelos de punta en un abrir y cerrar de ojos, Pharos me gustaba irracionalmente, aunque me opusiera cuando lo hacía. Su necesidad casi obsesiva de poseer mi alma, la forma en que describía su belleza y cómo le afectaba y, sobre todo, cómo su voz bajaba una octava cada vez que me llamaba su novia me producían cosas maravillosas. A una parte de mí le gustaba de verdad la idea de ser reclamada por él.

Me estaba encaprichando de Pharos.

No tenía sentido, hasta el punto de que habíamos tenido muy pocas conversaciones que no se centraran en nuestra misión. No sabía casi nada de él, ni siquiera cómo consiguió Cornelius atraparlo para empezar. Por las breves interacciones que habíamos tenido, Pharos parecía honesto y honorable. Aunque asertivo, nunca me dio la impresión de ser mandón. Por mucho que le disgustaran mis decisiones—y expresara claramente su opinión al respecto—en última instancia respetaba mis elecciones y no intentaba intimidarme o avergonzarme por ellas.

Eso me gustó mucho.

¿Puedo verme a mí misma manteniendo una relación con él cuando todo esto esté dicho y hecho?

Aquel pensamiento me hizo reflexionar. Ahora mismo, no podía estar segura de que la forma en que se comportaba conmigo fuera un fiel reflejo de su personalidad. Yo era su billete hacia la libertad. ¿Cómo podía saber que no estaba conteniendo un posible lado oscuro hasta que consiguiera lo que quería? ¿Cómo sería en su vida cotidiana normal? ¿Qué aspecto tenía en carne y hueso?

¿Tiene siquiera carne?

Una vez más, me sorprendió lo despistada que estaba respecto a él. Nunca había visto a una Parca en persona. Por todo lo que había leído sobre ellas, los mortales solo solían verlas en todo su esplendor en el momento de la muerte. Las pocas excepciones eran los hechiceros de alto nivel y, sobre todo, los nigromantes. Pero incluso entonces, los que tenían poderes arcanos rara vez podían verlos en su totalidad, solo la figura encapuchada, a menudo sin rostro, blandiendo una guadaña. Según la mayoría de los relatos, solo un esqueleto acechaba bajo esa túnica generalmente negra. ¿Era ése el caso de Pharos?

¿Es un problema para mí?

Aunque me consideraba más una bruja de Hueso y Sangre que una nigromante, la idea de follarme a un esqueleto no me atraía en absoluto. Si resultaba ser una especie de sombra o espectro, eso ya sería mucho menos angustioso. Después de todo, su forma actual podía etiquetarse como tal hasta cierto punto. Y no me cansaba de pasar momentos íntimos con él de esa forma.

La llama de la vergüenza chisporroteó bajo en mis entrañas mezclada con la de mi floreciente excitación. Pharos me estaba arruinando para cualquier otro hombre. Había sido ferozmente

apasionado y felizmente voraz en cada uno de nuestros encuentros. Pero eso no le había impedido estar atento a mi placer. Por supuesto, hacerme alcanzar el clímax cumplía su principal propósito de hacer que me aflojara lo suficiente como para ser más receptiva a alojar partes de él. También le proporcionaba la energía emocional y sexual que le ayudaba a reponer sus reservas de poder.

Sin embargo, había estado rodeada de su alma mientras me hacía el amor. Un alma no puede mentir. La atracción—por no decir afecto—que sentía por mí era innegable.

Aquel pensamiento, más que ninguna otra cosa, respondía a todas mis preguntas anteriores. Me gustaba sentir su alma tanto como a él la mía. Independientemente de lo que fuera su cuerpo—esqueleto, espectro o cualquier otra cosa intermedia—quería seguir explorando lo que fuera que había entre nosotros.

Si él estaba dispuesto, yo quería entablar una relación con él y ver adónde nos llevaba.

Pero, ¿por qué no se ha puesto en contacto conmigo esta noche?

Solté un suspiro de disgusto mientras en mi cabeza se repetían las mismas preguntas inútiles sobre lo que podría haberle mantenido alejado. Eran ya cerca de las cuatro de la madrugada. A pesar de lo avanzado de la hora, el sueño me era esquivo. Estuve dando vueltas en la cama durante horas, dormitando y despertándome cada vez con un sobresalto, preguntándome si sería en respuesta a un empujón de Pharos... y no lo había sido.

Por la mañana me encontré hecha polvo y seguía sin tener noticias suyas. Pasé todo el día fuera de mí, contando cada minuto que se alargaba interminablemente hasta el anochecer. En una aterradora repetición de la noche anterior, esperé en vano en el claro sin que Pharos intentara ponerse en contacto conmigo. Volví a casa desolada y sintiéndome totalmente impotente.

No podía hacer nada, excepto esperar a que me tendiera la mano. Pero, ¿y si no podía? Quería creer que la situación no era tan grave como mi paranoia seguía afirmando. Aquella noche resultó aún más irregular que la anterior. Me desperté agotada, estresada e incluso enfadada. Por mucho que me repitiera a mí misma que Pharos no se alejaba por voluntad propia, la desagradable voz de mi cabeza no dejaba de repetirme que me habían engañado.

El plan había sido que yo fuera a la cripta hoy o mañana. Anoche se habría establecido si yo albergaba lo suficiente de él como para permitir un traslado rápido antes de que Cornelius pudiera intervenir.

Aunque me hubiera atrevido a seguir adelante a pesar de todo, dos cuestiones distintas me impedían continuar. En primer lugar, no tenía ni idea de la ubicación concreta de su cuerpo dentro de la cripta. En segundo lugar, no podía adentrarme en las entrañas de aquel lugar maldito sin tener la certeza de que Pharos pudiera llevar a cabo el ritual en cuanto llegara a mi destino. Si la salida iba a resultar tan funesta como él afirmaba, sería insensato por mi parte desechar ese intento sin la confirmación de que él estaría allí.

A pesar de mi creciente sensación de inutilidad, volví al trabajo para preparar la misión. Como había hecho en los últimos días, pasé las siguientes horas estudiando más a fondo todo lo

que caía en mis manos sobre la cripta y sus habitantes.

Cuando volví a no tener noticias suyas a media tarde, renuncié a que esto ocurriera hoy. Nadie en su sano juicio se aventuraría en aquel lugar por la noche. Si el día era extremadamente peligroso, la noche era esencialmente suicida. Mi objetivo había sido salir a primera hora de la mañana, un plan que tenía intención de discutir con él anoche.

Cuando el sol empezó a ocultarse en el horizonte sin que Pharos me diera el más mínimo empujón o codazo, sopesé mis opciones. Mañana sería treinta y uno de octubre: el día de Todos los Santos. Pharos insinuó con insistencia que sería un día excelente para el ritual, ya que el Velo entre el plano mortal y los Reinos de las Sombras sería más delgado. La Magia de Muerte se potenciaría significativamente durante los tres días de la víspera de Todos los Santos, alcanzando su punto álgido el dos de noviembre.

Según nuestras conversaciones anteriores, Pharos quería tener su enfrentamiento definitivo con Cornelius ese último día: El Día de Todos los Santos. Nada de esto sería posible a menos que procediéramos con nuestro plan en las próximas 24 a 48 horas.

Golpeada por una repentina inspiración, decidí agitar la olla escribiendo una nota a Cornelius en la que fingía estar abierta a ofrecerle algún tipo de pago a cambio de la liberación de mi hermano. Como siempre estaba buscando artefactos o reactivos raros, seguro que había algo que quería y que yo podría conseguirle. Obviamente, rechazaría de plano esa oferta. El desdichado macho quería doblegarme y humillarme. Cuanto más me resistía a sus exigencias, más decidido y rabioso se volvía en su necesidad enfermiza de ponerme en mi sitio y enseñarme a no desafiar nunca a mis superiores.

Sin embargo, no podría leerlo sin que Pharos también lo viera. Esperaba que fuera un empujón suficiente para que me hiciera saber de algún modo lo que estaba ocurriendo. En el peor de los casos, haría que Cornelius revelara que estaba tras nosotros para que yo pudiera tomar las medidas adecuadas para protegerme.

Como no podía acercarme a Cornelius ni a sus secuaces por miedo a que detectaran la esencia de Pharos en mi interior, envié la nota por un cuervo, sin contener la respiración respecto a un rápido seguimiento. Conociendo a ese asqueroso nigromante, retrasaría su respuesta por pura crueldad, pensando que yo esperaba desesperadamente con la respiración contenida. Excepto que me importaba un bledo saber de él. Conseguir una señal—cualquier señal—de Pharos era lo único que me importaba.

Para mi sorpresa, recibí una respuesta menos de una hora después. Con el corazón palpitante, recuperé la nota atada a la pata del cuervo antes de leerla con avidez. Apenas me di cuenta de que el pájaro levantaba el vuelo para volver a casa.

Me quedé boquiabierta y luego me invadió una intensa oleada de alivio al leer la nota. Escrita por uno de los criados, indicaba que Cornelius estaba fuera de la ciudad durante unos días y que regresaría por la mañana o pasado mañana. Por muy decepcionada que me sintiera por aquel viaje improvisado que desbarataba nuestros planes, la profunda felicidad que me invadió al saber

que Pharos estaba a salvo y que circunstancias ajenas a su voluntad eran las únicas razones de su silencio me dejó tambaleándome.

Realmente me preocupaba por él.

Teniendo en cuenta las horribles noches que había pasado en los dos últimos días, decidí acostarme temprano. Para mi vergüenza, ahora que se había disipado toda tensión y preocupación por su bienestar, me sorprendí a mí misma fantaseando con la Parca. ¿Cómo había podido volverme tan adicta a él en tan poco tiempo? Claro, había sido célibe durante un tiempo. Teniendo en cuenta lo alucinante que era el sexo con él, cualquier mujer de sangre roja lo desearía tanto como yo. Una vocecilla molesta en el fondo de mi cabeza insinuaba que mi incapacidad para practicar sexo casual sin implicarme emocionalmente explicaba mi reacción hacia él. Pero a un nivel visceral, sabía que esto era diferente. Estaba ocurriendo algo especial entre nosotros.

Apenas me metí bajo las mantas, mi mano encontró el camino entre mis muslos. Por más que lo intenté, con los dedos frotándome el clítoris y la mano izquierda acariciándome el pecho, traté vanamente de reavivar algunas de las intensas sensaciones que Pharos despertaba sistemáticamente en mí. Aunque conseguí encontrar algún tipo de liberación, palideció tanto en comparación con los devastadores orgasmos que me proporcionó mi amante que me encontré aún más frustrada y dolorida que antes de tocarme.

Agotada, dejé que el sueño me reclamara con la secreta esperanza de que mis sueños me proporcionaran una experiencia de traviosos devaneos con mi Parca más satisfactoria que la que me había proporcionado mi mano.

¡Y cómo dormí plácidamente!

Sin embargo, nada de ello era de naturaleza obscena. Sí que aparecía Pharos. Pero no dijo ni una sola palabra. En mi sueño, me despertó sobresaltada, de pie a los pies de mi cama. Pharos me hizo señas para que le siguiera. Mientras me incorporaba en la cama, la habitación se desdibujó y me encontré de pie, en camión, ante la entrada de la cripta, en medio del cementerio de Hemdell. Señalaba el sol por encima de nosotros. A juzgar por su posición, estaba en el cenit. A continuación, Pharos señaló la cripta, y de su dedo índice pareció brotar un hilo púrpura que fluyó en su dirección.

Antes de que pudiera interrogarle, la Parca empezó a deslizarse hacia la entrada. Levanté el pie para hacerle sombra, solo para que nuestro entorno volviera a desdibujarse. Esta vez, estábamos dentro del edificio cuando mi entorno se estabilizó.

Aunque no era mayor que un gran mausoleo, la cripta servía de puerta de entrada a una inmensa guarida subterránea. Múltiples escaleras nos llevaban a través de nueve niveles distintos, como en un retorcido intento de reproducir los del Infierno. El hilo púrpura seguía marcando el camino, extendiéndose hacia delante cada vez que Pharos señalaba la dirección a seguir. Saltando de un lugar concreto al siguiente con ese mismo borrón, mi compañero me condujo a través de la cripta. Cada vez, me indicaba con un gesto silencioso el camino a seguir.

Sería todo un viaje a través de un laberinto de escaleras, pasadizos ocultos entre paredes plagadas de alcobas arqueadas que sin duda ocultaban criaturas repugnantes, una zona inundada de agua oscura bajo la que acechaba alguna enorme criatura diabólica y, finalmente, una gran cámara con un altar de sacrificios. Sobre él yacía un cuerpo disecado, que solo podía suponer que era el suyo.

Pharos indicó un lugar junto a la cabeza del altar. Con la punta del dedo, trazó un círculo como si marcara el lugar donde yo debía dibujar el portal.

Y entonces volvimos a mi habitación. Me cogió la cara con ambas manos y se inclinó para besarme. Desapareció medio segundo después de que nuestros labios se tocaran.

Me desperté sobresaltada. La luminosidad de la habitación indicaba que ya era de día. Un vistazo a mi reloj me confirmó que solo habían pasado unos minutos de las ocho. Sin embargo, el vívido recuerdo de todo aquello me convenció de que no había sido un sueño, sino una visita real de Pharos para darme las instrucciones que me faltaban. A pesar de lo indefinidos que eran los rasgos faciales de su forma envolvente, había rezumado una tensión innegable.

Pharos estaba asustado.

Fuera lo que fuese lo que ocurrió durante aquel viaje, creía que Cornelius o bien había empezado a sospechar de juego sucio, o bien lo había descubierto todo. En cualquier caso, teníamos que actuar. Para mi alivio, me sentía debidamente descansada.

Tras un rápido análisis de mi visión, llegué a la conclusión de que Pharos quería que fuera a la cripta hoy a mediodía. La cuestión era si esa hora debía ser cuando llegara al altar o cuando iniciara mi descenso al interior de aquel lugar abandonado. Tras debatirlo un momento, decidí que su intención era que iniciara el viaje a mediodía. Después de todo, me mostró el sol en su cenit justo antes de entrar en la cripta.

Silencié la voz negativa en el fondo de mi cabeza que intentaba aplastarme con oleada tras oleada de dudas. Cuando se trataba de adoptar una postura sobre asuntos serios, me convertí en la reina de las dudas. Me había comprometido a seguir un curso de acción y lo llevaría a cabo. Si me permitía pensar en ello, pronto me paralizaría la incertidumbre. Y ahora no era el momento.

Si no lo conseguíamos hoy, todo estaría perdido. Lo sentía en los huesos.

Me vestí rápidamente y tomé un desayuno más sustancioso de lo habitual. No solo necesitaría energía, sino que no podía arriesgarme a sentirme débil y hambrienta a mitad de una posible batalla. Si mis sospechas eran ciertas, estaríamos allí un buen rato.

Empaqueté todo lo que necesitaba para la misión y me impuse una serie de hechizos y protecciones. Teniendo en cuenta el tipo de abominaciones que probablemente encontraría en la cripta, aquellas protecciones no servirían de mucho. Sin embargo, la más mínima ayuda sería bienvenida.

Se me oprimió el pecho al introducir un sobre con una nota para el propietario de la casa que había estado alquilando y dinero suficiente para cubrir la mitad restante de mi contrato de alquiler en caso de que no regresara. El mero hecho de que aquello fuera una posibilidad me retorció las entrañas. Mientras montaba en mi caballo para dirigirme hacia la cripta, mi mente

volvió a Pharos.

Creía sinceramente que no podría salir de allí con vida a menos que le entregara mi alma. Ese pensamiento me atormentaba constantemente. No estaba preparada para morir. Pero tampoco estaba preparada para entregar la parte más fundamental de mi ser a nadie, ni siquiera a él. Me parecía otra forma de muerte, pero una en la que ya ni siquiera tenía control sobre mi destino. Si había llegado mi hora, quería estar completa cuando cruzara al otro lado.

Solo rezaba para que las cosas no fueran tan terribles como él había predicho.

El trayecto de cuarenta minutos hasta el cementerio de Duskwallow, en cuyo interior se encontraba la cripta de Hemdell, pasó volando demasiado rápido. Como había llegado poco más de media hora antes del mediodía, me tomé mi tiempo para fijar el caballo en un lugar seguro, lo bastante lejos del cementerio. Había suficiente hierba a su alrededor para que pudiera pastar en caso necesario. Conjuré su correa para que se soltara sola si mi montura se sentía amenazada o si yo no regresaba en seis horas. Le di de comer un par de manzanas, me despedí de ella con una palmada y me dirigí hacia el cementerio.

Unas altas puertas de hierro oxidado estaban abiertas en la entrada. Siempre me pareció un poco ridículo que estuvieran allí, ya que ninguna valla cerraba el perímetro del extenso cementerio. Según las leyendas, antaño había habido una hermosa valla que rodeaba el lugar. Pero relatos contradictorios, cuando no rotundamente contradictorios, intentaban explicar lo que les había ocurrido.

Hoy habrían sido inútiles.

Unos muros mágicos invisibles mantenían contenidas a las asquerosas criaturas que acechaban en este lugar maldito. No era infalible, hasta el punto de que ciertos seres de otro mundo podían vagar más allá de su perímetro. Aunque también diabólicos y malévolos, pertenecían a una categoría diferente. Tal y como yo lo entendía, el muro protector solo funcionaba con criaturas descerebradas y asilvestradas. Aquellas que nunca se considerarían inteligentes ni siquiera sensibles, como los brujos, los zombis y las pesadillas.

Sentí un hormigueo en la piel a causa de la poderosa magia en cuanto atravesé las puertas abiertas. El aire cambió de inmediato, adquiriendo el desagradable olor a podredumbre, moho y putrefacción que te recibiría al entrar en una casa abandonada. Cuanto más me adentraba, más fuerte se hacía el hedor. Tenía el aspecto pútrido del agua estancada. Todo el lugar rezumaba energía oscura, pero en su mayor parte seguía latente. No por primera vez, agradecí en silencio a los poderes que mi misión no estuviera limitada en el tiempo. No quería ni imaginarme lo espantoso que sería este lugar al anochecer, si me hubiera visto obligada a venir al caer la noche.

La engañosa tranquilidad de mi entorno y el inquietante silencio hacían que los latidos de mi propio corazón sonaran como tambores atronadores en mis oídos. Sentía la piel pegajosa y viscosa, como si una niebla maligna llenara el aire. La forma en que se adhería a mí me daba la sensación de que intentaba filtrarse y corromperme como todo lo que había aquí.

El cementerio estaba dividido en varias secciones. A la entrada, innumerables lápidas, en su

mayoría dañadas o destruidas, marcaban el lugar de enterramiento de cientos de personas, la mayoría campesinos, sirvientes y plebeyos. Cuanto más te adentrabas en Duskwallow, más altas, elegantes e impresionantes se volvían las lápidas, reflejo del estatus superior de aquellos para quienes habían sido erigidas. Pero ni siquiera eso evitaba que estuvieran desfiguradas o destruidas.

El comienzo de la sección de los muertos ricos estaba anunciado por un camino de piedras oscuras bordeado por una serie de pilares a cada lado. Se me revolvió el estómago al mirar los bustos femeninos que había sobre ellos. Tenían un aspecto griego, probablemente en honor de alguna sacerdotisa o deidad para velar por los muertos. Pero sus rostros no tenían nada de la gracia y la belleza que poseían al principio. Tenían el rostro de la maldad pura. Cuando pasé junto a ellas, sus ojos muertos me siguieron, y sus labios regordetes y sensuales se separaron en una sonrisa antinaturalmente amplia, llena de dientes de aguja.

A pesar de la maldad que emanaba de ellos, no oí ninguna llamada al ataque ni percibí ningún intento de hacerlo por su parte. Era como si estuvieran anticipando con regocijo el espectáculo de mierda que estaba a punto de tener lugar. Me recorrió un escalofrío y reprimí mi ardiente deseo de meter el rabo entre las piernas y salir corriendo de aquí.

Por muy respetablemente poderosas que fueran mis habilidades arcanas, se estaba haciendo dolorosamente obvio que podía estar mordiendo más de lo que podía masticar.

Un rápido vistazo a mi alrededor reveló la presencia de huesos aleatorios y restos esqueléticos parciales esparcidos aquí y allá. Algunos sobresalían del suelo en diversos ángulos. No sabría decir si aquello a lo que pertenecía había intentado emerger del suelo o había sido apuñalado en él. En cualquier caso, amplié mis habilidades de exploración con Magia de Hueso para realizar un escaneo de su superficie.

Como se sospechaba, a la mayoría les quedaba poca o ninguna magia o fuerza vital. Otros ya los habían succionado o agotado en su mayor parte. Aunque no podría extraerles nada de magia en caso de necesidad, aún podría manipularlos para convertirlos en constructos o Caballeros de hueso. Serían bastante débiles, pero supondrían una distracción útil, por no mencionar que la unión hace la fuerza. Si se podía despachar fácilmente a uno solo, enviados como un enjambre, podrían abrumar a un enemigo.

Reconfortada por ese pensamiento, acorté distancias con un edificio situado en el centro de la sección más “elegante” del cementerio. Antes había sido un mausoleo elegante y exquisitamente adornado. Las piedras, antaño de color beige pálido, decoradas con figuras esculpidas y tallas en bajorrelieve, parecían casi quemadas por las manchas oscuras que las cubrían. Era demasiado oscuro y resbaladizo para ser suciedad acumulada a lo largo de los siglos. Me recordaba a la sangre negra. No se podían encontrar enredaderas ni otros crecimientos silvestres en ninguna parte ni cerca de ella. Incluso las formas de vida más parásitas sabían que debían mantenerse alejadas de este desdichado lugar. Tampoco se reflejaba la luz en su superficie.

Miré al cielo y vi que el sol estaba justo encima de mí, en el lugar exacto donde había estado

en la visión onírica por la que Pharos me había guiado la noche anterior. Un vistazo a mi reloj me indicó que aún faltaban unos minutos para el mediodía.

Durante un breve instante, consideré la posibilidad de esperar a que ambas agujas estuvieran exactamente en las doce antes de decidirme a avanzar. Si Pharos hubiera querido que entrara específicamente a las doce en punto, creía que se habría asegurado de explicármelo con detalle. Cada segundo que pasaba aquí aumentaba la posibilidad de que me encontrara con una compañía desagradable. No me entretendría más de lo necesario.

En cuanto alcancé el picaporte de una de las dos pesadas puertas metálicas, éstas se abrieron silenciosamente ante mí. El hedor del mal me abofeteó como una entidad física. Luché contra un reflejo nauseoso. No es que el olor fuera tan horrible. De hecho, era bastante suave en comparación con algunas de las cosas a las que había estado expuesta durante mi formación de nigromante. Lo primero que me vino a la mente fue una mezcla de podredumbre, azufre y frutas demasiado maduras. Pero fue la intensa malicia entretejida en él lo que me revolvió el estómago. Era tan intensa que casi podía saborearla.

Armándome de valor, entré para dirigirme a la escalera. Nada más entrar, algo me tiró del pecho, como si intentara hacerme avanzar. Al principio me sorprendió, pero luego me di cuenta de que era como un ligero empujón psíquico de Pharos.

Era demasiado diferente de las raras ocasiones en que lo había hecho antes como para estar emanando de él. Pero sospeché que podría tratarse de su cuerpo, que sentía parte de su alma cerca y clamaba por ella. A pesar de lo asustada que me sentía por aventurarme en el vientre de la bestia, la aparente confirmación de que su cuerpo yacía en algún lugar de su interior me dio un renovado sentido de propósito y determinación.

La primera escalera me pareció asfixiante, con su techo bajo y sus paredes estrechas que impedían ver lo que me esperaba en el rellano de abajo. El hecho de que no hubiera antorchas ni otras fuentes de luz que la iluminaran hacía aún más claustrofóbico el reducido espacio. Consideré la posibilidad de lanzar un hechizo de luz, pero decidí no hacerlo. No faltaba mucho para llegar al fondo, que claramente estaba bien iluminado.

Me quedé boquiabierta al bajar el último escalón. La sala en la que entré resultó ser aún más grande que en mi recuerdo de la visión. Era vagamente rectangular, con cinco rellanos situados a distintas alturas en el espacio y conectados por diversas escaleras que conducían a otros niveles y pasadizos semiocultos. A simple vista, el rellano más bajo estaba situado al menos veinte metros por debajo de mi posición actual.

A mi alrededor, las paredes estaban cubiertas de nichos, algunos lo bastante altos como para servir de puerta, otros del tamaño perfecto para acomodar uno de los muchos ataúdes expuestos, y otros más pequeños que servían de profundas estanterías en las que se había apilado desordenadamente una plétora de huesos y cráneos. Sin embargo, lo que inicialmente parecían gruesas telarañas cubiertas de sangre cubría demasiados de aquellos nichos. Pero, tras una inspección más minuciosa, parecían ser membranas carnosas tejidas en forma de telarañas.

Al pasar junto a una hilera de ataúdes, me di cuenta de que unos cuantos estaban abiertos. Los que no estaban vacíos mostraban signos evidentes de haber sido profanados de una forma escandalosa u otra. Aparté los ojos, sin permitir que mi fértil imaginación recreara los horrores que habían tenido lugar aquí.

El inquietante silencio del lugar solo se veía perturbado por el eco de mis pasos al bajar el segundo tramo de escaleras, el crujido de la tierra y los pequeños guijarros bajo mis botas, y algún que otro sonido extraño imposible de definir. Y ni siquiera hablaría de los espeluznantes suspiros que podían ser simplemente el resultado del viento al pasar por aberturas aleatorias.

Siguiendo el camino que Pharos había indicado en la visión, atravesé el segundo rellano para encontrar el pasadizo secreto oculto por una ilusión óptica de las paredes de piedra. También éste resultaba increíblemente claustrofóbico. Con apenas dos metros de ancho, se extendía al menos diez veces esa distancia. A cada lado, talladas directamente en las paredes, cuatro estanterías empotradas apiladas rebosaban de cráneos humanos. A juzgar por las extremas diferencias de tamaño, unos cuantos pertenecían claramente a niños pequeños.

Solo tres antorchas a unos seis metros de distancia cada una iluminaban el espacio cerrado. Las llamas púrpuras del fuego mágico proyectaban sombras danzantes que me asustaron aún más, creando la ilusión de que las calaveras se movían.

Casi exhalé un suspiro de alivio cuando por fin llegué al otro lado. Resultó ser otra gran zona abierta similar a la primera en la que entré anteriormente. Sin embargo, ésta tenía el enorme charco de agua en el fondo del sueño de la noche anterior. Puesto que podía ver la parte superior de unas cuantas alcobas ahora bajo el agua, solo podía suponer que esta piscina no había sido intencionada, sino el resultado de algún tipo de inundación. La piscina tenía el tinte verde del agua sucia llena de algas. A pesar de la espesa película calcárea que ocultaba lo que acechaba debajo, el agua se agitaba, insinuando la presencia de algo que nadaba en sus nocivas profundidades.

Era el primer ser vivo que había percibido hasta entonces.

Utilizando mi Magia de Sangre, estiré mis sentidos para evaluarlo. La desdichada cosa era gigantesca. Desbordaba poder arcano, del tipo que probablemente me abrumaría en una confrontación. Me retiré rápidamente cuando una sensación de deslizamiento se apoderó de mi mente psíquica. La criatura era consciente de mi presencia y también me estaba evaluando.

Con la intención de evitarlo, me acerqué a las paredes, sin dejar de mantener una distancia de seguridad. No dudaba de que algo pudiera saltar hacia mí desde detrás de las membranas carnosas que las cubrían.

Sin embargo, mi sensación de desasosiego aumentó aún más cuando sentí por primera vez que el mal se acercaba por detrás. Una entidad oscura me acechaba. No sentí la amenaza de un ataque inminente. Estaba esperando su momento, aguardando el momento estratégico para atacar, probablemente una vez que estuviera atrapada en una zona que me dificultara la huida.

Una chispa en el borde de mi visión me sobresaltó. Apenas pude contener un grito y me llevé

la palma de la mano al pecho al ver un débil resplandor púrpura delante de mí. Durante una fracción de segundo, temí que fuera algún tipo de sombra o pesadilla tomando forma ante mí. Alteré mi visión para poder ver mejor las presencias etéreas o ectoplasmáticas. Para mi sorpresa, resultó ser el hilo morado de mi sueño. Parecía salir disparado de mi pecho y extenderse a lo largo de todo el camino que conducía a la habitación donde yacía Pharos.

La sensación de que la presencia maligna se acercaba me espoleó. Apresuré mis pasos, aunque no tanto como hubiera deseado. Si la cosa que me acechaba tenía fuertes instintos depredadores, correr o transmitir en voz alta mi miedo podría desencadenar que pasara al ataque. Si tenía que luchar antes de invocar a Pharos, no quería que fuera en un espacio tan abierto, con demasiados enemigos potenciales para unirse a la refriega.

Por suerte, no tenía que cruzar otro pasadizo estrecho con estantes de huesos. No dudaba de que mi acechador se habría abalanzado sobre mí si me hubiera estado siguiendo en ese pasadizo anterior. Tras lo que me pareció una eternidad, tres escaleras más, dos rellanos adicionales y un gran pasillo abierto, llegué por fin a dos puertas gigantescas que no recordaba haber visto en mi sueño. Si no fuera por el hilo púrpura que ahora brillaba intensamente ante mí y se desvanecía tras las puertas, por no mencionar la fortísima atracción que tiraba de mi pecho para que avanzara, podría haberme preguntado si me había equivocado de camino.

Otra mirada por encima de mi hombro no reveló ninguna presencia. Lo único que pude ver fueron innumerables restos óseos y huesos esparcidos por los bordes de la gran sala. Estaba vacía de muebles. Pero los altos arcos de cada una de las paredes estaban adornados por vidrieras tintadas, cada una de las cuales representaba algún horrible sacrificio humano realizado por monstruos y criaturas demoníacas.

Aunque tenían forma de ventana e incluso parecían iluminadas por detrás como a la luz del día, no podían ser ventanas de verdad. Estábamos demasiado bajo tierra para ello.

Desechándolas de mi mente, cerré la distancia con las inmensas puertas. Para mi alivio, también se abrieron con voluntad propia. Había temido que requirieran algún tipo de complejo rompecabezas o ritual para poder acceder a ellas.

Pero todas esas cavilaciones se esfumaron de mi mente cuando contemplé el espectáculo que tenía ante mí. La gran sala circular era, en efecto, la cámara de sacrificios que Pharos me había mostrado. Un pequeño puente conducía a una isla central en cuyo centro descansaba su cuerpo sobre un altar rectangular. Alrededor de la isla, un espeso charco de sangre casi parecía hervir a fuego lento mientras de vez en cuando estallaba una gran burbuja de aire en su superficie. En su interior, vi varios trozos carnosos de vísceras y huesos.

A ambos lados de la piscina, otra gran plataforma bordeaba las paredes izquierda y derecha. Al igual que en el laberinto de escaleras, estaban jalonadas de más alcobas a lo largo de tres niveles, todas ellas cubiertas de aquellas carnosas membranas de telaraña.

Pero fue la terrorífica estatua de la pared del fondo que miraba la forma inerte de Pharos la que reclamó toda mi atención. Inmediatamente la reconocí por lo que era: una Keres. Aquellas

criaturas demoníacas—generalmente hembras—eran los espíritus de la muerte violenta y la perdición. Aunque no podían matar a nadie por sí mismas, eran creativas a la hora de incitar a otros o facilitarles la ejecución del acto para poder alimentarse de los muertos y moribundos. Sentían especial predilección por la sangre, lo que explicaba el charco que había a sus pies.

Parecía parcialmente incrustada en la pared de roca toscamente tallada del fondo. Tenía las manos extendidas hacia delante, con sus afiladas garras apuntando hacia arriba como en un gesto de invocación. Su cabeza, ligeramente inclinada, no ocultaba nada de su aterrador rostro, de estructura humanoide, pero enmarcado por dos docenas de cabellos semejantes a los de una serpiente. Pero no era la melena de Medusa. En lugar de cabezas de serpiente, cráneos humanoides con ojos saltones remataban los zarcillos serpentiformes de su cabello. Parecía demacrada, con la textura bronceada y casi momificada de su piel, que se extendía tensa sobre sus huesos.

A pesar de su aspecto petrificado, el tono beige rojizo de su tez dejaba claro que no era una escultura de pesadilla que adornaba el lugar. Podía parecer inactiva, pero mi instinto me decía que la Keres era plenamente consciente de mi presencia en su cámara. Una vez más, acallé mi impulso de salir corriendo de allí. Saber que no podía atacarme personalmente me ayudó mucho a mantener la calma. Incluso en su aparente éxtasis, el poder que irradiaba me tenía casi petrificada.

Frenando mi curiosidad por ver más de cerca a Pharos, rodeé la isla para colocar unas cuantas protecciones en los bordes exteriores de la piscina y cerca de las alcobas de las paredes. Más allá de las telarañas carnosas, detecté formas de vida ocultas tras ellas. Me parecieron muertos vivientes. Sin embargo, también podía sentir que poseían carne y sangre. Por esta razón, dispuse una serie de dardos de sangre apuntando a las alcobas. Si lo que acechaba en su interior salía, podría dispararles con los dardos. Una vez que empezara a recorrerlos, podría utilizar mi Magia de Sangre sobre ellos para doblegarlos a mi voluntad.

Mientras caminaba frente a las puertas de entrada para volver al otro lado de la sala, percibí a mi acosador cerca. Había detenido su aproximación. Mi instinto me decía que temía entrar en esta sala mucho más de lo que le dolía hacerme daño. Mientras colocaba más protectores y dardos de sangre en el lado derecho, seguí echando miradas furtivas a la Keres. Aunque no se había movido, sabía con certeza inquebrantable que me observaba atentamente.

Y estaba enfadada.

Cumplida por fin mi tarea, crucé el corto puente hacia la isla circular. Esta vez, me deleité con su cuerpo. Aunque también estaba disecado, su aspecto momificado no era ni de lejos tan espantosamente hundido como el de la hembra demoníaca de la pared. Para mi sorpresa, observé huesos en forma de ala a cada lado de su cuerpo.

¿Podría ser un Ángel de la Muerte y no una Parca?

Sabía que había una distinción entre ellos, y que uno tenía más restricciones que el otro. Si la memoria no me fallaba, los Ángeles capturaban las almas de los justos, mientras que las Parcas

se llevaban indistintamente a la otra vida tanto a los buenos como a los malos, además de actuar como verdugos cuando lo deseaban.

Ya habría tiempo de pensar en ello cuando ambos estuviéramos a salvo fuera de aquí.

A pesar de su inquietante aspecto, no sentí repulsión ni asco. Es cierto que, como nigromante, estaba acostumbrada a los esqueletos, la podredumbre y la putrefacción. Pero esto me parecía diferente. Evidentemente, no me atraía su aspecto momificado, pero me sentía ansiosa y curiosa por ver qué aspecto tendría una vez que su regeneración se pusiera en marcha. Al menos, me alivió notar que tenía piel en casi todo el cuerpo, incluida la mayor parte de la cara y, sobre todo, la boca. Me habría molestado si hubiera tenido un rostro totalmente esquelético.

Sí, me gustaban los besos.

Aun así, a juzgar por la forma en que su piel se retraía alrededor de partes de la caja torácica y alrededor de los ojos, sospeché que, en su forma normal, Pharos tenía naturalmente algunos huesos al descubierto. No pude ver nada por debajo de su cintura, ya que llevaba unas botas ornamentadas, pantalones, una falda, una capucha y hombreras sobre los hombros.

Pero por mucho que quisiera seguir estudiándolo, el tiempo corría en su contra. Sin embargo, algo no encajaba. Una cantidad insana de Magia de Muerte se arremolinaba alrededor de su forma inconsciente. Tardé un momento en darme cuenta de lo que me angustiaba. Estaba fluyendo desde Pharos hacia la estatua.

Por los Dioses, ¡le está chupando!

¿Fue así como Cornelius consiguió esclavizar a Pharos? ¿Hizo un trato con la Keres para que él se quedara con su alma y ella con su cuerpo? Con sus formidables poderes de regeneración, él sería una fuente inagotable de combustible para que ella se alimentara de él. Desde el principio, me costó entender cómo un simple mortal podía haber atrapado a un semidiós. Esto podría explicarlo.

Como no pude ver ninguna runa, glifo u otro conducto mágico que permitiera la transferencia, observé más de cerca su cuerpo, y solo entonces reparé en unos pinchos óseos en forma de garras incrustados en su piel.

Cabizbaja, me quedé mirando las garras, sin saber qué hacer. ¿Debía quitarlas antes de invocar a Pharos? ¿Cuánto tardaría? ¿Activaría al demonio? Pero si lo invocaba primero, ¿le afectaría negativamente esa sanguijuela? ¿Retrasaría tanto la transferencia que Cornelius se daría cuenta de que algo malo estaba ocurriendo?

Demasiadas preguntas sin respuesta exacerbaban exponencialmente mi ansiedad. La ominosa presencia de Keres y la ira que percibía constantemente crecer en su interior me dificultaban aún más pensar.

—¡A la mierda! —murmuré molesta en voz baja.

Una vez tomada mi decisión, me coloqué en la posición que Pharos me mostró en la visión, a la cabeza del altar, y empecé a trazar el círculo de invocación. Casi se me sale el corazón del pecho cuando el demonio giró la cabeza para mirarme con expresión malévola mientras enseñaba

los dientes de daga. Con el corazón palpitante, me recordé que no podía atacar a nadie. Me obligué a concentrarme y terminé mi tarea a toda prisa, rezando para que mis protecciones resistieran y, sobre todo, para que Pharos respondiera a la llamada.



CAPÍTULO 8

El viaje de vuelta a casa resultó interminable. Llegamos a Willow Grove poco después de medianoche. Durante todo el trayecto desde los muelles hasta la ciudad, busqué atentamente la llamada del círculo de Kali. Teniendo en cuenta que no había respondido a ella durante dos noches seguidas—suponiendo que ella los dibujara—tenía sentido que se hubiera dado por vencida la tercera noche, sobre todo a esas horas de la noche.

Habíamos estado demasiado lejos para que pudiera percibir siquiera las llamadas anteriores. A diferencia de los círculos de invocación estándar, los anillos del portal debían situarse en un radio mucho más corto de la persona invocada. Quería creer que Kali no había perdido toda la fe en mí y que solo esperaba que volviera a acudir a ella o, al menos, que le diera algún tipo de señal.

En cuanto llegamos a casa, los criados entregaron a Cornelius un montón de documentos, muchos de los cuales implicaban extrañas entregas en una de sus mansiones, situada a un par de ciudades de aquí. Me sorprendió. Cornelius no sentía ningún amor por aquel lugar maldito. Y, sin embargo, tenía una importancia primordial para él. Por lo poco que había podido averiguar de su mente, pretendía utilizarlo para un gran proyecto.

La Mansión Glocker había sido escenario de una de las matanzas más espantosas de la historia del Estado. El anterior propietario, Friedrich Glocker, estaba obsesionado con la descabellada idea de que podría traer de vuelta a su amada fallecida, Melina Hartwick. Para conseguirlo, atrajo y masacró a innumerables mujeres jóvenes que tenían el más mínimo parecido físico con su antiguo amor. En su locura, se convenció a sí mismo de que podría recomponerla, pieza a pieza, y convocar su alma desde el más allá.

No solo era imposible, sino que Melina nunca habría querido volver con él. Ella nunca correspondió a sus sentimientos y se lo dejaba bien claro cada vez que él intentaba cortejarla. Aquel día, furioso por haber sido rechazado una vez más, la agarró por los hombros y sacudió violentamente a la joven para hacerla entrar en razón. Pensando que iba a golpearla, ella se resistió, lo que no hizo más que desencadenarle aún más. Las cosas se intensificaron hasta el punto de que acabó golpeándola y estrangulándola. Solo cuando ella dejó de luchar, Friedrich se

dio cuenta de que la había asfixiado.

Aquella tragedia le llevó al límite. Gracias a su riqueza e influencia, consiguió evitar enfrentarse a la justicia. Pero sus riquezas y prósperos negocios menguaron a medida que se consumía en su demencial empresa. Sus esfuerzos causaron más dolor y miseria, tanto a sus víctimas inocentes como a sí mismo. Tras múltiples intentos de invocar el alma de Melina, Friedrich solo consiguió invocar a un Liderc.

Aunque compartían muchas similitudes con sus primos lejanos—los súcubos y los incubos—los Lidercs eran aún más diabólicos. Adoptaban la apariencia y la personalidad de un amado fallecido de su objetivo. Todos los días, todas las noches, se acercaban a su amante, haciéndole creer que por fin se habían reunido, al tiempo que succionaban su fuerza vital. Sus víctimas se marchitaban en una ilusión de felicidad hasta que la cruda realidad les golpeaba demasiado tarde.

En muchos sentidos, había sido un final demasiado amable para Friedrich, teniendo en cuenta los casi doscientos cadáveres profanados que encontraron en sus tierras tras su fallecimiento. La única justicia en todo ello era cómo la falsa Melina le hacía retorcerse, recordándole con frecuencia cómo la había agraviado, y haciéndole suplicar por cualquier pizca de atención que le concediera incluso mientras le arrancaba la vida misma.

¿Para qué quiere Cornelius un lugar así?

Pero esos pensamientos errantes volaron de mi mente cuando el sirviente le mostró la nota que Kali había enviado. Mi reacción inicial al verla fue de pánico. Debía de haber renunciado a mí para estar dispuesta a considerar la posibilidad de volver a negociar con esa babosa. Luego, mientras Cornelius se reía con una suficiencia impregnada de malicia, me di cuenta de que el mensaje no iba dirigido a él, sino a mí. Quería que le diera una señal, y pensaba hacerlo en cuanto Cornelius se fuera a la cama.

Afortunadamente, agotado por el largo viaje de vuelta a casa, solo se ocupó de los asuntos más urgentes entre las notas que había recibido. La mayor parte se reducía a que enviaba mensajes a varias personas a las que vería por la mañana. Eso me permitió saber cuándo estaría demasiado ocupado y lejos de casa para poder contrarrestar mis intentos de fuga.

Y no había forma de evitar que esa fuga tuviera lugar mañana.

Aunque Cornelius aún no había dicho ni insinuado nada, sus sospechas no habían disminuido. Me ocultaba sus pensamientos más que nunca. Durante el viaje de vuelta, e incluso una vez aquí en casa, desvié discretamente toda la fuerza vital que pude sin ser tan avaricioso como para que me detectaran. Era más bien como rozar la superficie de todo y de todos, incluso de las plantas y arbustos de los alrededores.

En cuanto mi anfitriona se fue por fin a la cama, visité a Kali en sus sueños. Era la forma más segura y menos costosa de contactar con ella. Lo único que lo hacía posible era el vínculo que compartíamos a través de las partes de mi alma que ahora residían en ella. Solo podía rezar para que no lo descartara como un simple sueño. No podía hablar por miedo a que se lo contara a Cornelius. Tampoco podía demorarme por la misma razón.

Para mi disgusto, ni siquiera pude inclinarme sobre el beso demasiado breve que le di antes de marcharme. La poderosa emoción que despertó en mí fue aterradora. La profundidad del afecto que sentía por ella era demasiado peligrosa. Cornelius lo sentiría.

Que ella pudiera sufrir daños a manos de él por mi culpa era un pensamiento devastador.

La mañana llegó demasiado tarde. Contrariamente a su costumbre, el nigromante se acostó mucho más tarde de lo habitual. Verle reprogramar una de sus reuniones tempranas me hizo sentirme desfallecer. Durante un momento aterrador, temí que se quedara en casa. Podría haber llorado de alivio cuando por fin salió, unos minutos antes de las once y media, camino de un alquimista situado en el otro extremo de la ciudad.

No podría haber sido más perfecto.

El tiempo pasaba sin cesar mientras debatían intensamente sobre un preparado que él quería que ella le hiciera. Las alteraciones de la fórmula estándar desconcertaban a la alquimista. El hecho de que Cornelius se esforzara en ocultar algunas de las formas en que pretendía utilizar el brebaje no hizo sino aumentar la complejidad para ella. En lugar de angustiarla, el desafío que suponía emocionaba a la mujer. Eso me parecía muy bien. Cuanto más tiempo permaneciera aquí, cuanto más centrado estuviera en su pequeño proyecto, menos consciente sería de mi inminente partida.

Suponiendo que Kali me ayude.

Como a Cornelius no le importaba que me desvaneciera en momentos así, pasé a un segundo plano en la medida de lo razonablemente posible sin levantar sus sospechas. Con los años, había descubierto que le molestaba tener que exponerme algunos de sus secretos. Descubrir que prefería que me desvaneciera mientras él debatía cosas como lo que estaba ocurriendo ahora acabó jugando a mi favor. Como nunca me habían interesado las artes oscuras, no había sido difícil ignorar lo que tramaba.

Todavía estaban inmersos en su discusión—que parecía que iba a durar al menos otro par de horas—cuando por fin llegó la bendita llamada. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no precipitarme a través del portal en cuanto se abrió. Al estar ya muy desvanecido, tardé mucho menos en cruzarlo discretamente.

Una alegría demasiado grande para soportarla me invadió al encontrarme dentro de la cripta.

—¡Pharos! —exclamó Kali en cuanto aparecí dentro del círculo—. ¡Has venido!

La felicidad y el alivio que sentía me pusieron patas arriba. Las luces resplandecientes de su alma irradiaban con la fuerza de mil soles, y su belleza y calidez me calentaban hasta la médula. Quería estrecharla entre mis brazos, dejar que su magnífica aura me envolviera y perderme en ella. Pero el aire viscoso plagado de maldad, el lejano tirón de la atadura de Cornelius y la atracción de mi propia nave cercana reclamándome me obligaron a centrarme en la tarea que tenía entre manos.

Como temía, nuestro vínculo era aún demasiado débil. El nigromante sentiría mi partida a menos que tardáramos mucho más de lo que podíamos permitirnos por un goteo más lento.

—Por supuesto —dije, la emoción que sentía audible en mi voz—. Temía que no entendieras mi mensaje. Pero tenemos poco tiempo. Cornelius sospecha algo. No sé cuánto, pero debemos darnos prisa.

—De acuerdo —dijo Kali, con voz tensa, pero rostro decidido. Señaló a un lado de mi cuerpo inerte—. Hay un problema. Mira estas garras, creo que te están chupando. ¿Debo quitártelas primero o puede esperar hasta que te hayamos transferido?

Me estremecí al ver mi cuerpo. Había estado tan cautivado por el resplandor del alma de Kali que apenas me había dedicado una mirada. No era así como mi novia debía haberme visto por primera vez. La Keres que me chupaba habían convertido mi cuerpo en una cáscara marchita y desecada.

—Sí y no —dije, angustiado por aquel obstáculo adicional—. Hay que quitarle las garras antes de transferirme a mi cuerpo, pero tu propia magia es demasiado débil para luchar contra ella. Tendrás que utilizar la mía. El tiempo es esencial. Me entregaré plenamente a ti. En cuanto eso ocurra, Cornelius lo sabrá e intentará atraerme de nuevo hacia él. Concéntrate en quitar esos grilletes y luego transfiéreme.

—¿Cómo? —preguntó Kali, con la tensión creciendo un poco más.

—Besa los labios de mi cuerpo. Yo me encargaré del resto.

De todos los pensamientos que podrían haber cruzado por mi mente en esta situación desesperada, me avergonzó que fuera el alivio de que no pareciera repugnarle la perspectiva de besar mi cuerpo marchito lo que dominara.

—Prepárate para los ataques —continué antes de mirar a Grizelle por encima del hombro.

Su boca se estiró en una sonrisa maligna.

—¿Vas a alguna parte, Pharos? —preguntó con su espantosa voz que sonaba como clavos sobre cristal.

—Ya es hora de que abandone tu salón —dije con voz sarcástica—. Eres demasiado avariciosa *en tu hospitalidad*.

Se echó a reír, con un sonido increíblemente espeluznante.

—Me ofendes, mi precioso. Pero tu festín no puedo permitirme perderlo. Así que debo insistir en que te quedas.

—Eso no va a ocurrir —espeté.

—Ya lo veremos —respondió ella, y su voz adquirió un tono cruel y amenazador.

Todavía parcialmente incrustada en la pared, Grizelle agitó las manos, y las membranas carnosas que cubrían las alcobas de las paredes que rodeaban los bordes exteriores de la isla empezaron a abrirse.

—Retírate, Grizelle, o mataré a todos tus secuaces —siseé.

—¡No harás tal cosa, Parca! —replicó maliciosamente—. Estás obligado por el pacto. No puedes interferir en lo que va a ocurrirle a tu pequeña mascota.

—Puedo intervenir cuando me amenacen —repliqué.

Resopló enfadada.

—Mis secuaces saben que no deben atacar a gente como tú. Se darán un festín con la humana.

—La humana es el huésped que garantiza mi renacimiento. Matarla es un ataque directo contra mí. Se me permite la autodefensa. Retírate o atente a las consecuencias —advertí.

Era un tecnicismo, pero nos daría el respiro necesario para completar el ritual. Si Kali tenía que luchar contra los enjambres que Grizelle desataría sobre ella mientras intentaba liberarme de las garras que me encadenaban, quizá nunca terminaríamos a tiempo de frustrar cualquier intento de Cornelius por impedirlo.

—Muy bien, Parca. Renace —escupió furiosa—. Pero entonces, me daré un festín con la miserable que te arrebató de mí.

El profundo dolor que aquella amenaza despertó en mí se hizo eco del miedo que destelló en el bello rostro de Kali. Una oleada de desesperación me inundó cuando se abrieron más membranas carnosas. Mi mente se agitó mientras intentaba pensar en formas de ayudar a mi hembra una vez que oficialmente ya no pudiera protegerla, pues mi supervivencia ya no dependería de ella. Pero me quedaba corto.

—Dame tu alma, Kali —supliqué una última vez—. Hará que la transferencia sea aún más rápida, y ambos estaremos más seguros por ello. Cornelius nos ha descubierto. Tenemos muy poco tiempo.

—Entonces no lo malgastemos en discusiones inútiles —replicó Kali, y su rostro se cerró antes de adoptar una expresión malhumorada—. Entrégate a mí. Te quitaré los grilletes y te besaré para iniciar la transferencia.

Sintiéndome a la vez desconsolado y derrotado, asentí rígidamente mientras ignoraba la risita triunfante de Grizelle detrás de nosotros. No quería perder a Kali, pero ahora era claramente inevitable. Incluso su hilo vital mostraba que la probabilidad de que sobreviviera era casi nula. Subsistía una débil posibilidad de que saliera con vida, pero no era tan tonto como para aferrarme a ella.

—Como desees. Entra en el círculo —dije, con el corazón dolorido—. Te besaré. En cuanto lo haga, se iniciará el proceso. No dejes que nada te distraiga. Recuerda que Cornelius intentará volver a atraparme. Entre eso y desencadenarme, tendrás muchos malabarismos que hacer. Si me dieras....

—He dicho que no —espetó enfadada—. El asunto está cerrado.

Sin decir una palabra más, entró en el círculo. La miré con infinita tristeza. A pesar de su enfado, un destello de culpa e incertidumbre brillaba en el fondo de sus ojos de obsidiana. Me dio una pizca de esperanza de que aún se dejara convencer cuando las cosas se pusieran realmente desesperadas. Cogí sus mejillas con ambas manos, me incliné hacia delante y apreté mis labios contra los suyos.

Sentí su conmoción cuando mi energía fluyó hacia su interior. A diferencia de las veces que

había compartido parte de mí con ella mediante el acoplamiento, este método era más brutal, como intentar alimentar a alguien a la fuerza a través de un embudo. La gente intentaba instintivamente resistirse a esa invasión, que era una de las razones por las que evitábamos ese método. Pero a pesar de su sorpresa, Kali me abrazó por completo. Mi novia no solo me abrazó, sino que me atrajo con la ternura y el fervor de una amante.

Mi presencia etérea se desvaneció, absorbida por ella. Nueve infiernos, ¡cómo me gustaba sentirla a mi alrededor! Era como ser acunado por los mismísimos Dioses. Vagamente deseé que fuera ella quien estuviera dentro de mí. Sin embargo, eso no me impidió deleitarme con la perfección que ella era. Incluso mi magia se mezclaba armoniosamente con la suya, mientras que a menudo chocaba con la de Cornelius.

Pero ahora, mi cuerpo me reclamaba con renovada intensidad.

En cuanto Kali salió del círculo para empezar a retirar las garras que se clavaban en mi cuerpo, sentí el tirón de Cornelius. Aunque aún no tiraba activamente de mí, el nigromante sabía ahora que algo iba mal. Dependiendo de lo distraído que siguiera con la alquimista, podría tardar unos minutos en investigar a fondo lo que ocurría.

La respuesta no se hizo esperar.

Una oleada de conmoción, incredulidad y rabia ardiente inundó el vínculo que aún me unía al nigromante. Por muy desconcertante que me pareciera, no podía evitar que me encantara el potente pánico que había debajo de todo aquello. Sin mí, Cornelius se convertiría en la mitad del hechicero que era ahora, quizá menos. Aunque cabalgara furiosamente de vuelta a casa, tardaría al menos treinta o cuarenta minutos en llegar. Entonces tendría que formar un círculo para realizar un ritual de invocación y vinculación. No era mucho, pero más que suficiente para completar la transferencia. Para entonces, ya sería demasiado tarde para que volviera a encadenarme.

Venir directamente a la cripta ofrecía un resultado aún menos prometedor, ya que en ese momento se encontraba al menos a hora y media del cementerio. Y una vez aquí, tardaría entre veinte y treinta minutos más en llegar al altar.

Mi mayor preocupación era Kali. A estas alturas, Cornelius ya la habría sentido a través de nuestra conexión. Aunque su prioridad sería volver a atarme, aunque solo fuera por despecho, intentaría vengarse de ella. Solo podía esperar que no fuera capaz de enviar algún tipo de abominación para castigarla y asegurarse aún más de que no saliera viva de aquí.

Sin embargo, un siseo dolorido de Grizelle reclamó mi atención. Odiaba no poder ver la habitación más que a través de los ojos de Kali. Estaba retirando frenéticamente los diez ganchos incrustados en mi carne, cada uno de los cuales correspondía a una de las garras de la punta de los dedos de Grizelle. Mi novia lanzó una mirada nerviosa hacia la Keres, solo para verla salir de la pared, con el rostro contorsionado en una mueca aterradora.

Kali se congeló, sus instintos de huida surgieron con fiereza mientras luchaba por resistirse a ellos.

—*Concéntrate* —hablé mentalmente a mi hembra, sobresaltándola—. *Grizelle no te hará daño. Una Keres no puede matar sin causa, solo en defensa propia.*

—¡La estoy atacando! —replicó en voz baja, sin saber cómo hablarme telepáticamente.

—*No, simplemente le estás quitando las garras que me hacen daño. Me estás protegiendo. Utiliza mi magia para causar necrosis en las puntas de sus garras* —le ordené.

No sabía hasta qué punto Kali sería capaz de utilizar mis poderes. Pero, para mi sorpresa, parecía que le salían de forma natural. Sin embargo, lanzó un aura necrótica mucho más potente de lo que pretendía. No era de extrañar. Tenerme dentro de ella multiplicaba por diez los poderes de mi novia.

Grizelle gritó de dolor e hizo un gesto con ambas manos, como para tirar de ellos hacia atrás. Al mismo tiempo, los ganchos que me encadenaban al altar y drenaban mi capacidad de regeneración natural se retiraron de mí.

—¡Te arrepentirás, humana! —gritó Grizelle.

Kali jadeó cuando los globos oculares de las calaveras que adornaban las puntas de los gruesos mechones de Grizelle salieron disparados de sus órbitas sobre enjutas patas de araña. Se dispersaron por las paredes, corriendo hacia las alcobas abiertas. Simultáneamente, las espantosas siluetas de innumerables Skarachs salieron de sus sombrías guaridas.

Estas criaturas de pesadilla tenían el torso superior de un esqueleto con ocho largas extremidades que les permitían caminar sobre dos piernas con seis brazos para atacar a su objetivo o caminar sobre las ocho extremidades como una araña. Lo que les hacía más espeluznantes era el hecho de que se inclinaban hacia atrás para caminar como una araña, con el pecho hacia arriba. Como sus cabezas podían pivotar trescientos sesenta grados, eso no les impedía ver, estuvieran en la posición que estuvieran. Sus caras esqueléticas no tenían nariz, solo una boca sobredimensionada sobre la que asomaban una docena de pequeños ojos rojos sin pupilas, y un par de cuernos. Pero lo más aterrador era el enorme agujero que había en el centro de los ojos más pequeños.

Cada uno de los ojos escurridizos del pelo de Grizelle corrió hasta un Skarach y se incrustó en aquel agujero, convirtiéndose en una de las marionetas de la Keres.

—¡*Concéntrate, Kali!* —le grité mentalmente mientras mi cuerpo, liberado ya de las garras que lo sanguijereaban, empezaba a regenerarse.

Mi voz la sacó de su aturdimiento horrorizado. Sin vacilar, mi novia se inclinó hacia delante y apretó sus labios contra los de mi cuerpo.



CAPÍTULO 9

Nada podría haberme preparado para la insana oleada de energía que se apoderó de mí cuando Pharos se entregó. Todo mi cuerpo rebotaba Magia de Muerte. Podía ver y sentir cosas que ni siquiera imaginaba que existieran. Como caminar por el borde mismo entre el mundo mortal y el esotérico, justo en la delgada línea del Velo.

Más allá de las membranas carnosas, los contornos luminosos de las abominaciones que acechaban tras ellas se me presentaban ahora claramente. Incluso podía ver el leve pulso de sus latidos, y el hilo violáceo de longitud variable que los rodeaba. Por una razón que no podía explicar, supe instintivamente que era su hilo vital. Susurros de otro mundo llenaron mis oídos, las voces de fuerzas oscuras que se llamaban unas a otras, advirtiéndoles de la presencia de la intrusa que yo era... de una presa a la que devorar. Incluso en el charco de sangre, unas retorcidas manchas de energía indicaban la presencia de más criaturas dispuestas a surgir.

También me di cuenta de que podía drenar toda su fuerza vital con un simple movimiento de la mano. A pesar de la poderosa tentación que despertaba en mí, supe instintivamente que nunca sería capaz de contener toda aquella energía. Estallaría, destruida por aquel exceso de codicia. Tantos hechiceros encontraron la muerte definitiva en situaciones similares, demasiado hambrientos para aprovechar y ejercer un poder que nunca debió ser suyo.

Apenas transcurrieron unos segundos desde que Pharos se entregó a mí para que todos estos pensamientos se dispararan en mi mente. Sin embargo, dos fuertes tirones externos me devolvieron a la terrible realidad del momento. Aunque nunca había tocado la mente de Cornelius, reconocí al instante su presencia. La conmoción y la ira emanaban de él, como una mano viscosa que se aferrara a Pharos e intentara tirar de él hacia atrás. Y el propio cuerpo de Pharos también clamaba salvajemente por su regreso.

La rabia instintiva y celosa que me invadió en respuesta a aquellos dos tirones me dejó tambaleándome. No quería renunciar a él. Cada célula de mi ser gritaba que era mío para quedármelo. Por primera vez en mi vida, me sentí completa. La luz divina de los propios Dioses llenaba cada fibra de mi ser. Es cierto que el poder insano que me daba retenerlo sería adictivo para cualquier hechicero en su sano juicio. Pero fue la belleza y la pureza de su alma lo que me

cautivó. Éramos uno, vibrando en perfecta armonía.

Estábamos destinados a estar juntos.

Pero incluso mientras esos pensamientos se arremolinaban en mi interior, los acallé y empecé a extraer las garras del cuerpo de Pharos. Casi me meo encima cuando la Keres empezó a desprenderse de la pared en la que estaba parcialmente incrustada. Incluso con sus poderes potenciando los míos, no sabía que podría enfrentarme cara a cara contra un demonio como Grizelle. Cuando Pharos me pidió que utilizara su necrosis contra las garras que le estaban chupando, me pregunté si había perdido la cabeza. Sería un ataque directo contra ella, que anularía sus restricciones ofensivas. ¿Y si incendiaba todo el lugar invocando habilidades con las que no tenía experiencia?

Pero yo confiaba intrínsecamente en Pharos.

Tragándome la bilis del miedo que intentaba ahogarme, expandí aquellos poderes extraños lo más débilmente posible para probar la potencia de su salida. La facilidad y la forma extrañamente instintiva con que me llegó me dejaron perpleja.

Que mi confianza en él nos sirviera de algo era lo único que importaba.

Apenas usé su necrosis, Grizelle chilló y retrajo sus garras. No tuve ocasión de maravillarme de que el cuerpo de Pharos empezara a regenerarse inmediatamente, mientras la Keres pasaba a la ofensiva.

—¡Te arrepentirás, humana! —gritó Grizelle.

Me sentí desfallecer cuando los ojos del interior del cráneo de Grizelle salieron de sus órbitas para correr por las paredes hacia las alcobas. Me quedé paralizada mientras los ojos andantes se posaban en los orbes vacíos de los Skarachs, que parecían cíclopes. Una vez más, reprimí a duras penas el impulso de utilizar los poderes de la Parca, que burbujeaba en mi interior como una tempestad apenas contenida. Era demasiado grande para mí, sobre todo en mi actual estado de terror.

Un segundo después, mis guardianes se activaron, lanzando algunos de mis dardos de sangre contra los primeros Skarachs que avanzaban.

—¡*Concéntrate, Kali!*

De no ser por la voz de Pharos que gritaba dentro de mi cabeza, podría haberme quedado congelada, presa de un pánico total. Reprimí la rabia posesiva que volvía a asomar la cabeza. Una horrible voz en el fondo de mi mente me susurraba que me quedara con él, que saliera corriendo de este desdichado lugar y lanzara su Magia Mortal contra todo lo que se me echara encima. Incluso si derribaba toda esta tumba, creía que sus poderes de regeneración me mantendrían con vida. Pero nunca le haría algo así a nadie, y menos a él.

Desechando tan espantosa tentación, me incliné y apreté mis labios contra los suyos.

Aunque sabía que solo era Pharos abandonándome para volver a entrar en su propio recipiente, sentí como si me arrancaran el alma misma del cuerpo. La suya propia lo arrastraba vorazmente fuera de mí. Para mi sorpresa, incluso cuando me sentía desgarrada, percibí la breve

pero poderosa vorágine de emociones que recorría a Pharos antes de que se cortara nuestro vínculo. Dolor por haber sido arrancado, dicha por volver a conectar por fin con su cuerpo, pero también una tremenda sensación de pérdida al separarse de mí.

Me dio un vuelco darme cuenta de que él había sentido tan intensamente como yo lo perfectamente alineadas que estaban nuestras almas.

Simultáneamente, la indignación y la incredulidad de Cornelius atravesaron nuestra conexión antes de que se rompiera, cortándose permanentemente.

Me enderecé al oír los chillidos infernales procedentes de los Skarachs que salían en tropel de las alcobas. Se aplastaron contra el muro invisible creado por mis guardias. Algunos fueron arrojados hacia atrás por su repulsión. Abriendo demasiado la boca, escupieron una flema fibrosa que reconocí como la sustancia carnosa que creaba las membranas en forma de telaraña que sellaban sus guaridas. También ésta se estrelló contra las paredes invisibles, haciéndolas brillar al dañar rápidamente las protecciones. Con un ataque tan severo, mis protecciones no durarían mucho antes de verse desbordadas.

Invocando mi Magia de Sangre, alcancé los dardos de sangre que mis guardianes habían lanzado automáticamente contra las criaturas. Pude sentir cómo se disolvían dentro de su torrente sanguíneo, dándome un ancla para hacerme con el control de sus órganos. Había demasiadas criaturas como para controlarlas a todas a la vez, pero podía enfrentarme al menos a media docena simultáneamente. Solo me quedaba rezar para que mis protectores resistieran lo suficiente como para reducir significativamente su número.

Pero antes de que pudiera lanzar el primer hechizo, Pharos inhaló bruscamente y sus ojos se abrieron de golpe. Jadeé cuando una ráfaga de Magia de Muerte emanó de él, extendiéndose en un amplio radio hasta los bordes de las plataformas exteriores. Me atravesó como un viento helado. Aunque me dejó indemne, todos los Skarach que arañaban mis guardias se desintegraron en montones de cenizas.

—¡Tramposo! —gritó Grizelle con rabia.

Ya totalmente separada de la pared, batió sus alas de murciélago para sobrevolarnos como un buitre que rodea a su presa.

Observé con incredulidad cómo el cuerpo de Pharos se regeneraba exponencialmente, sin duda por haber desviado por completo la fuerza vital de todas las criaturas que habían salido. Sus miembros disecados y su pecho aplastado se llenaron al hincharse los músculos que había debajo. Su piel marchita se estiró, perdiendo su aspecto correoso y arrugado para adquirir una textura suave con un saludable tono marrón grisáceo.

—Yo no hago trampa —respondió Pharos.

Arrastraba un poco las palabras, probablemente debido al desuso de sus cuerdas vocales y a que aún estaba en proceso de regeneración. Aun así, su voz era maravillosamente evocadora, aunque sonaba un poco extraña a mis oídos ahora que ya no tenía ese eco incorpóreo.

—Estoy debilitado por los siglos en los que me has drenado. Se me permite alimentarme de

formas de vida inferiores para curarme. Es justo que tus esbirros repongan lo que me has robado durante tanto tiempo —continuó.

Grizelle siseó con rabia. El hecho de que no desafiara sus palabras confirmaba la validez de sus argumentos. Se me encogió el corazón al ver que Pharos había encontrado un método inteligente para protegerme. Ahora que ya no albergaba ninguna parte de él, comprendí el alcance de la mejora de poder que me había procurado. Sin su magia, me sentía tan débil como una novicia.

Sin embargo, mi alivio por haber eliminado tan rápidamente la amenaza dio paso a otra oleada de preocupación cuando volvieron a crecer los ojos dentro de las calaveras que colgaban de su pelo. La sonrisa maliciosa que se dibujó en sus labios, a pesar de que su ira seguía siendo visible, me produjo un escalofrío.

—Hay un largo camino fuera de la cripta, Parca. Esa excusa solo durará un tiempo antes de que tus reservas se repongan por completo. Y tengo muchos amigos que quieren jugar con tu mascota —dijo Grizelle con voz malvada y cantarina.

Mis entrañas se retorcieron al oírla decir exactamente el miedo que me carcomía.

—¿No tienes un campo de batalla que hurgar? —replicó Pharos en tono glacial.

Su voz ya era mucho más clara y su cuerpo mucho más definido, pero aún parecía el de alguien un poco demacrado.

—Por supuesto —replicó ella en tono indulgente—. Y lo haré... una vez que me haya comido a tu mascota por robarme mi interminable festín.

Los ignoré a medias y eché un vistazo a la sala y al amplio pasillo que había más allá de las puertas aún abiertas de la cámara. Durante el breve tiempo en que tuve dentro de mí a Pharos, había podido localizar las amenazas potenciales y las herramientas a mi disposición. Mi mente se agitó mientras trazaba estrategias para la batalla que me esperaba.

Gracias a que Pharos se alimentaba de los Skarachs que salían de las alcobas, la mayoría de mis dardos de sangre permanecían intactos junto a las salas. Sabía que quedaban muchos más Skarachs en el interior de sus guaridas, listos para venir a por mí en cuanto su ama les diera la señal. Quería creer que mi compañero también los devoraría para terminar de curarse. Aunque seguía regenerándose, el ritmo se había reducido considerablemente ahora que no tenía nada más a su alcance de lo que alimentarse. Por lo tanto, invoqué de nuevo mis dardos de sangre y los devolví a la bolsa que colgaba de mi cinturón.

Mientras seguía provocando a Pharos, Grizelle me dedicó una sonrisa triunfal. Probablemente, el asqueroso demonio supuso que me había confiado demasiado. Su rostro adoptó una expresión burlona mientras los ojos recién rebrotados en su cabello craneal también se escabullían hacia las oscuras profundidades de las alcobas a ambos lados de la sala.

Volví a descartarla. Mis protectores ayudarían a mantener a raya a las criaturas el tiempo suficiente para que yo pudiera correr hacia la salida. Pero como eran extremadamente rápidas y podían escupir esa desgraciada flema con una capa venenosa y ácida, necesitaba algo para

demorarlas aún más e, idealmente, destruirlas. Si hubieran sido menos, podría haber utilizado mi Magia de Hueso o de Sangre para apoderarme de su esqueleto o de sus órganos y lograr ese objetivo.

Extendiendo mis sentidos por el pasillo, evalué los innumerables huesos y esqueletos parciales que había más allá. La mayoría estaban inertes y les quedaba muy poca magia. Discretamente, lancé una serie de hechizos, remodelando algunos de los huesos sueltos para convertirlos en pinchos, y ensamblando los esqueletos parciales en construcciones andantes para que pudieran interferir y cubrir mi retirada.

Por desgracia, no había forma de ocultarle a la Keres lo que estaba tramando. Sorprendentemente, ella no intentó sabotearlo. Supuse que formaba parte de las restricciones a las que estaba sometida. Con la magia oscura, casi siempre se podía encontrar una solución jugando con tecnicismos. Aunque era ella quien invocaba a las abominaciones que me darían caza, no había ninguna ley que impidiera a un hechicero despertar a sus mascotas. Aunque Grizelle sabía que me atacarían, mientras ella no les diera la orden de hacerlo, no rompía su pacto. No *era culpa suya* que las criaturas diabólicas tuvieran un comportamiento depredador por naturaleza.

Sin embargo, una poderosa ráfaga de energía onduló por la habitación para propagarse hacia el exterior y por toda la cripta. Se me revolvió el estómago al sentir otra oleada de miedo. Grizelle había enviado una llamada, como un toque de cuerno silencioso, para que todos la oyeran. En cuestión de segundos, una energía malévola surgió a nuestro alrededor. El charco sangriento burbujeó y empezaron a salir de él mutantes carnosos, cuyas manos retorcidas arañaban los bordes de la isla para izarse sobre ella. Simultáneamente, más Skarachs salieron de las innumerables aberturas de las paredes.

Como la primera vez, la Magia de Muerte irradió de Pharos, aniquilando a todas las criaturas visibles. Todo su cuerpo casi parecía brillar, pues su regeneración volvía a acelerarse.

Por los Dioses, ¡era impresionante!

Pharos no se parecía en nada al caballero de hueso que había temido. Sí, tenía algunos huesos expuestos alrededor de los ojos y unas cuantas costillas en la parte superior del pecho y en los costados. Pero no parecían el resultado de un cadáver en descomposición. Se mezclaban armoniosamente con la impecable piel que lo rodeaba, dándole un aspecto fiero, pero elegante. Sus labios eran carnosos y sensuales, hechos para ser besados y devorados. Su nariz romana le daba un aire de nobleza. Y las tres púas de hueso que sobresalían de su barbilla, con sus puntas redondeadas que las hacían suaves, contribuían a su belleza de otro mundo. La capucha unida a sus hombreras yacía plana contra su espalda, dejando que su delicioso cabello negro, ondulado y largo hasta los hombros, salpicado de plata, enmarcara suavemente sus fascinantes rasgos.

De repente se incorporó de su posición tumbada. Con un solo aleteo de sus majestuosas alas negras y plumosas, saltó del altar, planeando durante un par de segundos sobre el suelo antes de aterrizar junto a mí. Me aventajaba en una buena cabeza. Pero su mera presencia, ver a Pharos

entero con una magia demencial irradiando de él, me hizo sentir frágil y protegida a la vez.

Agitó la mano hacia la cabeza del altar y el círculo de invocación que yo había creado desapareció. Me estremecí interiormente al darme cuenta de que lo habría olvidado por completo. ¿Quién sabía cómo podría haberlo utilizado otra persona contra él en el futuro?

—¡Vamos! —ordenó Pharos antes de salir corriendo de la isla.

El rumor sensual de su voz me produjo un delicioso escalofrío. Sin mediar palabra, seguí su estela. Imperturbable, Grizelle convocó a más de sus mutantes y Skarachs. Mi excitación inicial al ver que mi compañero los devoraba sin esfuerzo incluso cuando salían de sus respectivas guaridas se desvaneció instantes después, cuando solo un tercio de la última oleada de abominaciones se convirtió en cenizas.

Los demás seguían viniendo hacia nosotros... O mejor dicho, hacia mí. Mientras mis guardianes mantenían a raya a los Skarach como yo esperaba, los mutantes se arrastraban hasta la isla y cruzaban el puente para perseguirlos. Mi única bendición en su caso era que se trataba de seres deformes que no estaban hechos para caminar, sino más bien para nadar o arrastrarse. Ninguno se parecía a otro. Parecían el resultado de la fusión de partes carnosas aleatorias con algún que otro hueso mal colocado. Sospeché que se habían formado a partir de los restos de criaturas sacrificadas y personas desechadas en el estanque.

—¡Hora de jugar! —gritó Grizelle antes de soltar una carcajada diabólica, por no decir maníaca.

Voló por encima de nosotros y volvió a lanzar su invocación silenciosa. Desapareció en la sala contigua, y un largo y retumbante gemido resonó con fuerza en mis oídos. Parecía proceder de todas partes a la vez, del interior del gran pasillo por el que ahora corríamos, de la cámara de sacrificios que acabábamos de abandonar, e incluso más adelante, hacia el nivel más bajo del laberinto de escaleras. Era como si toda la cripta hubiera cobrado vida y expresara su descontento por haber sido así perturbada.

Mi sangre se convirtió en hielo cuando las siluetas oscuras de decenas de Skarachs aparecieron en la distancia, precipitándose desde el laberinto de escaleras hacia el pasillo que cruzábamos. Sin aminorar la marcha, cogí un puñado de dardos de sangre de mi bolsa, me los llevé a los labios para susurrar un conjuro y luego los lancé contra el enjambre entrante con todas mis fuerzas. Como atraído por un imán, cada dardo se dirigió directamente a su objetivo y se enterró profundamente en su carne. Repetí el gesto dos veces antes de tener que invocar un escudo de sangre para bloquear el chorro de flema que me escupió el Skarach más cercano.

Con algunos de ellos arrastrándose por la pared, otros por el techo y aún más precipitándose directamente hacia mí, no podía enfrentarme a todos a la vez. Pharos se lanzó hacia delante, colocándose deliberadamente en el camino del enjambre para obligarles a atacarle deliberada o accidentalmente.

Sentí que los dardos congelados se extendían dentro de mis objetivos, concediéndome el agarre que necesitaba. Apreté las manos y extendí violentamente los brazos como si fuera a

arrojar algo hacia los lados mientras pronunciaba una palabra de poder. Nueve Skarachs chillaron al estrellarse contra las paredes laterales. Con otro hechizo, rompí los huesos de sus articulaciones, obligándoles a arrastrarse. Repetí el proceso con otro grupo de criaturas infundidas con mis dardos de sangre.

Pero como demasiados de ellos invadían ahora la sala, por no hablar de las abominaciones que se acercaban a nosotros por detrás, invoqué un escudo de sangre a mi alrededor y luego lancé los pinchos de hueso que había colocado alrededor de la sala. Salieron disparadas en todas direcciones, algunas volaron lejos, pero la mayoría se clavaron en la carne de los monstruos. Sus chillidos ensordecedores llenaron la sala. Muchos cayeron o perdieron pie. Los más desafortunados chocaron contra Pharos, que los despachó alegremente. Los demás se apresuraron a ponerse en pie, lo que me dio un pequeño respiro para levantar las construcciones óseas que había reunido brevemente. Dieron tumbos sin sentido, arañando, apuñalando y mordiendo a los Skarachs.

En el caos que se produjo, Pharos y yo salimos del pasillo al espacio abierto del laberinto de escaleras. Se me encogió el corazón al ver a Grizelle volando, con los gruesos tentáculos de su pelo fluyendo alrededor de su rostro de pesadilla. Pero habían desaparecido las calaveras de sus puntas. Para mi horror, vi a unos cuantos corriendo a una velocidad vertiginosa sobre unas patas parecidas a las de un cangrejo que habían sobresalido del lateral de las calaveras. Corrían hacia lo que yo había supuesto erróneamente que eran montones de huesos al azar. Pero eran los cuerpos de los Demonios de Hueso.

Me sentí petrificada cuando una primera cabeza saltó sobre la parte saliente que sobresalía al final de la columna vertebral de un Demonio de Hueso. Inmediatamente cobró vida, su cuerpo esquelético se llenó de una extraña capa de piel fina mientras en su espalda crecían viciosas púas de hueso. Podrían dispararlas como flechas a una distancia demencial.

Estaban situados en algunas de las plataformas inferiores y superiores del laberinto, asegurándome de que no habría forma de evitarlos. Pero seguían saliendo más Skarachs de las alcobas situadas a lo largo de las paredes del laberinto. Ver a algunos de ellos enderezarse sobre dos patas me pareció aún más aterrador que cuando se arrastraban como arañas. Eran un espectáculo espantoso de contemplar, con sus extremidades imposiblemente largas y enjutas levantadas amenazadoramente como tantas espadas demoníacas listas para apuñalar y empalar.

En ese instante, me di cuenta de lo tonto que había sido al pensar que podría salir de aquí con vida. Por algo se decía que el viaje a la Cripta Hemdell era un billete de ida. Se me saltaron las lágrimas mientras me preparaba para lo inevitable. Pero no me hundiría pasivamente. Me llevaría conmigo a tantas abominaciones como fuera posible.

Lancé todos los dardos de sangre que aún tenía y levanté los esqueletos inertes que pude para impedir el avance de los monstruos. Entre una ráfaga de hechizos de Magia de Sangre para repeler sus ataques o escudarme de los suyos, y Magia de Hueso para dislocar articulaciones y romper miembros y espinas dorsales, intenté frenéticamente seguir el ritmo de Pharos, que

trataba desesperadamente de abrirme paso. Pero salir de las profundidades del infierno era mucho más difícil que descender a él.

Me ardían las piernas de correr escaleras arriba mientras esquivaba los feroces ataques de mis posibles asesinos. Me ardían los pulmones mientras intentaba recuperar el aliento entre conjuro y conjuro.

Y solo estábamos a mitad de camino de la segunda plataforma.

Se me escapó un grito de dolor cuando un dardo deshuesado atravesó la parte carnosa de la parte superior de mi brazo y me atravesó volando. Instintivamente me pasé la mano por encima y susurré un hechizo curativo. Por la forma en que ardía, la maldita cosa había sido envenenada. Solo podía lanzar un hechizo de sangre para evitar que se extendiera hasta que, con suerte, tuviera la oportunidad de curarme adecuadamente.

Pharos me miró por encima del hombro. El miedo en su rostro me destrozó. No era miedo por él, sino por mí. Sabía que no lo conseguiría. Abrió bien las alas para que otra andanada de púas óseas de los Demonios le alcanzara a él en vez de a mí, permitiéndole matar a las criaturas que las habían lanzado.

Pero no podía cubrirme desde todos los ángulos.

En los niveles superiores, los Demonios de Hueso se alineaban en los bordes de las plataformas, presionando sus frentes contra el suelo para que sus espaldas con pinchos miraran hacia mí antes de lanzarme sus mortíferas armas. Entre los Skarachs, los mutantes y los Demonios de Hueso, parecía un enjambre de langostas acercándose por todas partes, tapando la luz y ahogando el aire de la habitación.

Como mi escudo de sangre era demasiado débil para resistir la fuerza bruta de los pinchos de hueso, invoqué en su lugar el Escudo de Azriel. Era poderoso tanto contra los ataques físicos como contra los mágicos, pero estaba destinado a ser utilizado en reposo. Caminar con el escudo activo lo debilitaba. Pero seguía siendo más poderoso que el otro. Y resultó útil hasta que llegamos al siguiente rellano.

Sin embargo, un Skarach que se arrastraba por la pared se lanzó de repente contra mí, golpeándome violentamente en el costado derecho. Demasiado ocupado intentando protegerme de los dardos de los Demonios de Hueso de los otros niveles, Pharos no se dio cuenta hasta que grité por la fuerza del impacto. Me lanzó volando por la estrecha plataforma. A cámara lenta, sentí que perdía el equilibrio y caía por el borde.

—¡KALI! —gritó Pharos.

El tiempo se congeló mientras me preparaba para caer en picado hacia la muerte y para que mi cuerpo se hiciera añicos sobre las oscuras piedras de la escalera que había debajo. La superficie del sombrío estanque de agua turbia onduló al agitarse la enorme silueta de la criatura que acechaba en sus profundidades. Si sobrevivía a la caída, sin duda me devoraría.

Pero Pharos se lanzó hacia abajo, me agarró de la muñeca y casi me arrojó de nuevo a la plataforma. Aterricé con tanta fuerza que me dejó sin aliento. A lo lejos, oí gritar a Pharos. Quise

mirar hacia él para ver qué le había causado dolor, pero el Skarach que casi me había enviado a la muerte se levantó sobre sus dos pies. Elevándose sobre mí a una altura imposible, levantó las seis extremidades que le quedaban para apuñalarme. Apenas tuve tiempo de restaurar mi Escudo de Azriel antes de que lo golpeará repetidamente con las puntas de sus miembros, que parecían dagas.

Volví a ponerme en pie mientras el escudo parpadeaba bajo el brutal ataque tanto del Skarach como de los otros dardos que me disparaban. Utilizando mi Magia de Hueso, le destruí las dos piernas, pero cuando se desplomó, me lanzó con saña dos de sus extremidades superiores, haciéndome chocar contra la pared. Me desplomé en el suelo, aturdida. Los dientes me traquetearon en la cabeza y la habitación dio vueltas.

Pharos, una vez más gritando mi nombre, fue sepultado por mi propio grito estridente de agonía cuando un gran peso se posó sobre mi pierna derecha, seguido de un sonido chisporroteante cuando el ácido de la flema de un Skarach empezó a corroer el cuero de mis pantalones y luego mi carne. Lancé un hechizo de repulsión para quitármelo de encima. Sentí como si me arrancara la mitad de la piel mientras salía volando.

Cuando demasiadas sombras se acercaron a mí, lancé el hechizo de la bomba ósea en un último esfuerzo desesperado. Hizo que todos los huesos a mi alcance se hicieran añicos y detonaran como un artefacto explosivo, enviando fragmentos volando en todas direcciones, destrozando todo a su paso. La habitación se convirtió en una lluvia de huesos y carne semimutilada. Sintíendome agotada, intenté lanzar otro hechizo de repulsión sobre la imponente silueta que apareció ante mí, solo para darme cuenta de que era Pharos.

La culpa me recorrió fugazmente al darme cuenta de que mi hechizo podría haberle dañado gravemente. Sin embargo, parecía ileso salvo por un enorme tajo que le cruzaba la palma de la mano y desaparecía bajo el brazal del antebrazo para reaparecer en el otro extremo y estrecharse por debajo del codo. No tuve tiempo de pensar en ello cuando me agarró por el brazo y me arrastró tras él hacia uno de los pasadizos semiocultos de la plataforma. No siguió recto, sino que golpeó con la mano lo que supuse que era una sección texturada de la pared. Para mi sorpresa, una luz roja brillaba en los bordes de unas enormes puertas, que se abrieron ante nosotros.

Lancé a ciegas otro hechizo de repulsión detrás de mí mientras Pharos tiraba de mí hacia el interior de una enorme sala vacía. Mi hechizo había sido demasiado débil, y tres Skarachs consiguieron arremeter detrás de nosotros. Uno de ellos se arrastró por el techo antes de saltar sobre mí. Grité, sabiendo que no tendría tiempo de esquivar. Se desvaneció en una lluvia de cenizas, al igual que los otros dos que se habían colado antes de que Pharos pudiera cerrar las puertas de golpe.

Rugió de dolor y cayó de rodillas. Apoyando las palmas de las manos en el suelo cubierto de polvo, con las alas colgando sin fuerza a los lados de sus anchos hombros, Pharos temblaba, con la cabeza inclinada, como si estuviera a punto de entrar en estado de shock.

A pesar del insoportable dolor que irradiaba de mi pierna herida, cojeé hasta su lado,

ignorando los golpes de los monstruos que intentaban entrar en la habitación.

—¡Pharos! ¿Estás bien? —grité, cayendo de rodillas junto a él.

Con los dientes apretados, levantó la cara para mirarme. Me tapé la boca con la palma de la mano, horrorizada al ver profundos cortes, similares a los que había observado anteriormente en su mano y muñeca. Esta vez, le rebanaban la cara desde la frente, a través del ojo derecho y por la base de la mandíbula. Otras heridas similares le laceraban el pecho y los brazos. Aunque húmedas de sangre, no goteaban gracias a su regeneración acelerada. Pero se cerraban a paso de tortuga.

Y entonces caí en la cuenta.

Aquellas heridas eran su castigo por romper el pacto... por matar sin ser atacado.

Por protegerme...

Sin decir palabra, se puso dolorosamente en pie. Le imité, rechinando los dientes a pesar del dolor que me asolaba la pierna, ignorando la palpitante contusión del costado y el ardor de la parte superior del brazo.

La expresión de la cara de Pharos me destrozó. Era una mezcla devastadora de pena, ira, resignación y derrota. Se enderezó y me cogió la cara entre las manos.

—No sobrevivirás a esto, mi Kali. No puedo protegerte. Por favor, dame tu alma. No quiero perderte —suplicó, con la voz en carne viva por el dolor que visiblemente aún sentía.

Me temblaron los labios y se me contrajo la garganta cuando me invadió una oleada de desesperación. No podía discutir la verdad de sus palabras. Por derecho, ya debería estar muerta. En cuanto se abrieran las puertas, todo habría acabado para mí.

No quiero morir. Pero, ¿estoy dispuesta a entregar mi alma?

El terror visceral que la perspectiva despertaba sistemáticamente en mí me retorció las entrañas mientras las imágenes de Jasper pasaban por mi mente. Había visto de primera mano lo que ocurría cuando la persona que poseía tu alma decidía volverse contra ti. Las intenciones de Pharos hacia mí podían ser buenas *ahora*, pero ¿y si le enfadaba en el futuro? Apenas le conocía. ¿Y si siglos de la asquerosa influencia de Cornelius yacían latentes en él y se desencadenaban en algún momento, cuando yo menos lo esperara? Las imágenes de mí pudriéndome sobre mis pies, mi mente desvaneciéndose a medida que mi alma se consumía, sustituyeron a las de mi hermano. Si la Parca me maldecía, nadie vendría a rescatarme.

Aceptar la muerte ahora me garantiza que un destino tan horrible nunca podrá ocurrirme.

Una decisión tan monumental no podía precipitarse. Habría necesitado mucho más tiempo para conocerle mejor antes de comprometerme a algo tan extremo e irreversible. Pero el reloj corría en mi contra.

Pharos era libre. Se encargaría de que Cornélius recibiera su merecido. Había vivido una vida decente. Si moría ahora, me esperaba una agradable vida después de la muerte.

Una vida después de la muerte sin Pharos y sin haber salvado a Jasper.

Lágrimas de rabia punzaron mis ojos ante la injusticia de todo aquello.

—Tus estúpidas normas no tienen sentido —dije enfadada con voz llorosa—. ¿Por qué no puedes protegerme? Entiendo que no puedas interferir en el Destino, pero todo ser vivo puede cuidar de los que ama. Es ilógico que debas quedarte de brazos cruzados mientras masacran a tu pareja o a tus hijos.

Se puso rígido y una extraña expresión recorrió sus facciones. La herida abierta que seguía cerrándose lentamente dificultaba un poco su lectura.

—Se me permitiría proteger a mi pareja o a mi descendencia —corrigió con voz suave.

—¿Entonces por qué coño no puedes protegerme? ¿Acaso no soy tu novia? —desafié.

—No, Kali. No lo eres —dijo en tono objetivo.

Aquello me hirió profundamente. Retrocedí y me aparté de él, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar mi conmoción e incredulidad.

—¿Así que has estado mintiendo todo el tiempo? —susurré, con la voz llena de dolor—. ¿Estabas jugando conmigo todas esas veces que me llamabas tu novia?

—No. Quiero que seas mía, Kali —dijo con una convicción que me dejó confusa—. Lo dije en serio cada vez que te llamé mi novia, pero me rechazaste.

—¿Qué? ¡No lo he hecho! —argumenté, aún más desconcertada—. ¿No te daba la bienvenida todas las noches?

—Te rendiste a mí por el bien de esta misión. Pero cada vez que te llamaba mi novia, rechazabas mi pretensión —insistió.

En ese instante, volvió a la memoria todas las veces que me había dado ese título. Y, efectivamente, le había dicho sistemáticamente que yo no era su novia.

—Claro... Pero... no lo decía en serio. Como... Ya sabes...

Un rugido salvaje y la puerta derecha gimiendo sobre sus goznes me recordaron que se nos acababa el tiempo.

—Acepto tu demanda —solté—. Soy tu novia... voluntariamente.

Se me encogió el corazón cuando me dirigió una mirada triste.

—No es tan sencillo, mi Kali. Para que funcione, el vínculo tiene que ser auténtico. No puedes simplemente consentir en ganarte mi protección. No se trata de una transacción comercial ni de un intercambio. Debes desearnos. Debes *quererme* de verdad.

—¡Pero te deseo! —repliqué—. Durante los tres días que estuviste fuera, no dejé de pensar en lo destrozada que estaba ante la perspectiva de no volver a verte. Me preguntaba si querrías mantener una relación conmigo después de esto o si nuestro acoplamiento solo había sido para ti un medio para llegar a un fin.

—¡No fue así! —dijo Pharos con fuerza—. Te deseo, Kali. Te quiero toda, incluidos tu corazón y tu alma. Pero si tu corazón es todo lo que puedes darme por ahora, lo tomaré para salvarte, si de verdad me quieres.

—Así es, Pharos. Me importas sinceramente y quiero que estemos juntos.

Sus ojos se cruzaron con los míos con gran intensidad. Le sostuve la mirada

inquebrantablemente, segura de la sinceridad de mis sentimientos. Aunque aún parecía inseguro, Pharos se inclinó hacia delante y me besó con ternura y un toque de desesperación. Al instante me derretí contra él, el calor de su cuerpo y de su alma envolviéndome como una manta. El mundo entero se desvaneció, incluidos los gritos feroces y los golpes salvajes en las puertas.

La suavidad de sus labios y la dureza de su cuerpo musculoso me revolviéron el cerebro. Era el mismo amante al que me había estado entregando los últimos días y, sin embargo, en carne y hueso, se sentía diferente, a su manera maravillosa. Una sensación de hormigueo se extendió desde mi boca, por mi garganta y por todo mi pecho. Antes de que pudiera analizarlo, un suave sonido sordo seguido de una oleada de malicia puso fin al beso.

Ambos sacudimos la cabeza para mirar hacia el lado izquierdo de la habitación. La silueta de pesadilla de Grizelle pareció deslizarse por la pared al entrar en nuestro refugio temporal.

—Sal, sal, estés donde estés. Es muy descortés por tu parte marcharte en mitad del juego —dijo en tono burlón—. Más de mis amiguitos han salido a jugar. La puerta está a punto de romperse. Es hora de despedirse. Tic-toc, tic-toc, pequeña humana.

—Que te jodan —siseé.

—¡Vaya! Qué maleducada —dijo Grizelle de forma exageradamente dramática—. Está claro que no te enseñaron buenos modales. Pero eso no importa. Por muy maleducada que seas, seguiré disfrutando de darme un festín contigo lentamente.

—No lo harás —dijo Pharos con dureza, su voz destilaba desprecio—. Hemos terminado de jugar a tu jueguecito. Me llevo a mi novia a casa.

Grizelle retrocedió, conmocionada y una pizca de miedo brillando en sus ojos.

—¡No es tu novia! ¡Aún llevas las cicatrices de haber roto el pacto! —añadió, señalando con un dedo furioso las heridas abiertas que aún no se habían cerrado del todo.

—En ese momento no lo era, pero ahora sí —respondió con suficiencia.

—¡Mientes! —gritó.

—¿Qué? —susurré, volviendo la cabeza hacia él—. ¿Funcionó?

La sonrisa más maravillosa suavizó sus facciones, y sus ojos brillaron con una posesividad que me hizo revolotear el estómago.

—Sí, mi Kali. Te dije que serías mi novia. Estamos unidos.

Me besó, y el ardiente dolor que sentía en la parte superior del brazo y en la pierna se atenuó de inmediato a medida que la sensación de hormigueo se extendía aún más.

¡Su regeneración! ¡Está usando sus poderes para curarme!

Curar era un término demasiado fuerte. No sabía que podía utilizar sus poderes para eliminar realmente el veneno, reparar heridas o curar enfermedades en otra persona. Pero agradecí esta notable reducción del dolor cada vez más debilitante de mis heridas.

El grito enfurecido de Grizelle rompió la magia. Con un gesto de la mano, abrió las puertas de par en par. La horda de pesadilla que había intentado entrar se precipitó al interior como si se hubieran roto las compuertas de una presa. Apenas dieron un par de pasos antes de que Pharos

lanzara su aura de muerte en un radio de diez metros. Todas y cada una de las criaturas que entraron en la sala y las que se encontraban a poca distancia fuera se redujeron a cenizas.

Pero eso no impidió que el enjambre que tenían detrás intentara abalanzarse sobre ellos. Empujándome detrás de él, Pharos se volvió para enfrentarse a la amenaza entrante y extendió las manos hacia los lados, como si intentara lanzar algo pegajoso. En su lugar, aparecieron en cada una de sus manos un par luminoso de guadañas fantasmales. Una cadena hecha de huesos conectaba las dos armas más cortas.

—¡No! ¡No puedes usar eso! —gritó Grizelle, con verdadero terror descendiendo sobre sus facciones de pesadilla.

Ignorándola, Pharos se lanzó hacia delante, golpeando con ambas manos a las criaturas. Cada una de ellas tocada por las espadas fantasmales se rompió en pedazos, y sus huesos se amontonaron desordenadamente donde antes estaba su dueño.

Por el sonido estridente y desgarrador que emitía la Keres, al principio supuse que ella también había sido herida de algún modo, aunque no estaba cerca de donde luchaba Pharos. Pero entonces vi que los tentáculos de su cabello sangraban por las puntas donde antes colgaban los cráneos. Entonces comprendí que la guadaña estaba infligiendo una muerte permanente a todo lo que tocaba. La había visto regenerar los ojos y las calaveras de su pelo después de destruir a los Skarachs y a los Demonios de Hueso que habían animado anteriormente.

Pero esto la estaba perjudicando de verdad. Excepto que, gracias a otra laguna del pacto, Pharos no estaba atacando a Grizelle, sino simplemente defendiendo a su compañera—yo—de los monstruos que me amenazaban. No era culpa suya que al hacerlo también la mutilara.

Le suplicó y le rogó que se detuviera, con su voz ahogada en la cacofonía de gritos agonizantes de sus secuaces. Para mi sorpresa, Pharos separó sus dos guadañas, tensando la cadena de hueso que las unía. Su brillo se intensificó durante medio latido antes de convertirse en un bastón con una guadaña de cuchillas en cada extremo. La lanzó como un bumerán por el espacio abierto del laberinto de escaleras exterior, y la hoja voló cortando a innumerables criaturas.

Grizelle cayó de rodillas, apareciendo heridas abiertas por todo su cuerpo marchito. Solo entonces me di cuenta de que varias criaturas del exterior se desmoronaban por sí solas. Las cabezas de los Demonios de Hueso huyeron, abandonando los cuerpos a los que estaban unidas. Un par de ellas corrieron directamente hacia su dueña para volver a adherirse a sus cabellos. Del mismo modo, los globos oculares de araña salieron corriendo de la órbita cíclope en la frente de los Skarachs. Medio tambaleándose, medio corriendo, Grizelle salió furiosa de la habitación antes de emprender la huida. Desde donde yo estaba, parecía regresar a toda prisa a su cámara de sacrificios, adonde también se dirigían los globos oculares de araña y las calaveras andantes, sin duda para refugiarse de la ira de la Parca.

Al huir su ama, la horda restante también se dispersó, y la mayoría se refugió en el interior de las numerosas alcobas que jalonaban las paredes de la vasta cámara.

Me quedé paralizada cuando Pharos se volvió hacia mí. La profunda herida que había sufrido por romper antes el pacto para protegerme había desaparecido por completo. Resplandecía con un aura casi divina y un poder insano que me producía un cosquilleo en la piel. Sonrió y extendió una mano hacia mí. Sin dudarlo, salí corriendo de la habitación y la cogí. Me atrajo contra su cuerpo. Por un breve instante, pensé que me besaría. En lugar de eso, alzó el vuelo.

Jadeé y le eché los brazos al cuello para aferrarme a él; no es que lo necesitara, dada su fenomenal fuerza. Mientras volábamos hacia la siguiente plataforma, un rugido salvaje resonó bajo nosotros acompañado del fuerte chapoteo del agua. Giré la cabeza para ver qué podía ser, pero las enormes alas negras de Pharos me impidieron ver. Un simple movimiento de muñeca bastó para arrancar un fuerte chillido de lo que fuera que pretendía meterse con nosotros. Otro gran chapoteo pareció indicar que la bestia se había dado cuenta de su error y había retrocedido.

Mientras que yo había tardado unos cuarenta minutos en llegar a la cámara de sacrificios al entrar, Pharos completó el trayecto de vuelta en menos de cinco. Ni siquiera aminoró la marcha cuando llegamos a aquel estrecho pasadizo con las repisas de hueso a cada lado. Simplemente se precipitó hacia delante y aplastó las alas contra el cuerpo en la entrada, atravesándola como una flecha, desplegando de nuevo las alas solo al otro lado.

Sin duda atraídas por el alboroto anterior, unas cuantas criaturas diabólicas asomaron la cabeza desde dondequiera que hubieran estado acechando. Pero les bastó un vistazo a la Parca para acobardarse y regresar por donde habían venido.

A pesar de la rapidez con la que Pharos nos sacó de allí, seguía siendo demasiado tiempo para mí. Aunque sus poderes de regeneración habían amortiguado inicialmente mi dolor, éste volvía con una intensidad salvaje. El estómago se me revolvía y la cabeza me daba vueltas.

Cuando salimos del mausoleo que servía de entrada a la cripta, me sorprendió el sol de media tarde. Abajo había estado tan oscuro y sombrío que perdí la noción del tiempo. En mi mente, estábamos en plena noche.

Pero la luz del día encendió un fuego bajo el veneno que se extendía por mí. La piel me ardía y parecía a punto de quemarse. El sordo latido de mi pierna se sentía ahora como mil agujas clavándose repetidamente en los músculos hasta llegar a los huesos. Ni siquiera el viento que soplaba junto a nosotros mientras volaba a gran velocidad conseguía enfriar el calor que me envolvía. Tardé un momento en darme cuenta de que los gemidos de dolor que llenaban mis oídos eran realmente míos. A través de la fiebre que me abrasaba, sentí el cosquilleo de la regeneración de Pharos, pero esta vez no sirvió de mucho. Necesitaba algo más que un antídoto. Solo la magia podía curarme a estas alturas.

—Aguanta, mi compañera. Te llevaré a casa y atenderé tus heridas. Tu hilo no termina hoy —dijo Pharos en tono tranquilizador.

Un relincho me sobresaltó. A través de mi creciente confusión, me di cuenta de que me había llevado hasta mi caballo. Quise avergonzarme por haberme olvidado por completo del pobre animal. Pharos me acomodó encima antes de sentarse detrás de mí. Eso me confundió. Volar

sería mucho más rápido. Dudaba que pudiera aguantar el largo viaje de vuelta a casa.

Con la cabeza dándome vueltas, intenté lanzarme un hechizo curativo, pero fracasé estrepitosamente.

—Descansa, mi Kali. Estaremos en casa en un segundo —dijo Pharos suavemente.

El viento soplaba a nuestro alrededor como si nos hubiera atrapado un vórtice. Sentí un hormigueo en todo el cuerpo y una sensación de mareo me recorrió antes de asentarse. Parpadeé a través de mi visión borrosa para dar sentido a lo que parecían altas columnas que enmarcaban la entrada de una imponente mansión en un entorno que nunca había visto antes.

—¿Q-qué...?

—Estamos en casa, mi Kali. Mi hogar. El tuyo no es seguro por ahora. Descansa, mi novia. Yo me ocuparé de tus heridas.

Abrí la boca para hacer otra pregunta... ni siquiera estaba segura de cuál. Pero sentía los párpados demasiado pesados y la mente demasiado nublada. Un velo de oscuridad cayó ante mis ojos, llevándose mi dolor y mi confusión.



CAPÍTULO 10

Me aferré con fuerza a la forma inconsciente de mi compañera mientras cruzaba la gran terraza de mis dominios. Aunque no me había entregado su alma, podía sentir su dolor. Odiaba que hubiera sufrido por culpa de aquel maldito pacto. Cuando me acerqué a las altas puertas de la sala de estar, mis ojos se abrieron de par en par al ver la frágil silueta de Myress.

—Bienvenido a casa, Amo —dijo con voz entrecortada—. Ha pasado mucho tiempo.

—Te he dicho que no me llames amo —la reprendí suavemente.

Como era su costumbre, se encogió de hombros, pero no hizo ningún otro comentario. Me molestaba que me percibiera así, aunque comprendía que era genéticamente imposible que lo viera de otro modo.

—Me sorprende que sigas aquí —dije, marchando con pasos decididos hacia el baño.

—¿Adónde iba a ir si no, Amo? —preguntó, pareciendo realmente desconcertada.

—Podrías haber explorado los reinos, encontrado pareja o cruzado el Velo —dije suavemente.

—Ese mundo no es para mí —respondió ella con un estremecimiento—. Aquí está mi hogar. Aquí estoy a salvo. Aquí soy feliz.

Asentí, con el pecho contraído por la Cambion. Nacida de los retozos de un macho humano y una súcubo, Myress se había llevado la peor parte en la lotería del ADN. Físicamente, había heredado suficientes rasgos demoníacos como para parecer antinatural a los humanos, pero muy pocos de los poderes ofensivos y de supervivencia de su madre como para ser bienvenida entre sus iguales.

—Qué alma tan bonita —dijo con nostalgia mientras miraba a mi compañera—. Se está muriendo. ¿Vas a capturarla?

—No. Voy a curarla. Y me vendrá bien tu ayuda. Por favor, tráeme hierbas curativas para Skarach y veneno de Demonio de Hueso.

Sus enormes ojos dorados se abrieron de par en par, sorprendidos, y la confusión se apoderó de su rostro antes de dar paso a una pizca de preocupación. Antes de que pudiera preguntarle qué había provocado aquella reacción, mi sirvienta salió a toda prisa del cuarto de baño, con su

vaporoso vestido blanco que la hacía parecer aún más delgada y frágil.

Llené la enorme bañera empotrada con agua caliente, y luego procedí a quitarle la ropa a Kali. Una oleada de ira surgió en mi interior al ver el alcance de las heridas que había sufrido. En los bordes de las heridas, donde el ácido de la flema del Skarach le había arrancado la piel de cuajo, aparecían ronchas irritadas. En el lugar donde los dardos del Demonio de Hueso le habían atravesado la parte superior del brazo, una red de zarcillos oscuros se extendía alrededor de la herida punzante, indicando por dónde se propagaban la infección y la necrosis.

Myress volvió justo cuando estaba terminando de desnudarla.

—Te ayudaré con el veneno —dijo con voz apagada mientras dejaba sobre la encimera del baño el par de frascos y el tarro con los que había vuelto.

—Gracias —dije con auténtica gratitud.

Su presencia fue una verdadera bendición. Nunca esperé que siguiera aquí después de mi inesperada ausencia durante medio milenio. Pero lo que le faltaba en habilidades ofensivas lo compensaba con creces con las defensivas. Y en este instante, su capacidad para extraer y asimilar veneno no podía ser más bienvenida.

Sostuve a Kali, parcialmente sentada en el borde del mostrador y parcialmente apoyada contra mí. Myress inclinó su rostro antinaturalmente estrecho y alargado hacia la pierna de mi compañera, que había sufrido la herida más grave al envolverla la flema del Skarach. Separó ligeramente los labios y su estrecha lengua salió disparada, clavándose en la herida. Se parecía vagamente a la lengua ganchuda de una mosca, pero con un dardo recto en la punta en vez de recurvado.

Irradiaba magia y el estrecho embudo de su apéndice se ondulaba discretamente mientras drenaba el veneno de Kali. Al cabo de unos instantes, sacó la lengua para apuñalar una parte intacta del muslo superior de mi compañera y repitió el proceso. Finalmente se dirigió a la herida de su brazo antes de enderezarse.

No podía negar que la satisfacción con la que Myress se lamió los labios—como se hace después de una comida deliciosa—me dejó atónito. Menos mal que mi novia había estado inconsciente. No me cabía duda de que se habría asustado.

Espero que se lleven bien.

—Ya está hecho. Pero, por los Dioses, había mucho —reflexionó Myress en voz alta, con cara de sorpresa—. Como humana, ya debería estar muerta. Burlaste el pacto.

—Es mi novia —dije, el orgullo se sentía audible en mi voz.

—Ya veo —contestó pensativa, y la estrecha rendija de sus pupilas verticales se ensanchó al estudiar las facciones de Kali—. Tendrás que contarme la historia de cómo ocurrió y de tu paradero durante todos esos siglos.

—En algún momento —dije sin comprometerme.

Ella asintió, satisfecha con aquella respuesta. Myress mantuvo entonces las manos a unos centímetros del cuerpo de mi mujer, moviéndolas arriba y abajo mientras susurraba unos

conjuros curativos. Cuando terminó, Kali había dejado de temblar y ya no sentía fiebre en la piel.

Myress cogió los frascos y la jarra que había traído y vertió una pequeña cantidad de cada uno en la bañera. Tras dejar los recipientes en el suelo, agitó la mano sobre el agua caliente con otro hechizo. Podría haberlo hecho yo solo, pero agradecí su ayuda.

—Iré a ventilarte la habitación —dijo la Cambion mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Gracias, Myress. Pero, por favor, prepara una habitación de invitados para Kali, así como un camisón y ropa limpia para cuando se despierte —solicité.

Retrocedió, desconcertada por el hecho de que no me llevara a Kali a mi habitación. Por la forma en que frunció sus finísimos labios, tenía ganas de interrogarme al respecto, pero afortunadamente se lo pensó mejor. Asintió con la cabeza antes de salir de la habitación.

Evidentemente, lo único que deseaba era compartir habitación con mi compañera. Pero no me atrevería a dar por sentado su consentimiento. Después de todo, la llevé a mi casa sin preguntarle primero. Sin embargo, no dudé ni un segundo de que Cornelius ya estaba rastreando dónde residía y probablemente ya lo sabía. Nunca dejaría de intentar castigarla de la forma más atroz por haberle “robado”.

Me quité la ropa, lo que resultó un poco incómodo sin dejar de sostener a mi mujer, y luego la llevé a la bañera. Me acomodé primero en su interior y la estreché contra mí. Aunque mis poderes de regeneración ya me habían restaurado por completo, la magia curativa del agua penetró profundamente en mí, relajando y calmando cada célula de mi ser. Podía sentirla fluir a través de mi compañera. A través del agua cristalina—que había adquirido un tinte ligeramente púrpura debido a las hierbas y aceites que Myress había vertido en ella—observé cómo las heridas de Kali se restablecían lentamente.

Al mismo tiempo, compartí mi aura de regeneración con ella. No podía curar a otra persona con ella como me curaba a mí mismo, pero ayudaba a acelerar el proceso, potenciando tanto las capacidades naturales de su cuerpo como la magia del agua.

Por los Dioses, ¡qué bien me sentía! Su cuerpo se alineaba perfectamente con el mío. Su alma entonaba la melodía más cautivadora, armonizando a la perfección con la mía. Podría quedarme así, abrazado a mi alma gemela durante toda la eternidad.

Y pensar que estuve a punto de perderla...

El recuerdo de aquellos funestos últimos minutos antes de que consiguiera arrastrarla a aquella habitación segura hizo que mi ira se desatara al instante. Una parte de mí quería azotar a Kali por su terquedad. Me dolía que realmente considerara la muerte antes que entregarme su alma. Debería confiar en mí. De acuerdo, solo nos habíamos conocido hacía unos días. Kali apenas me conocía y, después del lío entre su hermano Jasper y Cornelius, tenía motivos de sobra para desconfiar de lo que podría ocurrirle si permitía que otro se apoderara de lo máspreciado que alguien poseía.

Y, sin embargo, tenía que reconocer que después de haber pasado siglos esclavizada, compartiendo la mente y el recipiente de un psicópata narcisista, mi compañera no podía estar

segura de que no me hubiera corrompido de algún modo. Francamente, yo tampoco podía jurarlo.

Sin embargo, Kali ya era casi totalmente mía. Aún no podía creer que sintiera por mí un afecto lo bastante fuerte y genuino como para permitir el vínculo de pareja. Si hubiera sospechado remotamente esa posibilidad, se lo habría planteado.

Pero le gusto. Le gusto de verdad.

La alegría que se apoderó de mi corazón se vino abajo instantes después, cuando me vino a la cabeza un pensamiento espantoso. Sí, Kali era casi totalmente mía, pero yo no era totalmente libre. Hasta que no volviera a estar completo, no podría planear un futuro con ella.

El tiempo corría y necesitaba respuestas.

Permanecí un rato más en el agua con mi mujer hasta que la magia concluyó su trabajo. Salí de la bañera, sequé a mi compañera y la llevé a la habitación de invitados. En la chimenea ardía un bonito fuego, y encima de las mantas frescas había un elegante camisón vaporoso perfectamente doblado. Vestí rápidamente a Kali antes de meterla en la cama. Permanecería inconsciente durante unas horas, lo que me daría el tiempo necesario para ocuparme de mis asuntos.

Roce mis labios con los suyos y me dirigí de nuevo a la terraza. Levanté el vuelo incluso cuando abrí una grieta a través del Velo y me teletransporté cien metros fuera del dominio de la Tejedora. Contrariamente a la creencia generalizada, las Parcas no podíamos teletransportarnos a voluntad adonde quisiéramos. Podíamos hacerlo cerca de un moribundo que se nos hubiera asignado para capturarlo, o cerca de personas o lugares con los que compartiéramos un vínculo poderoso...

Como fue mi caso con la Tejedora...

Agitando mis alas—que aún estaban un poco húmedas por el baño—me acerqué con cuidado a las imponentes puertas de sus dominios. Los duendes guardianes no se agitaron y las puertas no se abrieron para mí. Aunque habría agradecido una bienvenida más oficial, me limité a sobrevolar la entrada cerrada, sin impedimentos. Si hubiera entrado sin autorización, la poderosa magia de la Tejedora me habría enseñado el error de mis actos.

La puerta de la pequeña y ridícula ilusión de cabaña de bruja con tejado de paja se abrió en cuanto aterricé frente a la casa. Entré y encontré a la Tejedora sentada junto a su rueca, como siempre.

—Mi hijo —dijo ella, con los ojos aún clavados en el hilo brillante que tenía entre los dedos.

—Madre —respondí a modo de saludo, con el pecho henchido de calor al admirar su belleza intemporal—. Ha pasado demasiado tiempo.

Ella asintió y detuvo la rueca.

—Demasiado tiempo, en efecto.

Se puso en pie y rodeó la gran mesa situada a poca distancia de donde estaba sentada en la rueca, y que daba a la puerta como un mostrador de recepción. Permanecí inmóvil mientras ella

me examinaba lentamente de pies a cabeza. Me acarició la mejilla derecha, su suave mano se deslizó hasta mi pecho antes de que su dedo índice trazara uno de los huesos expuestos de mi caja torácica.

—Por los Dioses, sí que hago hermosas crías —dijo con nostalgia antes de acariciarme el ala. Resoplé y negué con la cabeza, sin tener palabras para responder.

—Te has regenerado bien —añadió con aprobación.

—Ya lo he hecho. La Keres de la cripta me proporcionó bastantes de sus esbirros para alimentarme —dije burlonamente.

Mi madre resopló.

—Grizelle está muy disgustada. Está recorriendo todos los campos de batalla para intentar compensar tu pérdida.

—Nunca debí ser su comida —rechiné entre dientes.

Me miró con una expresión ilegible antes de asentir lentamente.

—Tienes razón. Pero mantuviste a raya su hambre eterna durante siglos. A la gente nunca le gusta perder un privilegio que considera suyo.

—Como Cornelius —respondí sombríamente, comprendiendo su significado subyacente.

Soltó la mano de mi ala y asintió con expresión seria.

—Eso aún no ha terminado, hijo mío.

—Lo sé —dije con un suspiro—. Pero por fin se ha dado el primer paso, el más crucial. Gracias.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Sabías que acabaría sacándote.

Incliné la cabeza hacia un lado mientras le dirigía una mirada evaluadora.

—Sí, me lo imaginaba. Pero, ¿por qué ahora?

—Necesitaba encontrar a la persona capaz de ayudarte —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Has tardado quinientos años? —pregunté con incredulidad desprovista de toda ira.

—Las posibles candidatas eran demasiado propensas a quedarse contigo. Y ninguna de ellas era tu alma gemela —dijo Madre con naturalidad.

—¡Así que ella es mi alma gemela! —exclamé, con el corazón desbocado.

—Claro que sí. Ya lo sabes —respondió como si yo hubiera dicho algo tonto y obvio.

—Lo sospechaba —respondí en un tono ligeramente defensivo—. Lo sentí la primera vez que la conocí. Kali tiene un alma tan hermosa. Es hipnotizante.

—Un alma que no te pertenece —replicó ella en tono desaprobador mientras se pasaba una mano por su interminable trenza blanca como la plata.

Me puse rígido y la preocupación se apoderó de mí. Mi madre nunca decía nada solo para entablar una conversación trivial. Si eras prudente, tomabas nota de cada cosa a la que aludía. Normalmente era la diferencia entre la vida y la muerte.

Pero, ¿qué más quiere con mi compañera?

—Al final lo haré —repliqué con severidad—. Kali necesita más tiempo.

—Tú no lo tienes —espetó, y su repentino cambio de humor me sorprendió.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. La he llevado a los Reinos de las Sombras. Está a salvo de Cornelius.

—Puede que *ella* lo esté, por ahora. Pero tú no.

Volví a lanzar un suspiro, frustrado porque incluso ahora el nigromante seguía envenenando mi vida.

—Sí, ya lo sé. Necesito recuperar mi guadaña. Tengo unos días para planear...

—Dos días, Pharos —dijo mi madre en un tono que no admitía discusión, interrumpiéndome—. Solo tienes dos días.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamé—. Le llevará más tiempo reunir todos los reactivos para compensar mi magia y preparar las cosas para la inevitable batalla que sabe que le traeré.

—No, hijo mío —dijo con una convicción que me retorció las entrañas—. Solo tienes dos días debido al corazón de mantícora que le ayudaste a adquirir. Hay una razón por la que Cornelius te ha estado ocultando cosas. La mantícora era el ingrediente final que necesitaba para atarte permanentemente a él. Si lo consigue, no solo no volverás a ser libre, sino que dejarás de existir, mientras que él conservará todos tus poderes.

Retrocedí un paso involuntariamente, sintiendo que la conmoción y el horror se apoderaban de mí.

—Esto no puede permitirse, Pharos —dijo, y su rostro expresó lo más parecido a la angustia que jamás había visto en ella.

Mi madre nunca mostraba sus emociones más suaves. Te colmaba de sarcasmo, desdén e ira, pero expresaba su afecto y ternura de formas muy sutiles. El hecho de que se permitiera mostrar cualquier tipo de vulnerabilidad puso en alerta todos mis sentidos.

—El hecho de que haya podido utilizar tus poderes durante tanto tiempo ya ha alterado significativamente el equilibrio —explicó mi madre—. La mantícora debería haber vivido. Su hilo no debió de cortarse así. Eso, a su vez, ha tenido un efecto dominó en muchos otros hilos que ahora ya no se tejerán, que se acortaron o descarrilaron por completo. Para empeorar las cosas, Cornelius pretende intentar aprovecharse de Caronte, del mismo modo que se aprovechó de ti.

—¿Caronte?! ¿El barquero de los muertos? —grité.

Asintió con expresión sombría.

—Cornelius necesitaba como mínimo huesos de mantícora para realizar el ritual de vinculación. Pero el corazón es aún más potente. Con él, podrá aprovecharse de ti y de Caronte. Una vez completado el ritual, le harás casi inmortal. Y esta vez, disfrutará de todo el espectro de tu Magia de Muerte y Regeneración, sin estar atado por el pacto contra el asesinato.

—Aprovecharse de mí, lo entiendo. Pero, ¿por qué Caronte? —pregunté, confuso.

—Porque el Barquero le proporcionará un suministro inagotable de almas —explicó mi

madre sombríamente—. En lugar de transportar a los difuntos a su reino apropiado de la otra vida, Cornelius los canalizará hacia sus constructos. Acumulará un inmenso ejército de almas esclavizadas, atrapadas en las poderosas creaciones que construirá.

—¡Por los Dioses...! —susurré, horrorizado.

—Por los Dioses, en efecto. Los Dioses, los Antiguos y el mundo subterráneo en su conjunto están alborotados. Hijo, el destino de Cornelius está sellado. Dentro de dos días, el Día de Todos los Santos, pretende llevar a cabo el ritual mientras el Velo es más delgado. Hay que detenerle antes de que se complete. Debes derrotarle. Si fracasas, si te atrapa, todo estará perdido. Por tanto, no tendremos más remedio que terminar la tarea.

La intensidad de sus ojos dejaba claro su significado subyacente. Si Cornelius ganaba y conseguía atarme de nuevo, no tendrían más remedio que matarlo, lo que también significaba matarme a mí en el proceso.

Asentí con la cabeza.

—Lo comprendo. Esto me da menos tiempo del que pensaba, pero muy bien. Estaré listo.

—No puedes hacerlo solo, Pharos —advirtió con voz suave.

Inmediatamente me puse rígido.

—Kali no. No sobreviviría.

—Lo hará si la reclamas —respondió ella con desdén.

—Debe de ser su elección —dije en tono obvio.

—Entonces haz que elija esa opción —replicó con un deje de irritación—. ¿De verdad crees que tu hembra se quedará al margen mientras te enfrentas a Cornelius después de lo que le ha hecho a su hermano? Si no está atada a ti, morirá.

—No dejaré que venga a menos que esté atada a mí —dije con firmeza.

—No puedes encadenarla, tonto. Ya deberías saber que tiene mente propia —dijo Madre, poniendo los ojos en blanco.

Luego hizo un gesto hacia la gran pared de la parte izquierda de la habitación, junto a su rueca. Apareció una intrincada red de hilos. La mayoría de la gente no podría verlo, aunque lo intentara, a menos que ella lo mostrara deliberadamente como lo estaba haciendo ahora. Como Parca, siempre podía ver los hilos vitales de la gente. Por respeto, nunca me asomé al muro de mi madre alterando mi visión cuando solía visitarla antes. Pero esta vez, lo estudié con avidez solo para sentir cómo se me escurría la sangre de la cara.

Dos hilos brillaban más entre la compleja red que muy pocos seres sensibles podían siquiera empezar a adivinar cómo interpretar. Nos pertenecían a Kali y a mí. Se ramificaban, mostrando los posibles resultados de nuestro futuro. Normalmente, el hilo de la vida de una persona era como un árbol, cuyas ramas se extendían en varias direcciones, algunas se ramificaban más y otras se cortaban rápidamente.

Aunque mi propio hilo era motivo de preocupación, era el de Kali el que retenía mi atención. Solo había seis ramas, cuatro de las cuales indicaban su muerte en los próximos días o en el

transcurso del año. De las dos restantes en las que vivía, solo una coincidía con mi propio hilo excepcionalmente largo de casi inmortalidad.

—¿Solo vive en dos escenarios?! —exclamé con incredulidad—. ¿Y ambas son las opciones más blanquecinas?! ¿Por qué solo estas dos?

El grosor y la intensidad del brillo de un hilo indicaban la probabilidad de que se cumpliera. Cuanto más pálido fuera, menos probable sería el camino tomado por la persona en cuestión. Las distintas elecciones que hicieran a lo largo del camino podían desviar el foco de un camino distinto, haciendo que el deseable se volviera más fuerte. Necesitaba que esto ocurriera para mi compañera.

—Porque es tu alma gemela. Si no muere a tu lado dentro de dos días, se marchitará sin ti si caes junto a Cornelius. La culpa y la pena la corroerán. Kali solo vivirá y prosperará si tú lo haces. Así que debes convencerla.

—¿Crees que no quiero? —pregunté, sin dirigir mi ira contra ella, sino contra la situación—. Al fin y al cabo, ella no me debe su alma ni sacrificarse por mí. ¿Seguro que hay otro camino en el que la mantengo a salvo aunque ocurra lo peor y yo caiga?

Resopló y sacudió la cabeza con una mezcla de afecto, diversión y desánimo.

—Oh, Pharos, siempre tan angelical. Te llevarías bien con Asheron. Los dos son demasiado dulces para su propio bien. ¿No has captado nada de mi crueldad?

—No puedes culparnos por ello —bromeé cariñosamente—. Elegiste tenernos con los ángeles.

Puso cara de pocos amigos y agitó una mano desdeñosa.

—Por tu padre, te lo concedo. Pero el sire de Asheron es un verdadero caído. Y uno detestable.

Murmuró la última frase en voz baja, haciéndome reír.

—Alderan es de lo divino, no obstante, aunque sea más caótico —dije con suavidad—. Supongo que fue tu mano la que ayudó a liberar a mi hermano.

Levantó la barbilla desafiante.

—Nadie se mete con mis hijos y se sale con la suya. No importa el tiempo que tarde. Átala, Pharos. No pienso perderte ahora. No comprendes cuántas lagunas he tenido que aprovechar para que tu compañera actuara ahora, antes de que fuera demasiado tarde. Éste es el mejor resultado para los dos. Pero solo tienes dos días.

—No se la puede obligar a esto, Madre —dije con frustración mientras empezaba a pasearme por la habitación—. Y contarle algo de esto me parece chantaje y manipulación.

Mi madre resopló y puso los ojos en blanco.

—La verdad supera al engaño cualquier día. Kali te quiere. Quiere un futuro contigo. De lo contrario, el vínculo de pareja nunca habría funcionado, y ella habría muerto en la cripta. Deja de darle vueltas a todo. Callándote, no la estás protegiendo. Lo único que haces es quitarle su libre elección.

Eso me hizo reflexionar.

Me volví hacia ella y moví las alas para aflojar parte de la tensión que me anudaba la espalda. Tenía razón. Si nuestros papeles se invirtieran, querría que Kali fuera sincera conmigo y me permitiera tomar una decisión iluminada.

—Entendido. Hablaré con ella —dije con un suspiro, sorprendido al sentir que me había quitado un peso de encima—. Ahora debo volver con ella. Pronto despertará.

Sonreí y me volví para marcharme.

—¡Pharos! —gritó mi madre.

Acortó la distancia que nos separaba y se arrancó de la cabeza dos mechones de su larguísimo pelo blanco plateado. A pesar de que estaba trenzado en una sola trenza larga, los mechones salieron sin esfuerzo y sin romperse. Observé fascinado cómo anudaba cada uno de ellos alrededor de mis brazos. Se fundieron con el metal, dándole un brillo plateado.

—Creía que no podías intervenir —desafié al sentir la potente magia que irradiaba de ella.

Se encogió de hombros.

—A una madre se le permite ofrecer a su hijo un regalo de vez en cuando.

Resoplé.

—Conoces todas las soluciones, ¿verdad?

—He vivido desde el amanecer de los tiempos, Pharos. Lo he visto todo —dijo, y su rostro adoptó una expresión seria—. La Magia de Muerte ejercida por un Mago de Sangre es algo poderoso. La gente supone erróneamente que la Magia de Carne es mejor para controlar los constructos. Pero lo que une las distintas partes que les dan forma es la sangre y los fluidos de sus tejidos.

Con estas crípticas palabras, mi madre me atrajo hacia sí y me abrazó. Demasiado aturdido por esta muestra de afecto tan inusual, me quedé paralizado. Antes de que pudiera recuperarme y devolverle el abrazo, mi madre me besó la mejilla y se separó de mí. Sin decir nada más, volvió a su rueca, indicando que la reunión había terminado.

Me dolió el corazón al darme cuenta de repente de que este abrazo maternal era en caso de que no volviéramos a vernos. Por mucho que me entristeciera, también me impulsó a estar aún más decidido a que no fuera así. No había sido prisionero todo este tiempo para disfrutar de la libertad solo un par de días antes de mi muerte definitiva. Vencería y viviría feliz para siempre con mi alma gemela.

—Gracias, Madre —dije.

Aunque no me devolvió la mirada, la sonrisa de satisfacción que se dibujó en sus labios confirmó que había percibido mi reacción. Le devolví la sonrisa, comprendiendo que ésa había sido su intención desde el principio. Jugaba constantemente a la partida de ajedrez más avanzada, siempre cinco movimientos por delante de todos.

Salí de su casa y levanté el vuelo antes de abrir una grieta en el Velo para teletransportarme de vuelta a casa. En cuanto aparecí sobre mi terraza, mi sangre se convirtió en hielo.

Un Grim estaba en mi casa.



CAPÍTULO II

Me removí, saliendo poco a poco del descanso más asombroso. Sentía todo el cuerpo lánguido, con un delicioso cosquilleo en la piel. A pesar de que los recuerdos de la terrible experiencia que acabábamos de pasar volvían a la superficie, no sentía el menor dolor ni molestia.

Pero podía sentir una presencia cercana que me observaba.

Abrí los ojos de golpe. Estaba tumbada en una cama increíblemente cómoda, con un grueso edredón que me envolvía agradablemente. Lo primero que vi fueron los techos increíblemente altos con intrincadas molduras de corona. Las pálidas piedras de las paredes me dieron la impresión de una antigua arquitectura romana.

Sacudí la cabeza hacia la izquierda, de donde emanaba aquella impresión de ser observado, esperando ver a Pharos. En su lugar, una figura oscura estaba sentada en el alféizar de una de las enormes ventanas que adornaban las paredes del inmenso dormitorio.

Se me escapó un grito ahogado y me senté de golpe, retrocediendo instintivamente, preparada para lanzar un hechizo defensivo u ofensivo. A juzgar por la anchura de hombros, supuse que el intruso era un varón. Pero era exactamente como había supuesto inicialmente que era Pharos en persona: un caballero esquelético cubierto con una oscura túnica con capucha. Hacía girar perezosamente el largo bastón de su guadaña de una sola hoja.

Durante medio instante, me pregunté si se trataría de una de las apariciones alternativas de Pharos. Pero un rápido giro de mi visión confirmó que la Parca no poseía la misma aura hipnotizadora que me había cautivado. En un destello de lucidez, también recordé que Pharos blandía un par de guadañas más cortas, una en cada mano, unidas por una cadena de hueso. Habían sido fantasmales, no de material físico como las suyas. Y cuando las unía en un solo bastón, éste había sido de doble hoja.

El desconocido ladeó la cabeza antes de ponerse en pie. A pesar de sus movimientos lentos y no amenazadores, volví a retroceder, presa del pánico.

—¡No podéis capturarme! ¡Yo no he muerto! —solté .

A pesar de la ausencia de piel sobre su rostro esquelético, sus rasgos seguían moviéndose de

forma extraña mientras su boca se estiraba en una sonrisa.

—No has muerto... *todavía* —concedió .

—¡No es mi hora! —dije enérgicamente mientras saltaba de la cama por el lado opuesto al suyo—. Pharos me curó. Me marcó para que nadie más pudiera capturarme.

Se le escapó una risita retumbante. Apoyó la base de su guadaña en el suelo de piedra oscura y me miró con expresión divertida. El brillo rojo de sus ojos me pareció ominoso.

—No estoy aquí para capturarte, pequeña humana —dijo burlonamente.

Solté un estremecedor suspiro de alivio. Pero eso no alivió ninguna de mis preocupaciones.

—Entonces, ¿por qué estás aquí observándome? —pregunté, tuteándolo ahora como él había hecho conmigo—. ¿Dónde está Pharos? ¿Quién eres tú?

Volvió a emitir aquella risita insufrible antes de agarrar su bastón con la otra mano, apoyándolo ligeramente contra su pecho mientras me echaba un vistazo evaluador.

—Tantas preguntas... Me llamo Haroth y he venido a verlos a los dos.

—¿A los dos? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

No respondió de inmediato, sus ojos brillaban mientras me estudiaba. Eso solo consiguió asustarme aún más.

—Tienes un alma preciosa, Kali Jenkins. Ya veo por qué mi hermano está tan prendado de ti —dijo al fin pensativo.

—¿Tu hermano? —resoné, atónita.

Mis mejillas ardieron de vergüenza cuando me sorprendí mirándole de pies a cabeza. De acuerdo, ambos eran Parcas y compartían algunos rasgos esqueléticos. Él no parecía tener mucha piel. O más bien parecía una capa muy fina sobre una cantidad aún más fina de músculo. No estaba arrugado ni hundido como una momia, pero tampoco tenía la proporción normal de un humano, a diferencia de Pharos.

Su boca se estiró de nuevo en aquella extraña sonrisa, habiendo adivinado los pensamientos que corrían por mi mente.

—¿Dónde está Pharos? —pregunté, echando un vistazo a la inmensa y elegante habitación en la que me había despertado.

—Ha ido a ver a su madre. Volverá pronto.

—¿Su madre? ¿No *la tuya* también?

Sacudió la cabeza y empezó a caminar despreocupadamente por la habitación. Le miré con recelo, aunque me sentí aliviada de que no intentara acercarse a mí.

—Solo compartimos un padre, de ahí que nuestras apariencias difieran tanto —añadió burlonamente, mientras admiraba un jarrón adornado sobre la gran cómoda que había entre dos de las altas ventanas.

—Me lo estaba preguntando —admití tímidamente.

Me miró por encima del hombro y volvió a dedicarme aquella sonrisa divertida.

—Ya me he dado cuenta. Porque la diferencia no es tanto que tengamos madres distintas,

sino el hecho de que yo soy un Grim mientras que él es un Ángel de la Muerte.

—Lo sospechaba —dije pensativa—. Pero no estoy muy segura de cuál es la diferencia entre ambas.

Se volvió hacia mí y se apoyó despreocupadamente en la cómoda.

—Yo puedo matar a voluntad, aunque el hilo de mi objetivo no haya llegado técnicamente a su fin, como pueden hacer los humanos. Evidentemente, tales acciones podrían tener repercusiones desagradables para mí si se hicieran de forma imprudente y gratuita, igual que se castiga el asesinato entre tu gente. Pero los ángeles como él están sujetos a un pacto diferente. Solo pueden matar a alguien ya condenado por piedad, cerca del final de su vida, o para defenderse a sí mismos o al restringido número de personas que pueden caer bajo su protección.

—Como su pareja y su descendencia —respondí.

Asintió con la cabeza.

—Fue un acierto por tu parte convertirte en su pareja. Pero, ¿por qué no le has dado tu alma? Eso me erizó al instante. Cruzando los brazos sobre el pecho, entrecerré los ojos hacia él.

—¿Te ha enviado Pharos para convencerme?

Resopló y sacudió la cabeza.

—Desde luego que no. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Porque eso no es asunto tuyo —repliqué en tono cortante—. ¿Y qué les pasa a ustedes con su obsesión por apropiarse del alma de los demás? Nadie entrega así como así la esencia misma de lo que es a un desconocido.

—Pharos no es un desconocido —replicó Haroth con voz mucho más fría—. Entregarle tu alma solo crea un vínculo único e inquebrantable entre ustedes dos. Permanecerás en tu cuerpo, seguirás haciendo tu vida como siempre, con tu propia voluntad. Y además, serás casi inmortal.

—Pero aún podría elegir abusar de ese poder. Apenas le conozco. ¡Acabamos de conocernos hace unos días! —exclamé.

—Y, sin embargo, te dio la suya, ¿no? —contraatacó—. Pharos tenía mucho más que perder que tú. Sentiste su poder durante el breve tiempo que le hospedaste. Si lo hubieras deseado, podrías haberte marchado sin transferirlo a su propio recipiente. No habría podido hacer nada para detenerte.

—¡Yo nunca habría hecho eso! —exclamé, sintiéndome ofendida—. De todos modos, estoy segura de que se habría defendido.

—No habría podido hacer mucho al respecto, si hubieras seguido ese camino. A diferencia de Cornelius, Pharos se entregó a ti voluntariamente. Ese vínculo era incluso mayor que el que le impuso el nigromante. Habrías sido más poderosa de lo que nunca fue Cornelius. Y estoy seguro de que ese pensamiento se te pasó por la cabeza, ¿no es cierto? —desafió.

Mis mejillas se encendieron al recordar la cólera celosa que me había invadido durante un breve instante ante la idea de dejarle marchar. Claro que el inmenso poder había sido seductor.

Pero lo embriagador había sido la maravillosa sensación de su alma dentro de mí, de estar en perfecta armonía. *Ésa*, y no su poder, había sido la verdadera fuente de tentación.

—¿Qué persona no se sentiría tentada por un regalo así? —repliqué a la defensiva—. Pero no porque me viniera un pensamiento a la cabeza me parecería bien actuar en consecuencia. Y está claro que no lo estaba.

—No lo hiciste. Sin embargo, la mayoría de la gente no solo lo habría considerado, sino que habría actuado en consecuencia. ¿Por qué crees que su madre le dejó atrapado tanto tiempo? Todas las personas que habrían querido ir tras Cornelius no tenían la habilidad adecuada para llevar a cabo la misión o la fortaleza moral para no convertirse en la nueva prisión de mi hermano y así poder apropiarse de sus poderes. Te buscó durante mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Su madre buscó...? Por los Dioses, ¿quién es su madre? —susurré, sorprendida por lo que supuse que sería su respuesta.

—La Tejedora, por supuesto —respondió, divertido.

Atónita, me dejé caer en el borde de la cama, con la mente acelerada mientras repetía en mi cabeza mi encuentro con ella.

—Ella no me buscó —argumenté débilmente—. Acudí a ella en busca de ayuda.

Haroht resopló.

—Acudiste a ella porque se aseguró de que lo harías. En todos estos años, ni una sola vez pensaste en acercarte a la Tejedora, hasta hace poco, ¿estoy en lo cierto? ¿No te pareció extraño que, dondequiera que fueras, gente al azar mencionara de repente el tema de la Tejedora al alcance de tu oído? ¿No plantó eso la semilla que te puso en el camino para buscarla?

Me quedé boquiabierta. Tenía razón. En los últimos tres meses, había empezado a oír hablar mucho de la Tejedora y de cómo podía ayudar a resolver los retos más improbables. Incluso rondó mis sueños con creciente urgencia durante las últimas semanas, solo cediendo una vez que puse en marcha mi viaje hasta aquí.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Seguro que no puedo ser la única persona con la capacidad y la moral necesarias para llevar esto a cabo? —pregunté, estupefacta.

—Porque te reconoció como su alma gemela. Sabía que podía confiarte su alma y que, a su vez, tú serías capaz de confiarle la tuya, incluso en tan poco tiempo.

Al instante sentí que volvía a cerrarme, lo que le irritó.

—Mira, creo que tienes las mejores intenciones, pero no tengo ningún deseo de entregar mi alma a nadie, sobre todo después de lo que le pasó a Jasper. Para empezar, *ésa* es la única razón por la que me he metido en todo este lío. No quiero ponerme nunca en una situación en la que pueda estar tan indefensa. Pharos me importa de verdad. Por lo poco que he aprendido de él, podría ver un futuro a largo plazo con él, si desea uno conmigo. Pero necesito tiempo para conocerle.

—Mi querida Kali, ya conoces a mi hermano mejor que nadie en ningún plano de la existencia, incluso más que Cornelius, que lo acogió durante los últimos quinientos años.

Parpadeé, completamente sorprendida por aquel comentario.

Haroath me dedicó una sonrisa indulgente.

—Compartiste con él un vínculo más íntimo de lo que la mayoría de los seres jamás podrán. Durante todo el tiempo que fue prisionero de Cornelius, mi hermano se protegió todo lo posible de su corrupción. Pero hoy, llevabas su alma dentro de ti. Cuando se entregó libremente a ti, sentiste y compartiste todo lo que él es. ¿Algo de él te hizo estremecer? ¿Alguna parte de él puso tus sentidos en alerta máxima y te gritó peligro o engaño?

Me quedé helada. No, sostener a Pharos dentro de mí había sido como ser colmada por las luces divinas de los propios Dioses. Había sido dichoso, glorioso, lo más parecido a sentirme completa que había sentido en mi vida. No hablé, pero la expresión de su rostro me dijo que la mía revelaba los pensamientos que cruzaban mi mente.

—Eres una Maga de Almas en ciernes. Es cierto que tus poderes son más débiles, pero son lo bastante fuertes para que puedas ver cuándo un alma es viscosa o turbia. ¿Alguna vez un alma te ha hecho sentir más feliz o realizada que la suya?

Negué con la cabeza y me abracé la cintura, más turbada por sus palabras de lo que jamás admitiría.

—Exacto, y eso es porque son almas gemelas. Pharos sentía lo mismo cuando estaba contigo. Por eso te ama, y por eso rompió deliberadamente el pacto para intentar protegerte.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunté de repente, desconcertada por todo aquello—. Sí, admito que me encantó sentir su alma durante el breve instante en que lo abracé. Me conmueve profundamente que confiara en mí lo suficiente como para hacer esto. No estoy segura de querer separarme nunca de la mía. Pero tenemos el resto de nuestras vidas para decidirlo. Pharos es libre. Cuando nos hayamos ocupado de Cornelius....

—Pharos aún no es libre —replicó Haroath enérgicamente.

—¿Qué?! —exclamé, con un nudo automático en el estómago.

Para mi sorpresa, Haroath empujó su guadaña hacia mí, no de forma amenazadora, sino inclinada de forma que me mostrara la base de la hoja, justo debajo de donde se unía al bastón.

—¿Notas algo diferente a la guadaña de mi hermano? —preguntó.

Fruncí el ceño y me lamí los labios nerviosamente antes de contestar mientras buscaba en mi memoria.

—La tuya es sólida, mientras que la suya era etérea. También tenía dos espadas unidas por una cadena de hueso. Pero supongo que es la diferencia entre un Grim y un Ángel de la Muerte.

Sacudió la cabeza.

—Una guadaña fantasma es la versión temporal y más débil. Si ves a una Parca usando una, es porque ya no tiene su arma real. La guadaña de mi hermano está actualmente en posesión del nigromante.

—¡No! —exhalé, horrorizada.

—Sí. Y sin ella, Pharos está incompleto —dijo Haroath en tono sombrío antes de señalar lo

que al principio supuse que eran adornos en forma de hueso en la base de la espada—. Son las vértebras de mi columna vertebral. Para ser más concretos, a todas las Parcas nos crecen un par de vértebras cervicales adicionales que se desprenden de forma natural cuando alcanzamos la madurez. Las utilizamos para forjar nuestra guadaña. Así es como Cornelius pudo atrapar a Pharos.

—¿Robándole la guadaña?! —exclamé.

Asintió con la cabeza.

—Como parte del ritual de unión, sí.

Me puse en pie de un salto, con la conmoción y la negación hinchándose en mí.

—¿Significa eso que puede volver a atarlo, puesto que aún tiene su guadaña?

—Eso es exactamente lo que digo, y lo que Cornelius pretende hacer.

—¿Y una mierda que lo hará! —siseé, con las manos crispadas por la ira—. Vamos a matarle de todos modos para que pague y para liberar a mi hermano.

—No puedes ayudarlo como mortal —dijo Haroth con una finalidad que me dejó sin aliento.

—Como su compañera, su novia, como él me llama.

—Morirás —interrumpió bruscamente el Grim—. Tienes dos opciones: quedarte atrás o unirte a él. Puedo ver los hilos de la vida. No hay duda de que morirás si le ayudas a enfrentarse a Cornelius sin haberle entregado tu alma.

Me estremecí y me abracé la cintura, con los ojos revoloteando de un lado a otro mientras evaluaba sus palabras.

—¿Y qué hay de Pharos? ¿Cómo es su hilo? ¿Las Parcas tienen uno? —pregunté, aun tratando de asimilar sus palabras.

—Es probable que muera —dijo Haroth de forma objetiva.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Si Cornelius no tuviera su guadaña, Pharos lo aplastaría fácilmente. Pero sin ella, y sin los demás rituales que trama el nigromante, le resultará extremadamente difícil, y casi imposible por sí solo.

—Tienes tu guadaña. ¿No puedes ayudarlo? —pregunté con voz suplicante.

—Por desgracia, no puedo —dijo en tono de disculpa.

Retrocedí, la ira surgió instantáneamente en mi interior.

—¿Por qué demonios no? Y no me vengas con tonterías del pacto. Por lo que tú mismo has admitido, eres un Grim, no un Ángel de la Muerte, lo que significa que puedes matar a voluntad. Además, Pharos es tu hermano de sangre. ¿Qué mayor vínculo para justificar que le ayudes?

—Tus afirmaciones son correctas, pero tu interpretación no lo es. Recordarás que dije que los Grims pueden matar a voluntad, pero hay un coste, como cuando un humano comete un asesinato. Los Dioses, los Antiguos y la mayoría de los semidioses como yo no podemos interferir en los asuntos de los mortales. Solo podemos intervenir si el resultado de una acción realizada por un mortal amenaza el equilibrio.

—¿Pero hay una amenaza directa contra tu hermano! ¿Cómo pueden ser esos los asuntos de los mortales? —argumenté, desconcertada.

—Porque toda la situación fue creada por un humano que buscaba elevarse. A lo largo de su historia, los practicantes de las artes oscuras han ideado formas ingeniosas de aprovechar los poderes del mundo subterráneo o esclavizar a seres de más allá del Velo para su propio beneficio. Por mucho que esto nos disguste, nunca interferimos, pues forma parte del camino que los mortales han elegido para sí mismos. Es lamentable para los que quedaron atrapados, como mi hermano, pero forma parte de su propio viaje luchar para volver a salir de él.

—¿Los humanos joden a semidioses, ángeles y demonios, y muchos de ustedes se quedan sentados golpeándose el pecho y enviando pensamientos y oraciones! —espeté con rabia.

—Aunque yo no lo habría dicho así, esa descripción es bastante exacta, menos la parte de golpearnos el pecho —respondió de forma ligeramente burlona, antes de recuperar la sobriedad—. Podemos ayudar a inclinar la balanza, como estoy haciendo ahora mismo al intentar darte un codazo para que le ayudes. Pero no puedo interferir directamente.

—Si eso es cierto, ¿por qué Pharos no me habló de nada de esto? —desafié.

—Primero, probablemente porque no tuvo ocasión de hacerlo, gracias al viaje improvisado al que les llevó Cornelius. En segundo lugar, porque probablemente quería ver si ambos saldrían de esta primera misión de una pieza. Y por último, pero no por ello menos importante, porque acaba de enterarse por su madre del diabólico plan que le tiene preparado el nigromante.

Abrí la boca para hacer una pregunta, pero una ondulación en el Velo me detuvo. Moví la cabeza hacia la derecha, hacia las grandes puertas que daban a una terraza privada.

—Hablando del Angelito... —dijo Haroth burlonamente.

Se dirigió hacia las puertas del patio. Se abrieron ante él con un movimiento de la mano. Solo entonces oí el batir de unas alas. Instintivamente, me apresuré a seguirle. Apenas salí al impresionante balcón, Pharos entró en mi campo de visión, volando desde otro balcón situado cerca de la entrada principal.

La expresión de pánico de su apuesto rostro al ver a su hermano me anudó las entrañas. ¿Me había mentido Haroth? ¿Era en realidad un enemigo? No percibí ningún engaño por su parte, y todas sus palabras habían ido dirigidas a beneficiar a Pharos.

Pero mi hombre, lanzándose en picado y aterrizando delante de mí en posición protectora, puso fin a mis cavilaciones.

—¿Qué coño haces aquí? —exigió Pharos con rabia a su hermano, con las alas desplegadas como un muro protector para protegerme de él.

—Paz, hermano —dijo Haroth en aquel mismo insufrible tono burlón.

—¿No ha llegado su hora! —prosiguió Pharos, con la misma dureza de voz, que parecía ignorar el comentario del Grim—. He visto su hilo. Y la he marcado.

Levantándome de puntillas, estiré el cuello para mirar a su hermano por encima de la amplia envergadura de las alas negras de mi hombre. Tenía esa mirada engreída y divertida a la que ya

empezaba a acostumbrarme.

—He dicho paz, Pharos. No he venido a capturar a tu compañera, sino a advertirlos a los dos. Salvo que Myress me informó de que hablaste con la Tejedora.

—Lo he hecho —respondió Pharos con rigidez, destilando ira y tensión.

—¿Así que entiendes lo que se avecina? —insistió Haroth, desapareciendo toda diversión de su voz.

—Sí, así es. Dentro de dos días, Cornelius morirá, ya sea por mi mano o por la de otro —respondió.

Una vez disipadas todas las señales de peligro potencial, toqué suavemente el ala izquierda de Pharos mientras empezaba a dar vueltas a su alrededor. Me miró por encima del hombro antes de plegar las alas y atraerme contra él. Me acerqué de buena gana y me incliné hacia él.

La mirada de Haroth se desvió hacia mí. Permaneció un instante, con una expresión ilegible, antes de volver a mirar a su hermano.

—Así es. Cornelius morirá, aunque eso signifique que tú también debes morir.

—¡¿Qué?! —exclamé.

Pharos se estremeció, pero no discutió. Verle responder con una rígida inclinación de cabeza me asustó.

—¿Por qué tendrías que morir tú también? —pregunté, con la preocupación subiendo el tono de mi voz.

—Cornelius amenaza el equilibrio —respondió Pharos con voz cansada—. Sus descabellados planes ponen en peligro el orden mundial, lo que no puede permitirse. Dentro de dos días, realizará un ritual para atarme permanentemente a mí y a otro semidiós. Si lo consigue, se convertirá en una amenaza imparable.

—Una amenaza que solo mis hermanos y yo, nuestro padre, los Dioses y los Antiguos seríamos capaces de detener —dijo Haroth—. La única forma de hacerlo será matando a Cornelius. Pero si consigue recuperar a Pharos, entonces tendremos que matarle también a él en el proceso.

—¡No! —exclamé, moviendo la cabeza a mi vez entre los dos machos con incredulidad—. ¡Seguro que antes podemos liberarle de nuevo, como acabo de hacer yo!

Sacudió la cabeza.

—No, novia mía. Esta vez será diferente. Mi madre me explicó cuáles son sus planes. Si tiene éxito, dejaré de existir como individuo. Me convertiré en una parte intrínseca de él... o más bien lo harán mis poderes. Matarle y, por tanto, matar lo que quede de mí, será la única opción. Solo que nunca pensé que tú serías el verdugo —añadió Pharos, mirando a su hermano.

—Algunos de nosotros estaremos allí para intervenir si es necesario. Créeme, todos rezamos para que prevalezcas. Hemos esperado mucho tiempo, hemos permitido atrocidades que normalmente nunca habríamos permitido por amor a ti. Pero esto está yendo demasiado lejos —dijo Haroth disculpándose.

—Lo comprendo y te lo agradezco de verdad —dijo Pharos con auténtica gratitud.

—¿Pero por qué no lo detienes ahora? —argumenté, luchando aún por comprender las sutilezas de aquel estúpido pacto—. Ya sabes que hay que acabar con él dentro de dos días. ¿Por qué no acabar con él ahora en lugar de permitir que Pharos se ponga en peligro?

—Porque aún no se ha cometido el delito que justifica su ejecución. No se puede castigar a alguien por sus pensamientos o aspiraciones. Aún existe un camino por el que Cornelius entre en razón. Es extremadamente tenue e improbable, pero mientras exista, hay que darle una oportunidad.

Sacudí la cabeza, disgustada y frustrada. Claro que comprendía su lógica, pero estaba totalmente en desacuerdo con ella. Todos sabíamos que Cornelius no se detendría ante nada para satisfacer sus ansias de poder.

—Resuélvelo, mi hermano —dijo Haroth con firmeza—. Por favor, no nos obligues a hacer esto.

—Tengo todos los motivos para no fracasar —dijo Pharos con calma, antes de lanzarme una mirada significativa.

Eso me destrozó. Le dediqué una sonrisa triste que él me devolvió, con el pecho contraído por la fuerza de las emociones que sentía por aquel macho al que solo había conocido hacía unos días.

Se volvió para mirar a Haroth con expresión seria.

—Sin embargo, si caigo, el hermano de Kali...

—Yo me encargaré —interrumpió Haroth de un modo que sonó como una promesa—. Ya ha sufrido bastante por su insensatez. Cortar su hilo no afectará al equilibrio.

Se me saltaron las lágrimas al mirar al Grim.

—Gracias —dije con voz temblorosa.

—Sí, hermano, gracias —se hizo eco Pharos.

—No hace falta que me des las gracias. Pero si insistes, puedes hacerlo prevaleciendo. *Puedes hacerlo, pero la necesitarás* —se volvió hacia mí, sus ojos brillaban con gran intensidad—. No le falles, Kali... ni a ti misma.

—¡Haroth! —dijo Pharos en tono de advertencia.

—Adiós, a los dos. No malgasten los próximos dos días —dijo Haroth, ignorando la advertencia de su hermano.

El espacio que le rodeaba se difuminó cuando abrió una puerta a través del Velo. Dio un paso adelante y desapareció de mi vista. El desenfoque se desvaneció y volví la mirada hacia Pharos, aún conmovido por el encuentro.

—¿Cómo estás? —preguntó, estudiando mis facciones.

—Estoy bien —dije en un tono ligeramente distraído—. En realidad, me siento muy bien. La magia que hayas utilizado para curarme es asombrosa. Pero me preocupa más este asunto con Cornelius. ¿Lo sabías?

—¿Qué te dijo exactamente mi hermano?

Aunque me molestó que no respondiera inmediatamente a mi pregunta, contesté a la suya haciéndole un rápido resumen de nuestra discusión. Pharos apretó los labios, visiblemente disgustado por algunas de las cosas que me dijo Haroth.

—No conocía el plan maestro de Cornelius. Sabía que querría recuperarme y tenía intención de decírtelo después de que hubiéramos completado la primera misión. Solo desearía que mi hermano no hubiera interferido como lo hizo.

—¿Por qué no? —pregunté, sintiéndome algo ofendida—. Necesitaba saberlo. ¿Cómo voy a tomar una decisión ilustrada sobre cómo manejar la situación si no tengo el cuadro completo?

—Lo sé. Lamentablemente, tengo la necesidad insana de protegerte. Estoy condenado si lo hago y condenado si no lo hago. Solo tienes dos días para decidir. Me parece una presión injusta. No puedes venir sin entregarme tu alma. Si lo haces, ambos tenemos garantizada la muerte. Entonces, ¿cómo te lo digo sin que pienses que intento coaccionarte para que cedas ante mí?

Un horrible pensamiento me golpeó de repente mientras pronunciaba esas palabras.

—¿Por eso has estado pidiendo mi alma todo este tiempo? ¿Porque no puedes tener éxito sin poseerme?

Me sentí culpable en cuanto solté aquellas palabras. Ver cómo retrocedía y cómo una expresión de dolor descendía por sus facciones no hizo sino aumentar mi sentimiento de culpa.

—No, Kali. Mucho antes incluso de saber que serías mi salvación, te deseaba. He sentido hambre de tu alma desde la primera vez que te vi. Estabas junto a la entrada de la mansión de Cornelius con tu hermano. Durante todo el tiempo que estuvo exponiendo sus argumentos sobre por qué Cornelius debía tomarlos a los dos como aprendices, me quedé paralizado ante ti. Cuando te entregué mi alma en la cripta, fue como si me abrazaran los mismísimos Dioses. Por primera vez desde que empezó toda esta pesadilla, realmente deseaba que alguien me poseyera por completo. Podría haber seguido siendo parte de ti para siempre.

Se me hizo un nudo en la garganta y le rodeé la cintura con los brazos. Me atrajo hacia sí y me envolvió con sus alas.

—He visto y sentido tu alma, Kali. Éramos uno, al unísono perfecto. Mientras respire, nunca podré desear a nadie más de lo que te deseo a ti.

—Yo también te sentí, Pharos. Era... una armonía perfecta. También recuerdo que pensé que era como si la luz de los Dioses me hubiera llenado.

—Es porque somos almas gemelas, novia mía.

—Creo que tienes razón. Creo que *somos* almas gemelas —dije, y la verdad de aquella afirmación se asentó profundamente en mi corazón.

Pharos se inclinó hacia delante y reclamó mis labios en un beso lleno de tanta ternura que sentí que me derretía por dentro. Mis manos se deslizaron por su ancho pecho, sobre sus hombros, y se hundieron en los suaves mechones de su pelo negro salpicado de plata.

Inmediatamente profundizó el beso, y la llama de la pasión se encendió en mi vientre como

respuesta. Me levantó y le rodeé la cintura con las piernas; nuestras lenguas seguían mezclándose mientras me llevaba a mi habitación.



CAPÍTULO 12

Mi estómago se agitó de expectación cuando Pharos se detuvo justo delante de la cama. No me bajó de inmediato, tan reacio como yo a poner fin al beso. Al igual que cuando estaba en su forma de Espectro durante nuestros acoplamientos anteriores a su renacimiento, su cuerpo era cálido, pero su aliento frío. Sabía fresco, a anís y menta con un toque de miel. La textura de su lengua había perdido esa esponjosidad para parecerse más a la de un humano, aunque un poco más áspera.

Por fin aflojó su agarre a mi alrededor, dejándome deslizar por su musculoso cuerpo hasta que volví a ponerme de pie. Sin embargo, me levantó el vaporoso camisón blanco que ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba. Por el aroma fresco y ligeramente afrutado que emanaba de mi piel, comprendí que mi hombre me había bañado antes de ponerme aquel camisón.

Estaba demasiado agotada por haber encontrado a Haroth en mi habitación al despertarme como para prestar atención a un detalle así. Pero la sedosidad de la tela contra mi piel cuando me la quitó gritaba su lujo. Lo tiró a un lado antes de reclamar mis labios. El calor de su cuerpo contra el mío me produjo un escalofrío. Pero la dureza de sus hombreras y el cinturón que cubría sus ajustados pantalones me molestaban sobremanera.

Quería explorar y sentir todo de él... el *verdadero* él.

Mientras nuestras lenguas se enzarzaban, dejé que mis manos recorrieran sus costados, deteniéndome brevemente en los huesos expuestos de su caja torácica que asomaban entre la piel. Podría haber sido espeluznante, pero en su caso no solo era sexy, sino que le daba un toque peligroso y sobrenatural que me excitaba.

Siguiendo su viaje hacia el sur, mis manos se posaron en el gran cinturón metálico adornado con una calavera. Jugueteé ciegamente con él hasta que logré desabrocharlo. Dejé que cayera de él. Aterrizó en el suelo con el suave crujido de la tela seguido del golpe sordo del cinturón. Inmediatamente pasé a aflojar el cordón que sujetaba sus pantalones. Pharos no se resistió, pero rompió el beso, su mano derecha me enredó el pelo en la nuca mientras empezaba a cubirme de besos la mandíbula y el cuello.

Otro escalofrío me recorrió cuando me mordisqueó aquel punto sensible justo en el pliegue

del cuello. Durante nuestras anteriores noches juntos, Pharos se había mostrado extremadamente atento a mis respuestas a sus caricias. Su generosidad como amante me había cogido por sorpresa. Me había resultado difícil evaluar plenamente sus propias reacciones a mis caricias. Como Espectro, sus rasgos faciales eran demasiado indefinidos para transmitir adecuadamente sus emociones. Su cuerpo parcialmente etéreo también había hecho imposible saber con certeza cuáles serían sus respuestas al contacto físico real. Y yo quería descubrirlo todo sobre él.

Empezando por esa misteriosa polla suya...

En cuanto me desprendí del encaje, tiré hacia abajo de la tela correosa de sus pantalones. Apartándome de sus labios, que aún recorrían mi cuello y la curva de mis hombros, empecé a corresponderle con besos a lo largo de su cuello y su pecho. Al principio se puso rígido, lo que indicaba que no estaba muy dispuesto a ceder el control. Para mi deleite, se fue relajando poco a poco, con la mano en la nuca, pero sin restringir mis movimientos.

La textura de su piel en mis labios no podría calificarse de humana. Era antinaturalmente suave y cálida, la pigmentación era tan sutil que apenas se sentía. Su olor era difícil de definir: una mezcla embriagadora de madera y humo.

Le rocé con los labios los huesos expuestos del pecho antes de besarle el pezón izquierdo. Su cuerpo se estremeció ligeramente cuando mi boca se cerró en torno a él. Chupé el pezón durante unos segundos y luego saqué la lengua para acariciar la areola. Una vez más, no pude definir el sabor, que combinaba una pizca de especias y sal. Pero fue la forma en que su respiración se entrecortaba lo que retuvo mi atención. Quería conocer todos sus secretos, todas las formas en que podía hacer que se derrumbara por mí como él me hacía gritar repetidamente por él.

Impaciente por descubrir mi premio más abajo, abandoné su pecho para acribillar a besos las cinceladas curvas de sus abdominales. Mientras mi mano izquierda seguía bajándole los pantalones, la derecha daba vueltas para acariciarle la espalda, y especialmente aquella zona de la base de las alas cubierta de pequeñas plumas de plumón.

Había sido un roce inocente, pero su enérgica respuesta y el profundo y retumbante gruñido que emanó de él confirmaron su aprobación. Pasé suavemente las uñas por aquel punto sensible, haciéndole soltar un silbido que resonó directamente entre mis muslos.

Sin embargo, al arrodillarme frente a él, todos los pensamientos sobre el punto erógeno alrededor de sus alas se desvanecieron. Mi hombre era enorme. Incluso parcialmente erecto, Pharos tenía mucho de lo que presumir. Al igual que el resto de su cuerpo, la zona pélvica era lisa y carecía de pilosidad. Su miembro—generalmente humano, con dos testículos—me fascinó. Ahora podía ver en todo su esplendor el origen de la extraña y maravillosa sensación que había sentido al acoplarme con él.

Había sentido una especie de crestas a lo largo de su eje cuando me tomaba en su forma de Espectro. Ahora, en carne y hueso, parecía tener una red de implantes subcutáneos. Pero al examinarlos más de cerca, me di cuenta de que eran pequeños huesos, justo debajo de la piel. Fascinada, pasé los dedos por las crestas. Las de la mitad anterior del lado superior casi parecían

una columna vertebral, que iba desde la base del tronco hasta el borde de la cabeza. En la mitad superior, unas crestas arqueadas emulaban una caja torácica, que continuaban en la parte inferior. Por una razón que no podía explicar, se me hizo inmediatamente la boca agua.

Sin pensarlo, me incliné hacia delante y lamí la hendidura vertical de la cabeza. Pharos volvió a sisear, sus músculos abdominales se contrajeron mientras su mano en mi nuca se tensaba en torno a mi pelo. Aun así, no intentó controlar mis movimientos, permitiéndome seguir explorándolo libremente.

Envolviendo su polla con la mano, empecé a acariciarla lentamente, deleitándome con la inusual sensación de sus crestas bajo mi palma. A pesar de la dureza de los huesos, las numerosas articulaciones los mantenían flexibles mientras apretaba la mano a su alrededor. Mis paredes internas se contrajeron espasmódicamente en anticipación. Me sentía hueca, ansiosa por tener por fin una experiencia completa de él.

Inclinándome de nuevo hacia delante, lamí y acaricié la cabeza con la lengua, antes de llevármelo a la boca. El gemido estrangulado que se le escapó hizo que mis pezones se endurecieran y me dolieran al instante. Empecé a menearme delante de él, abriendo mucho la boca y relajando la garganta para intentar tomar todo lo que pudiera de él. Lamentablemente, su grosor me impidió tomar la mitad de lo que me hubiera gustado. Lo compensé acariciando el resto de su longitud con la mano, moviéndola en contrapunto con la boca.

A juzgar por los voluptuosos sonidos que emanaban de mi hombre, aprobaba con creces mis ministraciones. Su respiración se hizo cada vez más entrecortada y ruidosa a medida que aceleraba el ritmo. Sentía cómo se esforzaba por no empujar hacia delante, dentro de mi boca. Eso no impidió que se balanceara, con espasmos que contraían los músculos de sus muslos y abdomen. Por la forma en que le temblaban las piernas, Pharos no tardaría en liberarse.

Eso me animó.

Justo cuando creía que se derrumbaría, Pharos emitió un grito agudo y tiró de mi cabeza hacia atrás, pero no antes de que unas gotas de semen se derramaran sobre mi lengua. Aunque me sentí engañada por haberle robado la posibilidad de llevarlo hasta el final, me maravilló su maravilloso sabor. Era suave y dulce, con un toque de anís, notas de vainilla cremosa y los elementos de nuez del whisky sin el ardor.

Quería más.

Pero el desgraciado me levantó sin esfuerzo y casi me arrojó sobre la cama. Su cabeza hundida entre mis muslos silenció cualquier protesta que pudiera haber tenido. Su experta lengua se puso a trabajar en mí con una destreza que me hizo ceder en un santiamén. Pharos sabía exactamente dónde y cómo centrar su atención para hacerme retorcer. El contraste entre la calidez de sus labios en mi clítoris y la frialdad de su lengua y su aliento mientras lamía y chupaba mi pequeño nódulo avivaba el infierno que ardía en mi interior.

Una serie de gemidos de necesidad brotaron de mí mientras dos de sus gruesos dedos se deslizaban dentro de mí, moviéndose más profundo y más rápido, volviéndome loca. Alternaba

el movimiento de sus dedos, que rozaban mi punto sensible, provocándome chispas de placer, con el de sus tijeras, que me estiraban para recibir su considerable grosor.

Persiguiendo mi propia liberación, rechiné la pelvis contra su mano. Aceleró el movimiento de su lengua sobre mi clítoris hasta que mi cuerpo se agarrotó. Grité cuando el placer me arrasó. Con la boca aun devorándome, Pharos levantó la cabeza para mirarme.

El brillo rojo de sus ojos iluminaba los huesos expuestos que los rodeaban, dándole una mirada intimidatoria que hizo que mi estómago diera un par de volteretas.

Era muy sexy.

Cuando mi orgasmo retrocedió, Pharos sacó sus dedos de mí, lamiendo mi esencia de una forma lasciva que me hizo palpar de nuevo. Una sonrisa casi maligna se dibujó en sus labios antes de empezar a besar mi cuerpo. Se subió cuidadosamente sobre mí y reclamó mi boca con una pasión ardiente y posesiva.

Abrí bien las piernas para darle la bienvenida. Aunque se acomodó más cómodamente entre ellas, no intentó introducirse de inmediato. Durante la siguiente eternidad, nos besamos y acariciamos mutuamente. Nunca me cansaría de la textura increíblemente suave de su piel. Por fin me di cuenta de que su impecabilidad se debía a su constante regeneración. Por muy agradable que pudiera ser el tacto de las manos callosas de un hombre, la sedosidad de las palmas de Pharos tenía algo mágico.

Un estremecimiento me recorrió cuando, por fin, frotó su longitud contra mí. El leve roce de sus crestas óseas sobre mi clítoris me provocó chispas eléctricas en toda la región inferior. Se colocó en posición, pero se detuvo para mirarme a los ojos. Eso hizo que me derritiera por dentro. Sonreí para confirmar mi consentimiento, y mi pecho se calentó de afecto hacia él. Levanté la pelvis y apreté la curvatura de su trasero para disipar cualquier duda que pudiera quedarle.

—Mi novia —susurró Pharos con ternura antes de empezar a introducirse con cuidado.

Como era de esperar, mi cuerpo se resistió rápidamente a su invasión. Teniendo en cuenta lo salvajes y desenfundados que habían sido nuestros acoplamientos en los últimos días, esperaba adaptarme más rápidamente a su nada despreciable grosor. Sin embargo, había estado en su forma de espectro con una polla etérea más esponjosa y flexible.

Habiéndolo previsto, mi amante no se precipitó en nada, mostrando una admirable moderación mientras ganaba lenta y metódicamente centímetro a centímetro con empujones poco profundos. En todo momento, me besó y acarició, susurrándome dulces palabras de devoción y aliento que me hicieron olvidar la ligera incomodidad.

Y entonces mi cuerpo cedió.

Apenas noté la quemadura cuando de repente se encontró enterrado hasta la empuñadura. Mi cuerpo estaba demasiado concentrado en la demencial sensación de sus crestas óseas dentro de mí. Un gemido estrangulado surgió en mi garganta cuando empezó a moverse lentamente. A pesar de lo maravilloso que me había parecido en su forma de Espectro, esto se multiplicó por

mil. En mi interior se disparaban chispas eléctricas con cada golpe, las crestas rozaban mi punto dulce tanto al entrar como al salir.

Un infierno rugía en mis entrañas mientras Pharos aceleraba gradualmente el movimiento, penetrándome más y más profundamente. El peso de su cuerpo me inmovilizaba, haciéndome sentir indefensa de un modo que llevaba mi excitación al frenesí. Aun así, me retorcí bajo él mientras me invadían oleadas y oleadas de placer. Me sentía al borde de la combustión por las llamas líquidas que corrían por mis venas, la lava que se arremolinaba en la boca de mi estómago, amenazando con estallar en cualquier momento, y el calor abrasador del cuerpo musculoso de mi amante que me envolvía.

Nuestros gemidos se entremezclaban y su pecho vibraba de vez en cuando con un gruñido grave que me hacía mover los dedos de los pies. El golpeteo de nuestras carnes resonó en toda la habitación mientras Pharos me penetraba. Era tan grande que su polla me estiró hasta el límite y me llenó hasta el borde en una dichosa vorágine de placer y dolor.

El orgasmo se abalanzó sobre mí y eché la cabeza hacia atrás con un grito, del que Pharos se hizo eco. Durante un breve instante de lucidez antes de ser arrastrada, creí que él también había encontrado su liberación. Pero mi hombre apretó con fuerza mi cintura, y su mano izquierda se deslizó bajo mi pierna derecha para abrirme aún más para él.

Entonces se soltó.

Volaba alto mientras él me destrozaba, follándome sin sentido casi con salvajismo. Todo su cuerpo parecía brillar con un halo mágico. Con cada empujón, sus alas se desplegaron como si luchara contra el impulso de emprender el vuelo. Me levantaba ligeramente del colchón para volver a hundirme en el mullido cojín mientras volvía a embestirme. Nunca tuve la oportunidad de bajar del todo antes de que un tercer orgasmo se abatiera sobre mí.

Mi espalda se arqueó y mi cuerpo se agarrotó. Esta vez, Pharos rugió cuando mis paredes internas se cerraron sobre su polla. Se introdujo profundamente y echó la cabeza hacia atrás, con las alas abiertas, mientras su semilla salía disparada dentro de mí. Nada me preparó para el calor abrasador y mágico que inundó mis maltrechas entrañas.

No se parecía en nada a nuestros acoplamientos anteriores, en los que había compartido una pequeña parte de su alma conmigo. Y, sin embargo, el cosquilleo familiar se extendió por mi cuerpo. Su alma envolvía la mía, elevándose conmigo a alturas infinitas. Perdida en un océano de dicha, tardé demasiado en darme cuenta de que había reanudado lentamente su vaivén dentro y fuera de mí, con movimientos más suaves hasta que se agotó por completo.

Se desplomó sobre mí. Con su polla aún enterrada profundamente, mis paredes internas contrayéndose espasmódicamente con voluntad propia en torno a su longitud, Pharos nos dio la vuelta. Apoyé la cabeza en su pecho, entre las dos mitades de sus huesos expuestos, y escuché el estruendo de su corazón.

Totalmente destrozada, me derretí contra él mientras me rodeaba con sus brazos y cerraba sus alas sobre nosotros.

—Eres mía, mi Kali. Mi novia. Nunca te dejaré marchar.



Tras un par de traviesas rondas más, Pharos y yo nos rendimos finalmente al olvido. A pesar de dormir como un muerto, mi mente no descansó en absoluto. Se decía que los humanos resolvían muchos de sus problemas durante el sueño, y eso se aplicaba definitivamente a mí aquella noche. Me había ido a dormir sintiendo como si el peso del mundo descansara sobre mis hombros, con decisiones imposibles de tomar. Pero hoy me sentía en paz.

Las cosas siempre fueron tan complicadas como nosotros las hicimos.

Aquella mañana, salimos de la cama y nos duchamos juntos, lo que dio lugar a más momentos sensuales. Para mi sorpresa, al volver a mi habitación, la cama estaba hecha y me habían puesto un vestido precioso y ropa interior limpia.

—¿Qué demonios...? —susurré.

—No te preocupes. Myress lo ha hecho. Pronto la conocerás. Técnicamente, se la consideraría mi sirvienta.

—¿Técnicamente? —repetí.

Asintió y me cogió de la mano para llevarme fuera de la habitación. Estuve a punto de comentar que seguía desnudo, pero no pareció inmutarse.

—Yo la considero más como una ayudante, pero ella insiste en llamarme Amo.

Entramos en un gran vestíbulo de piedra pálida y columnas majestuosas. Parecía como si hubiéramos viajado en el tiempo y entrado en un antiguo templo romano dedicado a alguna deidad. Cruzamos a un gran dormitorio situado a pocos metros del mío. Entonces me di cuenta de que era su propia habitación. Una parte de mí se alegró de que no se hubiera limitado a dar por sentado que compartiría su cama, pero otra se sintió un poco picada por el hecho de que no se hubiera mostrado más posesivo, aunque hubiera sido un poco irrespetuoso.

Pero nunca he pretendido que todos mis sentimientos fueran lógicos o racionales.

Al igual que mi habitación, la suya era enorme, con grandes ventanales y puertas que daban a un balcón privado. La escasez de muebles en el interior me sorprendió. No parecía vacía, solo sobria, apacible y despreocupada. Teniendo en cuenta la capucha negra, el cinturón con faldón y los sombríos pantalones y botas de cuero que había llevado antes, esperaba que su espacio personal reflejara ese estilo más vanguardista, con ángulos afilados y una combinación general de colores oscuros.

Pero la misma paleta más clara me dio la bienvenida. Los colores suaves y pastel en tonos tierra hacían que la habitación fuera cálida y acogedora. Sobre todo, gritaba paz y serenidad. Mi mirada se detuvo en la cabecera de la inmensa cama apoyada contra la pared del fondo. Estaba tallada en piedra o en una madera muy pálida y representaba una escultura estilizada de alas de ángel. Los cojines dorados, naranja bruñido y verde oscuro proporcionaban el toque de color

adecuado contra la ropa de cama beige. Una tumbona romana enmarcaba la elegante zona de estar, con una gran chimenea y una alfombra blanca peluda delante.

—Myress es una Cambion —continuó Pharos mientras abría la puerta de un enorme vestidor.

Ver la cantidad de togas, faldas y pantalones que colgaban de los postes de la pared de la derecha me sorprendió. La gran mayoría eran blancos o de un tono muy pálido de crema o pastel. Una vez más, por la razón más extraña había esperado ver en su mayoría el mismo tipo de pantalones de cuero y ropas oscuras que lo que había estado sobre su cuerpo en aquel altar.

En la pared izquierda había cinturones con faldones, hombreras y brazales. En la pared del fondo, una variedad de botas, zapatos y sandalias estaban artísticamente dispuestos en zapateros. Enmarcaban un expositor central destinado claramente a albergar un arma principal. Instintivamente supe que allí habría estado su guadaña.

Se me contrajo el pecho al recordar el desafío que nos esperaba.

Cogió una de las faldas de la toga y se la puso, sin ropa interior.

—Myress parece demasiado inhumana para vivir entre tu gente, pero sus poderes demoníacos son demasiado débiles para vivir con los suyos en este reino —dijo Pharos mientras le alcanzaba un par de sandalias que se ataban a los tobillos—. Fue rechazada y acosada, lo que la obligó a huir. La encontré débil y hambrienta en un bosque cercano durante un vuelo de ocio. La acogí y me ha servido desde entonces.

—Un Ángel de la Muerte con una sirvienta medio demonio. Parece un emparejamiento inesperado —dije burlonamente.

Se rio entre dientes.

—Nada es demasiado extraño o imposible aquí, en los Reinos de las Sombras —dijo con indulgencia antes de cogerme de la mano y llevarme fuera de la habitación.

—¿Los Reinos de las Sombras? ¿Es ahí donde estamos? —pregunté con auténtica curiosidad.

Según la tradición, los Reinos de las Sombras eran el otro lado del Velo, el universo paralelo al plano mortal.

Pharos asintió.

—Estamos más concretamente en el Valle Nephilim.

—¿Nephilim? —repetí, atónita—. Habría esperado que formaran parte del Elíseo, o del Cielo.

Sonrió mientras me mostraba la zona de estar en esta breve visita a la mansión.

—Algunos de ellos viven allí ahora. Al principio, la mayoría de los niños híbridos humano-ángel se criaban en el valle de abajo. Como la mayoría no podía volar, subir a una mansión como la mía era demasiado poco práctico. Tengo muchos ángeles, caídos o no, viviendo cerca. Esta casa está tallada directamente dentro de uno de los picos más altos de la cordillera que rodea el valle.

—¿Y qué ha pasado? —pregunté con curiosidad mientras continuaba la visita—. ¿Se murieron?

—A lo largo de los siglos, pasaron de forma natural. Pero por el camino, más híbridos

alineados con el orden se trasladaron aquí. Los que tenían la capacidad de volar se asentaron en aeries como yo.

—Así que todo este valle no tiene maldad —musité en voz alta, sintiéndome un poco aliviada de no tener que mirar constantemente por encima del hombro en este espacio.

Para mi sorpresa, Pharos frunció los labios pensativo mientras atravesábamos la impresionante cocina con un pequeño comedor contiguo. Más allá de las paredes arqueadas que delimitaban la estancia, pude ver un comedor formal al otro lado.

—El mal es un concepto discutible —dijo cuidadosamente—. Lo que muchos perciben como maldad a menudo no es más que caos. El verdadero mal sería alguien como Cornelius. No tiene compasión ni empatía. Se deleita en la miseria de los demás, no por una respuesta instintiva fuera de su control, sino porque es un psicópata. Comprende la diferencia entre el bien y el mal, pero no le importa. Lo único que le importa es su placer y satisfacción.

Asentí con gesto adusto y abrí la boca para hacer un comentario, pero el repentino gruñido de mi estómago me hizo jadear en su lugar.

Pharos soltó una risita.

—Justo a tiempo. Myress acaba de terminar de prepararnos una comida en la terraza. La vista es demasiado impresionante aquí cuando se pone el sol como para no disfrutarla. Por aquí, novia mía.

No tuvo que decirlo dos veces. Una parte de mí se preguntaba cómo su sirvienta estaba siempre tan al tanto de todo. Dudaba que nos estuviera espiando. ¿Le comunicaba telepáticamente nuestras necesidades?

Cuando salimos a la terraza, la vista me dejó sin aliento. Había echado un vistazo a través de las altas ventanas, pero las cortinas blancas que las cubrían me habían impedido apreciar plenamente la singularidad del paisaje. Aunque había estado antes en el balcón de mi habitación cuando Haroth se dejó caer por allí, había estado demasiado angustiada por la situación como para prestar verdadera atención a lo que me rodeaba.

Ahora podía maravillarme plenamente. Estábamos al menos a doscientos metros por encima del valle que había debajo. Una serie de viviendas estaban diseminadas a una distancia razonable unas de otras, formando un encantador pueblo que parecía pertenecer a otra época. Innumerables estatuas y fuentes adornaban las zonas comunes con extensos jardines. El valle se extendía a lo largo de una gran distancia antes de convertirse gradualmente en un espeso bosque. La cordillera rodeaba la mitad como una bahía. Habían tallado algunas otras viviendas a distintas alturas de la cara de la montaña, pero cada una de ellas en ángulo para garantizar la intimidad.

El cielo brillaba con naranjas, morados y magentas similares a los del atardecer en el plano mortal, pero bailaban en el cielo como las auroras boreales.

Sin embargo, fue la exótica hembra que daba los últimos toques a una mesa cargada de apetitosa comida la que retuvo mi atención. Inmediatamente comprendí por qué no podía vivir entre humanos. Su cara era demasiado alargada, con una barbilla demasiado estrecha, un cráneo

demasiado grande, una boca demasiado ancha y labios casi inexistentes, y su cuerpo en general demasiado delgado. Sin embargo, no parecía hambrienta ni desgraciada y, de hecho, poseía una extraña belleza de otro mundo. Unos enormes ojos dorados con pupilas estrechas y verticales me miraban con curiosidad.

Agitó su largo y liso pelo negro, que le caía hasta las rodillas, con un movimiento extremadamente grácil. Pensé inmediatamente en una bailarina de ballet. Su sencillo vestido negro sin mangas le cubría por completo los pies e incluso tenía una cola corta. Contrastaba fuertemente con el color pálido de su piel, que tenía un sutil matiz gris claro o púrpura.

—Kali, esta es Myress. Me ha ayudado a curarte hoy mismo —dijo Pharos con voz suave mientras señalaba a la Cambion.

—Hola, Myress —dije en tono amistoso—. Es un placer conocerte. Y gracias por tu ayuda. Sea lo que sea lo que hicieron, fue perfecto. Me siento de maravilla.

—Me alegro, Ama —dijo con voz sumisa—. Por favor, disfruta de la comida.

Señaló la mesa y nos saludó cortésmente con la cabeza antes de volver a entrar en la casa. No sabría decir si era solo una ilusión causada por su largo vestido, pero parecía deslizarse en lugar de caminar con naturalidad.

Lancé una mirada ligeramente confusa a Pharos. Aunque no percibí hostilidad por su parte, su comportamiento me pareció extraño y distante.

Pharos sonrió.

—No es muy sociable y le cuesta relacionarse con la gente, sobre todo con la que aún no conoce. No te angusties por ello. Myress está en el límite inferior de lo caótico, pero es extremadamente leal. Confío en ella con mi vida. Sin embargo, Grizelle es un verdadero caos.

—¿¡QUÉ?! —exclamé, mirándole con incredulidad—. ¡Esa hembra era pura maldad, al mismo nivel que Cornelius!

Pharos resopló y sacudió la cabeza.

—No se parece en nada a él. Pero ven, vamos a comer.



CAPÍTULO 13

No pude evitar otra sonrisa cuando mi mujer no dudó en empezar a apilar una generosa ración de las diversas comidas en su plato. A pesar de lo culpable que me sentía por haberla agotado antes con el estómago vacío, me encantaba ver que mi Kali tenía un apetito tan sano y disfrutaba especialmente de la cocina de Myress.

Probablemente mi novia no se había dado cuenta, pero yo conocía a la Cambion lo bastante bien como para haber percibido su preocupación por que Kali le pidiera que se marchara. La pobre Myress estaba tan acostumbrada a que la gente la rechazara simplemente por lo que era o por su aspecto inusual que había llegado a esperarlo de cualquiera que ocupara algún tipo de posición de poder sobre ella. Afortunadamente, no percibí tal sentimiento en mi hembra, solo genuina curiosidad.

—Dime, por favor, en qué mundo Grizelle no es malvada —exigió Kali entre dos bocados.

Me reí entre dientes mientras llenaba nuestras respectivas copas de vino.

—Como todas las demás Keres, Grizelle es esclava de su naturaleza genética, que le exige cazar y alimentarse constantemente. No es nada personal contra ti ni contra nadie. En muchos sentidos, es como una bestia salvaje.

—Pero es sensible y capaz de mantener una conversación racional. Está claro que estaba enfadada conmigo por haberte alejado de ella —argumenté.

—Estaba furiosa contigo. Le quitaste su mayor premio. Grizelle, como todos los Keres, está maldita por un hambre insaciable. En otras palabras, por mucho que coma, siempre se sentirá vacía. Yo era para ella una fuente inagotable de alimento. Perderme hace que vuelva a pasar hambre. En lugar de poder descansar en su templo mientras me drena, tendrá que cazar cada minuto de cada día. Hoy ha sido un golpe devastador para ella tras siglos de consuelo —dije suavemente.

—Vale, entiendo que eso fuera terrible para ella. Pero eso no hace que sea menos malvado que te condene a esta vida de esclavitud —desafió Kali.

Sonreí.

—Eso sería cierto en el caso de un humano o de algunas de las especies más evolucionadas

del mundo inferior. Pero no te dejes engañar por su capacidad para mantener una conversación. No es un reflejo de un pensamiento superior. ¿Has hablado alguna vez con un gnomo? Pueden conversar contigo, pero son tontos como una piedra. Hay una razón por la que muchos de los demonios menores y especies inferiores nunca alcanzaron el tipo de evolución que tienen los humanos. Viven en condiciones primitivas, solo persiguiendo su próxima comida o un lugar seguro donde dormir, a pesar de los poderes que podrían haberles ayudado a avanzar. Su capacidad de pensamiento y su alcance mental son básicos. No tienen mentes analíticas para sopesar cosas como el bien y el mal, la ética y la moralidad en general.

Kali frunció el ceño y apretó los labios mientras reflexionaba sobre mis palabras.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero aún me cuesta verla como algo distinto al mal.

—El mal requiere la intención de causar daño por crueldad o por entretenimiento. Es comprender el bien y el mal y elegir el lado más oscuro. Las criaturas como Grizelle son literalmente incapaces de sentir emociones como la empatía y la compasión. Se guían únicamente por sus instintos y perseguirán sin pensar lo que pueda asegurar su supervivencia. Para ella, matarte o atraparme son acciones lógicas que cualquiera en su sano juicio haría en su lugar.

—Ya. Ya lo veo —concedió Kali con una pizca de reticencia.

Bebí un sorbo de vino mientras recordaba cómo se había producido todo este lío.

—Las criaturas como ella son fáciles de manipular porque su fuerza motriz es obvia, lo que permite encargarse de ella sin problemas —dije pensativo—. Así fue como Cornelius pudo reclutarla para que me esclavizara.

—¡Me lo preguntaba! Pero, francamente, pensaba que había sido al revés, y que Grizelle había engatusado a Cornelius.

Resoplé y negué con la cabeza.

—No es lo bastante inteligente para eso. Según tengo entendido, Cornelius le trajo víctimas para alimentar su reserva de sangre a cambio de información sobre las Parcas.

—¿Información como qué? —preguntó Kali mientras cortaba un trozo de carne, con los ojos brillantes de curiosidad.

Dudé sobre cuál sería la mejor forma de responder a la pregunta.

—Los mortales se distribuyen entre las Parcas para que capturemos sus almas al morir. La mayoría se asignan al azar a medida que se acercan al final de su hilo. Pero son marcas débiles que podrían ser sobrescritas por uno de nosotros si quisiéramos reclamarlas como nuestras para escoltarlas.

—¡Como hiciste conmigo! —dijo Kali, con su hermoso rostro iluminado por la comprensión.

Asentí con la cabeza.

—Las criaturas de la muerte como las Parcas y los Keres, entre otros, pueden ver esa marca. Es como tener nuestros nombres marcados en esa persona. Grizelle suele merodear por los campos de batalla, donde obtiene grandes festines de todos los combatientes que mueren.

Vagaría por ahí señalando a los marcados por un Ángel de la Muerte en lugar de por un Grim.

Sus ojos se abrieron de sorpresa.

—¿Por qué específicamente un Ángel?

—Porque somos más compasivos. Cornelius necesitaba a uno de nosotros para aumentar sus posibilidades de llevar a cabo su plan. Los Grims suelen teletransportarse, arrebatarse el alma de los moribundos y marcharse. Nosotros, los Ángeles, tendemos a quedarnos, a consolar a los moribundos y a facilitarles la partida.

—Así que identifiqué unos cuantos objetivos potenciales y tú acabaste siendo el desafortunado —dijo mi compañera pensativa.

—Exacto —dije, con la amargura filtrándose en mi voz.

—Pero, ¿cómo? Siempre me he preguntado cómo un nigromante mucho más débil ha podido atrapar a un semidios —preguntó avergonzada.

—Era parte del trato que hizo con Grizelle. ¿Recuerdas que en el charco de sangre solo había miembros parciales y órganos aleatorios flotando dentro? —pregunté.

Ella asintió.

—El acuerdo consistía en que Cornelius traería humanos para que ella se alimentara de su sangre y fuerza vital, pero él se quedaba con algunas de sus partes para sus constructos. Tardó un tiempo, pero al final consiguió secuestrar a uno de los humanos marcados por un Ángel de la Muerte que ella había identificado para él.

—¿Al final lo conseguiste?

Asentí con la cabeza.

—Como la mayoría de los objetivos estaban en campos de batalla, demasiados murieron antes de que pudiera llegar a ellos. No es fácil secuestrar a alguien rodeado de los demás miembros de sus unidades.

—Claro, por no hablar de que llegó a tiempo a dondequiera que tuviera lugar la batalla —dijo ella.

—Exacto. Pero una vez que consiguió el *almathar*, Cornelius preparó la trampa para atraerme. *Almathar* es el nombre que damos a una persona a punto de morir a la que escoltaremos en breve al más allá —le expliqué cuando me dirigió una mirada confusa—. Como su magia no era lo bastante poderosa, Cornelius necesitó la ayuda de Grizelle para potenciar sus propias habilidades y lograr su objetivo.

—¡Vaya, sí que lo ha planeado!

—Eso es algo que debo concederle. Cornelius es extremadamente calculador y minucioso. Ningún reto es demasiado grande cuando puede contribuir a fomentar sus ambiciones.

—Ya veo —respondió Kali con un estremecimiento—. ¿Y qué ha pasado?

—En cuanto su hilo vital está a punto de terminar, recibimos una llamada. Es un tirón similar al que sentiste cuando Cornelius intentaba hacerme retroceder mientras me transferías a mi cuerpo.

Ella asintió.

—Normalmente, en cuanto recibimos la llamada, podemos teletransportarnos directamente a la ubicación de nuestro *almathar*. Por desgracia, ciertos lugares presentan un obstáculo que nos obliga a aparecer un poco más lejos, como es el caso de la Cripta de Hemdell. El lugar está maldito. Demasiada magia nos impide materializarnos en su interior. Lo más cerca que podemos manifestarnos es justo a la entrada, en el cementerio.

—¿Por eso, después de unirnos, tuviste que salir volando en vez de teletransportarte? —preguntó Kali.

Sonreí.

—Correcto. Así que eso es lo que hice. Aparecí fuera de la cripta y volé hasta la cámara de sacrificios. Cuando llegué, mi *almathar* estaba gritando mientras Cornelius le seccionaba los miembros, cauterizándolos sobre la marcha para evitar que se desangrara. Grizelle se alimentaba de su fuerza vital y de su miedo. Tanta crueldad me enfurecía. Deberían haber asignado un Grim a ese hombre. Podrían haber acabado con su dolor inmediatamente.

—Pero como Ángel de la Muerte, estabas obligado a dejar que siguiera su curso hasta que muriera —dijo mi novia con empatía.

Asentí con expresión sombría.

—Normalmente no se nos asignan muertes horripilantes. Pude ver que su hilo se había desviado del camino original. Pero según el pacto, no podía acabar con su vida hasta que su destino estuviera sellado al 100%. En este caso, Cornelius no solo estaba sacrificando al humano, sino que lo estaba convirtiendo en un constructo sensible. Por lo tanto, aún existía una pequeña posibilidad de que el *almathar* sobreviviera al ritual. Lo único que podía hacer era separar el alma de su cuerpo para acabar con su dolor.

—Espera, estoy confusa. ¿Eso no le mataría?

Sacudí la cabeza.

—El alma puede permanecer dentro de un cuerpo sin estar directamente conectada a él durante un máximo de veinticuatro horas. Durante ese tiempo, mientras el alma siga animando ese cuerpo, no sentirá ninguno de los dolores que soporta ese recipiente. Es algo que hacemos a menudo con personas extremadamente enfermas en las últimas horas de su vida. Por eso a veces oirás hablar de enfermos terminales que de repente recuperan la lucidez y casi parecen normales, horas antes de su fallecimiento.

—¡Oh, vaya! No me había dado cuenta —dijo Kali, impresionada—. ¿Pero cómo utilizó Cornelius esa amabilidad contra ti?

—Ya había preparado un ritual destinado a desencadenarse en el momento en que yo realizara ese acto concreto —dije, con la vieja ira hinchándose de nuevo en mi interior—. Para cortar el vínculo, solo utilizamos la punta de nuestra guadaña en el fino hilo que conecta con la columna vertebral, justo debajo del cráneo. Es un procedimiento muy preciso que requiere mucho cuidado. Pero en el momento en que mi guadaña tocó el alma de mi *almathar*, sentí como

si me hubiera alcanzado un rayo con tal fuerza que instintivamente tiré de la mano hacia atrás. Desgraciadamente, con ese gesto acabé cortándole involuntariamente la cabeza, matándole al instante.

—¡No! —exhaló Kali, antes de apretarse los dedos sobre la boca con expresión horrorizada.

—El peor dolor que jamás había sentido me golpeó hasta ponerme de rodillas. ¿Recuerdas las heridas que recibí por matar a los Skarachs que te atacaron en la cripta? Las que recibí por matar a aquel hombre antes de tiempo, un hombre cuyo hilo aún indicaba que podría sobrevivir, fueron cien veces peores. Antes de que pudiera recuperarme, Grizelle se abalanzó sobre mí y me dejó seco.

—Por los Dioses, nunca tuviste ninguna posibilidad —dijo Kali, la compasión y la rabia por mí llenaban su voz.

—Ninguna, y fue culpa mía —coincidió con expresión abatida.

Ella retrocedió.

—¿Cómo ha sido culpa tuya? Estabas atrapado.

—Así era —admití—. Sin embargo, sentí que algo no encajaba desde el momento en que pisé la isla. Pero todo aquel lugar está impregnado de tanta maldad que no le presté demasiada atención. Como Cornelius estaba realizando un ritual allí mismo, en mi *almathar*, supuse que lo que sentía iba dirigido a él. Pero iba dirigido a mí.

—Seguías sin tener motivos para sospechar de una trampa. ¿Quién en su sano juicio habría esperado que un humano estuviera tan loco como para ir tras una Parca? —desafió, como si yo hubiera dicho alguna tontería.

—Es justo. Pero debería haber hecho caso a mis instintos cuando me dijeron que algo iba mal. Pero Cornelius planeó perfectamente todo esto. Como suele ocurrir con la magia de sangre oscura, se requería un sacrificio humano. En este caso concreto, debía realizarlo un Ángel. Por lo tanto, encontró una forma ingeniosa de conseguir que yo hiciera precisamente eso, ya que de otro modo nunca lo habría consentido.

Kali pronunció una serie de palabrotas en voz baja. La ira que sentía por mí me conmovió profundamente.

—Así que, entre el castigo del pacto y que Grizelle actuaba como una sanguijuela conmigo, Cornelius pudo arrebatarme fácilmente la guadaña y realizar el ritual vinculante. Y así, durante los últimos quinientos años, he observado impotente cómo crecía su poder mientras me utilizaba. Lo más doloroso fue ver cómo aprovechaba mis poderes para condenar a mi propio hermano y robarle la cola —dije con amargura.

—¿Asheron? —preguntó ella con súbita comprensión.

Asentí con la cabeza.

—Jasper estaba obsesionado con él —dijo Kali con expresión abatida—. Durante su aprendizaje con Cornelius, mi hermano no paraba de hablar del Espectro. El muy tonto pensó que sería él quien encontraría la forma de atraparlo para Cornelius.

Me mordí el impulso de decir que Jasper siempre había sido un idiota que sobrestimaba enormemente sus capacidades. Pero no me necesitaba para hundirlo aún más. Como dijo Haroth, su hermano ya había sufrido bastante por su estupidez.

—Causé involuntariamente mucho sufrimiento a lo largo de los siglos. La forma en que Cornelius utilizó mis poderes le permitió hacer cosas que nunca debería haber hecho, y que afectaron cada vez más al equilibrio. A día de hoy, me sorprende que los Antiguos no hicieran que nos ejecutaran a los dos antes.

—No vas a morir, Pharos —dijo Kali con una convicción que me sorprendió—. No sobreviviste tanto tiempo y llegaste tan lejos solo para fracasar ahora. Cornelius va a pagar por todo el mal que ha hecho.

—Esta última parte, me consuela saber que ahora es casi inevitable —dije suavemente—. Pero el resultado final para mí no está garantizado. Aun así, pase lo que pase, estoy agradecido por haberte conocido y haber podido pasar estos momentos contigo.

—Y yo siento lo mismo por ti. Mañana, Cornelius seguirá adelante con su plan de atarlos a Caronte y a ti. Tenemos que ir allí lo antes posible para detenerle antes de que pueda llegar demasiado lejos preparando su ritual —dijo ella.

—Kali —dije en tono castigador—. Sabes que...

—Basta, Pharos. Sé lo que vas a decir —interrumpió ella en tono suave pero firme—. Mira, estoy asustada. En realidad, aterrorizada sería una palabra más apropiada. He visto lo que les ocurre a las personas que permiten que se apoderen de sus almas o que se las roben. He pasado los últimos años viendo cómo mi hermano se degradaba gradualmente. Sufre, atrapado en un cuerpo en descomposición, su mente sigue ahí, pero en su mayor parte desvanecida. Una vez que le liberemos, será un alma vagabunda sin mente.

—En Erebus hay lugares pacíficos para almas como la suya. Erebus es la región donde llevamos a nuestros *almathars* hasta que Caronte los lleva a la región del más allá más adecuada para ellos. No es el limbo ni el purgatorio. Haroth se asegurará de que sea llevado a un buen lugar. Con el tiempo, Jasper podría recuperarse e incluso renacer como humano. Pero si no lo hace, nunca conocerá el dolor ni la desesperación. Será feliz.

Se me oprimió el pecho al ver las lágrimas de agradecimiento que brotaban de sus ojos.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente —dijo con la voz llena de emoción—. Es lo mejor que podía esperar para Jasper. Pero ver lo que le ocurrió y los acontecimientos recientes me han enseñado que no puedo permitir que el miedo dicte mi vida. De hecho, tu hermano me ha ayudado a abrir los ojos.

—¿Haroth? —pregunté, sorprendido.

Ella asintió, con el ceño fruncido.

—Me recordó lo que sentí cuando me entregaste tu alma. Por primera vez en mi vida, me sentí completa, en paz y verdaderamente feliz. Pero, lo que es más importante, me sentí toda tú. Puede que ante todo sea una Maga de Hueso y Sangre, pero también soy una respetable Maga de

Almas. Y cuando te abracé, no percibí ninguna malicia, ninguna maldad ni ninguna intención solapada de tu parte hacia mí. Tus sentimientos hacia mí eran puros y amorosos. Vibrábamos en perfecta armonía.

Mi corazón dio un vuelco cuando su significado subyacente empezó a abrirse paso en mi mente.

—¿Qué estás diciendo?

Respiró hondo y fortificado antes de contestar.

—Digo que tengo miedo, pero creo en ti. Por eso, del mismo modo que me confiaste tu alma en la cripta, yo te confiaré la mía.

Me puse rígido, con la alegría, la confusión y la preocupación luchando en mi interior por el dominio.

—¿Quieres darme tu alma? —pregunté, queriendo asegurarme de que no había ningún malentendido.

Kali tragó saliva con dificultad, pero asintió.

—¿Entiendes que no es reversible? —insistí.

—Sí, entiendo —dijo ella con firmeza.

Todavía atónito, teniendo en cuenta lo rotundamente en contra que se había mostrado no hacía ni veinticuatro horas, estudié sus facciones como si pudieran revelarme la respuesta a aquel misterio.

—No tienes ninguna obligación de hacer este sacrificio simplemente para salvarme la vida —dije con cuidado—. No tienes ninguna deuda conmigo.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ya lo sé. No es la culpa ni un sentimiento de obligación lo que me hizo llegar a esa conclusión. Para ser sincera, habría preferido mucho más tiempo para asimilar una decisión tan monumental. Pero abrazar tu alma me convenció de que estamos hechos el uno para el otro. Puede que aún no estemos enamorados el uno del otro, pero no me cabe duda de que llegará. Solo sé que no puedo contemplar una vida sin ti. Y sé que no abusarás de este don.

—Pero...

—Deja de discutir, Pharos —dijo Kali con severidad—. He tomado mi decisión y no me desanimarás. He tenido toda la noche para consultarlo con la almohada, y ya sabía que seguiría adelante en cuanto me despertara esta mañana. No lo hago por un sentimiento de culpa, sino porque es lo que quiero. Ayer me sacaste del infierno. Mañana, tú y yo enviaremos a Cornelius a su pozo más oscuro. Y entonces, conseguirás mostrarme lo que es ser tu novia para el resto de nuestras vidas.

—Mi Kali —susurré, con el corazón a reventar.

Me levanté, me acerqué a su silla y la abracé. Mientras la abrazaba, di las gracias a todos los poderes por haberme enviado a mi alma gemela. Fuera cual fuera el futuro que nos esperaba, este momento habría hecho que todo mereciera la pena.

Era mía y no dejaría que nada ni nadie se interpusiera en el futuro que quería para nosotros.



CAPÍTULO 14

KALI

Se me aceleró el pulso cuando rompió el beso. Con los ojos clavados en los míos, Pharos invocó sus guadañas fantasmales abriendo las manos a cada lado de su cuerpo. Me vinieron a la cabeza recuerdos de cómo se torcieron las cosas con su *almathar*. Obviamente, aquella tragedia solo ocurrió porque Cornelius lo había atrapado. Pero no pude evitar la pizca de nerviosismo que me recorrió.

—¿Confías en mí, Kali? —preguntó Pharos con voz suave y desprovista de cualquier acusación o sospecha.

A pesar de la ligera ansiedad que sentía ante la perspectiva de lo que estaba a punto de ocurrir, no vacilé al asentir con firmeza.

—Sí, Pharos. Confío en ti.

Y lo decía en serio.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? —insistió.

Eso, más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho o hecho, puso fin a la persistente incertidumbre que me corroía.

—Mentiría si dijera que no me siento un poco preocupada e inquieta por todo este asunto. Pero sí, estoy segura de que quiero seguir adelante con esto. Confío plenamente en ti, y solo estaría retrasando lo inevitable y poniéndonos innecesariamente a los dos en peligro —respondí con calma.

Mi estómago dio un vuelco en respuesta a la infinita ternura con la que me contemplaba. Sí, me estaba enamorando de mi Parca. Independientemente de los recelos que pudiera tener, esto me parecía lo correcto, como si hubiera sido ordenado desde el principio de los tiempos.

—Sentirás algo extraño, pero no te causará ningún dolor —advirtió Pharos en tono tranquilizador.

—De acuerdo —exhalé.

Giré los hombros y estiré el cuello para liberar parte de la tensión que allí se acumulaba. Tras sacudirme las manos para aflojarme aún más, le hice un gesto rígido con la cabeza indicándole que prosiguiera.

Volvió a sonreír, y luego levantó sus espadas frente a mí. Con mucho cuidado, clavó las puntas de cada guadaña en mi pecho, o más concretamente en mis pulmones. Esperaba el agudo escozor de una herida punzante, pero solo me provocó una sensación de frío seguida de un hormigueo. Miré fascinada cómo las hojas etéreas se hundían más en mí, el frescor de las puntas llegaba hasta la base de mi columna vertebral.

Con las cuchillas a medio camino, Pharos se detuvo, y sus ojos empezaron a brillar con un rojo intenso. Al mismo tiempo, sentí un fuerte tirón, como cuando Cornelius intentaba atraer a Pharos hacia él durante el traslado. Jadeé, y mis manos se aferraron a su cintura, clavándose mis uñas en su piel.

No había querido hacerlo. Sobresaltar a Pharos podría hacer que me hiciera daño involuntariamente. Para mi alivio, permaneció estoico, con los ojos clavados en sus guadañas, totalmente concentrado en su tarea. La sensación de tirón se intensificó. Como me había advertido, no dolía, pero desde luego tampoco era agradable.

Para mi sorpresa, los huesos de la base de las hojas de cada guadaña—que poco a poco se convirtieron en el báculo—empezaron a llenarse de una luz brillante e hipnotizadora. No necesitaba que me dijera que era mi esencia la que infundía sus cuchillas primigenias. Sus guadañas fantasmales eran parte integrante de él, igual que yo lo era ahora.

Durante un brevísimo segundo, la molesta voz de la duda intentó asomar de nuevo la cabeza, susurrando que podría haber sido un error. Pero la acallé de inmediato. Ya estaba hecho. Y aunque pudiera volver atrás en el tiempo, seguiría tomando la misma decisión.

Unos instantes después, Pharos sacó sus guadañas. La sensación de frío disminuyó al retirarlas. Una rápida evaluación de mí misma no indicó ningún cambio perceptible. Si no fuera porque me dijo que este proceso había hecho que ahora fuera dueño de mi alma, no tendría forma de saberlo.

El afecto, la gratitud y el asombro que brillaban en sus ojos mientras me contemplaba me debilitaron las rodillas.

—Mi Kali... —susurró con algo parecido al asombro—. Gracias por confiar en mí. Eres mía para siempre. Y ahora, yo también seré tuyo para siempre.

Parpadeé, confundida por lo que quería decir. Antes de que pudiera preguntarle, se inclinó hacia delante y reclamó mi boca. Mis labios se separaron voluntariamente cuando exigió su entrada. Sin embargo, en lugar del beso apasionado y profundo que esperaba, me sorprendió recibir en su lugar una ráfaga de energía similar a cuando me había transferido su alma en la cripta. No duró más que unos segundos, pero incluso cuando se retiró y se enderezó, pude sentir su esencia dentro de mí.

Me llevé dos dedos a los labios y le miré con los ojos muy abiertos.

Me acarició tiernamente la mejilla mientras estudiaba mis rasgos con aquel mismo profundo afecto.

—No puedo darte mi alma como tú me diste la tuya. Pero puedo darte una parte de mí para

que la conserves siempre contigo —explicó suavemente—. No puedo recuperarla. Solo tú puedes devolverla si ya no deseas tenerme, cosa que espero que nunca ocurra.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de alegría. Nunca le habría exigido ni esperado que me correspondiera de ninguna manera. Pero esto cimentó mi convicción de que había tomado la decisión correcta.

—Mi Pharos —susurré antes de fundirme contra él.

Volvimos a besarnos, esta vez de verdad, cada uno expresando la profundidad de los sentimientos que bullían en nuestro interior y que no dejaban de crecer el uno por el otro. Realmente era mi alma gemela. Fuera lo que fuera lo que nos deparara el futuro, lo superaríamos juntos.

Con mucha reticencia, nos separamos. Silencié la parte de mí que deseaba que me llevara de vuelta a cualquiera de nuestras habitaciones y sellara aún más nuestro nuevo vínculo de todo tipo de formas traviesas. Pero teníamos un asunto serio que resolver antes de poder dedicarnos a construir nuestro futuro juntos.

—Tenemos que ocuparnos de Cornelius ahora —dije frunciendo el ceño.

Asintió, y su expresión se endureció al pensar en su némesis.

—Lo sabemos, pero no ahora. Cornelius acaba de llegar a Sageville —explicó ante mi expresión de sorpresa.

—¿Sageville? ¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Puedo sentirlo. Puedo teletransportarme a las personas con las que he formado un vínculo estrecho. Basta un simple pensamiento para que sepa exactamente dónde están y cómo llegar a ellas.

—¡Es perfecto! —exclamé—. Entonces deberíamos ir enseguida y sacarlo antes de que esté listo para realizar su ritual.

Sacudió la cabeza y me dirigió una mirada de disculpa.

—No podemos. Necesito que libere mi guadaña del lugar seguro en el que la tiene actualmente. Tiene demasiadas protecciones. Cornelius no es tonto. No me lo pondrá fácil. Pero aunque estuviera dispuesto a arriesgarme, se ha encerrado en la Mansión Glocker. No hay camino directo hacia él. Ha apilado todas las salas de destierro posibles para poder prepararse. Solo cuando esté preparado las abrirá.

—¿Así que no puedes teletransportarte directamente al interior? —pregunté, con los hombros encorvados de antemano, pues ya adivinaba cuál sería su respuesta.

—Correcto. Es muy parecido a lo de la cripta —explicó—. Demasiada magia impide mi capacidad de teletransportarme dentro de sus muros. Puedo hacerlo fuera, pero preferiría no hacerlo. Cornelius conoce el alcance de mis poderes y limitaciones. No hay duda de que habrá tendido una trampa para atraparme si soy tan insensato.

—¿Y qué hacemos? ¿Cabalgar hasta allí? Son al menos cuatro o cinco horas —dije pensativa.

—Volaremos —respondió Pharos—. No pesas casi nada y tardaré menos de una hora en llevarnos hasta allí. Entonces podremos explorar el perímetro y averiguar la mejor forma de entrar.

Asentí con la cabeza, mientras mis ojos se movían de un lado a otro y se me ocurrían varias situaciones.

—¿Hay alguna posibilidad de que le pidas ayuda a tu hermano Asheron? —pregunté, con una esperanza audible en mi voz—. Cornelius también le hizo mucho daño.

Pharos lanzó un suspiro mientras sacudía la cabeza.

—Mi hermano no sabe de mi existencia. Nació poco después de que me esclavizaran. Aun así, dudo que eso le hubiera impedido ayudarme. Incluso me lo planteé, pero no puede. Cuando Asheron vino a recuperar su cola de manos de Cornelius, mi hermano se comprometió a no hacerle daño mientras dejara en paz a su compañera Ronika. Puede que Cornelius sea una vil serpiente, pero no es tonto. No ha roto su acuerdo.

—¡Maldita sea! —murmuré—. ¿Y ahora qué?

Sonrió, y el brillo travieso de sus ojos despertó mi curiosidad.

—Ahora, te entrenaremos.

Retrocedí, más confusa que nunca.

—¿Entrenarme a hacer qué?

—Estamos unidos, novia mía. Eso te da automáticamente acceso a mis poderes de regeneración. Pero ahora que también tienes una parte de mí en ti, eso te concede acceso adicional a la mayor parte de mi Magia de Muerte —dijo con suficiencia.

—¡Oh! —susurré, con los ojos abiertos de emoción—. ¡Por supuesto, entréname!

Se rio entre dientes y me agarró del brazo antes de mirarme seriamente.

—Perdona por esto. Te va a escocer —me advirtió.

Asentí y observé con curiosidad cómo la uña de su dedo índice se extendía en forma de garra afilada. La rastrilló con cuidado sobre la parte carnosa de mi antebrazo, haciendo una incisión de una pulgada. Apenas me estremecí y vi cómo unas perlas de sangre se acumulaban alrededor de la herida.

—Ahora presta atención —dijo—. Dentro del pecho, cerca del corazón, sentirás una especie de chispa. Normalmente es como un calor suave, aunque para algunos es más como estática o electricidad.

—Calor —respondí al instante—. No es muy fuerte, pero lo noto claramente, y es bastante agradable.

—Perfecto. Ése es tu pozo de regeneración. Es débil y pequeño porque tu herida también lo es. Intenta empujar ese poco de calor hacia tu brazo. Haz que vaya a tu herida.

Obedecí. Segundos después, me quedé boquiabierta cuando la sangre pareció reabsorberse en el corte, que se selló sin fisuras, dejando tras de sí una piel impecable.

—¡Por los nueve infiernos! —susurré, atónita—. ¡Otra vez!

Se echó a reír, y la felicidad y el orgullo suavizaron sus hermosas facciones. Lo hizo una vez más, pero esta vez con un tajo mucho más largo. Como él había afirmado, la chispa de mi pecho se sintió más fuerte y más grande, proporcional a la herida que había que remendar. Repetí el proceso con el mismo resultado asombroso.

—¡Esto es maravilloso! —dije, con la voz burbujeante de emoción.

—Así es. No puedes ni empezar a comprender el alivio que siento al saber que ahora posees esta habilidad —dijo Pharos con una seriedad que hizo que me derritiera por dentro.

Este hombre se preocupaba de verdad por mí y por mi bienestar.

—Durante el resto de la noche, tendrás que practicar eso, entre otras cosas, para que se convierta en algo instintivo, en un reflejo para ti. Durante la batalla, no puedes hacer una pausa para concentrarte en la curación mientras se siguen lanzando ataques contra ti. Debe surgirte de forma tan natural como respirar —advirtió.

Me lamí los labios y asentí. Durante mi aprendizaje como Maga de Sangre, lanzar hechizos defensivos sobre la marcha había sido uno de los objetivos de nuestro entrenamiento. Debía convertirse en algo natural para evitarnos daños graves. Tu enemigo no se detendría para darte tiempo a ponerte en orden.

—Pero ahora quiero mostrarte cómo tratar con venenos y toxinas. Te advierto que esto será mucho más desagradable, pues te infectaré con la peste. Solo una pequeña cantidad en una zona localizada —añadió rápidamente cuando di un paso atrás involuntario—. Es de acción lenta, así que no sufrirás ningún daño real. Solo quiero explicarte primero cómo la contrarrestarás para que estés preparada.

—Claro —dije nerviosa antes de girar los hombros para relajarlos.

—Siempre que estés envenenada, sentirás la chispa de regeneración, pero también sentirás la chispa de limpieza. Para mí, brilla roja en lugar de blanca. Pero también se siente diferente, más fría, lo cual es contradictorio con su color —dijo con expresión avergonzada.

Resoplé, encontrándolo ridículamente adorable.

—Vale, un brillo rojo que se siente frío. Entendido —respondí burlonamente—. Adelante, envenena a tu alma gemela. Estoy lista.

Arrugó la cara al verme, sin que le hicieran ninguna gracia mis burlas. Aunque lo hacía para protegerme aún más, estaba claro que odiaba causarme dolor de cualquier forma. Eso hizo que me derritiera aún más por él.

Clavó la punta de la garra de su dedo índice en ese mismo punto de mi antebrazo. No cortó, simplemente la mantuvo allí medio centímetro dentro. Sentí la Magia de Muerte que emanaba de él una fracción de segundo antes de que me infectara con ella. Me quemó al instante, como si hubiera caído allí una gota de ácido.

Siseé con los dientes apretados y luché contra el impulso instintivo de apartar el brazo de él. La piel alrededor del punto de infección se oscureció de inmediato. No se extendió a una velocidad aterradora, pero sí lo bastante deprisa como para hacerme un nudo en las entrañas.

Unos zarcillos negros se extendieron lentamente hacia fuera como tinta derramada.

—Concéntrate, mi Kali —dijo suavemente Pharos mientras retiraba el dedo.

Respiré hondo y busqué dentro de mí esa chispa. Al igual que él, la sentía fría, pero también palpitante. No parecía roja a los ojos de mi mente, sino verde. Siguiendo la lección anterior, la empujé hacia el foco de la infección. Mientras que la chispa de regeneración la había sentido como calor deslizándose por mi brazo, ésta la sentía como un ejército de hormigas arrastrándose por él, pero justo debajo de la superficie de la piel.

Calificarlo de desagradable sería quedarse muy corto, pero una vez más hizo maravillas. Un humo sombrío surgió de la herida incluso cuando los zarcillos oscuros retrocedieron y se desvanecieron. Era como si la toxina se quemara al mismo tiempo que la chispa la expulsaba. La chispa limpiadora desapareció en cuanto se eliminó la última toxina. Sin pensarlo, introduje allí mi chispa de regeneración, y ésta selló al instante la herida restante.

—Bien hecho, mi compañera —dijo Pharos con aprobación—. Tendrás que practicar esto más, ya que el veneno y las toxinas pueden causar un dolor debilitante que dificulta la concentración. Si recibes cantidades copiosas de veneno, intentar expulsarlo podría ser demasiado lento y podría permitir que se extendiera demasiado antes de que pudieras atajarlo. No intentes curarte mientras estés envenenado. Solo conseguirás sellarlo en tu interior. Si hay demasiado, atrapa el veneno en un escudo contenedor.

Se echó a reír al ver mi expresión boquiabierta. Solo podía imaginar mi aspecto. Pero, ¿qué demonios quería decir con “escudo contenedor”?

—Es lo mismo que acabas de hacer tú —explicó en tono divertido—. La diferencia es que, una vez que tu chispa limpiadora alcance la zona infectada, endurece el resplandor para que forme un muro que impida que se extienda más adentro. Te concederá un poco más de tiempo para concentrarte en la batalla antes de que puedas expulsarla y curarte adecuadamente. Tendremos que practicarlo bastante —añadió disculpándose.

—No hace falta que te disculpes. Esto es increíble. Envenéname. ¡Tenemos el resto del día! —dijo emocionada.

—No del todo, querida. Tengo mucho más que enseñarte después de eso —dijo Pharos de forma engreída y misteriosa.

—¿Más? Dímelo —dijo con evidente curiosidad.

—He dicho que tienes acceso a gran parte de mi Magia de Muerte. Voy a enseñarte a utilizarla toda.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me dijiste que obtendría todas estas ventajas? No me habría esforzado tanto por conseguirlas —dijo en tono juguetón.

—Quería que nos eligieras libremente, no por ningún incentivo. Por otra parte, esos incentivos solo se deben a que me entrego a ti porque estoy loco por ti.

La sonrisa más tonta se dibujó en mi cara mientras luchaba contra el impulso de darle un abrazo que aplastara sus huesos.

Pero entrenarme, desde luego que lo hizo. Pasamos el resto de la tarde practicando la combinación de su Magia de Muerte con mi Magia de Hueso y Sangre. Nunca me había sentido tan poderosa en toda mi vida. Presumir ante él también me hizo sentir un cosquilleo en todos los lugares adecuados. Pharos no practicaba Magia de Sangre. Sin embargo, como me había dicho que su madre le había dicho que combinarlas tendría un gran poder, experimenté libremente y ambos quedamos asombrados de lo potente que era.

Aquella noche, a pesar de sentirnos debidamente agotados por el intenso entrenamiento, nos perdimos el uno en el otro. Nuestro amor fue apasionado y casi desesperado. Mañana podría ser el final para uno de nosotros o para los dos. Me negaba a aceptar esa posibilidad, pero mi mente tenía voluntad propia.



CAPÍTULO 15

La mañana llegó demasiado pronto. Una parte de mí se alegró de que este horrible capítulo de mi vida terminara por fin, de un modo u otro. Pero otra parte de mí estaba aterrorizada ante el posible desenlace. Por mucho que no quisiera morir, lo que me preocupaba era mi compañera.

Su hilo vital brillaba con mayor intensidad. No había dejado de aumentar desde que me entregó voluntariamente su alma. La seriedad con la que se entrenó durante todo el día de ayer lo reforzó aún más. Aunque me daba esperanzas, seguía existiendo una posibilidad demasiado grande de que las cosas no salieran como yo quería.

Me destrozaba saber que traerla conmigo la ponía en peligro, pero ir sin ella también garantizaba mi muerte. Se me pasó varias veces por la cabeza la idea de arriesgarme solo. La deseché sistemáticamente. Aparte de que sería suicida y estúpido, mi novia nunca consentiría que la dejara atrás.

Me calentó el corazón ver lo sinceramente que se preocupaba por mí y por mi bienestar.

Mi despedida de Myress resultó bastante incómoda. Lo hice mientras Kali empaquetaba el puñado de objetos que utilizaría en la batalla. Ella no necesitaba presenciarlo.

—Si no regreso, deberás buscar a mi compañera y enseñarle a cruzar el Velo para que pueda venir aquí a voluntad —dije con tono factual—. Esta casa y todo lo que poseo serán suyos mientras ella viva.

—Sí, Amo —respondió ella obedientemente—. ¿Ella me echará?

Me eché atrás.

—No, claro que no. Ésta también es tu casa. Puede que sea la ama, pero nunca te dejará sin hogar. De hecho, es probable que necesite tu apoyo para superar los primeros meses.

—Lo comprendo. Pero no será necesario. Volverás. Siempre lo haces. Nunca se permitirá que ese nigromante mortal mate al hijo de la Tejedora y del gran Señor de la Muerte Azrael. No esperé quinientos años a que volvieras solo para enterrarte. Haz que el nigromante sufra por todas sus fechorías. Tendré preparada tu comida favorita cuando vuelvas —dijo con una convicción que, extrañamente, me dio una chispa de esperanza.

Sin esperar mi respuesta, giró sobre sus talones y volvió a sus quehaceres. Resoplé y sacudí la cabeza antes de volver junto a mi compañera.

—¿Preparada? —pregunté en voz baja.

Kali asintió con firmeza. El orgullo llenó mi corazón cuando me sostuvo la mirada con una determinación impertérrita que infundía respeto. La mayoría de la gente temblaría de miedo.

Tras pensarlo mejor, en lugar de volar a Sageville, decidí teletransportarnos a una distancia lo bastante alejada de la Mansión Glocker como para evitar caer en una trampa. Solo habría sido una hora de vuelo, pero preferí ahorrar hasta el último gramo de energía que poseía, además de concedernos tiempo adicional para inspeccionar el perímetro.

Acabamos en el bosque, a unos 800 metros de la mansión. Para mi alegría, mi compañera soportó el teletransporte sin ninguna molestia. Los humanos a veces se sentían mareados o desorientados durante un rato después. Sin duda, el hecho de que estuviéramos unidos contribuyó a que a Kali le resultara más fácil.

Inmediatamente se puso a merodear en busca de un pájaro al que atrapar. Lo ideal habría sido un cuervo, pero no había ninguno en los alrededores. Por suerte, encontró una urraca. No eran tan poderosas para la magia como los cuervos, pero servían perfectamente en este contexto.

Con un rápido hechizo de posesión, Kali tomó el control del pájaro y observó la tierra a través de sus ojos. Bajo mi dirección, lo llevó volando hasta la mansión, describiendo lo que veía por el camino.

—Las puertas delanteras están cerradas. Hay algunas luces encendidas en el interior de la casa, pero no percibo la presencia de nadie dentro del edificio. Lanzar Magia de Sangre a través de un esclavo es bastante difícil y limitado —añadió disculpándose.

—¿No hay nadie? —pregunté, desconcertado.

Podía sentir claramente la atracción de su presencia en la Mansión.

—Sí, hay gente, pero no dentro de la casa —enmendó, con los ojos aún desenfocados y la mirada perdida en la distancia—. Ahora estoy dando vueltas por la parte de atrás, donde siento su presencia.

Mi espalda se puso rígida cuando la expresión de su rostro cambió a algo parecido al horror y la incredulidad.

—¿Qué demonios está pasando? —susurró, atónita.

—¿Qué ves? —pregunté, con la voz llena de tensión.

—Están en la terraza de fuera —dijo Kali, con los ojos revoloteando de un lado a otro mientras observaba la escena a través de los ojos de la urraca—. Cornelius está cerca de la pared, a la izquierda de las grandes puertas del patio. Hay un enorme altar frente a él. Su guadaña está sobre él. Hay todo tipo de runas, huesos pulidos y sangre a su alrededor.

Maldije en voz baja al confirmar que estaba preparando el ritual de atadura que provocaría mi muerte definitiva. La mera idea de que profanara mi guadaña me hacía hervir la sangre de rabia.

—Alva y Meri están de pie a izquierda y derecha del altar. Están recitando algún tipo de

conjuro. No puedo oírlas, pero estoy segura de que no tiene nada que ver con tu guadaña, y todo que ver con Piers.

—¿Piers? —repetí, sorprendido—. ¿Qué está haciendo?

—Parece que lo están sacrificando —dijo Kali frunciendo el ceño—. Está tendido en el suelo, abierto de piernas, con las muñecas y los tobillos atados con grilletes de sangre. Está gritando y... ¡Oh, Dioses!

—¿¿Qué?!! —exclamé al ver la sangre que le corría por la cara y su repentino aire de pánico.

—¡Sabe que estamos aquí! —susurró temerosa, con la tensión endureciéndole los hombros.

Respiró agitadamente durante unos segundos, sus ojos se movían de un lado a otro mientras rezumaba energía mágica a raudales. Quise presionarla para que me contara lo que estaba ocurriendo, pero me mordí la lengua, pues intuía que necesitaba concentrarse. Al cabo de treinta segundos que parecieron horas, los hombros de Kali por fin se relajaron. Parpadeó y se volvió para mirarme con una mezcla de preocupación y culpabilidad.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estaba sobrevolando el patio cuando Cornelius levantó la vista. Miró directamente a los ojos del pájaro. Sonrió y saludó con la mano antes de reanudar el ritual que estaba realizando —dijo con un estremecimiento.

Maldije de nuevo.

—No parece sufrir dolor ni angustia. Así que supongo que has conseguido escapar.

Vaciló.

—Saqué al pájaro de allí con seguridad y lo solté. Pero Cornelius no atacó. Solo quería asegurarse de que sabíamos que era consciente de nuestra presencia. No entiendo por qué no atacó. Seguro que sabe que matar al pájaro mientras lo controlaba me habría perjudicado.

—Se está haciendo el fuerte —dije, con el odio que me ardía en las entrañas hacia él claramente audible en mi voz—. Le encanta la guerra psicológica. Es su forma de decirnos que no le molesta ni le asusta nuestro ataque inminente. Está preparado y lo agradece.

—¿Pero qué pasa con Piers? —preguntó, con el ceño fruncido—. Ha sido su leal aprendiz durante bastantes años.

—Así es —dije pensativamente—. Cornelius siempre dio más importancia a las dos mujeres. Disfrutaba follándose a Alva y admiraba su personalidad maliciosa. Pero le encantaba el poder de Meri. Piers tenía su propósito, pero me confundió que no lo hubiera traído cuando fuimos a cazar la mantícora. Ahora me pregunto si había sido intencionado para que no supiera el destino que le aguardaba.

—¿Hay alguna posibilidad de que Piers se sometiera voluntariamente a lo que sea que esté pasando? —preguntó Kali.

Fruncí los labios mientras reflexionaba sobre el asunto.

—Con esos tres, todo es posible. Si Cornelius le prometió un aumento significativo de poder si se ofrecía voluntario, podría ver a Piers consintiéndolo. Pero tampoco me extrañaría que

Cornelius le hubiera engañado o coaccionado para que hiciera lo que fuera. Solo el tiempo lo dirá. La cuestión es...

Un tirón repentino me interrumpió. Inspiré bruscamente y sacudí la cabeza en dirección a la mansión.

—¿Qué pasa? —preguntó Kali con recelo.

—El camino está abierto —dije, con el estómago anudado por la aprensión—. Cornelius ha levantado las protecciones contra el destierro. Siento cómo tira de mí, cómo me provoca.

—¿Nos vamos o nos retrasamos? —preguntó Kali, la misma tensión que yo sentía audible en su voz.

—Debemos irnos —rechiné entre dientes—. Por mucho que odie seguir sus reglas, retrasarlo más no servirá de nada. Entraré primero en mi forma de espectro. Las mujeres no podrán verme a menos que desplacen su visión. E incluso entonces, puedo desvanecerme un poco más para ser totalmente invisible. Y a menos que utilice mi guadaña, Cornelius tampoco podrá.

—No —dijo Kali con firmeza mientras negaba con la cabeza—. No hay duda de que les ha tendido una trampa allí. Cornelius te ha acogido durante los últimos cinco siglos. Te conoce lo suficiente como para esperar que entres utilizando tus poderes de invisibilidad. Yo debería ser la primera en ir.

—¿QUÉ? ¿Estás loca? —exclamé—. ¡Todos podrán verte!

—Sí —concedió con calma—. Pero las mujeres y Cornelius utilizaban Magia de Sangre. Yo puedo leerla e interpretarla. Tú no puedes. Estoy segura de que hay trampas en el suelo que se activarán en cuanto las pisen. Si no, ¿por qué habrían elegido una zona tan grande y abierta, con un terreno llano?

—Aunque eso fuera cierto, seguiría poniéndote en peligro —argumenté.

—Lo mires como lo mires, hoy me pondré en peligro. Pero lo haré en mis propios términos. Cornelius no me quiere a mí, te quiere a ti. Puedo crear una distracción mientras permanezco fuera del alcance de sus hechizos e interrumpir su ritual para que puedas entrar a salvo.

Apreté los dientes y sacudí involuntariamente la cabeza, con más ganas de decir que no y discutir.

Kali apretó una palma contra mi pecho y lo acarició suavemente de forma tranquilizadora.

—Mira, sé que tienes miedo por mí. Pero tanto tu madre como tu hermano dijeron que tenía que venir a este combate. Confía en ellos y confía en mí. Yo debo ir primero. Lo siento en los huesos.

Me quedé mirándola un rato en silencio, con demasiadas emociones encontradas luchando en mi interior. Apoyé la palma de la mano en el dorso de la suya sobre mi pecho, con el corazón dolorido ante la idea de perderla.

—No te atrevas a hacerte daño —gruñí al fin.

Se rio y se apoyó en mí. Mi brazo derecho se cerró inmediatamente a su alrededor, atrayéndola con fuerza en mi abrazo.

—Ahora puedo regenerarme, ¿recuerdas? Alguien me hizo casi imposible de matar —dijo burlonamente.

—Será mejor que recuerdes tus lecciones —gruñí antes de reclamar sus labios con una posesividad mezclada de pasión y desesperación.

Con mucha reticencia, la solté y dejé que mi mirada recorriera la perfección de sus rasgos como si quisiera memorizarlos. Desplacé la vista para observar su hilo. A pesar de la preocupación que retorcía mi interior, no pude evitar una sonrisa de alivio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—El hilo de tu vida es aún más brillante y fuerte ahora que esta mañana —confesé—. Aún no está al nivel que yo desearía, pero la mayoría de los caminos funestos han desaparecido. Estamos tomando las decisiones correctas.

—Claro que sí —dijo convencida—. Vamos a ganar. Pero, ¿y tus hilos?

Le dirigí una mirada de disculpa.

—Lamentablemente, no puedo ver a los míos. Pero ver prosperar a los tuyos me da esperanzas.

—Entonces vayamos a deshacernos de la basura y zanjemos el asunto de una vez por todas —dijo Kali.

Asentí y reclamé sus labios en un último beso. La cogí en brazos y la acerqué a la mansión, rodeando las puertas exteriores hasta el patio trasero. A pesar de mi anterior reticencia, me sentí silenciosamente agradecido de que ella pudiera escanear en busca de las protecciones y trampas que pudieran haberme tendido.

La dejé en el borde del espeso jardín que proporcionaba cierto resguardo de la vista. No dijimos ni una palabra. Con el corazón encogido, dejé que mis ojos hablaran por mí mientras le acariciaba la mejilla. Ella sonrió, se inclinó hacia mí y giró la cara para besarme la palma de la mano. Al soltar la mano, me di cuenta de que estaba enamorado de aquella mujer. Costara lo que costara, ninguno de los dos moriría aquel día. Había esperado demasiado tiempo para encontrar la otra mitad de mí como para que terminara ahora.

Me desvanecí en mi forma etérea y empecé a recorrer invisiblemente el perímetro que mi compañera había considerado seguro. Se me retorció el estómago cuando Kali empezó a caminar audazmente hacia el patio. No sabría decir si me impresionó más que me preocupó su seguridad. Quería creer que no era un signo de arrogancia temeraria ahora que tenía poderes mejorados. Sabiendo que era el miedo que sentía por ella lo que me ponía paranoico, deseché esos pensamientos negativos.

Segundos después, mi sangre se convirtió en hielo cuando Piers emitió un grito desgarrador. Su cuerpo desnudo empezó a hincharse, sus miembros a retorcerse como se retorcería una toalla mojada para escurrir el agua. Era grotesco y horrendo. Su piel se oscureció y aparecieron manchas de tinta por todo su cuerpo excesivamente hinchado.

—¡Pharos, puedo sentirte acechando en las sombras! —gritó de repente Cornelius, con los

ojos revoloteando de un lado a otro buscándome—. Sal, sal, pequeño Ángel. ¡Vamos a jugar!

—¡Creo que no! —gritó Kali mientras seguía acercándose.

La cabeza de Cornelius se movió en su dirección. El odio y la malicia instantáneos que descendieron por sus facciones hicieron que mis instintos protectores se dispararan. A duras penas me abstuve de correr hacia él y desgarrarle miembro a miembro por albergar malas intenciones hacia mi novia.

—Vaya, vaya. ¡Pero si es el ladronzuela! —siseó Cornelius—. ¿Qué está pasando? ¿Pharos está demasiado asustado para enfrentarse a mí? ¿Necesita que su putita luche sus batallas por él?

—Tú sí que sabes hablar, carroñero —replicó Kali con desprecio mientras seguía acercándose—. Necesitas a tus dos perras para librar tu batalla y sacrificar a ese tonto. Me parece bastante patético.

En otras circunstancias, me habría reído de la expresión indignada de Cornelius. Aquel monstruo tenía la piel increíblemente fina. Podía repartir insultos, pero no soportaba ni el más mínimo desaire.

—Me divertiré contigo cuando acabe con él. Serás mi obediente putita. Mantendré esa asquerosa boca tuya tan llena de pollas que no podrás escupir más faltas de respeto a tus superiores —gritó Cornelius, su ira casi palpable.

Pero sus palabras avivaron las mías.

Kali agitó una mano desdeñosa.

—Tus amenazas no son más que un pedo en el viento. No vivirás más allá de esta noche. Disfrutaré viendo cómo imploras clemencia antes de que no te la concedan.

—Gracias a esa patética Parca, viviré para siempre, puta. Para siempre. Y cuando termine de utilizarte de todas las formas imaginables, te convertiré en la puta local del pueblo e incluso haré que entretengas a lo que queda de tu hermano. Al fin y al cabo, hace tiempo que no tiene coño.

Cegado por la furia, comencé a avanzar hacia el patio interior.

—¡Pharos, para! —gritó Kali.

Su voz atravesó la neblina roja que había descendido ante mis ojos. Me quedé inmóvil. Durante medio segundo, casi me asusté, pensando que había salido de mi forma de Espectro en mi ira. ¿Cómo iba a verme si no? Y entonces me di cuenta de que, como mi compañera de vínculo, siempre podía sentir dónde me encontraba en un radio determinado.

Cornelius se levantó y movió la cabeza de un lado a otro, buscándome. Ni siquiera alterando su visión consiguió detectarme.

Eso me complació enormemente.

Sin embargo, cuando Kali se abrió la palma de la mano y extendió los brazos con las palmas hacia arriba, reclamó mi atención. Empezó a pronunciar un conjuro. En cuestión de segundos, el mayor anillo mágico que jamás había visto apareció en el patio, y el pálido resplandor rosa se intensificó rápidamente hasta convertirse en un tono rojo furioso.

Mi sangre se convirtió en hielo al reconocer algunos de los patrones del primer círculo con el

que me había atrapado en la Cripta Hemdell. No era idéntico. Aquél era mucho más complejo, con una serie de símbolos que nunca había visto. Una serie de líneas, remolinos y runas habían sido grabadas en un patrón que parecía apuntar hacia el altar. Aunque no sabía mucho de Magia de Sangre, reconocí la sección que servía de trampa en lo más profundo del círculo.

Todo esto gritaba el tipo de magia antigua que muy poca gente se atrevería siquiera a intentar. Y sin mi mujer deteniéndome, habría cruzado el borde exterior del círculo en solo un par de pasos más.

—Vaya, vaya —dijo Kali, haciéndose eco del nigromante de forma burlona—. ¿Otra vez con tus viejos trucos sucios, Cornelius? Lástima que esta vez no funcionen.

Una sarta interminable de maldiciones brotó de la boca del nigromante al ver así expuesta su trampa.

Totalmente imperturbable, mi compañera volvió a pronunciar palabras de poder. Una oleada de Magia de Muerte emanó de ella, mezclada con una gran cantidad de Magia de Sangre. Ni siquiera podía fingir que comprendía qué clase de hechizo estaba lanzando, pero sus efectos no tardaron en hacerse evidentes. Observé con asombro cómo los bordes del círculo empezaban a deshacerse.

—¡Maldita puta! —gritó Cornelius.

Para mi sorpresa, le lanzó dos docenas de dardos de sangre. Salí de mi forma de espectro, volví a ser visible y succioné la fuerza vital de los dardos. Se convirtieron en cenizas arrastradas por la suave brisa vespertina mucho antes de que pudieran alcanzar a mi mujer. Sin perder un instante, lancé un golpe mortal a Cornelius, sabiendo que no sería tan fácil. Con toda seguridad, el hechizo alcanzó el escudo de sangre que habían erigido para protegerle a él y a sus dos aprendices femeninas.

De todos modos, incluso sin el escudo, mi golpe mortal habría causado un daño insignificante. El anillo amortiguaba mi magia al atravesarlo, debilitándola aún más al cruzar la distancia.

Cornelius soltó una carcajada, sus ojos brillaron con malicioso regocijo al verme por fin.

—Aquí tienes, mi pequeña mascota. Ahora empieza la verdadera diversión. Prepárate para sufrir como nunca antes has sufrido —gritó el nigromante.

Pronunció una serie de palabras de poder. Se me cayó el estómago cuando los grilletes de sangre que sujetaban a Piers al suelo cubierto de piedra se desprendieron y se puso en pie de un salto, por muy retorcidos que estuvieran, en un rápido movimiento. El joven apuesto y larguirucho que había sido ya no existía. En su lugar, una criatura monstruosa e hinchada me miraba con ojos saltones inyectados en sangre. Parecía demasiado grande para su piel, que parecía una tela excesivamente estirada sobre lo que se contoneaba bajo ella, como si estuviera a punto de reventar.

Piers se abalanzó hacia delante, abriendo la boca hasta lo imposible para soltar un chillido desgarrador. Interminables filas de dientes llenaban su boca.

Para mi sorpresa, en lugar de venir a por mí, se volvió para mirar a Kali antes de escupir un chorro de sustancia negra y aceitosa hacia ella. Al igual que había hecho con los dardos de sangre de Cornelius, drené la energía de lo que fuera aquella sustancia. Una vez más, se disipó en una lluvia de cenizas. Sin embargo, pude sentir el ácido y la virulenta toxina que había en ella.

—¿Qué le has hecho?! —exclamé, con horror e incredulidad en la voz.

—¿Lo he hecho increíblemente letal e inmortal! —se jactó Cornelius.

—No lo creo —repliqué, con un desafío en la voz.

Invocando todo mi poder, lancé un potente golpe mortal sobre Piers. Para mi consternación, la abominación en la que se había convertido no murió instantáneamente como debía. Se limitó a gritar y a tambalearse unos pasos antes de recobrar el equilibrio. Sin embargo, su piel se estiró aún más al ganar más masa. De algún modo, el daño que sufrió le hizo crecer.

Repetí el ataque un par de veces más, frustrado por no poder cargar sin más. Pero el miserable efecto amortiguador del círculo seguía frustrando mis esfuerzos. Kali lo deshacía con diligencia. Sin embargo, tardaría un rato, teniendo en cuenta su enorme tamaño y el poder de los hechiceros que lo habían lanzado para empezar.

Agravado por el continuo avance de Piers hacia mi hembra, invoqué mis guadañas fantasmales, enderecé la cadena de hueso que las unía para convertirla en un bastón de doble hoja y luego lo lancé como un bumerán contra la abominación pesada. En cuanto mi arma abandonó mi mano, me di cuenta de que había cometido un error. La expresión triunfante de Cornelius me aterrorizó. Extendí la mano hacia la espada para recuperarla, pero ya era demasiado tarde.

Encontró su objetivo y atravesó a Piers.

En el momento en que la hoja hizo contacto, el aprendiz estalló en lo que al principio supuse que era una lluvia del mismo aceite negruzco que había escupido a Kali. Pero resultaron ser gigantescos tentáculos de sombra con feroces púas en las puntas. Salieron disparados en todas direcciones, dos de ellos corriendo directamente hacia mi mujer. Apenas tuve tiempo de apartarla con un golpe elemental. Estaba demasiado concentrada en deshacer el círculo para reaccionar adecuadamente ante la amenaza.

Pero unos cuantos tentáculos más que corrían hacia mí me obligaron a esquivarlos. Sin detenerme, lancé otro golpe mortal a la gigantesca criatura de sombra en que se había convertido Piers mientras cogía mis guadañas de vuelta. Para mi sorpresa, la criatura se desvaneció en sombras oscuras, mi hechizo lo atravesó y se desvaneció en la distancia debido al efecto amortiguador del círculo.

Detrás, las dos aprendices aumentaron la intensidad de sus conjuros. Simultáneamente, Piers creció en tamaño y masa, alcanzando fácilmente una altura de cuatro metros, con sus tentáculos extendiéndose casi tres veces esa longitud. No podía dar un nombre a aquello en lo que se había convertido. La bestia se deslizaba por el suelo como un calamar, pero poseía un torso superior humanoide. La cabeza—que también tenía tentáculos más pequeños a modo de pelo—tenía una

mezcla de canino y reptil, con media docena de ojos rojos brillantes e interminables hileras de dientes de daga que llenaban su boca sobredimensionada. A diferencia de un calamar, no tenía ventosas en los tentáculos de la parte inferior del cuerpo. En su lugar, lo cubrían escamas puntiagudas con feroces garras ganchudas en las puntas.

La bestia volvió a atacar. Me aparté volando e inmediatamente la fulminé con mi necrosis, además de lanzarle mi aura de muerte. Piers chilló cuando el extremo de sus tentáculos empezó a marchitarse antes de que pudieran alcanzarnos a mi compañera o a mí. Sin embargo, se desvaneció y volvió a su forma sombría, desprendiéndose al instante de la necrosis.

Aunque seguía sin poder entrar en el círculo, Kali estaba haciendo progresos impresionantes destrozándolo. Se dio cuenta astutamente de que combinar la necrosis a su Magia de Sangre actuaba como un virus que astillaba el círculo, deshaciéndolo aún más rápido. Solo necesitaba mantenerla a salvo mientras realizaba esa tarea. Volé por la zona directamente delante de ella, utilizando mis poderes para destruir cualquier tentáculo que se precipitara en nuestra dirección, cortando a otros con mi guadaña y obligando a Piers a desvanecerse en humo con mi aura de muerte.

Para mi deleite, la criatura se tambaleaba rápidamente mientras Alva y Meri luchaban por contrarrestar mis ataques. Estaba claro que eran las titiriteras que alimentaban al monstruo en que habían convertido a Piers. Pero a pesar de todos sus poderes, no conocían la Magia de Muerte ni sabían cómo contrarrestarla.

La marea estaba cambiando a nuestro favor, y pronto podría ir a hacerles pedazos.

Concentrado en hacer retroceder a la bestia y proteger a mi mujer, no me di cuenta de que Piers disparaba sus tentáculos a una distancia mucho menor que antes. Para poder cortarlos con mis guadañas, necesitaba avanzar. Cuando me di cuenta de lo que ocurría, ya había cruzado el círculo mágico.

Antes de que pudiera salir corriendo, Cornelius golpeó con la mano la espina dorsal de mi guadaña y gritó una palabra de poder.

Un dolor debilitante me atravesó la columna vertebral y me desgarró el alma. Era como si hubiera viajado en el tiempo hasta aquel espantoso día en la cripta en que maté accidentalmente a aquel humano. Me sentí caer en picado hacia el suelo desde donde había estado volando delante de Kali. Intenté recuperarme antes de estrellarme, pero tres tentáculos de la bestia me atravesaron: dos en el pecho y uno en el muslo derecho.

Grité mientras Piers tiraba de mí como con un arpón de cuerda hacia su gigantesca boca.

—¡PHAROS! —gritó Kali.

A través de la bruma de agonía que me desgarraba, golpeé instintivamente a la criatura con mi guadaña. Medio segundo antes de que conectara con el lateral de su boca, Piers volvió a convertirse en humo en una maniobra evasiva. Cuando se desvaneció, también lo hicieron los tentáculos que me empalaban. Caí la corta distancia que me separaba del suelo y aterricé pesadamente sobre las duras piedras que lo pavimentaban. Me quedé sin aliento y las heridas

abiertas que me habían dejado los tentáculos sangraban abundantemente.

Derramar mi propia sangre dentro de un círculo de sacrificio era lo último que necesitaba.

Cuando intenté alejarme volando mientras invocaba mi regeneración, lo que me parecieron cien agujas gigantes me atravesaron de nuevo por todos lados, mientras la bestia se materializaba de nuevo, pero esta vez con tentáculos mucho más pequeños. Grité de agonía, comprendiendo que iba a someterme a un ciclo interminable de dolor para doblegarme mientras me robaba mis poderes. Sin embargo, antes de que pudiera lanzar otra aura de muerte o necrosis, Cornelius volvió a golpear el hueso de mi guadaña que yacía en el altar ante él.

Esta vez, sentí cómo se me hacía añicos la columna vertebral. La cabeza me dio vueltas y luché por evitar que los ojos se me fueran a la nuca mientras otra tanda de agujas me atravesaba, perforando carne y órganos. A través de una visión borrosa, vi pasar una ráfaga de rayas rojas. Solo cuando oí gritar a Meri me di cuenta de que las rayas rojas habían sido dardos de sangre lanzados por mi mujer. Manchas oscuras de necrosis se extendían alrededor de los puntos de entrada de cada dardo que había encontrado su marca en Meri. Se arañó a sí misma mientras retrocedía dando tumbos.

Sin su magia alimentándola, la bestia flaqueó, liberándome. Drené toda la fuerza vital de la criatura que pude para regenerarme antes de que se convirtiera en sombras. Pero justo cuando Cornelius iba a destrozarme de nuevo golpeando mi guadaña, otra ráfaga de dardos de sangre le obligó a lanzar un hechizo protector para parar el ataque de mi compañera. Era la pequeña abertura que necesitaba. Luchando contra el dolor, lancé mi guadaña fantasmal contra el nigromante. Consiguió esquivarla a duras penas y una vez más trató de aplastar mi arma, solo para verse frustrado por otra andanada de dardos.

Cargué hacia delante mientras mi guadaña fantasmal volvía a mí. Con un movimiento de muñeca, la dirigí hacia Alva mientras lanzaba mi aura de muerte para marchitar cualquier nuevo tentáculo o aguja que Piers quisiera dispararme. Pero mi guadaña fantasmal atravesó a Alva por la espalda, cortándola por la mitad. Su torso cayó al suelo antes que la parte inferior de su cuerpo, con el rostro congelado en una expresión de sorpresa.

Piers chilló cuando la última de sus manipuladoras pereció y volvió a su forma sólida. Sin vacilar, mi Kali le lanzó una necrosis sanguínea mucho más potente de lo que la creía capaz. La bestia empezó a pudrirse de dentro hacia fuera a una velocidad aterradora. En otras circunstancias, habría querido admirar el macabro espectáculo. Pero tenía asuntos más importantes de los que ocuparme.

La expresión de pánico y terror en el rostro de Cornelius al verme volar a velocidad vertiginosa hacia él fue literalmente orgásmica. Intentó lanzar un hechizo ofensivo contra mí, pero mi golpe mortal destrozó su escudo de sangre y le hizo retroceder a trompicones.

Detrás de mí, oía a mi compañera correr hacia nosotros. Al acortar la distancia con mi némesis, sentí que una oleada de magia volaba a mi lado y golpeaba la sangre del altar que rodeaba mi arma. Al instante levitó y voló hacia mí. Le agradecí en voz baja a mi compañera

mientras la cogía en el aire y la giraba para que la hoja cortara a Cornelius por la mitad, desde la parte superior de la cabeza hasta el pecho.

Medio segundo antes de que mi guadaña verdadera conectara con su cráneo, una espada resplandeciente apareció frente a mí, bloqueando el poderoso golpe. Entonces, una poderosa ráfaga de magia me hizo volar unos metros hacia atrás. La conmoción y la ira me invadieron ante aquel engaño.

Me preparé para tomar represalias contra aquel enemigo traicionero, pero me quedé inmóvil al darme cuenta de quién había intervenido.

—¡Padre! —exhalé.



CAPÍTULO 16

El grito victorioso que vibraba en mi pecho murió en mi garganta cuando una hoja brillante apareció de la nada, impidiendo que Pharos matara al tres veces maldito hijo de puta que había convertido nuestras vidas en un infierno. Antes de que pudiera comprender por completo qué lo había provocado, empecé a lanzar un hechizo ofensivo para fulminar al intruso, solo para quedarme paralizada en un shock total y absoluto.

Me quedé boquiabierta cuando la Tejedora, el mismísimo Ángel divino de la Muerte Azrael y el Alto Señor del Infierno Alderan aparecieron alrededor del altar. De pie unos metros por detrás de su padre, cerca del borde de lo que quedaba del círculo, Haroth miraba fijamente a Cornelius con una sonrisa salvaje que debería haberme aterrorizado. Mi cerebro registró brevemente que—esta vez—Haroth tenía carne debajo de la piel, en lugar de su anterior aspecto esquelético. Por derecho, no debería haber sido capaz de adivinar la identidad del impresionante macho que ahora encarnaba con una tez del color de la arena del desierto. Pero a un nivel visceral, lo reconocí... lo sentí en mis huesos.

Sin embargo, la escena que se desarrollaba ante mí reclamó mi atención.

—¡Padre! —susurró Pharos con incredulidad.

Pero su progenitor no respondió.

Decir que era despampanante no era suficiente para hacerle justicia. Sobrepasaba a su hijo en al menos una buena cabeza, y sus alas parecían casi demasiado grandes para que las pudiera llevar. Sin embargo, colgaban con gracia y sin esfuerzo, parcialmente abiertas tras él. Eran de un blanco inmaculado, del mismo color que la falda que colgaba del cinturón dorado de su cintura. Al igual que Pharos, llevaba hombreras, brazales y un cinturón adornado, pero los suyos eran del oro más brillante, con incrustaciones de gemas preciosas. Una capucha blanca, del mismo lujoso tejido que su falda, ocultaba parcialmente su rostro. A pesar de la sombra que proyectaba, el brillo blanco de sus ojos iluminaba sus rasgos lo suficiente para que pudiera ver la noble nariz, los labios carnosos y la mandíbula cuadrada del padre de mi hombre. Unos mechones de pelo negro asomaban por los bordes de su capucha.

Al mismo tiempo que bloqueaba la guadaña de Pharos con su espada, Azrael dio un golpe

con la muñeca derecha, haciendo que Cornelius saliera despedido hacia atrás. El nigromante golpeó con fuerza su espalda contra la pared situada a un par de metros detrás de él. El aire salió disparado por el impacto. Habría caído de bruces mientras la gravedad hacía su magia. Pero Alderan cerró el puño ante él, girándolo como si quisiera hacer girar una llave. Cornelius chilló cuando los huesos de sus articulaciones se abrieron como garfios, clavándolo a la pared, con los brazos y las piernas abiertos como el hombre de Vitruvio.

Observé atónita cómo el Señor de los Demonios de Hueso Alderan arrancaba cuatro de las púas óseas que sobresalían de sus propios antebrazos y las lanzaba como dagas contra Cornelius. Cada una encontró su objetivo, incrustándose perfectamente una en cada uno de sus hombros y las otras dos en la parte carnosa de sus muslos, proporcionándole más apoyo para que no se deslizara por la pared.

Tragué saliva y mis ojos se dirigieron hacia la Tejedora. Por los nueve infiernos, era aterradora. No de un modo monstruoso, sino por el poder y la rabia que emanaban de ella. La primera vez que la vi, me pareció que no tenía edad, aunque era claramente una mujer mayor, a pesar de su piel lisa y sin imperfecciones.

Ahora mismo, su edad era aún más indefinible. A primera vista, apenas parecía tener veinticinco años. Su piel, ligeramente bronceada, parecía rodeada de un suave resplandor, al igual que su pelo, increíblemente largo y de color blanco plateado. En su cabaña de bruja, su pelo daba la impresión de ser de ese color debido a las canas propias de la edad. Aquí, era claramente el marfil prístino de su inusual color y fluía suelto detrás de ella, liberado de la anterior trenza única en la que se había trenzado. Sus ojos, normalmente púrpuras, parecían llenos de relámpagos cuando casi le enseñó los dientes. Había desaparecido el largo vestido dorado de aspecto medieval con un grueso cuello de piel que llevaba en su cabaña. Ahora me recordaba a la Diosa Atenea, con su falda romana corta de cuero oscuro y su coraza de cuero.

—¡No... no puedes! —gritó Cornelius, con la voz tensa por el atroz dolor de haber sido crucificado contra la pared—. El... el pacto....

Sus palabras se interrumpieron bruscamente cuando Azrael hizo un gesto de agarre. Mi sangre se convirtió en hielo cuando, literalmente, arrancó el alma de Cornelius de su cuerpo. Parecía una silueta luminosa del nigromante. Para mi sorpresa, se marchitó, su luz se desvaneció en humo oscuro y su alma apareció desinflada y arrugada. Solo tardó unos segundos, llenos de los gritos incorpóreos de Cornelius. Con la misma indiferencia, Azrael arrojó de nuevo el “alma” del nigromante a su recipiente corporal empalado.

Aunque Cornelius respiró entrecortadamente en cuanto reintegró su cuerpo, pude sentir que ya no quedaba vida verdadera en él. Ni siquiera podía describir en qué se había convertido. Estaba muerto y, sin embargo, no lo estaba.

Con los ojos clavados en el nigromante con una mezcla de odio y algo más que no sabría definir, Pharos se acercó a mí. Me cogió la mano a ciegas y me atrajo contra él de forma protectora.

—¡No podéis hacer esto! —gritó Cornelius—. ¡No podéis intervenir en asuntos mortales!

—Claro que podemos, gusano —siseó Cliona, acercándose unos pasos al altar—. Mi Pharos acabó con tu hilo hace unos instantes. Azrael se limitó a asegurarse de que ya no estás vivo según las reglas humanas. Ahora nos toca jugar. Nunca debiste hacer daño a mis hijos.

—¡¿Qué?! —espetó Cornelius, con el terror mezclándose con el dolor que lo destrozaba.

—¿Querías ser inmortal? —preguntó Azrael, su voz retumbante casi sonaba como un trueno crepitante—. Te he concedido ese deseo. Nada ni nadie podrá acabar con tu vida... tal como es ahora. También deseabas una regeneración sin fin. Considera también concedido ese deseo. Créeme, te arrepentirás de haber codiciado lo que no era tuyo.

Con eso, unas garras de diez centímetros de largo sobresalieron de las yemas de los dedos de Azrael antes de clavarlas en el corazón del tonto. Se me pusieron los pelos de punta por la poderosa ráfaga de magia que irradió el Ángel. Cornelius emitió un grito desgarrador mientras un resplandor rojo empezaba a latir en su pecho.

En cuanto Azrael retiró la mano, Cliona se arrancó unos mechones de pelo y los dirigió hacia el nigromante. Los soltó y se dividieron en agujas de diez centímetros de largo que volaron como una andanada de flechas hacia su objetivo.

—Esto es por mi Asheron —dijo la Tejedora mientras el pelo se clavaba en su piel.

Inmediatamente se doblaron en forma de gancho, tirando de la piel y estirándola de forma imposible hasta que empezó a desgarrarse. Pero la regeneración hizo que entrara en un bucle sin fin.

—Y esto es por mi Pharos —continuó mientras se revolvía unos mechones de pelo más.

No se partían, sino que se incrustaban en su cuerpo como gusanos que se abren camino. Un escalofrío me recorrió cuando pude ver los filamentos dando vueltas lentamente en su interior, perforando órganos por el camino como una serpiente buscando una salida. No necesité alterar mi visión ni invocar magia para saber que la regeneración estaba curando el daño justo después de causarlo.

Esta tortura podría durar toda la eternidad, y él nunca moriría a causa de ella.

No es que le quede ninguna vida verdadera a la que se pueda poner fin para concederle misericordia.

Alderan vino a colocarse frente a Cornelius. Había visto demonios óseos en varias ilustraciones, incluidas algunas suyas. Pero nada podría haberme preparado para lo imponente e intimidante que sería uno de ellos en carne y hueso, uno de los más poderosos. Alderan era un Príncipe del Infierno, hijo de Astaroth, el mismísimo Duque del Infierno.

Alderan medía más de dos metros, era ancho de hombros y tenía músculos para varios días. Tenía pequeñas escamas de hueso esparcidas por toda su piel grisácea. Unos cuantos pinchos óseos—algunos redondeados, otros recurvados—recubrían los costados de sus brazos. Una larga falda negra impedía verle bien las piernas. Seis pesados cuernos se asentaban sobre su cabeza como una corona entre los indisciplinados mechones ondulados de su pelo negro, que le llegaba

por debajo de los hombros. Crestas óseas y escamas adornaban su frente, y más pequeñas y redondeadas púas óseas se alineaban a los lados de su cuello, creciendo en lo alto alrededor de la curva de sus hombros. Sospechaba que, en la batalla, se convertirían en feroces púas capaces de infligir graves daños a cualquiera que intentara agarrarle. Más púas cubrían la longitud de su columna vertebral exoesquelética, que se extendía en una impresionante cola de hueso con una punta afilada como una daga.

Mi hermano Jasper me había contado lo que había averiguado sobre la historia de Asheron. Hacía poco más de tres siglos, Cornelius le había engañado para aprovechar su poder en nombre de un poderoso mecenas. El ritual había fracasado, convirtiendo a Asheron en un Espectro, maldito a vagar por la Tierra con un dolor y una rabia infinitos, sembrando la muerte y la miseria a su paso. Una joven curandera de Willow Grove, acosada por Cornelius, había conseguido liberar a Asheron de la locura que lo controlaba, y asestó un duro golpe al nigromante.

Pero ni en un millón de años habría imaginado que el Espectro era el vástago de la Tejedora con un Príncipe del Infierno.

—Y esto es por condenar a mi hijo —dijo Alderan, con su voz retumbante tan profunda que habría jurado que el suelo vibraba bajo mis pies.

No hizo ni un solo gesto y, sin embargo, sentí el tipo de poderosa Magia de Hueso que nunca habría creído posible. En un abrir y cerrar de ojos, todos y cada uno de los huesos de Cornelius se quebraron. Con las piernas rotas, dejándole solo los huesos demoníacos de los hombros clavados en la pared como soporte principal, empezó inmediatamente a asfixiarse.

—Eras un nigromante talentoso —dijo Alderan con desprecio en la voz—. Podrías haber alcanzado la grandeza y haber vivido mucho tiempo. Pero tu ambición no tenía medida. ¿Cómo te atreves a codiciar los poderes de los Dioses? ¿Cómo te atreves a esclavizar a uno de nuestros hijos para tu propio avance? ¿De verdad creías que lo permitiríamos? Pues ahora recogerás lo que sembraste. Solo has durado tanto porque mi Cliona quería que su hijo Pharos fuera liberado primero. De lo contrario, te habría destruido hace siglos. Deberías haber rechazado la petición de Isabella de ayudarla a esclavizar a mi hijo. Pero no temas, le daré tus saludos mientras siga sufriendo en mi patio de recreo.

No sabía cuánto de sus palabras entendía Cornelius. Un flujo interminable de gritos y gemidos de agonía brotaba de él entre palabras suplicantes ininteligibles, sollozos y jadeos estrangulados. Observé toda la escena con mórbida fascinación mientras sus heridas intentaban curarse continuamente y sus huesos sanar solo para que el daño volviera a infligirse en un bucle infernal sin fin.

Eso sí que era un infierno.

—Quinientos años has esclavizado a mi Pharos, y has maldecido a mi Asheron a trescientos cincuenta años de locura, además de robarle su pureza angélica. Por esas ofensas, permanecerás así durante los próximos ochocientos cincuenta años. Solo entonces decidirá la Muerte si te concede misericordia —dijo la Tejedora con malicioso regocijo—. Pero si tengo algo que decir

al respecto, recibirás la misma misericordia que habrías mostrado a mis hijos y al Barquero, si te hubieras salido con la tuya.

—P... por favor —balbuceó Cornelius entre dos gritos.

Alderan pronunció un conjuro que me puso la piel de gallina. Aparecieron una serie de runas brillantes que formaron un semicírculo en el suelo alrededor de los pies de Cornelius y otro semicírculo en la pared que lo rodeaba. Era el tipo de protección que solo un tonto intentaría romper o levantar. Cualquiera en su sano juicio se mantendría alejado de aquel lugar maldito.

Entonces, como uno solo, los tres poderosos seres se volvieron hacia Pharos. Mi espalda se tensó de inmediato. No tenía sentido, ya que había ganado la batalla y era evidente que estaban aquí para vengarse de él. Sin embargo, me sentía diminuta y terriblemente vulnerable en presencia de aquellos seres divinos.

—Hijo mío —dijo Azrael mientras colocaba ambas manos sobre los hombros de Pharos—. Me complace enormemente que hayas vencido este día. Perdóname por robarte tu justa muerte, pero no podía permitir que disfrutara de la rápida escapatoria de la muerte. Ha causado demasiado mal y debe responder por ello.

—No puedo envidiarte este resultado, Padre. No podría ser más apropiado para todos los crímenes que ha cometido utilizándome.

Azrael sonrió, un mundo de afecto iluminaba sus apuestos rasgos mientras contemplaba cariñosamente a su hijo. Me aparté cuando lo atrajo hacia sí. Al principio, Pharos se resistió a mi intento de apartarme, pero cedió para devolverle el abrazo. Era alucinante ver a mi hombre tan pequeño en comparación con su gigantesco padre, lo que me hacía sentir aún más pequeña. Mi pecho se estrechó de felicidad cuando Pharos aplastó las alas contra su espalda y permitió que su padre lo envolviera con sus enormes alas de alabastro. Un halo blanco brillaba intensamente a su alrededor, gritando la naturaleza divina.

Al cabo de un momento, Azrael soltó a su hijo y se apretó los labios contra la frente antes de volverse para mirarme. Me enderecé al instante, con la espalda rígida y los ojos muy abiertos. No me había preparado para esto. ¿Cómo debía reaccionar ante uno de los Ángeles de más alto rango?

—Gracias, Hija, por liberar a mi Pharos —dijo con dulzura.

Se me curvaron los dedos de los pies y se me calentó el pecho mientras se me ponía la piel de gallina por todo el cuerpo. A pesar de su belleza y su voz hipnotizadora, no había nada sexual en mi reacción hacia él. Pero la profundidad de su bondad y su santo amor me hicieron sentir como si la luz del mismísimo Dios brillara sobre mí.

—Realmente tienes un alma hermosa, tan fuerte y bondadosa como tu corazón. Una compañera adecuada para mi hijo. Veo que ya te ha mejorado. Pero como su esposa, y ahora mi Hija, necesitas más. No quiero que dependas de su presencia para mantenerte a salvo. ¿Aceptarás mi regalo?

Me quedé boquiabierta, aturdida y sin palabras. Cuando Pharos me rodeó la cintura con un

brazo protector, salí de mi aturdimiento. Lo miré y lo encontré mirando a su padre con infinita gratitud. Al sentir mi mirada clavada en él, mi hombre volvió los ojos hacia mí. Al leer la pregunta tácita en mi rostro, asintió con una sonrisa alentadora.

Volví a prestar atención a su padre y le hice un tímido gesto con la cabeza. Sonrió, con un brillo de diversión en los ojos, antes de levantar la palma de la mano hacia mi pecho. Se me cortó la respiración cuando la colocó sobre mi plexo solar. De su mano emanaba un calor intenso, pero agradable. Me penetró profundamente. Para mi agradable sorpresa, no utilizó sus garras para hundirlas en mí como había hecho con el nigromante. En cambio, su palma parecía iluminada desde el interior, y la intensidad de la luminosidad crecía sin cesar mientras el mismo calor maravilloso se extendía por cada célula de mi cuerpo. Casi sentí que levitaba. Sentí un hormigueo en la piel y el calor se fue atenuando a medida que él retiraba la mano de mí.

Estuve a punto de cogerla para apretarla de nuevo contra mi pecho, sintiéndome extrañamente despojada.

—A partir de hoy, Kali, la enfermedad, el veneno o cualquier herida física nunca podrán contigo —dijo Azrael con suavidad.

Apreté la palma de la mano contra mi pecho, dándome cuenta de que, efectivamente, me había hecho inmortal. Mientras que antes el don de regeneración de Pharos me había permitido curar activamente mis heridas o expulsar el veneno, su padre había conseguido que mi cuerpo lo gestionara todo pasivamente en mi nombre. Con mi alma a buen recaudo, nada conseguiría matarme.

—Gracias —susurré, con la garganta constreñida por la emoción.

Sonrió, me acarició suavemente la mejilla y retrocedió un par de pasos. Pharos dedicó a su padre una sonrisa de agradecimiento. Parecía dispuesto a decir algo, pero Alderan, al acercarse a nosotros, le hizo callar.

Detrás, Cornelius seguía gritando y gimiendo. Sin embargo, de repente me vino a la mente lo atenuado que estaba el sonido, casi como un ruido de fondo. Sospeché que uno de ellos había utilizado sus increíbles poderes para acallarlo. Pero el Príncipe Demonio que se detenía justo delante de mí ahuyentó de mi mente todo pensamiento sobre el nigromante.

Tuve que inclinar la cabeza completamente hacia atrás para poder mirar a aquella bestia masculina que tenía delante. Donde Azrael me había hecho sentir como si estuviera envuelta en un grueso manto de amor y protección infinitos, Alderan se sentía como un volcán agitado a punto de entrar en erupción. Pero en lugar de lava, eran relámpagos y una sobrecarga de energía que parecía a punto de estallar en cualquier momento. Curiosamente, no me asustó. Me inquietaba y me provocaba una especie de frenesí previo a la batalla.

Me pareció peligroso y excitante a la vez.

—Pequeña Kali —dijo Alderan con una voz ronroneante que, en otras circunstancias, me habría hecho salir corriendo.

Sonaba como un depredador a punto de hacer picadillo a una presa que se hubiera aventurado

tontamente en sus dominios. Mientras hablaba, las puntas redondeadas de hueso de los hombros se convirtieron en fragmentos afilados. Los arrancó y los sujetó como si fueran un par de dagas. Se me cortó la respiración al recordar cómo había utilizado fragmentos de hueso similares de sus antebrazos para crucificar a Cornelius contra la pared.

—Tú no eres mi hija. Pero gracias a ti, por fin he podido vengar a mi Asheron. Por ello, te concedo una bendición. ¿La aceptarás?

Tragué saliva y miré una vez más a Pharos. Para mi consternación, no pareció darse cuenta, pues estaba demasiado ocupado mirando con gran intensidad al Señor de los Demonios de Hueso. Mis ojos se desviaron hacia la Tejedora. No dijo ni una palabra, pero la mirada de “¿A qué coño estás esperando?” que me dirigió, seguida de un gesto casi imperceptible de “adelante” con la cabeza, me hizo reaccionar.

—Sí, mi Señor. Me sentiría honrada por tu bendición, aunque no se requiere ninguna —dije en tono sumiso.

El agarre de Pharos alrededor de mi cintura se tensó de forma tranquilizadora. Respiré agitadamente cuando Alderan presionó las afiladas puntas de sus fragmentos de hueso justo en el tejido blando, detrás de la clavícula, pero delante de mis músculos trapecios. La punzada inicial debería haber ido seguida de un intenso dolor punzante. Pero el calor de regeneración que había experimentado desde que me uní a Pharos se multiplicó por mil.

Como sospechaba, el don de Azrael se activó por sí solo, sin necesidad de que yo empujara la chispa de regeneración hacia la zona herida. Los puntos de punción hormiguearon, y una sensación de frío rodeó la zona. No me impedía sentir los fragmentos de hueso hundiéndose en mi carne, pero adormecía lo que debería haber sido una molestia debilitante. Pharos se colocó detrás de mí y me rodeó el torso con ambos brazos. Cerré las manos en torno a sus muñecas, aferrándome a ellas mientras la tensión seguía haciendo estragos en mi interior, y apreté la espalda contra su ancho pecho para obtener más apoyo.

Ojalá Alderan me hubiera dicho en qué consistía la “bendición” antes de que la aceptara. Pero cuando se trataba con Dioses, semidioses y Antiguos, había que seguir varias reglas tácitas. En este caso, estos regalos eran tanto una recompensa como una prueba. ¿Confiaba en ellos lo suficiente como para aceptar un compromiso sin tener antes un contrato y un entendimiento claros?

En el mundo arcano, nunca se llegaba a un acuerdo sin un compromiso claro por ambas partes. Ésta era una de las raras excepciones. En otras circunstancias, le habría dicho que se quedara con su regalo en lugar de arriesgarme a un posible juego sucio. Pero se trataba de la familia de Pharos, sus padres y el padre de su hermanastro.

Jadeé cuando algo cambió de repente dentro de mí. Mis huesos empezaron a transformarse. El pánico casi se apoderó de mí cuando imágenes horribles de abominaciones esqueléticas empezaron a pasar ante los ojos de mi mente. ¿Me había maldecido o...?

—Paz, mi compañera. Todo está bien —me susurró Pharos al oído, apretando sus brazos a mi

alrededor como para mantenerme en mi sitio.

Me besó la sien y apreté las muñecas con más fuerza para intentar calmarme un poco. Bajé la cabeza de un tirón cuando mis clavículas parecieron empujarse hacia delante. Mis ojos se abrieron de par en par cuando mi piel se abrió, revelando unas discretas crestas verticales suavemente redondeadas a lo largo de mis clavículas, como si el hueso se hubiera acanalado. Si no fuera porque se trataba de huesos reales, desde la distancia se podrían haber confundido con tatuajes de escarificación. Un fenómeno similar se produjo a lo largo del radio y el cúbito, los huesos de los antebrazos. Sin embargo, mi piel no se abrió allí. Las crestas simplemente formaban un elegante dibujo bajo la piel y a lo largo de ambos antebrazos.

Y con ellos venía una tremenda cantidad de poder. Se me desencajó la mandíbula y se me abrieron los ojos cuando mis sentidos se expandieron y mis dedos vibraron con el impulso de lanzar Magia de Hueso. Podía sentir a todo ser que poseyera un esqueleto, dientes, cuernos o garras en un amplio radio. Incluso sin invocar mis nuevos poderes, sabía sin lugar a dudas que podía desplazar, romper o manipular sus huesos sin esfuerzo, como nunca antes.

El rostro de Alderan se descompuso en una sonrisa de suficiencia, dejándome entrever su afilado par de colmillos dobles.

—Disfruta de tus nuevos poderes, joven Kali. Te resultarán muy entretenidos. Si tienes preguntas sobre ellos, haz que tu compañero te traiga a mí. Te ayudaré con mucho gusto.

—Gracias, mi Señor —dije, mi voz traicionando mi asombro y lo intimidada que me sentía.

—Alderan —corrigió con firmeza.

—Alderan —repetí, dócil, con las mejillas encendidas sin motivo.

Se rio con la misma suficiencia mezclada con un tono burlón y luego volvió la mirada hacia mi compañero.

—Pharos —dijo a modo de despedida antes de mirar a Azrael—. Muerte.

Para mi sorpresa, Azrael le respondió con una inclinación de cabeza y luego levantó ligeramente la barbilla con un atisbo de desafío. La sonrisa burlona—aunque sutil—que se dibujó en los labios del Señor de los Demonios denotaba una rivalidad apenas velada. Como para confirmar aquellas sospechas, Alderan se volvió hacia la Tejedora. La forma en que se pavoneó hacia ella, moviendo las alas para parecer más grande sin desplegarlas, y agitando la cola de forma lenta e hipnótica encajaba perfectamente con la forma en que una bestia salvaje se presentaría ante la hembra principal que codiciaba.

Aunque su expresión permaneció casi ilegible, no me pasó desapercibida la discreta forma en que las ranuras verticales de sus pupilas se ensancharon brevemente cuando le dio un rápido repaso antes de volver a estrecharse.

La Tejedora no odiaba lo que estaba viendo.

Podía ver por qué. Todo en él gritaba peligro y, sin embargo, tenía un atractivo innegable. Muchas mujeres querrían dejarse atrapar por una bestia así, sabiendo que podría destruirla con un simple pensamiento y hacerla pedazos con sus garras despiadadas y su fuerza fenomenal.

Pero también sabiendo que la trataría—solo *a ella*—con la mezcla perfecta de ternura y salvajismo.

—Debes dejar que vuelva a visitarte pronto, mi Cliona. Ha pasado demasiado tiempo —dijo en tono ronroneante mientras se detenía frente a la Tejedora—. Seguro que me echas de menos tanto como yo a ti.

Técnicamente, estaba demasiado cerca, invadiendo su espacio personal. Ella le sostuvo la mirada sin rechistar, limitándose a enarcar una ceja en un gesto que daba a entender que su petición era absurda.

—¿Echarte de menos? —repitió ella con incredulidad—. ¿Has olvidado lo insufrible y odioso que eres?

—Es parte de mi encanto —respondió con el mismo tono ronroneante, acercándose aún más a ella—. Siempre te han gustado los chicos malos. Y hace tiempo que deberías haberme dado una hija.

Ella resopló y sacudió la cabeza, casi atónita. Aunque era evidente que no tenía intención de ceder a ninguna de sus peticiones, la Tejedora no retrocedió ni le empujó. Se limitó a levantar la barbilla con un aire de desafío aún mayor.

—En primer lugar, nunca tienes hijas, solo hijos. En segundo lugar, pasarán al menos otros mil años antes de que empiece a echar de menos tu arrogante y excesivo ser.

Pharos se movió detrás de mí. Me mordí el interior de la mejilla, imaginando lo incómodo que tenía que ser ver a un macho insinuándose abiertamente a su madre, y nada menos que delante de su padre.

—Me hieres, amada mía —dijo el Señor de los Demonios, sonando totalmente imperturbable—. Pero muy bien. Que pasen mil años. La espera ha merecido la pena. Pero si antes cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Con los ojos clavados en los de ella, Alderan agarró un puñado de su largo cabello blanco plateado y lo dejó deslizarse entre sus dedos en una suave caricia. La tensión sexual entre ellos era casi palpable. Aunque ella mantuvo una expresión neutra, él volvió a dedicarle aquella odiosa sonrisa antes de soltarle el pelo. Dio un paso atrás, y el aire a su alrededor se difuminó segundos antes de desvanecerse.

La Tejedora bajó los ojos y frunció los labios. En ese instante, mi instinto me gritó que su petulancia había estado justificada. Se había sentido tentada por su oferta. Lancé una mirada de reojo a Azrael para ver cómo respondía al ver que la madre de uno de sus hijos coqueteaba abiertamente con un compañero más reciente. Su rostro era ilegible, aunque se suavizó cuando Cliona se acercó a nosotros.

Se acercó directamente a mí, con una sonrisa de aprobación en los labios.

—Te he buscado durante mucho tiempo, Kali Jennings. Y no me has decepcionado. Dejo a mi hijo a tu cuidado. Juntos, lograrán cosas notables. No subestimes los tremendos dones que se te han concedido. Utilízalos sabiamente, pero sin miedo. Tienes un alma hermosa. No se te

habrían concedido tales poderes si fueras propensa a abusar de ellos.

—Gracias por encontrarme y atraerme aquí, hacia mi alma gemela —dije, con la garganta constreñida por la emoción.

Miré a Pharos por encima del hombro, que seguía sujetándome por detrás. Sonrió con ternura y me besó la sien.

—Gracias por atender a la llamada, Hija —se limitó a responder Cliona.

Me acarició la mejilla, sonrió a su hijo y luego se volvió para mirar a Azrael. Apenas pude reprimir mi asombro ante la forma en que lo miraba, reflejada en su propio rostro. Un profundo afecto—quizá incluso amor—unía a aquellos dos. Y, sin embargo, no percibí entre ellos la misma lujuria salvaje y apenas reprimida que había brillado con Alderan.

—Dijiste que salvarías a nuestro hijo y, contra todo pronóstico, lo hiciste —dijo Azrael con ternura.

—Nadie hace daño impunemente a mis hijos —replicó ella, con el rostro endurecido y el odio brillando en sus ojos al volver la cara hacia Cornelius.

El nigromante seguía retorciéndose y gritando de agonía mientras sus huesos entraban en un ciclo interminable de rotura y reparación, mientras los ganchos de pelo de Cliona seguían estirando su piel hasta desgarrarla y las hebras más largas se abrían paso por las entrañas de su cuerpo, destrozándolo desde dentro.

—No, querida —dijo Azrael en tono amable, pero suavemente castigador—. Expulsa el odio de tu corazón. Ha recibido el castigo por sus crímenes y cumplirá su condena. No malgastes tus pensamientos en él.

—¡Quinientos años, Azrael! ¡Le torturó durante quinientos años! —exclamó, indignada.

Dicen que el Infierno no tiene más furia que la de una mujer despreciada. Pero en ese instante, me quedó claro que la ira de una madre era una amenaza aún más letal.

—Y cumplirá el mismo tiempo por tus dos hijos consecutivamente. Tu Asheron está a salvo y es feliz, y has reunido a nuestro hijo con su alma gemela. No permitas que este asqueroso nigromante empañe tu luz. No merece más tu atención, y tus otros hijos te necesitan.

Su enfado pareció disiparse al instante, mientras asentía lentamente. Le dedicó una sonrisa tímida y levantó la palma de la mano para posarla sobre su mejilla derecha. Él se inclinó hacia su tacto, y su halo los bañó a ambos en un suave resplandor. Como había hecho antes en el bosque con Pharos, Azrael giró la cara para besar el interior de la palma de la Tejedora antes de enderezarse. Su sonrisa se ensanchó con ese mismo aire de profundo afecto. Sí, aquellos dos se amaban, pero no estaban *enamorados*.

Una pena...

—Hasta que volvamos a vernos —susurró.

—Hasta que volvamos a vernos —repitió.

Se dio la vuelta, caminó hacia el altar y recogió los huesos y el corazón de mantícora. Y entonces, sin más, desapareció. No hubo aire borroso a su alrededor, ni portal... Simplemente

desapareció.

Para mi sorpresa, Azrael miró algo a lo lejos antes de hacer un sutil gesto con la cabeza. Me volví hacia la derecha para ver qué había captado su atención. Mi estómago dio una voltereta y mi pecho se contrajo de emoción al ver a Haroth y a una figura encapuchada que no sabía si enmarcaba a mi hermano. Como no había percibido su presencia en la mansión cuando la inspeccioné por primera vez a través de los ojos de la urraca, supuse que Cornelius había dejado a Jasper en Willow Grove. No sabría decir si alguna de las protecciones me había impedido detectarlo, o si el Grim había ido a buscarlo. En cualquier caso, estaba eufórica.

—¡Jasper! —grité.

Sin pensarlo, me liberé del abrazo de Pharos y corrí hacia mi hermano. Casi colisioné con él, estrechándole en un abrazo que me aplastó los huesos. Para mi sorpresa, su cuerpo ya no estaba medio descompuesto. Aunque su alma no era más que una sombra de lo que había sido, su cuerpo se había beneficiado claramente de la regeneración mágica. Mientras lo abrazaba con más fuerza, lancé una mirada de agradecimiento a Haroth. Lágrimas de gratitud, alivio y pena por no haber podido rescatar antes a mi hermano empañaron mi visión.

Esta curación no permitiría a Jasper reanudar su vida anterior aquí, en el plano mortal. Ya era un muerto andante, su alma estaba ligada aquí por una maldición. Pero fue un regalo para mí, para permitirme verle en su gloria pasada en aquella despedida final. Sin embargo, la ausencia de latidos en su pecho me recordó nuestra cruda realidad.

Un sollozo ahogado surgió en mi garganta, y las lágrimas cayeron libremente por mis mejillas cuando mi hermano cerró vacilante sus brazos en torno a mí. No había esperado respuesta alguna de él, pues lo creía demasiado ido para eso.

—Kali —dijo, con voz insegura y pronunciación arrastrada, como si hubiera olvidado cómo hablar tras años de desuso.

—Se acabó, Jasper. Eres libre. Siento haber tardado tanto —dije con voz temblorosa, con la mejilla aún apoyada en su pecho, antes de levantar la cabeza para contemplar su apuesto rostro.

Tenía los ojos vidriosos. Me miraba con el ceño ligeramente fruncido, como si se esforzara por reconocermé. Y sin embargo, en el fondo, me conocía o al menos comprendía quién era.

—¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó.

Me tragué otro sollozo y me obligué a sonreír mientras parpadeaba para ahuyentar las lágrimas que aún me brotaban de los ojos.

—Vas a ir a un lugar diferente, Jasper. Será un lugar agradable y tranquilo donde podrás descansar y encontrarte a ti mismo. Nadie volverá a hacerte daño.

—Paz y descanso —repitió, sus ojos se desenfocaron durante unos segundos antes de volver a fijarse en los míos—. Suena bien. ¿Vienes conmigo?

—Ese lugar no está destinado a ella —dijo el macho encapuchado a su derecha en tono firme pero amable—. Pero como ella ayudó a protegerme contra los planes del nigromante, la traeré a verte cuando lo desee.

Se me cortó la respiración cuando por fin comprendí que él era Caronte, el Barquero de los muertos a quien Cornelius también había intentado esclavizar.

—Gracias —susurré, asombrada de que eso fuera posible.

—Soy yo quien te da las gracias —respondió Caronte.

Aunque no podía ver sus rasgos por las profundas sombras que proyectaba su capucha, podía percibir y oír la sonrisa en su voz.

—Pero debemos partir. Despídanse, por favor —dijo el Barquero—. Cuando desees visitarlo, tu compañero te traerá hasta mí.

Asentí con la cabeza y le di a mi hermano un último abrazo que le caló hasta los huesos y le besé suavemente la mejilla.

—Sé feliz, Jas. Iré a verte pronto.

—De acuerdo —dijo, con la voz casi desprovista de emoción—. Hasta pronto.

Con mucha reticencia, solté a mi hermano y di un paso atrás. Para mi sorpresa, fue Azrael quien se adelantó. Extendió suavemente la mano hacia el cuello de Jasper. Su mano perdió su opacidad al hundirse en él antes de volver a salir con suavidad. Con ella, arrancó la silueta fantasmal del alma de mi hermano. Se me contrajo el pecho al ver lo endeble y translúcida que parecía, lo que confirmaba que llevaba mucho tiempo descomponiéndose. Sin perder un instante, Haroth cogió el cuerpo ahora sin alma de mi hermano. Se deshizo, no en cenizas como alguien a quien le drenan la fuerza vital, sino en un humo sombrío que se evaporó en el aire.

—No te entristezcas, Hija —dijo Azrael con voz reconfortante—. El alma de Jasper está dañada, pero con el tiempo se reparará. Y ahora tienes todo el tiempo del mundo. Un día volverá a estar completo.

—Gracias —dije, sintiéndome como un naufragio emocional mientras me apoyaba en Pharos en busca de apoyo.

Sonrió y me limpió la humedad de la mejilla con el dorso de dos dedos. Aquel simple toque hizo que su luz divina se filtrara a través de mí. Una oleada de paz me inundó. Observé en silencio cómo Caronte colocaba esta mano en la parte superior del brazo de mi hermano. Azrael soltó entonces la nuca de Jasper. Segundos después, el Barquero y el alma de mi hermano desaparecieron.

Aunque tenía el pecho oprimido, me dominaba una sensación de paz. No era una despedida, sino un simple adiós temporal. Azrael nos sonrió a Pharos y a mí a su vez y luego dio a su otro hijo un suave apretón en el hombro. Con un poderoso batir de alas, alzó el vuelo antes de desvanecerse en una ráfaga de luz.

—Bien hecho, Hermana —dijo Haroth con una sonrisa de aprobación—. Has hecho la elección correcta. Espero verlos a los dos a menudo en el futuro.

—En efecto, fue la elección correcta. Gracias por ayudarme a entrar en razón —dije.

—Gracias por estar abierta a la razón —replicó con ese tono burlón que cada vez me resultaba más familiar cuando se trataba de él—. Vete a casa y descansa, hermano. Tu tiempo

libre ha llegado a su fin. Tu lista ya se está llenando de *almathars* a los que escoltar. Bienvenido de nuevo.

Pharos resopló y me soltó antes de atraer a Haroth hacia sí. El Grim pareció aturdido al principio. Entonces me di cuenta de que, o bien se trataba de una inusual muestra de afecto por parte de mi hombre, o bien el propio Haroth no era muy del tipo físico.

Mi instinto me decía que era lo segundo.

Aun así, se relajó y devolvió el abrazo a su hermano. Cuando se soltaron, Haroth abrió un portal y se teletransportó al exterior.

—Vamos a casa, mi compañera. Tenemos mucho que celebrar —dijo Pharos.

—Sí, vamos a casa —dije, con el corazón henchido de alegría.

Me atrajo contra él. Mientras el aire se difuminaba a nuestro alrededor, lancé una última mirada al nigromante, atrapado en el infierno eterno que él mismo se había buscado. Una parte de mí pensó que debía sentir una pizca de lástima por él. Pero el recuerdo de todos aquellos a los que había agraviado, maltratado, torturado y destruido borró de mi mente cualquier pensamiento persistente.

Mientras el mundo desaparecía a nuestro alrededor, sonreí.



EPÍLOGO

PHAROS

Nos teletransporté fuera de mi... *nuestra* casa. En cuanto aparecimos, sentí la presencia de Myress cerca. Mientras volaba hacia el balcón de mi dormitorio, la vi asomar la cabeza por la terraza principal. Nuestras miradas se cruzaron durante un breve segundo. Aunque ella nunca mostraba emociones fuertes, sentí su alegría mezclada con una pizca de suficiencia al ver que habíamos regresado sanos y salvos. Ella lo había dicho.

Y no podría estar más contento por ello.

Como era su costumbre, volvió a hacer de las suyas y redobló sus esfuerzos para prepararnos un banquete de celebración.

Pero, en este instante, tenía en mente otro tipo de festín.

Aterricé en el balcón y marché audazmente hacia las altas puertas que conducían a mi habitación. Utilizando mi magia elemental, abrí las puertas de un tirón mientras llevaba a mi compañera hasta mi inmensa cama. Una sola mirada al rostro de Kali me bastó para saber que comprendía claramente mis intenciones...

...y ella estaba totalmente de acuerdo.

El aroma de su excitación hizo que mi sangre se agitara. Había pasado por demasiados extremos emocionales en los últimos días. Ahora, por primera vez en siglos, era libre, verdaderamente libre, con el amor de mi vida entre mis brazos.

Mi Kali, mi novia fuerte, audaz e impertérrita, que se había enfrentado a adversidades imposibles sin vacilar por amor desinteresado a su hermano y a mí. Pasaría el resto de la eternidad correspondiendo a ese amor.

Cuando acorté la distancia con la cama, reclamé sus labios en un beso voraz. Kali respondió del mismo modo, separando los labios con avidez para recibir mi lengua invasora. Mi polla se tensó inmediatamente contra los límites de mis pantalones. Palpitaba y dolía por la necesidad de enterrarse profundamente en el calor abrasador de la vagina de mi mujer.

Sin romper el beso, la tumbé sobre el colchón. Kali trató de atraerme contra ella, pero me resistí y mis manos se afanaron frenéticamente en despojarla de los pantalones que se había puesto hoy para la misión. Tomé nota mentalmente de prohibirle que en el futuro llevara prendas

tan detestables, ya que bloqueaban mi fácil acceso a lo que ansiaba. En mi enfado, estuve a punto de hacerlos pedazos.

Cuando el cinturón y los botones cedieron, me obligué a poner fin al beso para quitarle los pantalones de un tirón. Al hacerlo, mi compañera se quitó las botas de una patada, ayudándome en mi tarea de librarla de aquella miserable prenda. No tuve la misma cortesía con su ropa interior y la corté con mis garras.

La protesta simbólica de Kali se transformó en un gemido voluptuoso cuando enterré mi cara entre sus muslos. ¡Por todos los Dioses! Su sabor en mi lengua, su embriagador almizcle llenándome la nariz y la forma feroz en que me retorció el pelo hicieron que me corriera aún más sangre por la ingle. Estuve a punto de subirme encima de ella para penetrarla.

Quería—*necesitaba*—ser uno con ella. Silenciando el ardiente deseo que me retorció las entrañas, lamí y chupé su pequeño nódulo con la voracidad de un hombre hambriento. Mis dedos se sumergieron en su raja, marcando rápidamente un ritmo acelerado mientras la estiraba con impaciencia para que me recibiera. Su esencia brotó por todos mis dedos, dando testimonio de su propia y feroz excitación.

Sus gemidos y la forma en que sus caderas giraban mientras me deleitaba con ella anunciaban su inminente clímax. Como necesitaba que se derrumbara pronto antes de perder el control, aceleré aún más el movimiento de mi mano haciéndole el amor. Entrelazando los dedos, froté frenéticamente su sensible manojito de nervios hasta que finalmente gritó, con las piernas temblorosas alrededor de mi cara.

En circunstancias normales, seguiría con mis ministraciones para mantenerla en vilo durante más tiempo, pero mi lujuria por ella me tenía al borde de perder la cabeza. Me aparté de mala gana, colocándome de rodillas entre sus muslos.

Por los nueve infiernos, ¡estaba impresionante!

Con el pelo esparcido por el colchón, los ojos oscurecidos por la lujuria y los labios hinchados por mi beso, me miraba con su hermoso rostro envuelto en un aire de pura felicidad. Su chaleco de cuero estaba parcialmente abierto por haber intentado desprendérselo mientras yo la devoraba. Hacía aún más sexy el retrato su mitad inferior completamente desnuda, con las piernas abiertas y los pétalos brillando con su esencia por el placer que le había dado.

Casi me arranqué el cinturón antes de tirarlo a un lado. En mi urgencia, no me molesté en desabrocharme los botones de los pantalones y simplemente me los arranqué y bajé la cintura lo suficiente para liberar mi palpitante polla. Sin demora, me introduje en el calor acogedor de mi Kali y aplasté sus labios en un beso posesivo. A pesar de la resistencia inicial de su cuerpo, empujé cada vez con más fuerza, espoleado por mi mujer, que se aferraba a mí y levantaba la pelvis para salir a mi encuentro.

Un profundo gruñido vibró en mi pecho cuando sus paredes internas cedieron al fin. Solo habían sido unos segundos, pero el hambre rabiosa que me arañaba hizo que pareciera una eternidad.

No le di tiempo a adaptarse a mí e inmediatamente impuse un ritmo castigador. Los gemidos guturales de Kali en mis oídos mientras se retorció debajo de mí me pusieron al límite. Me abalancé sobre ella, con un infierno ardiendo en mis entrañas, mientras ella me apretaba la polla por todos lados en una caricia codiciosa que me volvía loco de lujuria.

No podía saciarme de ella ni acercarme lo suficiente a mi mujer. Quería tocarla, acariciarla, besar cada centímetro de ella incluso mientras me perdía en su núcleo ardiente. Pero la miserable ropa que aún llevábamos me engañaba. El lejano sonido de la tela desgarrándose apenas se registraba en mi mente. Solo cuando sentí el calor abrasador de su piel febril contra la mía me di cuenta de que había hecho pedazos su top.

La tomé fuerte y profundamente, con la cabeza dándome vueltas por el torbellino de sensaciones que me invadían. Llevaba tanto tiempo deseando sentirla de verdad, que nuestros cuerpos se fundieron en uno, no solo el acoplamiento atenuado de mi forma etérea. Unas llamas líquidas me recorrieron las venas mientras ella me embestía, y sus uñas rasguñaban las zonas sensibles de la base de mis alas, enviando chispas eléctricas a cada una de mis terminaciones nerviosas.

Era mía... toda mía... para la eternidad.

El segundo clímax de mi novia la golpeó sin previo aviso. Gritó, arqueando la espalda y clavándome las uñas en la parte baja de la espalda. Sus paredes internas se aferraron a mi polla y fue como si un rayo cayera sobre mi columna vertebral. Una luz brillante estalló ante mis ojos y rugí al penetrar profundamente a mi mujer. Mi semilla salió disparada en potentes chorros de éxtasis líquido. Violentos espasmos sacudieron mi cuerpo. Sentí un hormigueo en la piel y una extraña sensación se apoderó de mi interior, envolviendo todo mi ser en un océano de amor y adoración.

El alma de mi compañera...

La abracé, deleitándome en el amor infinito que me profesaba y correspondiendo al que yo sentía por ella. Aún no nos habíamos dicho esas palabras, pero no hacía falta. Nuestras almas lo habían hecho por nosotros. No podía haber secreto alguno cuando dos seres alcanzaban ese nivel perfecto de comunión.

Una vez totalmente agotado, me desplomé sobre ella, luego rodé rápidamente sobre mi espalda, atrayéndola sobre mi pecho.

—Mi Kali, mi novia... —susurré, mientras apartaba un mechón de pelo húmedo de su frente—. Eres mi corazón, mi todo. Soy tuyo, ahora y por toda la eternidad.

—Como yo soy tuya, ahora y siempre. Te amo, Pharos.

—Amor mío —susurré, con la garganta demasiado constreñida para seguir hablando.

Tras despojarme de la ropa que me quedaba, pasamos las siguientes horas deleitándonos en el amor del otro, expresando todo lo que sentíamos el uno por el otro con nuestras palabras, manos, bocas, cuerpos y almas entrelazadas.



KALI

Decir que estaba disfrutando de mis nuevos poderes sería el eufemismo del siglo. El don de regeneración que me había dado Azrael no solo me curaba en segundos, sino que me hacía casi inmune al dolor. Aunque me volvía un poco imprudente, no tenté a la suerte tanto como mi lado aventurero a veces me incitaba a intentarlo. Técnicamente, sobreviviría a una decapitación, ya que el hecho de que Pharos poseyera mi alma impediría que ésta partiera, dando así a mi cuerpo el tiempo que necesitaba para repararse.

Aun así, en ese aspecto, me conformaba con suponer que teóricamente sería así.

Sin embargo, me permitió asumir mandatos más desafiantes que antes. Antes me ganaba la vida librando a aldeas y clientes aleatorios de pequeños encantamientos e invasiones demoníacas. Ahora, podía enfrentarme a enemigos mucho más letales con poco riesgo para mí.

Dicho esto, también me había aficionado a mi nuevo papel de huesera. Las fracturas graves eran bastante comunes tanto entre las personas como entre los animales. Se corrió la voz de mi capacidad para coser perfectamente cualquier hueso, incluso ayudar a que volvieran a crecer los que habían sido cortados o nunca se habían desarrollado adecuadamente durante la gestación, lo que me proporcionó no pocos negocios.

En realidad, ya no necesitaba trabajar. Como único familiar superviviente de mi hermano, recibí una considerable indemnización por la liquidación de la herencia de Cornelius tras su prematuro “fallecimiento”. No entendía muy bien cómo habían conseguido redactar los documentos oficiales para él y sus cuatro aprendices. Aunque había estado utilizando a Jasper como su conductor zombi durante los últimos años, en su contrato oficial seguía figurando como uno de los cuatro aprendices.

Obviamente, cuando no apareció durante más de dos semanas sin comunicarse con sus sirvientes, enviaron a alguien a buscarlo a la Mansión Glocker. Encontraron los restos destrozados de sus aprendices, y el cadáver aún menos descifrable de aquello en lo que Piers se había convertido. Como algunos de los rasgos faciales de Piers habían sido reconocibles al volver parcialmente a su antiguo yo antes de morir, pudieron identificarlo. Como los sirvientes confirmaron que Jasper había viajado con el resto de ellos, simplemente supusieron que sus restos habían formado parte de los monstruosos restos carnosos que encontraron en el patio, que en realidad no eran más que parte de los tentáculos que Pharos había cortado durante la batalla.

Ver lo que quedaba de Cornelius atrapado en aquella tortura eterna tenía a los investigadores desesperadamente deseosos de abandonar aquel lugar maldito. Las propias vallas bastaron para impedir que se acercaran demasiado al nigromante. Se pidió a innumerables y poderosos

hechiceros, magos y prestidigitadores que estudiaran el asunto para determinar si había habido juego sucio. La rapidez con la que todos ellos coincidieron en que se trataba simplemente del resultado del fracaso de un ritual extremadamente poderoso me dijo que, o bien temían enfadar al ser lo bastante fuerte como para lanzar semejante hechizo—o más bien una combinación de ambos—o bien le odiaban lo suficiente como para proteger al culpable.

Sospechaba que era una mezcla de ambas cosas.

Nadie derramó una lágrima por su muerte. Al contrario, muchos suspiraron aliviados, pues con su muerte se habían eliminado las deudas o cualquier otra influencia que ejercía sobre ellos como una espada de Damocles. Unos pocos intentaron argumentar que, de hecho, seguía vivo, ya que algún tipo de alma animaba el torturado cuerpo crucificado a la pared. Pero dado que varios Magos de Almas y Nigromantes afirmaron categóricamente que no quedaba vida verdadera en la sombra de Cornelius, las autoridades se contentaron con dejarlo estar.

Y con ello, la Mansión Glocker se convirtió aún más en un lugar maldito temido y evitado por todos, igual que la Mansión Hemdell.

Pero no me importaba. Mi hermano era libre y prosperaba en las llanuras de Erebus. Estaba locamente enamorada de un hombre maravilloso que me había hecho esencialmente inmortal, y estaba viviendo mi mejor vida.

—Mi Kali —dijo Pharos, sobresaltándome mientras contemplaba el Valle de los Nefilim desde nuestra terraza principal—. Tengo que liberar a un *almathar*. Es uno de esos casos a los que concederé una elección. Sentías curiosidad al respecto. ¿Deseas ser testigo?

Asentí frenéticamente. Sonrió y me cogió de la mano para llevarme a uno de los cómodos sofás que había junto a la sala de estar, para que pudiera acomodarme. Como le había dado mi alma, podía seguirle siempre que él lo permitiera, pues mi conciencia formaba parte de él y me permitía ver a través de sus ojos del mismo modo que había hecho con la urraca.

Una vez correctamente apuntalada en una posición de la que no me caería, dejé que mi conciencia fluyera hacia él mientras me atraía hacia sí. La sensación incorpórea siempre era extraña, pero me encantaba encontrarme rodeada por la belleza del alma de mi hombre.

El mundo se desdibujó a nuestro alrededor y, segundos después, estábamos en el interior de una habitación de hospital. Un hombre mayor gemía con un dolor atroz. Su rostro demacrado se tensaba mientras apretaba los dientes, sus manos temblaban mientras intentaba en vano alcanzar el cordoncito que haría sonar la campanilla para llamar a una enfermera que pidiera ayuda.

—Saludos, Pablo —dijo Pharos con voz suave.

La cabeza del anciano se sacudió hacia la izquierda, y sus ojos se abrieron de par en par al reconocer quién había venido a hacerle una visita.

—¡Parca! —susurró con voz temblorosa.

El asomo de miedo que cruzó sus facciones fue rápidamente sustituido por uno de alivio mezclado con resignación. Para mi sorpresa, aquí dentro de Pharos podía percibir muchas cosas que normalmente nunca percibiría, entre ellas ver el diminuto hilo de la vida de Paul rodeado de

los brillantes colores de su alma. A juzgar por su agradable tonalidad, solo podía suponer que había sido una persona decente.

—Estoy preparado —dijo Paul—. No puedo seguir luchando contra este cuerpo que me ha fallado. Solo dime, por favor, que adonde voy no me conducirá a más dolor.

Sentí que los labios de Pharos se estiraban en una sonrisa.

—No, amigo mío. No habrá dolor donde vas. Has vivido una buena vida y, por tanto, tendrás muchas opciones para la otra vida.

—Gracias a los Dioses —dijo el anciano con un temblor en la voz.

—Pero antes de irnos, tienes que tomar una última decisión —prosiguió Pharos—. Tu hija separada y su hijo se han enterado de tus circunstancias. Sea cual sea el desacuerdo que los separó, ella no quiere que te marches antes de que puedan arreglar las cosas. Está a solo veinte minutos de aquí y viene de prisa. Si deseas esperarla, podemos retrasar tu partida.

Los labios del anciano temblaron mientras una poderosa emoción llenaba sus ojos. La nostalgia, la tristeza, los remordimientos y el dolor luchaban por dominar en su interior.

—Quiero verla. Fui un tonto... un tonto testarudo y arrogante. Pero no creo que pueda durar tanto. El dolor...

—Si deseas esperar, puedo quitarte el dolor para que puedas disfrutar de tus últimos momentos con tus seres queridos —dijo Pharos.

—¿De verdad... podías hacer eso? —exclamó Paul, con la esperanza y la incredulidad iluminando sus avejentadas facciones.

Fuera, nos llegaron las voces apagadas de dos enfermeras. Como la puerta estaba cerrada, sospeché que solo podíamos oírlas debido al oído potenciado de Pharos, pero que Paul sería ajeno a ellas.

—El pobre Sr. Lane habla solo —dijo una de las enfermeras—. Es probable que el dolor le esté haciendo delirar de nuevo. ¿Crees que podemos darle otro sedante?

—Ya hemos superado la dosis —dijo una voz masculina.

—Solo le quedan unas horas —argumentó la mujer—. ¿No deberíamos intentar que estuviera lo más cómodo posible en estos últimos momentos? No tiene ninguna posibilidad de recuperarse.

—Muy bien. De todas formas, una dosis más no cambiará mucho las cosas —concedió el hombre.

—Sí, Pablo. Puedo hacerlo de verdad —respondió Pharos—. El dolor desaparecerá hasta veinticuatro horas. Cuando estés listo para irte, solo tienes que desear que vuelva, y regresaré inmediatamente para escoltarte.

—¿Y si pasan las veinticuatro horas? —preguntó Pablo.

—Entonces vendré en las dos horas siguientes —respondió Pharos.

—Así que me quedan como máximo veintiséis horas —dijo el anciano con repentina comprensión.

Pharos asintió.

—Por favor, quítame el dolor —dijo Paul—. Abrazaré a mi hija por última vez.

Pharos agitó la mano derecha y apareció en ella su guadaña de hueso, no la fantasmal que tenía antes. Tenía un aspecto aterrador con sus despiadadas cuchillas en cada extremo. Incluso el anciano parecía intimidado por ella. Comprendiendo el miedo que le invadía, Pharos extendió la palma de la mano hacia él. Pablo la miró, tragó saliva y, con mucho esfuerzo, puso su arrugada y huesuda mano en la de él. Pero en cuanto Pharos cerró los dedos en torno a ella, una sensación de paz descendió sobre el anciano.

—Todo irá bien —dijo suavemente Pharos antes de acercar con cuidado la afilada punta de su espada cerca de su nuca.

Aunque todavía un poco tenso, Paul permaneció quieto. A través de los ojos de Pharos, pude ver el contorno resplandeciente de su alma atrapada dentro de su cuerpo moribundo, y un delgado hilo de plata que la ataba a su columna vertebral. Con precisión quirúrgica, mi compañero cortó el hilo con un cuidadoso movimiento de su espada.

El efecto fue inmediato. El hombre se quedó boquiabierto y sus ojos se movieron de un lado a otro como si buscara algo...

Su dolor.

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido todo! —dijo, con lágrimas en los ojos—. ¡Gracias! ¡Por los Dioses, gracias!

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—¿Sr. Lane? —gritó la enfermera antes de entrar—. ¿Deseáis otra dosis del analgésico?

Llevaba una jeringuilla en una mano y un pequeño frasco en la otra. Le mostró este último con un aire de profunda simpatía y conmiseración. Me cayó bien al instante.

—No, querida. No será necesario —dijo Paul con voz sorprendentemente firme—. Tengo invitados. ¿Me ayudáis a ponerme un poco más presentable?

La enfermera lo miró estupefacta. Luego, una pizca de lástima rápidamente oculta cruzó sus claros ojos castaños. Probablemente supuso que volvía a delirar o a delirar. Para mi alivio, sonrió y asintió. Se me encogió aún más el corazón por aquella joven. Muchos lo habrían descartado y se habrían marchado. Pero ella era una verdadera cuidadora. Fue a buscarle una toallita para refrescarle la cara y le cepilló los escasos mechones de pelo que aún le quedaban en la cabeza, casi calva. Incluso le ayudó a ponerse una bonita bata.

Justo cuando volvía a acostarlo en la cama, otro golpe en la puerta la sobresaltó. Se quedó estupefacta cuando una joven, apenas unos años mayor que ella, entró en la habitación con un niño de unos seis años.

—Papá —dijo la joven, con los ojos empañados.

—Mi bebé —dijo Paul, con los labios temblorosos.

La habitación se desvaneció a nuestro alrededor. Una sensación de caída me recorrió. Parpadeé y me encontré de nuevo dentro de mi cuerpo, sentada en el sofá de la puerta del patio. Pharos estaba agachado frente a mí, con sus alas oscuras plegadas detrás de él como una larga

capa.

Acaricié su hermoso rostro con ambas manos y mi corazón se llenó de amor por él. Por fin comprendí plenamente por qué Cornelius lo había elegido a él, un Ángel de la Muerte. Utilizó y abusó de su compasión y empatía naturales para lograr sus nefastos planes.

—Gracias por darles esta paz definitiva. Gracias por no permitir que ese desgraciado de Cornelius hubiera oscurecido tu luz y la bondad de tu corazón. Te amo.

—*Tú*, mi Kali, eres la luz de mi corazón. Gracias por liberarme, por devolver la alegría y el propósito a mi vida. Te amo, novia mía.

FIN

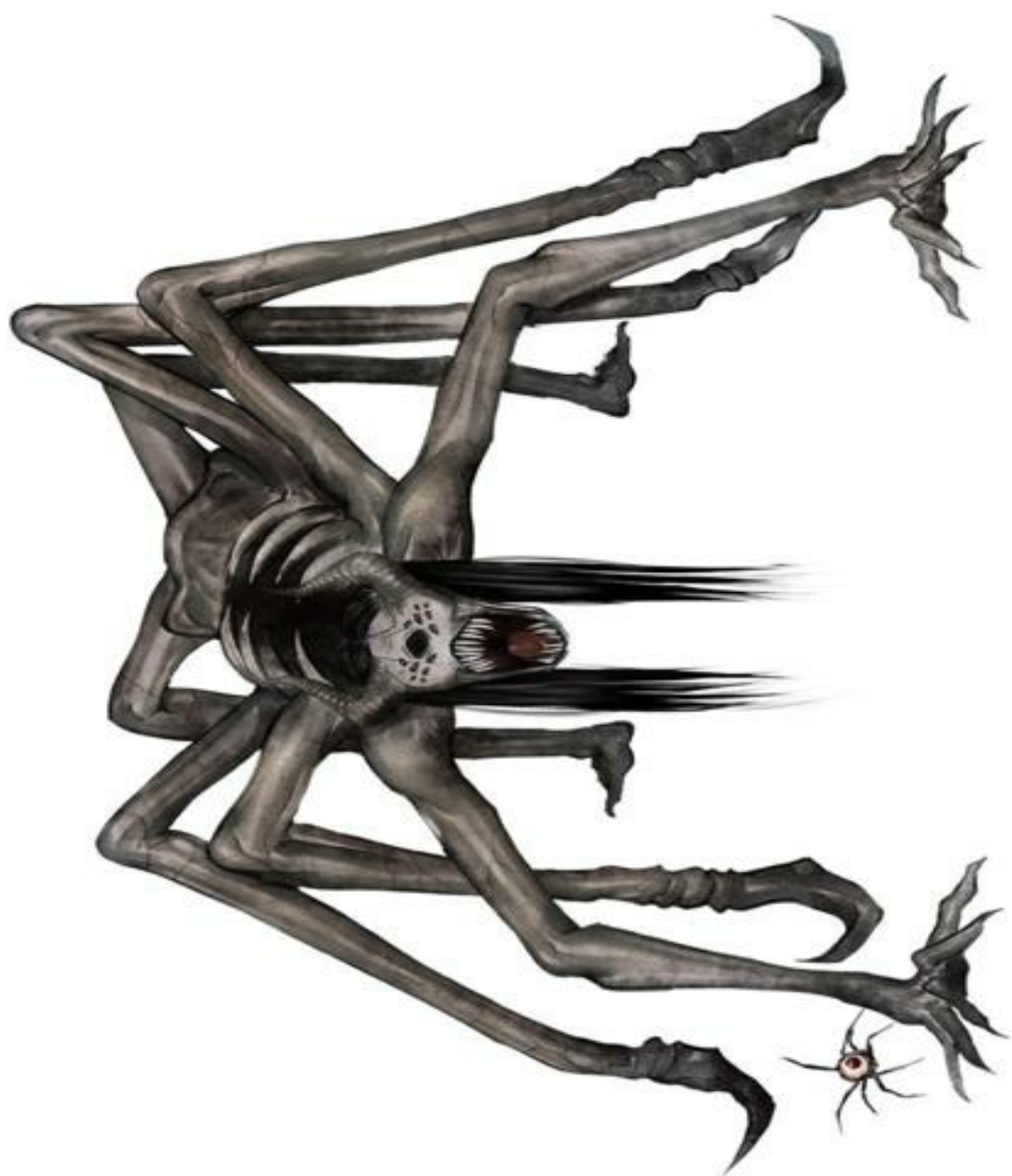


















OTRAS OBRAS DE REGINE ABEL

AGENCIA PRIMARIA

[Casada Con Un Hombre Lagarto](#)

[Casada Con Un Naga](#)

[Casada Con Un Hombre Pájaro](#)

[Casada Con Un Minotauro](#)

[Casada Con Wonjin](#)

[Casada Con Un Tritón](#)

[Casada Con Un Dragón](#)

[Casada Con Una Bestia](#)

[Casada Con Un Dríade](#)

[Casada Con Un Íncubo](#)

[Casada Con Krogal](#)

[Casada Con Una Polilla](#)

LOS GUERREROS XIAN

[Doom](#)

[Legion](#)

[Raven](#)

[Bane](#)

[Chaos](#)

[Varnog](#)

[Reaper](#)

[Wrath](#)

[Xenon](#)

[Nevrik](#)

[Rogue](#)

CRÓNICAS VEREDIANAS

[Escapando Del Destino](#)

[Destino Ciego](#)

[Criando A Amalia](#)

[Giro Del Destino](#)

[Manos Del Destino](#)

[Desafiando Al Destino](#)

[Destino Imperial](#)

BRAXIANOS

[Anton's Grace](#)

[Ravik's Mercy](#)

[Krygor's Hope](#)

[Keran's Dawn](#)

LOS REINOS DE LAS SOMBRAS

[Destinata Al Espectro](#)

[Destinata A La Parca](#)

LA NIEBLA

[El Mistwalker](#)

[La Pesadilla](#)

DONCELLAS DE SANGRE DE KARTHIA

[Seduciendo A Thalia](#)

VALOS DE SONHADRA

[La Ciudad de Hielo](#)

[La Prisión de Hielo](#)

CUENTOS OSCUROS

[La Maldición de Barba Azul](#)

[El Jorobado](#)

OTROS

[Un Alien Para Navidad](#)

[Despertar Alienígena](#)

[El Hombre de Acero](#)



ACERCA DE REGINE

La autora de best-sellers de acuerdo a USA Today, Regine Abel, es una adicta a la fantasía, lo paranormal y la ciencia ficción. Todo lo que tenga un poco de magia, un toque inusual y mucho romance la hará saltar de alegría. Le encanta crear guerreros alienígenas y heroínas sin pelos en la lengua que se desenvuelven en nuevos mundos fantásticos mientras se embarcan en aventuras llenas de acción, misterio y giros inesperados.

Pero antes de dedicarse a la escritura a tiempo completo, Regine se había entregado a sus otras pasiones: ¡la música y los videojuegos! Tras una década trabajando como ingeniera de sonido en el doblaje de películas y en conciertos en directo, Regine se convirtió en diseñadora profesional de juegos y directora creativa, una carrera que la ha llevado desde su casa en Canadá hasta los Estados Unidos y varios países de Europa y Asia.

[Facebook](#)

[Sitio web](#)

[Grupo de lectores Regine's Rebels](#)

[Boletín informativo](#)

[Goodreads](#)

[BookBub](#)

[Amazon](#)